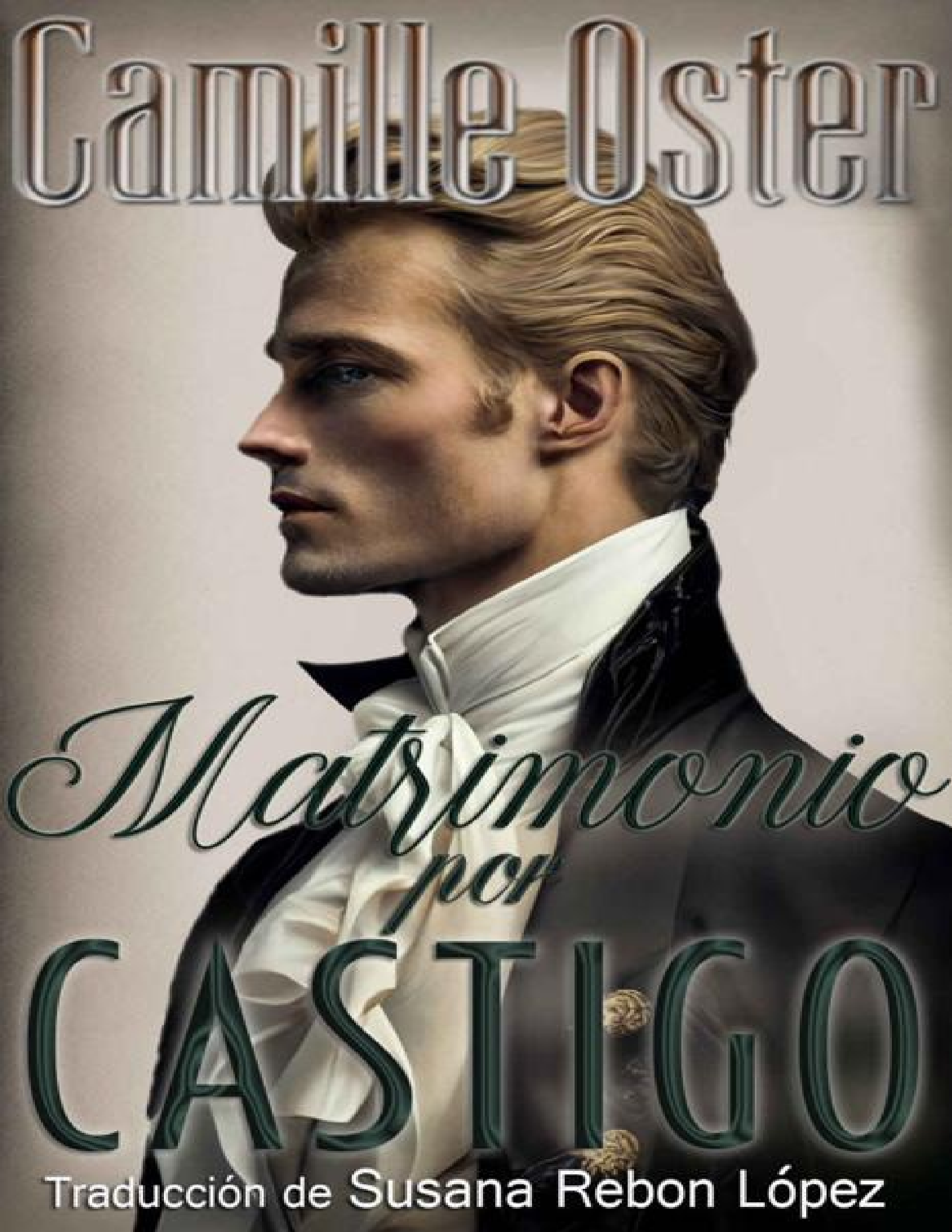


A portrait of a young man with light brown hair, styled back, looking slightly to the left. He is wearing a white dress shirt with a high collar and a dark tuxedo jacket. The background is a soft, out-of-focus grey.

Camille Oster

*Matrimonio
per*

CASTIGO

Traducción de Susana Rebon López

Matrimonio por **Castigo**

Camille Oster

Susana Rebon López – Traductora

Copyright ©2024 Camille Oster

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y situaciones son obra de la imaginación de la autora o son usados de forma ficticia, y cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, o con comercios, lugares o eventos es mera coincidencia.



Capítulo 1

Londres, 1835.

El rechinar de la cerradura de la prisión de deudores era uno de los peores ruidos que Imogen conocía, pero sonrió al guardia; ellos tenían el poder de hacerle la vida difícil a su padre, así que era importante tenerlos de su lado.

—Padre —dijo Imogen mientras entraba en su celda, que en su conjunto, aunque fuera fría, era cómoda.

Su padre se levantó de la silla. Entendía que ella odiaba verle allí, en circunstancias tan adversas. Su caída había sido repentina debido a unas inversiones que salieron mal, y se llevaron por delante el patrimonio familiar. Había sido un impacto que aún la tenía tambaleando, pero lo peor le había ocurrido a su padre, quien fue llevado a esa prisión y permanecería en ella hasta pagar todas las deudas. Cómo pagaría esas deudas, era algo que ella no podía resolver.

—No estés tan preocupada, amor —le dijo cuando se acercó a examinar la cesta que ella había traído—. Todo está bajo control, ya lo verás.

Una débil sonrisa se dibujó en los labios de ella. Ya había dejado de creer en las palabras de su padre. Sospechaba que llevaba tiempo ocultando lo mal que se había puesto su situación, y cada vez le resultaba más difícil creer que se trataba de un contratiempo temporal. No recuperarían su mansión, de la que habían tenido que mudarse para vivir en una habitación que alquilaron, en la que podría describirse como «una zona desfavorecida de la ciudad», y donde lo más probable era que se quedaran.

Si hubiera sabido que eso iba a ocurrir, habría hecho una elección diferente, tal vez habría comprado menos vestidos, pero no tenía ni idea de qué sucedería, ni siquiera supo desde cuando su situación se había deteriorado tanto. Su padre se negaba en redondo a hablar de ello, y ella empezaba a preocuparse de que no pudiera contar con él para frenar el daño que les estaban provocando esas malas inversiones. No había ninguna mejora a la vista y ella creía que la situación únicamente iría a peor.

—He traído un pastel de carne —dijo con una sonrisa—. La señora Winters lo horneó especialmente para ti.

Habían tenido que prescindir del personal de uno en uno, pero una vecina, la señora Winters, se había apiadado de ellas y les había enseñado cómo hacer las cosas, como llevar la ropa a las lavanderas y barrer el suelo, con lo cual podían arreglárselas, pero cocinar era un misterio tanto para ella como para su madre. De todas ellas, su hermana Adele parecía la más naturalmente

inclinada a ello, pero tenía poco interés. La señora Winters les ayudó mucho en ese sentido; era la mujer más amable que había conocido. Tal vez cocinar era una habilidad que Imogen debería aprender, ya que sus perspectivas de matrimonio se habían, más o menos, derrumbado.

En esas circunstancias, durante gran parte del tiempo, Imogen se dedicaba a pensar en cómo podrían reducir el daño para Adele, ¡Si tan sólo pudieran apelar a algún pariente lejano para que la acogiera y la ocultara el escándalo de la desgracia familiar! En cuanto a sí misma, era demasiado conocida como para pensar siquiera en desvincularse; se había convertido en una protagonista trágica sobre cuya ausencia se susurraba en los salones de baile. Ya no recibía invitaciones ni tenía algún papel en la sociedad, y no tenía ni idea de cómo hacerse un lugar fuera de esta. Se encontraba en un mundo en donde no sabía cómo desenvolverse.

Tal vez cuando Adele se establezca, ella podría tomar un puesto como institutriz en algún sitio, quizás en las lejanas tierras salvajes del país, donde nadie hubiera oído el nombre de Imogen Warkworth, quien una vez había sido vista como una de las bellezas de la Temporada.

—Ah, ha llegado el correo —dijo su padre y se dirigió a las rejas, donde el guardia sostenía un fajo de cartas—. Espero recibir buenas noticias de mi primo —dijo.

— ¿En qué sentido?

—No te preocupes, querida —dijo en tono tranquilizador, que a Imogen no tranquilizó. La gente había sido amable, su familia había sido amable, pero sus necesidades superaban la caridad que podían brindar. Lo más probable era que ya se hubiera terminado la caridad de sus parientes.

—Sigo esperando que una de las inversiones salga adelante, por ejemplo la de Silvicultura en Canadá.

Incluso Imogen sabía que las inversiones forestales tardaban años en dar dividendos porque los árboles tardaban años en crecer.

—Estoy segura de que así será.

Su padre se sentó en su silla junto al escaso fuego y leyó su correspondencia mientras Imogen ordenaba la celda.

—Oh, vaya —dijo su padre.

— ¿Qué pasa? —dijo Imogen, sintiendo que la tensión de sus hombros aumentaba por el tono sorprendido de la voz de él.

—Una proposición. Una propuesta de matrimonio. Para ti.

— ¿Para mí? —dijo Imogen con sorpresa. ¿Quién le propondría matrimonio? A nadie le había gustado lo suficiente como para aceptar el desastre en que se convirtió su familia. Sus

pretendientes habían sido encantadores, pero habían desaparecido en cuanto surgió el escándalo —. ¿Quién es?

—Lord Rosemache. ¿Lo conoces?

Imogen buscó en su mente, pero no pudo recordar el nombre.

—No creo haberlo conocido. ¿Has oído hablar de esa familia?

—No. Dice que es un hombre de recursos.

Imogen no sabía cómo sentirse. Era como si un collage de diferentes emociones la golpeara a la vez. Sintió alivio, porque había renunciado a la perspectiva de casarse, pero también sentía preocupación; aunque en ese momento todo le preocupaba.

—Yo... —comenzó a decir y una preocupación más oscura se apoderó de ella. ¿Por qué un hombre de recursos la buscaría como esposa? Tenía que haber una razón, tal vez estaba desfigurado o profundamente enfermo.

Se mordió los labios y trató de pensar. Tal vez un escándalo lo había llevado a ser tan inaceptable en la sociedad como lo era ella. En el pasado, había personas a las que podría preguntar, señoras que lo sabían todo sobre todo el mundo, pero que ahora ya no la aceptaban en sus círculos.

—Creo, hija mía, que tenemos que tomarnos en serio esta propuesta —dijo su padre—. Me ha pedido que me comunique con él, pero no puedo; tendrá que hacerlo tu madre.

Si había que negociar, su madre no sería muy útil. Por otra parte, ella no estaba realmente en condiciones de negociar, a menos que las circunstancias de ese hombre fueran peores que las de ella. Tal vez era muy mayor y eso era algo con lo que podía lidiar; dadas las circunstancias, había pocas cosas con las que no pudiera hacerlo.

¿Había algo que le permitiera rechazar esa propuesta? ¿O tal vez era tan desconfiada que esperaba que el resultado fuera peor de lo que parecía? Últimamente pocas cosas le habían demostrado que estaba equivocada en lo que esperaba o pensaba. El último año había sido brutal y le enseñó cuál era su valor en ese mundo, sin la riqueza de su padre, era nada.

—Le enviaré una carta con esta noticia y lo que debe hacer —dijo y se sentó ante su escritorio. En poco tiempo, los arañazos de su pluma resonaron entre las paredes de piedra. Una parte de ella sentía que era un desperdicio usar pergamino para eso; esa era la persona en la que se había convertido, la que se preocupaba por el desperdicio de pergamino para dar una información que ella era perfectamente capaz de transmitir. Su padre aún no confiaba en ella para tales tareas, a pesar de que en ese momento ella era quien llevaba los asuntos de la familia.

—Aquí está, toma, llévasela a tu madre. Será mejor que no desaproveche esta oportunidad.

*

—Pero esto es maravilloso —dijo la madre de Imogen al terminar de leer la carta—. Debes aceptarlo.

Imogen sonrió débilmente, notando el entusiasmo con que su madre recibía esa noticia. No hacía falta nada más, aparte de la voluntad de ese hombre de casarse con ella.

— ¿No deberíamos actuar con cierta cautela?

—Me temo que no estamos en condiciones de hacerlo. Debes casarte, y si es un hombre de recursos, incluso si tuviera algunas cosas que haya que pasar por alto, es lo mejor que puedes esperar. Siempre hay que ser indulgente con los hombres. El matrimonio no es un cuento de hadas. Una oferta decente es lo mejor que se puede esperar. Si un caballero iba a venir a rescatarte, ya lo habría hecho. No, nos reuniremos con este hombre y aceptaremos su oferta.

Eso contrastaba tanto con la idea de que se casaría por amor, idea en la que había insistido al considerar a los pretendientes. Había rechazado tantas ofertas porque no estaba enamorada; se sentía lo suficientemente segura de su posición en el mundo como para insistir en algo así. Todas las oportunidades que había tenido, y las había pasado todas por alto. Hombres buenos, algunos no tan buenos, pero no habían sido suficientes. Mirando atrás, no estaba segura si era una esperanza juvenil o arrogancia lo que la indujo a pensar que tenía derecho a esperar amor.

Tal vez había estado persiguiendo cuentos de hadas; todas esas historias que le leían de niña. Nunca había esperado que su mundo se volviera tan oscuro; ahora cualquier matrimonio con un hombre adecuado estaba fuera de su alcance, y, en ese momento, el término adecuado era cada vez más laxo. Pero un hombre con recursos le había hecho una oferta. ¿Tenía alguna razón para rechazarla? Por terrible que fuera la situación, no estaba en condiciones de hacerlo. ¿Por cuánto tiempo podrían permanecer tal como estaban, viviendo en habitaciones alquiladas? Sus recursos disminuían cada día y las promesas de su padre de que todo iría bien eran cada vez más vacías.

—Por supuesto —dijo con una sonrisa—, pero tal vez no deberíamos precipitarnos con una actitud de codicia desesperada.

—Por cierto —dijo su madre y se levantó—, tendremos que orear uno de tus mejores vestidos.

Aún no habían llegado al punto de empezar a vender sus vestidos, pero ya había empezado a plantearse cómo hacerlo. Las joyas ya habían sido vendidas, junto con todas las reliquias familiares.

—El matrimonio con este hombre podría ser maravilloso para tu hermana. Sería un tremendo alivio para tu padre saber que ambas estáis comprometidas.

«Incluso si ese hombre fuera un completo bruto», pensó Imogen. No, los nervios la estaban dominando. Había algo malo en ese hombre, que le llevaba a buscar una esposa al borde de la indigencia, pero ella tendría que aceptarlo tal como era, y cualquier parte de él que le faltara, ya fueran trozos de su cuerpo, de su reputación o de su corazón.

—Mañana —dijo su madre—. Mañana iremos a verle.



Capítulo 2

Valentine miró por la ventana el frío invernal de la calle, era el tipo de frío en el que el vapor salía de las alcantarillas cuando las lavanderas y las sirvientas hacían su trabajo. El tipo de día que le venía bien, porque la señorita Warkworth sentiría la mordedura de su posición un poco más agudamente. No tardaría en llegar a tocar su puerta después de esperar lo suficiente para evitar los peores hedores de la desesperación.

– ¿Preparo el té? –preguntó el señor Trudy desde la puerta con su habitual aire reservado.

–Eso no será necesario. Nuestros invitados no se quedarán por mucho tiempo.

Como era de esperar, dos personas llegaron a la mansión. Por su aspecto, habían llegado a pie, lo que sugería que sus circunstancias eran realmente escasas.

Sonó la aldaba y oyó la suave voz del señor Trudy dirigiéndose a ellos. También se filtraron voces femeninas.

–Están en el salón –dijo el señor Trudy al volver al estudio.

Valentine miró por encima del hombro. No se sintió con ganas de moverse, pero era algo de lo que se tenía que ocupar.

–Entiendo.

–Con su permiso, milord.

Se acercó al escritorio y bebió un sorbo de whisky antes de exhalar. Tener esto resuelto le daría poca alegría, pero algo de satisfacción. No tenía sentido aplazarlo, cuanto antes lo hiciera antes las echaría de su casa, así que salió a grandes pasos del estudio dirigiéndose al salón.

Las dos mujeres estaban sentadas en el sofá del fondo del salón, cerca del fuego, y ambas lo miraron cuando apareció. Allí estaba ella, con los ojos azules como un día de verano en una cara muy hermosa y su cabello rubio artísticamente peinado. Parecía la viva imagen de la salud y la inocencia; la madre era una versión mayor de ella.

—Señora Warkworth —dijo al acercarse e inclinarse pronunciadamente—. Entiendo que su esposo no haya podido venir.

—Mi esposo no está disponible, pero está encantado de que haya mostrado interés por nuestra adorable hija—. Su agradable sonrisa no ocultaba la expresión sagaz en sus ojos, y en cuanto a Imogen Warkworth, esta sonrió agradablemente como era de esperar—. Por favor, permítame presentarle a mi hija, la señorita Imogen Warkworth.

La muchacha se levantó y se acercó, ofreciendo su mano y haciendo una reverencia cuando él se la estrechó.

—Milord, es un placer conocerlo—. Su voz era clara y fuerte, lo que demostraba que no era una violeta mustia, pero eso él ya lo sabía.

—Mi carta expresaba una oferta de matrimonio —afirmó, dirigiéndose más a la madre—. No tengo expectativas de dote. Soy consciente de que, debido a las circunstancias de la señorita Warkworth, no viene acompañada de una. Mi deseo es que nos casemos lo antes posible. ¿Acepta esta propuesta? —Su atención se volvió hacia la dama más joven.

—La aceptamos —dijo la madre antes de que Imogen Warkworth tuviera oportunidad de hablar—. Nos sentimos honrados de que desee que nuestra hija forme parte de su familia.

— ¿Me permite hablar a solas con la señorita Warkworth? —indicó él.

Hubo un momento de silencio.

—Por supuesto —dijo la madre con una sonrisa, y se levantó para salir de la habitación.

Los ojos de la señorita Warkworth la siguieron y retornaron a él. Aún le era difícil entrever sus pensamientos, ya que mostraba muy poco en su rostro aparte de la hermosura con la que había nacido. No era de extrañar que hubiera tenido tanto éxito en sociedad, hasta que la situación financiera de su padre se vino abajo por completo; la belleza de su rostro contaba muy poco entonces.

— ¿Acepta mis condiciones, señorita Warkworth? —preguntó.

Por un momento, ella abrió la boca, pero no emitió palabra.

—Debo tomar decisiones basadas no sólo en mí, sino también en mi hermana.

Valentine sonrió. Estaba negociando con él. Bien, ¿cuáles eran las condiciones de la venta de su virtud y de su futuro?

— ¿Y qué desea para su hermana?

- Un matrimonio adecuado. Acaba de alcanzar la mayoría de edad.

Un matrimonio adecuado podía significar cualquier cosa, pero él sabía que se refería a un matrimonio de sociedad que le impidiera caer tan bajo como ella. Significaba proporcionar una dote a la chica.

Una parte de él quería decir que no; ella realmente no estaba en posición de negociar con él, tal vez no entendía la posición en la que estaba.

–Este no será un matrimonio feliz –dijo–. No tendrá hijos, pero estará a gusto. La mansión de campo estará a su disposición, e incluso podrá utilizar esta mansión siempre que yo no esté aquí.

Un ceño frunció su frente, mostrando su confusión.

–Necesito una esposa, pero no la quiero. Estoy seguro de que puede hacer todo lo posible para minimizar la carga de tener una. A cambio, yo me encargaré del futuro de su hermana como caballero. ¿Está de acuerdo con estos términos? –dijo un poco más cortante que la primera vez.

La muchacha parpadeó y miró a su alrededor como si fuera a encontrar alguna respuesta, pero incluso ella tenía que saber que no estaba en condiciones de decir que no; seguramente, no era tan estúpida como para hacerse ilusiones al respecto, nadie la aceptaba en su casa, no había un solo salón abierto a recibirla.

–Bath es precioso en esta época del año –dijo–. Como mujer casada, puede disfrutar de las delicias de la sociedad.

– ¿Pero no donde esté usted?

–No.

Pequeños asentimientos precedieron a su voz.

–Acepto.

–Como le he dicho, organizaré la lectura de las amonestaciones matrimoniales y enviaré un mensaje a su domicilio con el lugar y la hora de la boda. Entiendo que no hay razón para que nos veamos hasta entonces.

–Como guste –dijo ella. Una sonrisa insegura se formó en sus labios–, Lord Rosemarche –dijo haciendo otra reverencia–. Lo esperaré con impaciencia.

Parecía que ella sabía recurrir a modales exquisitos cuando lo necesitaba.

–Hasta el día de nuestra boda –dijo con una pronunciada inclinación de cabeza. Había una sombría satisfacción en aquellas palabras. Tampoco había sentido la necesidad de mencionar que no toleraría ningún tipo de vacilación. Las aventuras no estarían en su futuro. No debería ser difícil transmitir a los hombres de la sociedad que habría graves consecuencias para cualquiera que intentara tocar a su esposa, sin importar sus intenciones.

En silencio, ella salió de la habitación envuelta en un ligero aroma a rosas que persistió en su ausencia, y en ningún momento él volteó para seguir observándolas.

La misión había sido completada, tenía «esposa». Lo que había dicho antes, sobre que su belleza no significaba nada, no era del todo cierto. Una vez que el escándalo se disipara, probablemente habría hombres de menor posición social que seguirían interesados en alguien como ella; un maestro de escuela o un clérigo en busca de una esposa para una vida modesta pero cómoda. La clase de hombres que aceptaban su propia posición en la sociedad, hombres que tenían poco interés en los beneficios que podía reportar la dote matrimonial; serían pocos, pero la belleza de la señorita Warkworth los atraería.

—Debo irme —dijo Valentine en voz baja al oír regresar al señor Trudy. Había que publicar las amonestaciones. Esas semanas le darían a la señorita Warkworth tiempo para reflexionar y cambiar de opinión, pero mientras mantuviera alejada de ella a cualquier clérigo con mentalidad matrimonial, la única conclusión a la que podría llegar sería la de seguir adelante con ese matrimonio, además, él era el único que ofrecía una dote para la hermana. Las posibilidades de que el matrimonio no siguiera adelante eran escasas.

—Enhorabuena, milord —dijo el señor Trudy.

—Gracias.

La propuesta había resultado tal y como se esperaba. El propio interés de la señorita Warkworth la había impulsado a aceptar, y él tenía pocas dudas acerca de su presencia el día de la boda. Sin embargo, esa perspectiva no le entusiasmaba; era una tarea que tenía que realizar. Después de la boda, la instalaría en la mansión de campo, era una tarea sencilla. Una vez acomodada, podría seguir con su vida. Ella ocasionaría un gasto, pero ciertamente no estaba más allá de lo que podía manejar.

—Me voy al club, y probablemente me quede allá esta noche. No me espere.

Era un alivio haber concluido con eso. Era algo en lo que ya podía dejar de pensar, ella era algo en lo que podía dejar de pensar, y, en ese momento, se proponía poner su mente en temas más agradables.



Capítulo 3

La silla crujió cuando Imogen se sentó junto al pequeño escritorio que daba a la ventana. El ruido de la ciudad se filtraba, ya que en ese momento vivían en una calle bastante transitada. En las últimas treinta horas, su vida había cambiado radicalmente; estaba comprometida con un hombre con un título nobiliario y una bonita mansión y, al parecer, también una mansión en el campo.

Físicamente, no tenía ningún defecto. En realidad era muy atractivo, de cabello rubio oscuro y rasgos faciales fuertes, pero su mirada helada revelaba su frialdad. Había afirmado con absoluta rotundidad que no sería un matrimonio feliz, que no habría hijos. Aquello la confundió; más que nada sugería o bien una incapacidad para tener hijos, o bien una falta de deseo de tenerlos.

Por la frialdad de sus modales, ella sospechó que se trataba de lo segundo. Aquel no iba a ser el tipo de matrimonio con la intimidad necesaria para tener un hijo. Tal vez las mujeres le eran indiferentes o, peor aún, las odiaba.

No quería relacionarse de ninguna forma, e incluso había declarado que ella no debía estar donde él estuviera; eso sin duda sugería que tenía odio hacia las mujeres.

Una lágrima rodó por su mejilla. En su insistencia en un matrimonio basado en el amor, había acabado en un matrimonio sin amor, tanto como podía ser. Su matrimonio sería frío y estéril, pero tal vez eso era mejor que estar casada con un bruto, o incluso vivir con la incertidumbre de no saber si el alquiler se pagaría al final de la semana.

Lord Rosemarche declaró claramente que la mantendría con comodidades, dispuso una mansión de campo para que viviera en ella y la administrara, y otorgó una dote a su hermana. En resumen, las cosas podrían ser peores, incluso podría decirse que tenía motivos para estar agradecida. Por supuesto, la certeza de perder el matrimonio feliz que había deseado le dolía, pero aun así ganaba mucho, Adele sería una persona con clase, al igual que sus hijos. Imogen

podría dedicar su atención a asegurar que el matrimonio de su hermana fuera feliz. Como mujer casada, podría incluso patrocinar su debut en sociedad.

Aunque no sabía cómo sería su bienvenida en la sociedad. Las circunstancias pasadas podrían mancillarla, incluso aunque estuviera a salvo con un buen matrimonio, y fuera una dama; le costaría acostumbrarse. También podría ayudar a su padre. Aunque Lord Rosemarche no parecía dispuesto a ser bondadoso, no podía sentarle bien tener a su suegro en la cárcel de deudores. Tal vez hubiera una casita en algún lugar de la finca donde pudiera alojar a sus padres. Sería un gran alivio saber que no tenían que preocuparse por nada. De alguna manera, ella haría que eso ocurriera.

No, ese matrimonio era un golpe de fortuna. Requería dejar de lado sus esperanzas infantiles de un matrimonio por amor, pero apoyaría a toda su familia.

Un futuro sin hijos era difícil de contemplar, pero habría sobrinas y sobrinos. Era un precio que valía la pena pagar, porque no veía una salida viable a sus problemas sin ese matrimonio.

Resoplando, se irguió. Estaba orgullosa de sí misma por la situación que era capaz de afrontar. Un año atrás, era una persona muy diferente que nunca se había enfrentado a la adversidad. El futuro de esa persona había sido brillante y seguro. Luego, las cosas habían cambiado de forma terrible y desastrosa. Durante un tiempo, incluso le había preocupado que pudiera sucumbir a causa de la preocupación.

Ahora entendía el mundo de otra manera, ahora percibía la tensión en la vida de la gente, ahora comprendía a la casera de enfrente que contaba cuidadosamente cada céntimo que le daban, o al hombre que recogía diligentemente las manzanas que se habían caído de un carro.

La lección que aprendió en el último año fue que el mundo era mucho más cruel de lo que ella había conocido. Antes, su vida había girado en torno a vestidos de gala y fiestas, y a quién había desairado a quién en el salón de Lady fulana.

No obstante, no se atrevía a decir que estaba mejor así, el mundo le parecía grande y abrumador. La vida había sido mucho más sencilla y agradable cuando estaba ciega a las realidades del mundo y a lo mimada que se sentía dentro de él.

—Las amonestaciones están publicadas —dijo su madre, irrumpiendo por la puerta con el periódico de la mañana. Imogen borró rápidamente cualquier indicio de su infelicidad y sonrió.

Una pequeña parte de ella esperaba que cambiara de opinión, que tal vez su falta de entusiasmo por el matrimonio le hiciera pensar que era una mala idea. Pero las amonestaciones se habían publicado. Los esponsales eran reales y se anunciaron a toda la sociedad. Sin duda, ese día ella era el tema de conversación en muchas mesas de desayuno. Los cotilleos probablemente

continuarían durante el resto del día. Una travesura, dirían algunos, un golpe de suerte inconcebible, insistirían otros, y con suerte habría alguien que se alegrara de verdad por ella. Sin embargo, generalmente, la sociedad no perdonaba a los perdedores.

—Creo que es importante que nos vean en algún sitio —dijo su madre, corriendo hacia su armario.

—No sé si es una buena idea —replicó Imogen.

—Tonterías. Esto te reincorpora a la sociedad, querida. Y es un buen matrimonio.

Imogen no le había contado a su madre lo dicho por Lord Rosemarche sobre cómo sería el matrimonio. No tenía sentido preocupar a su madre por una decisión que simplemente tenían que tomar.

—Me preocupa que tal vez pueda disgustar a Lord Rosemarche.

Aunque no conocía bien a ese hombre, temía provocar su ira en ese momento. Su madre debió entender su punto de vista, porque detuvo su examen de los vestidos de Imogen.

—Sí, lo entiendo. Puede ser prudente.

—Simplemente no le conozco lo suficiente para saber cómo quiere que actúe en sociedad.

—No, tienes razón. Tal vez deberíamos esperar hasta que él te acompañe. Estoy segura de que quiere presentar a su novia a sus amigos.

Imogen tenía otras expectativas. Lord Rosemarche había dicho que no la vería hasta el día de la boda, pero, de nuevo, era mejor evitar el interrogatorio de su madre.

—Ya veremos —dijo alegremente—. Entiendo que tal vez, como no le he visto en ninguna de mis dos temporadas, no sea un hombre que adopte fácilmente un papel activo en la sociedad.

—Sí, algunos hombres son así. Prefieren sus clubes y la tranquilidad del campo.

—Así que probablemente sea mejor no dar la impresión de que casarse conmigo sería poner a prueba sus preferencias.

Sinceramente, Imogen no estaba segura de por qué se empeñaba tanto en no dejarse ver en sociedad, no como una mujer soltera, sino comprometida. En parte, se sentía un poco como si lo estuviera maldiciendo, pero también había en ella rabia por cómo la había tratado la gente que creía que eran sus amigos. Era difícil olvidar lo rápido que la habían visto como a una leprosa, a la que había que evitar por si su contagio los arrastraba a ellos también.

Adele entró de pronto en la habitación y se tumbó en la cama que compartían.

—¿Tendré esta habitación para mí sola cuando te cases?

—Calla —dijo su madre.

—No lo sé. Espero que vengas a quedarte conmigo, pero esas cosas aún están por determinarse.

–En un principio, es probable que Lord Rosemarche desee privacidad –señaló su madre. Por lo que había dicho, eso sería totalmente innecesario, pero Imogen guardó silencio–. Ahora tienes que terminar tu labor de aguja.

La educación de Adele había sido uno de los gastos que habían tenido que recortar, así que entre ella y su madre le enseñaron las habilidades que necesitaba. Les daba algo en lo que concentrarse durante el día, y había servido para dejar de preocuparse.

Pero ya la preocupación había terminado, en gran parte, salvo por la posibilidad de que aquel hombre cambiara de opinión. Si no, esa era una salida para sus problemas y para la de todos ellos.

–Tal vez deberíamos planear una visita al museo –sugirió Imogen–. Podríamos estar un rato en el ala bizantina.

–No más cerámica –se quejó Adele.

– ¿Prefieres costura? –preguntó su madre de forma mordaz.

–No –cedió Adele.



Capítulo 4

La iglesia estaba fría, pero le sentaba bien a Valentine. El reverendo esperaba pacientemente la llegada de la novia. La hora y el lugar se habían comunicado a la familia Warkworth; no se esperaba a nadie más. Su mejor amigo había sido llamado para ser testigo, y permaneció a la espera más pacientemente que el sonriente reverendo.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —preguntó Harry—. No sabes nada sobre esa mujer.

—No es mi intención conocerla.

—Esto no se puede deshacer fácilmente —presionó Harry.

—Eso espero—. Ciertamente no podría deshacerse fácilmente; no podría deshacerse sin que él lo deseara. Si ella seguía adelante, estaría sujeta a los deseos de él en todos los aspectos.

Con un suspiro de fastidio, esperó. Seguro que no se lo estaba pensando. Era un partido que no podía permitirse el lujo de rechazar.

Harry parecía incómodo, pero no había nada más que hacer que no fuera esperar.

Se oyeron ruidos y, como era de esperar, el grupo de las Warkworth llegó. Primero vieron a la madre y luego a la hermana menor. Imogen llegó la última, llevaba un ramo de flores y lucía un vestido azul, al parecer, de seda; debía ser de la época en que la familia podía permitirse tener seda.

Tenía las mejillas sonrosadas y hermosas. Nunca le había faltado belleza, aunque sus encantos a él le dejaran frío, y sin embargo su expresión era seria. No era una novia radiante de felicidad, sino una mujer que se estaba asegurando un futuro para ella y para su familia, porque asegurar esas mejores condiciones era para lo que la habían educado.

La madre sonrió con gracia, aunque la hermana menor parecía perdida y confusa.

—Lord Rosemarche. Me alegro de verle. Nos disculpamos por la tardanza, pero es lo que se espera de una novia el día de su boda —dijo la madre.

– ¿Lo es? –respondió.

–Una novia debe despedirse de la vida y de la familia que ha conocido –aclaró la señora–. Adele, siéntate, por favor. Imogen, acércate.

Imogen se acercó y ocupó su lugar a su lado, dejando escapar un suspiro nervioso al hacerlo.

–Comience –le dijo al reverendo, que parecía arrastrar los pies.

Valentine estaba ansioso por terminar con eso. No prestó especial atención a los votos, únicamente murmuró las palabras que completaban ese contrato.

–Sí, quiero –dijo ella en voz baja como se esperaba, y el reverendo volvió su atención hacia él, pidiéndole hacer votos que Valentine no tenía intención de cumplir, excepto el de «hasta que la muerte los separe», porque, para él, esa era la mejor forma de vengarse que se le pudo ocurrir, y duraría toda la vida.

–Sí quiero– pronunció cuando fue preciso hacerlo. ¿Era esa la parte con la que no se podía deshacer el matrimonio?, ¿o era con su firma del certificado?

Cuando giraron hacia el escaso grupo que asistía a la ceremonia, se encontraron con una ovación apagada.

–Creo que debemos firmar el certificado –insistió Valentine.

–Sí, pasen por aquí –dijo el reverendo, conduciéndolos hacia una mesa junto a la pared. Valentine observó cómo ella tomaba la pluma; se detuvo un momento sobre el papel, como si tuviera dudas, pero su buen juicio, ¿o acaso era su codicia?, la venció, y estampó su firma donde debía, y, rápidamente, él hizo lo mismo.

Ya estaba consumado el hecho. Había conseguido aquello en lo que había trabajado sin descanso. Durante las siguientes semanas, meses y años, ella se percataría de su situación.

Su madre la besó en las mejillas, rebotante de felicidad. Así debía ser, su hija se había casado bien. Imogen no sería tratada cruelmente, simplemente sería ignorada.

–Un carruaje los espera –dijo él–. Me temo que no habrá festejos.

–Entiendo –dijo ella. Si él esperaba una mirada de decepción, no la vio; su rostro era estoico e inexpresivo.

–Felicidades –dijo Harry, dándole una palmada en el hombro, lo cual era un cumplido totalmente innecesario–. Lady Rosemarche –continuó diciendo haciendo una reverencia a la esposa. Valentine no deseaba que Harry la saludara, pues era el tipo de hombre que se fijaba en todas las mujeres–, debemos celebrarlo.

–Lady Rosemarche ya se va –dijo Valentine.

–Oh –dijo Harry con sorpresa.

Con un toque en el codo, la instó a avanzar hacia la puerta de la iglesia. Era el primer roce que tenían y se arrepintió; ella no discutió e hizo lo que él le decía.

El aire era algo más cálido fuera y era un alivio alejarse de la opresiva sensación del interior. A él no le había gustado la ceremonia, ni la gente que había asistido, y ya era el momento de ponerle fin a eso.

Como era de esperar, el carruaje estaba esperando. Al parecer, el baúl de ella había sido puesto en la parte trasera, así que estaba lista para partir.

–El carruaje la llevará a Whitfield House, esa es mi mansión –dijo.

Imogen miró el carruaje como si lo estuviera examinando. ¿Estaba apreciando la finura del mismo? Entonces no se sentiría decepcionada en Whitfield.

– ¿No me acompaña?

- No – respondió –, tengo asuntos que atender. El personal podrá satisfacer todas sus necesidades.

Le tendió la mano para sostenerla mientras subía al carruaje, y ella hizo lo que le pidió, tomando asiento. Estaba muy bien decorado, así que no podía sentirse decepcionada. Comparado con cómo le había ido últimamente, era lujoso.

Lucía muy guapa en la ventana del carruaje. Su cabello rubio se enroscaba suavemente alrededor de sus hombros y sus mejillas estaban sonrosadas. Entendía por qué su hermano se había enamorado de ella; ese fue el peor error de su vida, porque la belleza exterior albergaba un corazón perverso en su interior.

Con una presión firme, cerró la puerta y luego hizo un gesto con la cabeza al conductor para que se la llevara, cosa que hizo de inmediato.

Fue un alivio que se fuera, tratar con ella no fue placentero. Bueno, la satisfacción esperada lo compensaba. No sería cruel, nunca le haría daño, y, en cierto sentido, se encontraría en una posición tan buena como hubiera podido desear, pero estaría en una prisión.

Al girarse, vio inesperadamente a la madre y a la hermana; le parpadearon expectantes, confusas ante lo que acababa de suceder.

–He acordado con ella que pagaré las deudas de vuestro esposo –dijo–. Lo haré en breve. Puede visitarla cuando quiera –diciendo eso, se alejó ignorando la mirada interrogante de la madre.

Harry se reunió con él en la puerta. Adentro no había nada más que necesitara hacer, así que más les valía marcharse.

–Estás casado –dijo–. Y acabas de despedir a tu novia. Una lánguida luna de miel, creo.

–Como sabes, no habrá ninguna.

Unas noches atrás, le había explicado a Harry la poca alegría con la que se casaba con Imogen Warkworth, así que ¿por qué le sorprendía que eso no hubiera cambiado? Pues porque la mayoría de los hombres se esforzaban más en engañar cuando se casaban con mujeres a las que no querían atarse. La mayoría de ellos lo hacían en beneficio de sus perspectivas familiares, mientras que él lo hacía por venganza.

Sinceramente estaba deseando dejar atrás todo ese lamentable asunto, la rabia que le había perseguido durante tanto tiempo y el esfuerzo que había tenido que hacer para que todo eso sucediera.

–Hay algunas cosas que tengo que hacer –dijo, dándole una palmada en la espalda a Harry–. ¿Te veo en el club esta noche?

–Si quieres –respondió Harry.

Con el rabillo del ojo, vio a la madre y a la hermana subir al carruaje que él había dispuesto para ellas, y prepararse para partir. Aunque le consideraban un hombre tosco y frío, le estaban agradecidas por el rescate que les había proporcionado; si fuera un desalmado, se retractaría de ello, pero no lo era. El padre de Imogen sería rehabilitado, e incluso le proporcionaría algún dinero para pagar cualquier otra deuda. También le proporcionaría un estipendio, el suficiente para que la hermana contrajera matrimonio.

Ese era el trato que había hecho con Imogen: el rescate de su familia a cambio de su confinamiento, un trato que ella había aceptado de buen grado. En ningún momento él había mentido al respecto.

Ahora le tocaba marcharse, así que fue en busca de su caballo. En el camino de vuelta, se detendría en la tumba de su hermano, un lugar al que no había vuelto desde el funeral. Aquellos habían sido sus días más oscuros, y se sentía un poco como si por fin estuviera dando sepultura a su hermano.

Él había estado lejos en ese momento, haciendo fortuna en las Indias Occidentales. Nunca debió ser Lord Rosemarche; ese era el destino de su hermano, pero su muerte lo había cambiado todo.



Capítulo 5

El cochero condujo durante horas, y se detuvo en una posada para que ella cenara antes de continuar. El cochero no le dijo nada, aparte de que la llevaba a Whitfield.

Imogen no se había permitido llorar, pero había tenido ganas de hacerlo todo el tiempo, incluso en la boda, que había sido un acto solemne y apresurado, y luego la echaron a la primera oportunidad. ¿En qué se había metido?

Lord Rosemarche era un hombre apuesto para cualquiera que le viera, pero aquellos ojos azules como el hielo estaban vacíos y sin vida. Tenía una pequeña cicatriz en la mejilla, que ella había visto cuando se volteó para dirigirse al sacerdote.

Había declarado que ese matrimonio no sería feliz. Ese hombre no tenía amor ni afecto para dar, eso estaba claro, así que quizá fuera una suerte que no tuviera intención de pasar la noche de bodas con ella. Le daría la oportunidad de acostumbrarse a tanto cambio en su vida. Una casa nueva, un nombre nuevo y un esposo que, en el fondo, no tenía ningún interés en ella.

Él también había declarado que no tendría hijos. Tal vez consideraba que esto requería un acto tan repugnante que él no podía concebir, hasta el punto de renunciar al imperativo social de tener un heredero.

Quizás no pasaría ninguna noche con ella, y quizás eso fuera una bendición. ¿Cómo iba a saberlo? No sabía nada de ese hombre. Nunca había estado en ninguno de los eventos de la temporada. Con un hombre tan guapo, las chicas se habrían encaprichado de él, pero había una agudeza en él, una dureza que no había surgido de una vida apacible.

A medida que pasaban las horas, intentaba no pensar en ello. ¿Por qué no había pensado en traer algo para pasar el tiempo, un libro, o al menos un bordado? Porque no había esperado viajar sola.

Viajó por el campo por horas, y finalmente llegó cuando el carruaje giró en un camino bordeado de árboles. La mansión era impresionante; no era la más grande que había visto, pero era majestuosa, de tres pisos con ventanas bien alineadas. La rodeaba un parque hasta donde alcanzaba la vista.

Así que esa era Whitfield House, y ahora era su hogar. Aunque era muy bonita, sabía que no sería feliz en ella, pero no podría ser tan miserable, tenía que haber algo de felicidad durante su existencia allí.

La forma en que él había hablado, cuando le propuso por primera vez ese matrimonio, sugería que ella era libre de hacer su vida. Se había mencionado que pasaría temporadas en Bath, e incluso en Londres, siempre que él no estuviera allí, lo cual sugería que la ausencia de él sería lo habitual. Entonces, ¿por qué casarse si no era para tener herederos? No lo entendía, pero tal vez no le correspondía entenderlo.

Al menos allí tendría espacio para respirar y estaría libre de la incesante preocupación por su familia; su hermana se casaría, se lo había prometido y las deudas de su padre se pagarían. Su familia estaba segura, esa era una sensación increíble, así que tal vez la confusión que sentía acerca de ese matrimonio era algo que tendría que aceptar. Ese matrimonio y sus términos fueron establecidos por él. Lo más probable es que él tuviera razones para sus acciones, y ella simplemente debía aceptarlo.

El carruaje se detuvo junto a la casa y el personal esperaba su llegada; eran seis en total, dos hombres y cuatro mujeres. Una mujer estaba de pie en la cabecera, con una mirada estricta en su rostro. Era de unos cincuenta años, supuso Imogen.

–Lady Rosemarche –dijo con una rápida reverencia–. Bienvenida a Whitfield House. Soy la señora Monroe, el ama de llaves. ¿Puedo presentarle al resto del personal?

–Sí, por supuesto –dijo Imogen con una sonrisa mientras los saludaba. Los nombres fueron dados apresuradamente e Imogen ya sabía que desaparecerían de su mente. No tenía esa facilidad para recordar nombres con una sola presentación, tardaba un tiempo en recordarlos.

–Todos le deseamos la más sincera enhorabuena por sus nupcias –dijo la señora Monroe–. Le hemos preparado té en el salón, por si desea un refrigerio.

–Eso sería muy bienvenido –dijo Imogen, y se alegró de poder calentarse, pues había tenido frío todo el día y no había entrado en calor.

Cuando la condujeron al salón, se alegró de ver un fuego y se acercó para colocarse ante él.

–Su habitación ha sido preparada por si desea descansar –continuó la mujer–. Si necesita algo, puede tocar la campanilla que está justo a su izquierda. –Imogen se asomó y vio una cuerda de

seda que colgaba del techo.

–Gracias –dijo, y la mujer se marchó. Imogen estiró la espalda dolorida y se acercó a la ventana. Era un día gris, pero se veía mucho verdor por la ventana. Era inconcebible que fuera a vivir ahí. Era el comienzo de un matrimonio infeliz, y por eso estaba sola en una mansión que no conocía y ataviada con su vestido de novia.

El fuego la atrajo y se acercó, suspirando cuando el calor se fundió en su cuerpo arqueado. El viaje la había agotado y agradeció mucho la oportunidad de tumbarse.

La señora Monroe regresó con un servicio de té de plata y lo colocó en la mesita junto al sofá, luego hizo una rápida reverencia antes de marcharse.

Por la mañana escribiría una carta a su madre. Tenía que hacer planes.

El té estaba bien hecho y le alivió la garganta mientras estaba sentada en aquella mansión tan tranquila. Aparte del tic-tac de un reloj y el piar de los pájaros fuera, no se oía nada. Ella estaba acostumbrada a los persistentes sonidos de Londres, día y noche, aunque cuando era más joven habían tenido una mansión de campo, aunque no de esa envergadura. Habían sido unos veranos maravillosos, pero su padre la había vendido, y eso había sido antes de que su fortuna diera un vuelco tan salvaje. No conocía los detalles de nada de aquello, pero sin duda había observado los cambios en él.

Esos pensamientos le hicieron estar muy agradecida por la decisión que había tomado. Su padre iba a ser liberado de su deuda y sería puesto en libertad. ¿Cómo no iba a estar agradecida a Lord Rosemarche por ello? El futuro de su hermana estaba asegurado, su familia estaba a salvo. ¿Qué importaba más que eso?

Cuando se hubo saciado de té y galletas, la llevaron a su dormitorio. La escalera era grande, con retratos en las paredes. Intentó observar sus rostros, pero la señora Monroe caminaba demasiado deprisa.

– ¿Es ese Lord Rosemarche? –preguntó, y la señora Monroe se detuvo y miró.

–Muchos de ellos fueron Lord Rosemarche, pero sí, éste es el actual. Y su hermano. Ya no está con nosotros, bendito sea.

El hermano era un hombre joven y le resultó vagamente familiar, tal vez fuera el parecido familiar entre los hermanos. El hermano, sin embargo, parecía de naturaleza más suave que el hombre con el que ahora estaba casada.

La señora Monroe no era de las que se entretenían y volvieron a caminar, hasta que llegaron a una puerta más adelante en el pasillo.

–Esta es su habitación –dijo y se hizo a un lado una vez hubo abierto la puerta.

El interior era claro y luminoso. Los muebles parecían de cerezo, y de la mejor calidad. Los grandes ventanales daban al parque de la parte delantera de la mansión, y podía ver el camino de la entrada bordeado de árboles por el que había llegado.

–Es muy bonito –dijo.

–No hay lugar mejor en todo el mundo –dijo la señora Monroe–. La dejo para que descanse. La cocinera tendrá la cena lista a las seis. El té está siempre disponible, si lo desea. No tiene más que llamar si necesita algo, cualquier cosa.

–Gracias –dijo Imogen con una sonrisa, y la mujer se marchó. Sentada pesadamente en su cama, deseó poder retirarse ya, pero era demasiado pronto. El agotamiento la embargó y sintió que toda la energía abandonaba su cuerpo. Era una habitación preciosa, luminosa y cálida; había un fuego encendido. Sería una habitación muy cómoda, tal vez no en pleno invierno, pero podía utilizar la casa de Londres, siempre que él no estuviera allí.

¿Por qué casarse si no iba a engendrar un heredero? ¿Era para guardar las apariencias? Esa era su noche de bodas, y no era como ella la había imaginado, sin embargo, para algunos, ese sería el mejor resultado posible. El entusiasmo de las muchachas solteras con respecto a la noche de bodas variaba considerablemente; muchas lo veían como un obstáculo que había que superar.

Cansada, se tumbó y se tapó con una manta. No pudo mantener los ojos abiertos. El silencio absoluto sería un poco angustioso si no fuera por lo cansada que estaba, aunque quizás ese cansancio no era simplemente físico, sino a causa de toda la preocupación, angustia e inquietud del último año, por no hablar de la preocupación por ese extraño matrimonio, y por tratar de prever cuál sería el precio; había aprendido que nada era gratis.

Sus sueños no fueron agradables, pero nunca lo eran. Alguien la perseguía y ella intentaba escapar. La gente del mercado la miraba boquiabierto y nadie la ayudaba. Se despertó sobresaltada sin saber dónde estaba. Su sueño había sido profundo y se sentía aturdida, pero la habitación era cálida y la manta le daba demasiado calor, pero aun así sentía que la necesitaba.

Sonó un suave golpe en la puerta. Lo recordaba de su sueño. Debía ser lo que la había despertado.

– ¿Sí? –dijo, pero le salió débil. Se aclaró la garganta–. ¿Sí? –repitió con más fuerza.

–La cena está lista. ¿Quiere que la ayude? –Era una voz suave, una que no había oído antes. Seguramente era una sirvienta que había venido a ayudarla.

–Pase –dijo Imogen, y la muchacha apareció e hizo una reverencia. Que la gente le hiciera reverencias insistentemente era algo a lo que todavía no estaba acostumbrada. Hacía tiempo que ya nadie lo hacía, no desde la última vez que había asistido a un baile. Eso fue antes de que

detuvieran a su padre, y el escándalo de su situación se hubiese extendido por todo Londres, revocando instantáneamente, a quien fuera, la necesidad de hacerle una reverencia.



Capítulo 6

Los interiores de terciopelo rojo del Club Belham parecían de otro mundo, y eso era lo que se pretendía: que los caballeros se sumergieran en ellos, satisfaciendo todos sus deseos. De joven había sido muy excitante, pero a medida que Valentine crecía, se daba cuenta de su naturaleza depredadora. Aun así, proporcionaba un servicio, totalmente alejado de las expectativas sobre comportamiento y decoro; era un secreto a voces cuyas confidencias ningún caballero traicionaría. Cualesquiera que fueran los requisitos impuestos a los caballeros, ahí expresaban su verdadera naturaleza.

Durante mucho tiempo, esa discrepancia le había parecido fascinante, pero ya le resultaba tediosa; quizá ya había visto y experimentado todo lo que había ahí, y no quedaban más descubrimientos por hacer. La verdad no siempre conduce a algo mejor, a veces conduce a un comportamiento mezquino, egoísta y miope. No es que creyera que un mejor comportamiento hace a un hombre mejor; no, simplemente le decepcionaba la verdadera naturaleza de la mayoría de los hombres. Los ejemplos dignos de admiración eran cada vez más escasos, una vez que la farsa se desvanecía. Muchos se aferraban a sus máscaras con ferviente celo, pero era el miedo lo que les impulsaba.

Sin embargo, aún quedaban algunos dignos de admiración. Que la riqueza diera superioridad era algo natural y esperado, pero eran más dignos de mención los hombres que la tenían sin el beneficio de la riqueza. De joven, se había dado cuenta de que el mundo se había ordenado en torno a esos hombres, aunque fuera difícil identificar la cualidad que los hacía tan poderosos, y entonces su deseo fue convertirse en uno de ellos, sin el beneficio del título y la riqueza; al final, sin embargo, las circunstancias le habían otorgado el título, el poder y la riqueza.

—Rosemarche —dijo Thornwell con su típico tono de voz perezoso. Thornwell era alguien que se creía poderoso, pero no lo era; la amargura debido a ello lo hacía vicioso—. He oído que te

felicitan por tus nupcias. He sabido que estás casado con Imogen Warkworth. Una belleza por donde se la mire, pero no te había visto como alguien que tuviera que comprar una novia entre los desesperados. —Al hombre se le escapó una risita ronca—. Por otra parte, si tienes que acostarte con una mujer varias veces, más vale que sea hermosa.

—Estoy en una posición en la que no tengo que considerar nada en cuanto a con quién me caso —replicó Valentine, lanzando una pequeña indirecta a Thornwell, cuyo matrimonio se había formado expresamente con el propósito de aumentar su patrimonio.

Thornwell se lo tomó como pretendía que fuera, como un insulto. Aquel hombre nunca cejaría en su insistencia en intentar acobardarle; nunca le funcionaría, pero era obvio que Thornwell pensaba que tenía un derecho natural de superioridad, debido al hecho de que tenía una relación familiar con la línea real. Estaba claro que Thornwell no era de los que reconocían que existía superioridad en los hombres sin relación alguna con el privilegio y la posición. Por eso, Thornwell se perdía algo muy importante acerca del mundo, y era por esa misma razón, que siempre fracasaba en hacer que Valentine se sintiera afectado por sus insultos cortantes; Valentine simplemente se negaba a reconocer la supuesta superioridad de Thornwell.

Eso era tedioso. Esa danza de jerarquías era tediosa, y con ella se perdía el quid, la verdadera naturaleza de las cosas.

—Tenga buenas noches, Thornwell —dijo Valentine y pasó de largo ante la indignación apenas reprimida del hombre.

Al encontrar a Harry, tomó asiento en la mesa donde estaban jugando a las cartas. Harry tenía debilidad por ello, por la tensión que le proporcionaba el juego. A Valentine nunca le había gustado, suponía que era una batalla de habilidades, pero había juegos más interesantes, como el que había jugado con Imogen Warkworth, ya Lady Rosemarche. Era extraño pensar en ella como su esposa. Era completamente ridículo. Sin embargo, el hecho de que básicamente pudiera dejar de evitar la sociedad refinada era una bendición, puesto que ya no le interesaba a las madres codiciosas que buscaban esposos para sus hijas. Si había alguien combativo y despiadado en el mundo, eran esas mujeres. Los hombres de esa mesa no podían hacerles sombra. Se preguntó cuántos hombres se casaban por miedo a que las matriarcas de la sociedad fueran tras ellos.

—Pareces aburrido —dijo Harry.

Valentine asintió moviendo la cabeza.

—Como deberías estarlo, ya que estás aquí y no en tu luna de miel.

En el fondo, Harry simplemente no podía entender la naturaleza de ese juego. Lo comprendía, pero seguía sin entender por qué simplemente no quería aprovechar los beneficios de ese

matrimonio. En cierto modo, Harry era aún más despiadado, ya que para él era perfectamente razonable disfrutar de la noche de bodas, y luego abandonar a la novia en su elegante jaula, la casa de campo. Evidentemente, para muchos, eso era simplemente un matrimonio convencional.

Aunque Valentine estaba siendo intencionadamente despectivo con Imogen, la sociedad en general era, a menudo, desdeñosa con las mujeres. ¿Cómo podía uno vengarse de alguien si pensaba que su experiencia era usualmente como se esperaba? Siendo así, los hombres parecían haberse vengado de las mujeres durante siglos.

Le dolía la cabeza pensar en esas cosas. Durante tanto tiempo, había estado trabajando para lograr algo, ese matrimonio, y ahora que lo había conseguido, sentía que había perdido un poco el propósito.

El whisky era suave y delicioso, y se tomaba con demasiada facilidad. Si seguía así, probablemente al final de la noche se encontraría en un lugar en el que no quería estar. Sin embargo, Harry parecía estar absorto en el juego de cartas; se ponía así cuando únicamente deseaba la emoción de la mesa de juego; por suerte, no era estúpido y no apostaba más de lo que podía permitirse. No era el tamaño de las apuestas lo que le excitaba, sino una contienda hábil, sin embargo, eso aburría a Valentine.

—Me voy a pasear —dijo Valentine y se levantó de la mesa. No es que quisiera ir a ningún sitio en concreto, aunque, a decir verdad, no le importaría meterse con algún bribón que intentara robarle; por lo visto, ese era su estado de ánimo, aunque acabara de salir victorioso de una larga campaña. Ningún rostro de ese establecimiento le atraía para conversar, así que se acabó yendo. Adicionalmente, también hubo escasez de granujas, y llegó a su mansión sin ninguna molestia.

Llamó a la puerta y rápidamente le hizo pasar el señor Trudy.

—Espero que haya pasado una buena velada, milord.

¿También le estaba juzgando el señor Trudy por no haber estado con su novia en su noche de bodas?

— ¿Gorra de noche? —preguntó el señor Trudy, y Valentine asintió. Era normal que terminara la noche frente al fuego de su estudio, siempre que estuviera lo bastante sobrio para mantenerse en pie; por supuesto que la mayor parte del tiempo lo estaba, y se preguntó si las noches de juerga habían quedado atrás. Por mucho que todos los jóvenes juraran que nunca envejecerían y se volverían cansinos, era un proceso natural.

—Ha llegado una carta —dijo el señor Trudy mientras le entregaba a Valentine un vaso de whisky—. No se lo mencionaría si no hubiera algo notable en esta carta.

— ¿Oh? ¿De quién es?

—De su tía.

Ah, eso era... incómodo. ¿Se había enterado de antemano de la boda? ¿Alguien se lo había dicho? ¿Quién se lo habría dicho? ¿Acaso alguien de su personal no le era leal?

La carta le fue entregada, y pudo ver la insignia de su tía en el lacrado.

Querido sobrino,

Imagina mi sorpresa cuando llego a casa y descubro que no me han invitado a tu boda. Es extraño. Espero verte mañana bien temprano.

Tu tía,

Clementine

Su tía Clementine estaba enfadada, cada línea de su nota lo expresaba. Supuso que era comprensible que lo estuviera; ella había sido más madre para él que cualquiera de sus padres, pues ambos habían muerto, su padre más recientemente.

Sería un insulto no ir cuando le habían convocado, y no era su intención insultarla de ese modo, ni dejar de invitarla a su boda. Como su tía acababa de regresar del continente y él no había sabido que llegaría, tenía la excusa aceptable de que no había querido esperar.

Sin embargo, eso sería una mentira, y a él no le gustaba mentirle. Por la mañana, iría a verla y se lo explicaría, y el enfado se le disiparía. Lo cierto es que ella era incapaz de estar enfadada con él durante mucho tiempo, por muchas veces que le llamara incorregible.

El señor Trudy le dejó, con la seguridad de que ya podía arreglárselas él solo. A Valentine no le gustaba que le atendieran de pies a cabeza, ya que era perfectamente capaz de vestirse solo e, igualmente, de desvestirse al final de la noche. De hecho, a Valentine le gustaba estar solo, lo encontraba reconfortante.

Trudy había sido el asistente de su padre, y como Valentine no quería molestarse en conseguir el suyo propio, el convenio les venía bien a ambos. Además, el hombre era lo bastante hábil como para encargarse de toda la casa cuando fuera necesario, sobre todo teniendo en cuenta que la señora Monroe estaba en ese momento al servicio de su esposa.

Todavía sonaba incómodo decir que tenía una esposa, que Imogen Warkworth era su esposa. No había más sentimiento que la incredulidad.

Pero era su noche de bodas y la estaba pasando solo, bebiendo whisky frente al fuego de su estudio. Tal vez podría decirse que faltaba algo en su escenario. Si alguna vez había buscado un vínculo estrecho con una mujer, había sido algo que se había disipado hacía mucho tiempo. Había observado las realidades del matrimonio de la alta sociedad, cualquier noción de tal cercanía había resultado ser un deseo infantil poco realista.



Capítulo 7

Aunque Valentine no tenía estrictamente una resaca, se sentía como si la tuviera al acercarse a casa de la tía Clementine. Hacía tiempo que no estaba allí, y había tenido que posponer una reunión de negocios para atenderla.

No iba a ser un encuentro agradable.

—Espérame —le dijo al conductor. Esperaba que la amonestación no le llevara demasiado tiempo. Seguramente Clementine estaba cansada de su viaje.

Como era de esperar, el señor Williamson abrió la puerta y sonrió.

—Es un placer verle, milord. Lady Berenwood le ha estado esperando. Está en la sala del desayuno.

Valentine conocía el camino, así que no esperó a que Williamson lo acompañara. El hombre caminaba demasiado despacio.

—Ahora, ¿qué tienes que decir en tu defensa? —dijo su tía, dirigiéndole esa mirada cortante que lanzaba cuando estaba disgustada.

—No sabía que venías —dijo y se sentó. Lo maravilloso del continente era la mermelada que había traído. Normalmente no la comía, pero estar con su tía siempre le hacía volver a retomar viejos hábitos de su infancia y cogió una tostada y le untó la mermelada—. Sabes que no soy muy goloso. Debe haber sido toda la mermelada que comí de niño; ahora no la soporto —dijo y le dio un mordisco. Su dulzor explotó en su boca—. Prefiero lo amargo y lo picante.

—Te escribí una carta.

—Ya sabes lo poco fiable que es el correo del continente.

De hecho, había recibido la carta, pero se había negado a abrirla, por si le obligaba a actuar, o de alguna manera se dejó llevar por sus extrañas y fantasiosas ideas.

– ¿Cuál era exactamente la prisa? No puedo creer que no me escribieras. Las amonestaciones se habrían publicado, estoy segura. Sin embargo, ni una palabra de ti. No podía creer la noticia cuando la oí.

–Después de todo, pensé que estarías complacida. Y no quería que ella cambiase de opinión.

– ¿Cómo es que nunca has mencionado a esta chica?

Porque no valía la pena mencionarla.

– ¿Dónde está? –insistió Clementine.

–En Whitfield.

– ¿Sola?

–Sí, residirá allí. Tiene malos recuerdos de Londres. –Esa parte debía ser cierta.

–Entiendes lo inusual de eso, que ningún miembro de la familia fuera a la boda.

–Su madre y su hermana estaban allí. Honestamente, no pensé que te importaría.

–Eres todo un hombre –dijo tía Clementine con molesto desdén–. ¿Cómo no has pensado que querría echar un vistazo a esta chica antes de casarte con ella? ¿Es inapropiada? ¿Es actriz?

–No lo es. Es de una buena familia, aunque algo venida a menos. Es muy guapa.

Los ojos de Clementine se clavaron en él mientras hablaba.

– ¿Cómo que venida a menos?

–Ha tenido tiempos difíciles. Por deudas.

– ¿Eso es todo? ¿Ningún escándalo?

–No, no más allá de sus limitados recursos financieros.

–Así que te doy la espalda y te casas con una hermosa mendiga. Francamente, no pensé que fueras así.

De acuerdo, actuó fuera de lugar, pero la tía Clementine no conocía toda la historia, o el razonamiento detrás de todo esto. Y si estaba decepcionada de que se hubiera casado con esa mujer, casi en secreto, estaría francamente abatida de saber la razón por la que lo había hecho, y las condiciones que había puesto al matrimonio.

– ¿Es estúpida?

Sinceramente, no tenía una respuesta para eso.

–No, no especialmente. Aunque, después de todo, aceptó casarse conmigo. Algunos dirían que eso es el colmo de la estupidez.

Eso sonaba a autodesprecio, pero en realidad no lo era. La sabiduría de la decisión de casarse con él era cuestionable, excepto por el hecho de que ella había sido más o menos forzada a ello, o más bien las consecuencias de no hacerlo habrían sido graves.

Tampoco podía decirle a su tía que había sido el artífice de la ruina de la familia. Las inversiones fallidas y las malas decisiones habían sido cuidadosamente elaboradas. Había invertido mucho tiempo y dedicación, pero su sed de venganza no se había saciado simplemente arruinando sus perspectivas: no, sólo una prisión fría y solitaria era lo merecido por Imogen Warkworth.

–Bueno, puede que seas padre el año que viene –dijo Clementine.

Eso no iba a suceder, pero él no le veía sentido a mencionarlo, de hecho, había considerado los requisitos para tener un heredero, y esperaba que adoptara algún hijo ilegítimo. En algún momento tendría una amante, y él no creía en ninguna distinción inherente entre un hijo legítimo y uno ilegítimo, pero eso era un asunto del futuro. A diferencia de muchos, a él tampoco le gustaban las exigencias de una amante codiciosa y empalagosa.

No es que no le gustaran las mujeres, más bien tenía motivos para desconfiar de ellas. Una relación transparente era la forma más sencilla de tratar con ellas; todo el mundo sabía lo que recibía. Cuando se fingía, las cosas se volvían incómodas, si bien algunos hombres vivían de ese fingimiento; querían creer lo que las mujeres les vendían.

– ¿Cuándo la conoceré?

–Probablemente durante la temporada. –No especificó en qué año.

– ¿No hasta entonces? –preguntó su tía con sorpresa.

–Como ya he dicho, no le gusta Londres. He decidido dejar que se instale en Whitfield antes de pedirle que venga. Tiene una hermana.

–Supongo que eso es un motivo para asistir a la temporada. Esto es muy peculiar. Debo admitir que me hace sospechar.

–Esa no es mi intención –dijo. La mermelada era realmente demasiado dulce. Por un segundo, se preguntó si a Imogen le gustaría, si le gustaban las cosas dulces. Luego descartó la pregunta por carecer de importancia.

–Quizás debería ir a verla –insistió la tía.

–Si lo desea. –Si se lo prohibía, no se rendiría, y entonces realmente sospecharía y él estaba bastante seguro de que Imogen no revelaría la naturaleza de su arreglo. No sería lo mejor para ella. Su separación sería más embarazosa para ella que para él. Ella sería juzgada por ello, vista como una fracasada en el comienzo de su matrimonio.

Era injusto, pero así eran las cosas. Los hombres se casaban con las mujeres por su dote, y luego se culpaba a las mujeres si sus esposos no solían preferir su compañía. Como él había dicho, era un mundo cruel.

– ¿Y sin luna de miel?

–Tenía negocios delicados que no podía reprogramar. –No quería, era la palabra correcta–. ¿De qué sirve una luna de miel? Tenemos años para conocernos. No todo tiene que suceder en la primera semana. Un poco de misterio le vendría bien al matrimonio.

Su tía le miró. Aún había sospechas y, francamente, le sorprendió un poco que no se hubiera resistido más.

–Y no, no está embarazada.

La tía Clementine se mordió el interior de la mejilla.

–No, supongo que no eres de los que se dejan vencer por la pasión.

Nunca se habían dicho palabras más ciertas; tal vez en algún momento del pasado. Hubo un tiempo, cuando era más joven, en que creyó estar encaprichado con una chica, pero habían sido fantasías juveniles que se habían disipado mucho antes de la muerte de George, y, con esta, todo había llegado a su fin. Todo había cambiado. Valentine se había convertido en heredero, y poco después, se había convertido en Lord Rosemarche.

Y, en ese momento, esa mujer era la única familia que tenía, y todo había sido culpa de Imogen Warkworth.



Capítulo 8

En la mansión Whitfield no había nada que hacer, aparte de preparar la llegada de sus padres. Se había puesto a su disposición una casita de campo, pero necesitaba reparaciones importantes antes de que pudieran instalarse en ella.

La iglesia estaba fría y se sentó sola en el primer banco mientras continuaba el sermón dominical. Aún no le habían presentado al reverendo, y lo estaba esperando. Seguro que todo el mundo sabía que había llegado sola directamente de la boda. En un pueblo la gente habla. La mayoría de los sirvientes de la mansión Whitfield serían del pueblo, entonces, ¿cómo se suponía que iba a manejar las preguntas incómodas? Tal vez tendría suficientes modales para no mencionarlo. Los vicarios, sin embargo, tenían tendencia a intentar husmear en la vida privada de sus feligreses.

En cuanto se daba la vuelta, veía sus miradas puestas sobre ella. Todos sabían quién era y sentían curiosidad por ella; no podía culparlos, pero le resultaba incómodo. Tal vez la juzgaran por sentarse sola en ese banco. No sería así por mucho tiempo, ya que pronto llegarían sus padres y su hermana.

Su presencia sería una alegría para ella. Ese matrimonio había cambiado su suerte radicalmente; todos los problemas habían desaparecido y todos estarían bien y a salvo. Esperaba que también se integrasen bien en la comunidad, lo último que necesitaban era más discordia. Por desgracia, no se podía esperar lo mismo de su esposo. Todo en él era disconformidad, y por mucho que dijera que se mantendrían separados, ella no podía evitar sentir que habría más desavenencias en el futuro. Tendría que ser así, al menos hasta que Adele se estableciera felizmente con un esposo; cualquier discusión que surgiera por ese motivo tendría que afrontarlo.

—Lady Rosemarche —dijo una voz suave, y ella levantó la vista y vio al vicario. Parecía que el servicio había terminado. Había estado tan distraída con sus pensamientos que no se había

dado cuenta—. Es un placer presentarme, soy el reverendo Harold Brenwalt.

Ella se levantó de su asiento y le tendió la mano, que él tomó e hizo una reverencia.

—Me ha gustado el servicio. ¿Lleva mucho tiempo atendiendo a esta comunidad, reverendo Brenwalt? —Era mayor que ella, tal vez de unos treinta años.

—Hace poco más de tres años. Vimos el anuncio en el periódico anunciando sus nupcias. Mis más sinceras felicitaciones.

—Gracias. Mis padres se reunirán conmigo pronto. Deseo invitarlos a almorzar una vez que lo hagan.

—Será un placer darles, a usted y a sus padres, la bienvenida a la parroquia —dijo.

Ella quería marcharse, pero se sintió obligada a quedarse. Aquel hombre iba a ser una parte importante en su vida, y acabaría descubriendo la naturaleza de su matrimonio, igual que todos los presentes, que probablemente ya estaban hablando de ello.

—Hace tiempo que la familia Cauldery no reside en la mansión. Es bueno ver que la mansión Whitfield vuelve a estar habitada.

Hubo un momento incómodo, y ella realmente no sabía qué decir. No sabía casi nada de la familia Cauldery, ni de su historia en la mansión, ni nada del pueblo. Ese hombre era un extraño y no tenían nada en común, así que hizo lo que siempre hacía en estas situaciones, simplemente sonrió.

—¿Sus padres van a vivir aquí permanentemente?

—Sí —dijo ella—. Se van a quedar en una de las casas de campo.

—Entonces les deseo una buena mudanza.

—Están deseando llegar. Mi hermana también. Aún no ha sido presentada en sociedad. —¿Era algo que debía mencionar a un vicario? Era información pertinente para otras personas, pero ¿por qué le iba a importar a él?—. Así que tendremos que pasar los inviernos en Londres, al menos de momento.

—Entiendo —dijo—. Los inviernos aquí pueden ser largos y aburridos para los jóvenes. Pero los veranos son encantadores.

—Estoy deseando que lleguen. — Largos y tranquilos días de verano. Parecía que hacía tanto tiempo que no los vivía. El último verano había sido agobiante, con el calor de la ciudad, las preocupaciones y la miseria, pero su suerte había cambiado y se alegraba de poder brindárselo a sus padres y a su hermana; todos necesitaban un buen verano para recuperarse de los últimos años—. Debería volver. Tengo mucho por hacer.

—Bueno, puede localizarme en la vicaría si me necesita.

—Hasta la semana que viene, reverendo Brenwalt. Hay mucho por hacer por la preparación, todo está en el aire en este momento.

—Entiendo. —Con una reverencia, la libró de seguir conversando y ella sonrió y saludó con la cabeza a la gente mientras se dirigía a la puerta.

Una mujer se interpuso en su camino.

—Lady Rosemarche, me parece. Soy Annabel Campbell. Es un placer conocerla por fin. ¿No está Lord Rosemarche con usted?

—Todavía está en Londres.

—Es una pena. Siempre adoramos sus visitas. Es encantador —dijo ella. La mujer que estaba a su lado no se presentó, como si fuera su cómplice—. Debe decirle que nos visite cuando venga.

—Por supuesto —dijo Imogen con una sonrisa. Ya tenía un presentimiento sobre esa mujer, y no era bueno, probablemente porque su interés se centraba exclusivamente en su esposo.

—Y por supuesto que usted también tiene que venir algún día a tomar el té —dijo poniendo la mano en la muñeca de Imogen.

—Eso sería maravilloso. Iré una vez que me haya instalado. Hay mucho por hacer ahora mismo. —Imogen no estaba segura de que fuera buena idea visitar a esa mujer, pero tal vez estaba siendo demasiado cautelosa con esas personas, o, tal vez debido a su posición, la mujer debía invitarla a ella. Estaba tan poco acostumbrada a ser una dama que la etiqueta involucrada estaba lejos de ser algo natural—. Buenos días —dijo y se marchó. Bueno, no era tan inocente como para no saber cuándo distanciarse de alguien.

Tras saludar con la cabeza a algunas personas más, se dirigió al carruaje que la esperaba y se puso rápidamente en camino de vuelta a la mansión. Tal vez no llegaría a tener amigos si cuestionara la motivación de todo el mundo, o debería hacer amistad con alguien que no se hubiera acercado a ella y lamentara que su esposo no estuviera allí para fascinarle. Francamente, era difícil imaginar a su esposo coqueteando con alguien, pero tal vez tenía una faceta encantadora, una que ella nunca había visto.

*

Imogen sintió una gran emoción al ver llegar el carruaje. Hacía mucho tiempo que se sentía así, pues de nuevo todos estaban juntos y a salvo. Esperó pacientemente a que el carruaje se acercara a la mansión. El tiempo era gris y un poco ventoso, pero ese día eso no empañó su felicidad.

—Ooh, es una gran mansión —dijo su madre al asomar la cabeza por la ventanilla del carruaje. Un lacayo se acercó y ayudó a su familia a salir. Primero su madre, luego su hermana y por

último su padre, que parecía estar delgado y pálido. El aire fresco y la buena comida les sentarían bien. Abrazó a cada uno a su turno—. Y tiene un parque tan extenso.

—Venid dentro a tomar un refresco. Debéis estar cansados después del viaje.

—¿Qué tan lejos está la casa de campo? —preguntó su padre.

—Está hacia el Este. Es un corto paseo. Creo que el cochero se dispone a llevar los baúles hasta allá ahora mismo.

—Me quedo contigo —dijo Adele—. Seguro que hay sitio. ¿Está tu esposo?

—No, no está —respondió Imogen, sintiendo una pizca de vergüenza. Era vergonzoso que él no estuviera allí para ser presentado a su familia, pero no había prometido nada, en realidad, la única promesa que había hecho era que por ningún motivo estaría allí—. Ven a calentarte junto al fuego. Si estás muy cansada, puedes descansar aquí y podemos visitar la casa de campo mañana.

—Ya veremos —dijo su madre. Un rasgo que siempre había tenido, una falta de voluntad para comprometerse con algo hasta estar segura de lo que quería hacer. Eso dificultaba la planificación, pero su madre era testaruda.

—Magnífico. Lo has hecho muy bien —le dijo su padre y la besó en la mejilla.

Sí, bueno, era agradablemente presentable, pero no sería un gran matrimonio. Sin embargo, le reconfortaba saber que su familia sería feliz, y podría centrarse en asegurarse de que su hermana tuviera un matrimonio bueno y feliz. Un joven educado y de buena familia le vendría bien a Adele.

Curiosamente, ella misma, había acabado exactamente en el tipo de matrimonio que se había negado a considerar, un matrimonio frío basado enteramente en una transacción: la ganancia de riqueza. Tal vez fuera su orgullo lo que había hecho que Dios le proporcionara exactamente lo que ella no deseaba. Le parecía que eso no era más que un castigo, pero había salvado a su familia de la ruina, eso era lo importante.

—Hay disponible un almuerzo liviano si alguien lo desea. Si no, podemos conformarnos con té y sándwiches hasta la cena.

—Un té sería maravilloso —afirmó Adele, mirando a su alrededor todos los tesoros familiares perfectamente expuestos para mostrar el estatus y la riqueza de la herencia de los Cauldery.



Capítulo 9

Valentine frunció el ceño ante la carta que tenía sobre la mesa. Ella estaba por llegar; no era una petición, más bien era una carta donde se lo informaba. Tenían que prepararse para la temporada, y eso no podía hacerse en Whitfield. De acuerdo, entendía ese aspecto, pero aún así le molestaba profundamente. La idea había sido que ella fuera a la ciudad cuando él no estuviera, pero no había considerado los aspectos prácticos. ¿Adónde iba a ir él? Whitfield era desagradable en esa época del año, y él no tenía ninguna razón para ir allá.

Una opción era alojarla en habitaciones, pero eso ocasionaría un escándalo, y él no estaba dispuesto a lidiar con las consecuencias. No es que temiera que ella se decepcionase, más bien temía la opinión de los caballeros de sociedad, cuyos comentarios sarcásticos sobre su matrimonio pronto resultarían ser intolerables. No eran pocos los que le deseaban desgracias, y se regocijarían al enterarse de eso.

No había más remedio que recibirla. La alternativa era prohibirle que fuera, lo que significaba romper la promesa que le había hecho de ayudarla en todo lo necesario para que su hermana se estableciera; obviamente, se requeriría una o dos temporadas para que ella encontrara a algún imbécil con quien casar a la chica. El destino podría ser benévolo con él y encontrarle pareja en la primera semana. No era inaudito, una chica muy guapa atraía pretendientes, y la dote que él le daría también la haría atractiva.

Con un profundo suspiro, volvió a mirar la carta. Lo último que quería era tener la mansión invadida por muchachas risueñas; pensar en hombres jóvenes y en su vertiginosa excitación al visitarlas le producía náuseas.

Resultaría casi imposible convencer a Harry de que se marchara de Londres en aquel momento, así que esa embestida sería difícil de evitar.

— ¡Trudy! —llamó en voz alta, y el hombre tardó unos instantes en llegar—. «Ella» está por llegar.

— ¿A quién se refiere, milord?

— ¡A mi esposa! —dijo con un gruñido. Seguía siendo extraño referirse a ella como su esposa. La palabra le resultaba incómoda. Víctima era una palabra mejor para ella, enemiga muerta. Esposa parecía tan... mundano—. Voy a salir.

—Como quiera —dijo el señor Trudy. Valentine no había planeado salir por la noche, pero su ahora oscuro estado de ánimo lo requería. En los últimos tiempos, cuando le apetecía, había disfrutado bastante de pasar las noches en la mansión, pero eso anulaba cualquier disfrute; iba a llegar su maldita esposa.

*

El ruido penetró en su dolorida cabeza y gimió. ¿Qué estaban haciendo? ¿Por qué había ruido en su mansión? Abrió los ojos de golpe. La maldita chica estaba allí.

Sentado, se dio cuenta de cómo le dolía el cuerpo. Harry había estado de juerga la noche anterior y seguramente se encontraba en peor estado. Hacía tiempo que no se emborrachaban tanto, entrando a trompicones en la mansión a altas horas de la madrugada. Había tenido que ayudar a Harry a regresar a su casa en el carruaje antes de retirarse él mismo. Cada vez era más difícil recuperarse de ese tipo de noches, esa era la triste realidad, y ya el infierno había arrasado con la paz de la mansión.

Con un gemido, se levantó, caminó hacia la ventana y vio el carruaje abajo en la calle. El señor Trudy estaba fuera ayudándoles a salir del carruaje. Imogen fue la primera en salir y se estiró y miró hacia arriba viéndole a él en la ventana.

No había duda de que era hermosa; esta no había mermado. Luego salió la hermana, que parecía más joven, más distraída, que miraba la calle como si antes no hubiera visto ninguna otra.

El señor Trudy desvió la atención de su esposa, guiándolas hacia el interior. Había baúles en la parte trasera del carruaje de los que había que ocuparse.

Valentine marchó hacia la puerta.

— ¡Jamieson! —llamó, y su ayuda de cámara tardó unos instantes en llegar, con aspecto más atareado de lo que debería—. Necesito vestirme.

Nunca fue de los que hacen del vestirse un acto pausado; aseo, vestido, dientes y afeitado, todo era hecho de la manera más eficiente posible. Era molesto que su esposa llegara antes de que él

se hubiera vestido. ¿A qué hora habían salido de viaje? Al amanecer, sin duda, y se habrían alojado en una posada en algún lugar del camino.

Una vez vestido, bajó las escaleras y le informaron de que Lady Rosemarche se había instalado en el salón con el té. Obviamente, no iba a entrar, así que se retiró a su estudio. Odiaba tenerla ahí, odiaba su intrusión en la mansión.

Algún tiempo después, llamaron suavemente a la puerta, y supo que era Trudy.

—Pasa —declaró, y entró.

—Lady Rosemarche desea tener unas palabras con usted.

— ¿Desea? —respondió con una ceja levantada. El movimiento al otro lado de la puerta demostró que ella estaba ahí esperando. ¿Qué quería decirle? Tuvo que admitir tener un poco de curiosidad—. Bien.

Así que estaba ahí; un aroma entró con ella, era alguna clase de perfume. ¿No lo había usado antes, en su boda? Era de rosas, recordó vagamente, tal vez ya había estado gastando el dinero de él.

No había una mirada suave en su rostro, más bien era de una altivez que no había disminuido. Valentine se tomó un momento para respirar.

— ¿Asistirá a algún evento de la temporada? —preguntó ella.

—No —respondió sin un momento de deliberación.

Era difícil saber si la respuesta la sorprendió.

—Entiendo —dijo finalmente. ¿Había esperado otra cosa? ¿Cuáles eran sus expectativas?

—Dejo que asuma ese deber. Tengo entendido que usted asistió a algunas temporadas, así que sabrá de qué se trata. Si necesita un acompañante masculino, seguro que su padre estará dispuesto a serlo.

Ahora tenía el ceño ligeramente fruncido.

—Eso no debería ser necesario —dijo—. Simplemente se lo pedí por cortesía. Ahora sé que no necesitamos planificar su asistencia. —Su tono era cortante y directo. Había frialdad, lo cual no era de extrañar, dadas las circunstancias.

— ¿Es estrictamente necesario que pase tiempo aquí antes de que empiece realmente la temporada?

—El vestuario de Amelia es totalmente inadecuado. Será una desgracia si no disponemos de un vestuario apropiado.

— ¿Supongo que tendré que pagar por todo esto?

—Creo que eso era parte del contrato matrimonial.

Estaba en lo cierto, pero él seguía queriendo acribillarla con ello. Esa petulancia no era propia de él y no le gustó cómo respondió. Nada de eso era propio de él, pero la mera aparición de ella le irritaba de una manera bastante infantil, más aún porque no había previsto que tuvieran que pasar tiempo juntos.

—Creo que tiene los medios para llevar a cabo su parte del trato, así que estamos aquí para prepararnos.

¿Por qué era tan importante hacerlo en cuanto pudieran? ¿No podían haber esperado hasta el año que viene?

—Bien —dijo. Le enviarían las facturas y él las pagaría, si bien los vestidos de temporada no eran baratos; él lo sabía. De lo que se trataba era que la chica se presentara lo mejor posible, así que la inversión sería importante.

La conversación se calmó, pero ella no parecía dispuesta a marcharse, parecía como si quisiera decir algo, pero no encontraba las palabras o el valor.

— ¿Conoce a alguien que sea adecuado? —preguntó finalmente.

— ¿Para su hermana? —dijo con incredulidad. A juzgar por lo frío que me mostraba en ese matrimonio, ¿era realmente la persona adecuada a quien preguntar? ¿No tenía a nadie más a quien preguntar? Incluso era justo decir que ella había hecho su propia elección de caballeros en su tiempo, antes de que la situación se hubiera puesto difícil—. No debería recomendarle un pretendiente a su hermana de entre mis conocidos.

— ¿Por qué no? —Por un momento no contestó, porque todos ellos eran unos réprobos, y no estarían interesados en una chica empobrecida, pero entonces se acordó de que él estaba proporcionando una dote lo suficientemente grande a la chica para hacerla atractiva—. Estoy seguro de que usted es mejor que yo para evaluar su idoneidad, al fin y al cabo, yo elegiría al más desesperado por casarse, y ya está. Estoy seguro que desde la perspectiva de una chica, existen mejores criterios para evaluar.

¿Era así como ella había juzgado a su hermano? ¿Bajo qué criterio lo había descartado? Mal evaluado, era un mejor término. George había tenido una delicadeza que Valentine nunca tuvo, habría sido un buen esposo, mucho mejor que Valentine, pero Imogen lo había descartado de plano; ahora estaba atrapada, por el gélido hermano, en un matrimonio estéril y sin amor.

Lo más probable era que la hermana también fuera una criatura estúpida y se casara con algún bellaco fácil de ver. No era su problema, y desde luego no iba a involucrarse. Tal vez Imogen podría aspirar al tipo de esposo que había intentado tener para sí misma, sin duda un duque. Por otra parte, no quería pasar por eso año tras año con unas expectativas poco realistas de que se

casaran por encima de su posición. Por otra parte, la familia Warkworth era prácticamente indigente, así que cualquiera estaba por encima de su posición.



Capítulo 10

Imogen no estaba segura de cómo alguien podía ser tan absolutamente desagradable. Su esposo era... desagradable; esa era la mejor palabra para describirlo. Estaba bastante claro que él no era feliz de verla, no es que ella hubiera esperado que lo fuese, sin embargo, complacerlo no estaba motivando sus acciones; se trataba de Adele y de asegurarse de que se casara.

¿Era terrible que no tratase de complacer a su esposo? ¿No era algo que debía hacer? La mayoría diría que ella le debía eso, un intento de crear una relación cordial con él, pero él había creado esa situación, y había sido muy claro acerca del hecho de que no quería cultivar una relación amable entre ellos.

Sinceramente, no entendía por qué se había casado con ella. La razón de asegurar un heredero tendría sentido para ella, era lo que impulsaba a la mayoría de los matrimonios, sobre todo a los intolerantes, pero él había dicho claramente que esa tampoco era su intención, de hecho, él había declarado descaradamente que ella nunca tendría hijos.

Con el tiempo, eso podría molestarla mucho, pero en ese momento, recién salidos del lugar en el que habían estado, era un sacrificio necesario. El mundo le había parecido demasiado cruel y peligroso para querer tener hijos, y podía resultar que ese matrimonio fuera igual de cruel y peligroso.

En el fondo, debía admitir que no entendía lo que impulsaba a ese hombre que era su esposo. También tenía que admitir que ello no le importaba tanto como conseguir lo que le correspondía a su hermana, en ese momento ese era su único objetivo, casar a Adele y asegurarla para que no volviera a estar en peligro, porque también sabía que no podía fiarse completamente de ese matrimonio. No había nada en las intenciones de ese hombre en lo que ella confiara. La

respetabilidad era probablemente lo único que la mantenía a salvo, pero desde luego no iba a depender de ella.

Lo único que la reconfortaba era el hecho de que él no era deliberadamente conflictivo, en ningún momento la había buscado para discutir con ella, simplemente anhelaba su ausencia.

–Me esforzaré por mantenerme alejada de usted en la medida de lo posible –dijo ella. Él seguía sentado en su escritorio, observándola a regañadientes. Tal vez no fuera más que un hombre excéntrico, cuyos motivos eran sencillamente indescifrables, lo cual era aceptable–. Pero como le he dicho, cuanto antes se establezca mi hermana en un matrimonio bueno y respetable, antes podrá retirarse este requisito.

Él se mordía el labio mientras consideraba sus palabras. No había duda de que era un hombre apuesto. ¿Cómo podía ser tan excéntrico un hombre como él?

–La cuestión de la rapidez depende de tu definición de un matrimonio bueno y respetable –dijo mirándola. Sus ojos eran de un extraordinario tono azul que parecía cambiar tanto con su estado de ánimo como con la luz que le circundaba. Ella bien podía imaginar a las chicas desmayándose ante su apreciación, pero él nunca había asistido a eventos de la alta sociedad como para darles la oportunidad de hacerlo. Eso no era inusual, los caballeros rara vez asistían a estos hasta que realmente querían casarse.

Pero había acusación en aquellos ojos, y ella no entendía de dónde había surgido. ¿Era porque ella había sido bastante exigente en sus normas durante sus propias temporadas? ¿Cómo podía saberlo?

–Lo difícil de los esponsales es que la joven tiene que estar de acuerdo –declaró ella–. Sería mucho más fácil si se pudiera elegir por ellas, pero eso es ilegal, e inmoral.

Luego él ladeó ligeramente su cabeza.

–Si se es demasiado exigente, siempre se corre el riesgo de perder algo. Creo que eso le pasó a usted.

Así que conocía algunos aspectos de su vida. El nombre de ella debió de mencionarse cuando preguntó quién era algo respetable pero lo bastante desesperada como para no necesitar ningún tipo de cortejo. ¿Era eso lo que había buscado, un acuerdo fácil, que no hubiera requerido ningún esfuerzo por su parte? Ciertamente sí le había funcionado, si ese fuese el caso.

–Por suerte, Adele no está ahora en esa situación, debido a los cuidados que usted le brinda. – Incluso si fuera ordenado por medio del acuerdo matrimonial. Bueno, eso dependía de que él fuera lo suficientemente honorable como para mantener su palabra. Ella no sabía lo que haría si él no cumplía, por eso era muy importante no enfadarle en ese momento, por si lo incitara a

ello—. Y toda la familia, sin mencionar a Adele, está muy agradecida. Como he dicho, nos esforzaremos para que sea lo menos molesto posible para usted. Tengo entendido que es usted un caballero al que le gusta la soledad. —Sus palabras apaciguadoras no parecieron tener el efecto que ella deseaba, de hecho, él entrecerró los ojos. ¿Cómo podía ser tan difícil tratar con él? —Sin embargo —insistió ella—. Si le viene a la mente alguien que sea apropiado, nos gustaría mucho saberlo.

En ese momento él permaneció en silencio; no tendría ninguna ayuda de su parte.

—Le dejo en paz —dijo y sonrió mientras salía de la habitación y cerraba las puertas de su estudio. Aquello había sido tan extraño como peculiar. Definitivamente, había una confrontación que podría surgir entre ellos; ella podía sentirlo en todo lo que él decía, y en cómo ella respondía. Había una parte de ella que quería hacerlo, pero no le serviría de nada, ni a ella ni a su objetivo de ver a Adele asegurada.

Imogen volvió al salón donde Adele paseaba frente a la ventana.

—No estoy segura de cómo me siento al volver a Londres —dijo—. Me pone nerviosa. Todo esto me pone nerviosa.

—Lo sé, pero pasará. Hay tantas cosas emocionantes que haremos. Fiestas, cenas, incluso bailes. —Aunque probablemente sería diferente a lo que ella había experimentado. Imogen había tenido amigas, un grupo de chicas con las que estaba debutando; todo había sido tan emocionante y nuevo. Las amistades habían sido una parte muy importante, y Adele no tendría lo mismo. A Imogen le preocupaba que siguieran sufriendo cierto ostracismo. El apellido Rosemarche las hacía demasiado importantes como para ignorarlas por completo, pero mucha gente sabría que su padre había estado en una prisión de deudores no hacía tanto tiempo, y esa mancha persistiría.

Lo último que Imogen quería era que algún caballero se casase con Adele simplemente por el monto de su dote, que Lord Rosemarche había prometido que sería lo suficientemente grande como para hacerla casadera, pero no era descartable que algún joven encantador se enamorara profundamente de ella y le propusiera matrimonio basándose en sentimientos tiernos. Serían dos jóvenes enamorados, deseando empezar una vida juntos. Ese había sido su sueño, pero no había ocurrido así; su príncipe nunca llegó, y no es que ella pensara en un príncipe como tal. Era un príncipe metafórico, un príncipe a sus ojos: joven, dulce y alguien que valorara el amor. La juventud ni siquiera era tan importante, si bien los hombres mayores de la sociedad le parecían bastante hastiados. Los modales correctos habían estado presentes, pero había percibido un nivel de cinismo en el fondo, por no mencionar que algunos jóvenes eran realmente horribles.

Sí, sus estándares habían sido altos. Juzgaba a la gente por lo que decían y por cómo se comportaban, especialmente cuando la amabilidad era un medio para conseguir algo que querían.

Había habido un joven, que le había caído inmensamente bien, pero su atención se había centrado en otra chica, e Imogen sólo podía sentarse y maravillarse de lo constante que era en su afecto. Había sido amable con todo el mundo, educado, de buena familia y con buenas perspectivas, y se había enamorado, pero no de ella.

Sin duda, él y la chica con la que se había casado habían creado el tipo de matrimonio que Imogen había querido. En el que eran amables el uno con el otro, se apoyaban mutuamente, se querían. Le complacía saber que eso existía, aunque ella misma no lo hubiera logrado, y la complacería aún más si Adele pudiera tenerlo, pero Imogen también era consciente de que todo eso debía lograrse antes de que se agotara la tolerancia de Lord Rosemarche.

Había mucho por hacer.

—Te lo pasarás muy bien. Sólo asegúrate de no dejarte distraer por gente horrible. —Eso sonó un poco duro, pero era la pura verdad—. Algunas de esas personas horribles llevan hermosas máscaras. Eres una chica muy guapa y te tratarán como tal, pero fíjate en cómo tratan a las chicas en las que no tienen esperanzas, eso te dice mucho de ellos. No puedes fiarte de su comportamiento cuando se trata de lo que codician, pues su naturaleza se revela con lo que no desean.

Esa había sido su guía: cómo trataban a las chicas que no tenían lo que, en apariencia, ellos querían, dote o conexiones familiares. Eso le había dicho a Imogen todo lo que necesitaba saber. Porque algunos jóvenes se sentían perfectamente autorizados a ser despreocupadamente crueles con los alhelíes. Eso es lo que se obtiene también cuando la dote se gasta y la belleza se desvanece.

Imogen había buscado una joya y esperaba lo mismo para su hermana, atemperada por el hecho de que las cosas podían ir muy mal. No se podía depender de la buena fortuna; únicamente podía dependerse del amor, es decir, del amor verdadero. A medida que pasaba el tiempo, aprendía cada vez más lo raro que este era.

—Todo irá bien —dijo Imogen con seguridad. Quizá un poco más segura de lo que se sentía, pero quería que Adele tuviera una experiencia maravillosa, e Imogen haría todo lo posible para que así fuera.



Capítulo 11

El alboroto en el piso de arriba era continuo mientras las mujeres se preparaban para su primera incursión. Comenzaba la temporada y se habían presentado una cantidad interminable de sombrereros, modistas, zapateros y cualquier otra cosa que se necesitara. Mientras Valentine estaba sentado en su estudio, también pudo ver la retahíla de facturas que le enviaban.

Que la hermana se casara era parte del acuerdo matrimonial, y él no faltó a su palabra. La hermana se casaría y entonces esa farsa terminaría; su esposa podría volver a Whitfield, donde pertenecía, y él podría vivir su vida en paz.

Por mucho que ella afirmase que podía mantenerse al margen, era imposible no saber que estaba aquí. Lo peor eran los caballeros que la visitaban, expresando insípidas divagaciones de hombres nerviosos, si bien parecía ser gente que Imogen conocía. Sin duda eran antiguos pretendientes, que por alguna razón se sentían obligados a visitarla cuando se los pedía. Su campaña de escribir cartas probablemente había resultado en eso.

Así que esa noche comenzaba todo con un baile, aparentemente. No se podía concebir una forma peor de tortura. Todo era fingido, todo cumpliendo la etiqueta. Nadie en su sano juicio quería estar allí, pero había quienes prosperaban con ello, ejerciendo el poder social, rompiendo la confianza de los jóvenes; una trampa en la que George había caído.

— ¿Va a cenar, milord? —preguntó el señor Trudy, y se oyó un golpe por encima de sus cabezas. Ambos levantaron la vista.

— ¿Están derribando la casa? —preguntó Valentine.

—Creo que se están preparando para pasar la noche.

—Supongo que se llevan el carruaje. —No hacía falta decirlo. Su orgullo no toleraría que se presentaran en un carruaje alquilado, pero aun así le apetecía comentar la imposición.

–Sí –dijo el señor Trudy.

–No, no cenaré. Voy a salir. Dentro de una hora. Tenga listo mi caballo.

El mayordomo se fue, y Valentine se sentó en su silla y bebió su whisky. Incluso éste había perdido su gusto, pero había que soportarlo, había que casar a la chica en el mercado de carne que coronaba la gloria de la sociedad: la temporada. Una extravagante exhibición de riqueza y lujos, todos tratando de persuadir a los demás de que eran mejores de lo que eran.

Por nada del mundo asistiría. Puede que estuviera dispuesto a pagar la cuantiosa factura, pero no se humillaría a sí mismo asistiendo a esos eventos, viendo cómo los jóvenes se adulan unos a otros, cómo las mujeres luchan por una posición y cómo a los hombres se les dice diligentemente lo que tienen que hacer. Como había dicho, nadie en su sano juicio asistiría, y no estaba seguro de poder respetar a ningún hombre que decidiera hacerlo, más allá de querer conseguir una esposa.

Había eludido todo ese proceso. Había quien creía que se le había declarado exactamente por esa razón, como si uno no pudiera simplemente declararse a alguien fuera de temporada. Imogen, sin embargo, no había estado en posición de rechazar ni el acercamiento, ni el contrato, ni la ejecución.

Bajaron las escaleras.

– ¿Necesitamos abrigos? –preguntó la hermana.

–Sí, el carruaje está frío y puede llevar mucho tiempo llegar a la entrada. Habrá colas.

– ¿No podemos bajar y caminar?

–No –dijo Imogen.

–Eso es una tontería.

Era una tontería. Valentine se dirigió a la puerta. La hermana vestía de rosa y, por su aspecto, llamaría la atención de unos cuantos jóvenes. Sorprendentemente, una chica sin encanto se había convertido en una belleza.

Y luego estaba Imogen, que llevaba un vestido azul, era un azul zafiro intenso, y el cabello peinado. El escote acentuaba el contraste entre el rico color de su vestido y la piel blanca de su escote. Le sentaba de maravilla.

Apartando la mirada, se distrajo de lo hermosa que era, porque esa belleza era cautivadora. En lugar de eso, se preguntó si él le había comprado aquel vestido. Seguro que los vestidos viejos de ella no habían sobrevivido a su estancia en la miseria. Decir escualidez podría ser un poco fuerte; orgullosa indigencia sería como Imogen Warkworth lo llamaría. Lo más probable es que vendiera todos los vestidos de baile porque no los necesitaría, y sus ropas estaban cada vez más

raídas, pero ya iba vestida con un impresionante vestido azul, como si nunca hubiera estado destinada a llevar otra cosa.

Ella se volteó, lo vio y se acercó. No era difícil entender por qué George se había enamorado tanto de ella; tal vez ese corazón frío era parte del encanto. Sólo por un momento, sintió una punzada de inquietud ante su mirada.

—Probablemente volveremos sobre las dos —dijo ella.

—El señor Trudy los recibirá.

Parecía que ella quería decir algo más, pero no encontraba las palabras.

—Buenas noches —dijo ella asintiendo con la cabeza.

Valentine despreciaba tenerla allí. Odiaba sus modales y esa fría superioridad que no podía evitar mostrar, incluso después de todo lo vivido. ¿No la ensuciaría la mancha de la indigencia cuando se aventurara de nuevo en sociedad? No, probablemente no. Esa gente perdonaba cuando había riqueza, y él se la proporcionaba.

Ella le lanzó una última mirada antes de desaparecer por la puerta. Odiaba sentirla, reaccionar ante ella, pero lo hizo, por su mera presencia, por la seguridad y destreza con que lo manejaba todo. Más aún, odiaba que hubiera algo en él que disfrutara de su atención. No había cedido a ello, pero estaba ahí, una cierta intemperancia cuando ella intentaba hablarle. Eso tenía que acabar; nunca se había dejado llevar por la belleza y la atención de una mujer. Eso no iba a cambiar en ese momento, y menos con ella.

Hubo alboroto cuando subieron al carruaje, y luego un bendito silencio mientras se alejaban. La mansión estaba vacía de nuevo, solo durante unas horas, y luego todo volvería a empezar.

Volvió a su estudio y se sentó con su whisky; ya podía oír el suave crepitar del fuego. Era una noche fría, incluso podría haber escarcha en las ventanas por la mañana. La verdad es que no quería salir, pero tenía una promesa que cumplir.

Un rato después, el señor Trudy apareció en la puerta diciendo que su caballo estaba listo, y le ayudó a ponerse su chaqueta de montar. Un mozo de cuadra estaba con su caballo y Valentine asintió con la cabeza mientras se sentaba en la silla. La verdad es que resultaba bastante reconfortante cabalgar en una tarde como aquella, y resultó ser una buena idea hacerlo, ya que el comienzo de la temporada significaba más tráfico de lo normal. Más carruajes y más gente de todo el país.

Harry estaría en Belham, así que Valentine cabalgó hasta allá; un chico se acercó a cuidar de su caballo cuando llegó. Un calor húmedo lo recibió al entrar. Parecía una noche muy concurrida, ya que un mar de gente le recibió en la sala principal del club, eran hombres que podían

permitirse la bebida y mujeres que ejercían discretamente su oficio. No todas eran prostitutas, a algunas mujeres las habían citado, las llevaban allí cuando ninguna casa de sociedad las admitía; eran las amantes.

Como era de esperar, Harry estaba en la mesa de juego y, por su aspecto, esa noche iba perdiendo.

–Valentine –dijo Harry, levantando brevemente la vista de su juego, pero volviendo rápidamente su atención a la jugada.

No había nada más aburrido que ver una partida de cartas, así que Valentine fue en busca de una bebida. También era hora de empezar su campaña, y buscó en la sala encontrando a Worseley y a Fawkesbury hablando cerca del final de una de las barras, estaban coqueteando con una camarera que llevaba un vestido demasiado escotado para ser decente.

Por un momento, se contuvo. ¿Desde cuándo era un hombre que consideraba la decencia de los vestidos de las mujeres? Ese no era él en absoluto. ¿Era la presencia de su esposa en su casa lo que le tenía tan quisquilloso? Ya era la ocasión de remediarlo cuanto antes.

–Hoy es una noche ajetreada –dijo Valentine mientras se acercaba a ellos.

–Es la temporada. Toda la ciudad está alborotada. Tengo una sobrina asistiendo. Ya estoy cansado –dijo Fawkesbury.

Sin embargo, era Worseley quien tenía el cotilleo por esposa, lo que le convertía en un medio útil para hacer llegar un mensaje a toda la sociedad; eso obligaba a tener cuidado con lo que se le decía, porque las damas de sociedad podían hacer la vida incómoda, incluso a alguien como él.

–Mi cuñada –dijo Valentine con una sonrisa–. Un asunto increíblemente costoso. Dispone de vestidos y todo lo que haga falta. La he dotado con diez mil libras. Es una chica encantadora.

Ese era el mensaje que había ido a entregar. El mensaje se difundiría por toda la ciudad, y todos los que buscaran esposa la verían como una seria perspectiva. No la convertía en una de las grandes herederas, pero era una dote considerable. Su belleza tendría que hacer el resto. La dote probablemente haría su belleza aún más espléndida.

–Es bueno que vea a la muchacha acomodada –dijo Fawkesbury y le dio una palmada en la espalda–. A juzgar por la belleza de Lady Rosemarche, sospecho que tendrá una troupe de jóvenes compitiendo por su compañía.

Valentine no estaba seguro de qué le parecía que se fijaran en la belleza de Imogen, pero no le sorprendía que los hombres se fijaran en ella. A lo largo de sus temporadas, había sido una belleza escurridiza por la que los hombres habían hecho cosas estúpidas. Un punto delicado que en esa ocasión estaba promoviendo para la hermana; ese era el precio de lograr su ambición.

En su indigencia, la belleza de Imogen no había contado mucho. No le habían hecho ninguna propuesta, salvo una. De modo que, en esencia, acababa de pagar diez mil libras por su esposa. Pero la venganza era más dulce que la belleza o la riqueza: era una profunda satisfacción.

Una palmada en la espalda llamó su atención y vio a Harry con una copa en la mano.

—He perdido.

—No me digas —replicó Valentine.

—¿No busca esposa, señor Morten?

—Prefiero mi libertad —dijo Harry.

—La cuñada de Lord Rosemarche viene con bonitos atributos —dijo Worsley.

—No es más que una niña. —La única vez que Harry la había visto había sido en la boda.

—Todas las debutantes lo son —dijo Fawkesbury con acritud—. Mi sobrina acaba de regresar de estudiar en el continente. Ella también está disponible. Deberías venir a cenar una noche.

—Es una oferta amable, pero no acepto invitaciones a cenar durante la temporada —dijo Harry. Estaba claro que llevaba allí algún tiempo, porque sus modales tenían esa cualidad lánguida de quien ha bebido, pero que aún no está borracho.



Capítulo 12

Como era de esperar, tardó en llegar a la entrada de la mansión de Lady Brookfield. A Imogen se le crisparon los nervios ante la perspectiva de volver a entrar en sociedad después de todo lo que había pasado. Si pudiera elegir, no lo haría. Había visto lo que ella significaba para ellos; era la riqueza lo que les importaba, al igual que en esa ocasión se juzgaría la riqueza de Adele.

Ninguna de las personas que había pensado que eran sus amigos la habían apoyado. Todos lo habían lamentado mucho, pero le habían dado la espalda mientras sus perspectivas se hundían en la nada. No es que estuviera resentida, porque lo comprendía; evidentemente, no podían hacer nada para remediar su situación, pero le dolía que hubieran cortado por completo sus lazos.

Y el interés de los hombres que la habían considerado tan fascinante, no la hubieran mirado si se la hubieran cruzado en Hyde Park. Lo único que había querido era que alguien le preguntara cómo estaba, pero la habían ignorado como si su situación fuera contagiosa, o como si hubiera hecho algo malo, aunque no tuviera ningún tipo de control sobre lo que había sucedido.

Seguía asombrándola el poco control que tenía sobre la situación. Lord Rosemarche sí lo tenía: había decidido que ella intentara encontrarle un esposo a su hermana. Fue una decisión suya el brindarles a sus padres una casa de campo para vivir; ese mismo carruaje era una concesión que le hacía a ella.

Pero ella tenía que conseguir que Adele se estableciera. El mundo era un lugar cruel para una mujer soltera sin ingresos independientes. Si eso no funcionaba, Adele tendría que vivir de la caridad de Lord Rosemarche por el resto de su vida, y honestamente, Imogen no estaba segura de cuán confiable era esa caridad.

—Está tan iluminada que parece una joya —dijo Adele, mirando por la ventanilla del carruaje la gran mansión a la que se acercaban lentamente. Lady Brookfield era notoriamente adinerada—.

Esto es más que emocionante. Estoy deseando entrar.

La emoción de Adele era comprensible. Durante un tiempo había parecido que nunca iría a un baile, pero ahí estaban. Imogen sonrió e intentó emocionarse también, pero le resultó más difícil porque tenía una historia incómoda con algunos de los presentes. Tal vez muchos de ellos no asistieran, ya que se habían establecido felizmente en el matrimonio mientras Imogen había estado «ausente».

Finalmente, un lacayo abrió la puerta del carruaje y les ayudó a salir. El aire ligeramente cálido del interior del carruaje, dio paso al gélido del exterior. El pobre hombre tenía que estar muerto de frío, pero les saludó con una leve inclinación de cabeza. Unas anchas escaleras conducían hasta la puerta abierta, donde había una fila de recibimiento encabezada por Lady Brookfield.

–Lady Rosemarche –dijo la dama–. Hace tiempo que no la veíamos. Ya está casada, según tengo entendido. Un excelente partido, todo sea dicho. ¿Y quién la acompaña?

–Mi hermana, la señorita Adele Warkworth.

Adele hizo una reverencia como le habían enseñado, consiguiendo ser algo firme a pesar de estar tan nerviosa como Imogen nunca la había visto.

–Otra belleza que asiste esta noche. Los jóvenes estarán encantados. Espero que baile. ¿No está su esposo con usted esta noche, Lady Rosemarche?

–Desafortunadamente no pudo asistir, pero le envía sus saludos. –Imogen mintió, no había hecho tal cosa, pero debería haberlo hecho.

–Quizás le veamos en las próximas semanas. Nunca se ha presentado como es debido –Lo que significaba que nunca se había presentado en sociedad. Imogen sospechaba que seguiría así, pero no podía decirlo; en lugar de eso, sonrió y asintió cordialmente cuando una pareja se acercaba detrás de ellos.

– ¿Quién es ella? –preguntó Adele

–Alguien a quien no hay que molestar –dijo Imogen y condujo a su hermana al gran salón de baile, que estaba muy concurrido. La música sonaba entre el bullicio general de las conversaciones. El baile había comenzado, y hermosas parejas bailaban una cuadrilla. Esperaba que Adele recordara todos los pasos; todo resultaría desastroso si Adele pisara los dedos de los pies en la pista de baile.

El asombro de Adele era enorme, como lo había sido el de Imogen la primera vez que había asistido a un baile. Había sido como un cuento de hadas, sin embargo, en esa ocasión Imogen veía una escena muy diferente, con tiburones que buscaban destruir, y eso lo harían únicamente a las mujeres. Siempre había algunos hombres que buscaban aprovecharse. Era un juego de su

parte. Un juego de una crueldad sin fin con las chicas que eran lo suficientemente estúpidas como para caer en sus trampas.

No tendrían éxito con Adele, porque Imogen estaba ahí para protegerla, tanto de los comentarios cortantes como de las zalamerías.

Pero no iban a entrar en un campo de batalla completamente desarmadas. Imogen había escrito a todos sus conocidos, informándoles de su presencia y de su buena suerte, fingiendo que todo volvía a estar bien. Eso lo hizo por su hermana, porque deambular por ahí sin nadie de su lado, sin nadie con quien hablar podría ser ruinoso. Aunque aquello parecía un cuento de hadas, no era un lugar donde se acogiera a extraños, a menos que una fortuna considerable hablara por ellos, y, aunque Rosemarche se asegurara que Adele fuera casadera, la suya no era la clase de riqueza que abría automáticamente todas las puertas.

Al ver una cara que reconoció, las llevó en esa dirección.

—Señor Harrwiche, qué alegría verle.

—No es de extrañar, ya que usted casi me ordenó venir aquí —dijo y le besó la mano—. Creo que es una mano de casada. Ha hecho una jugada asombrosa. Todo el mundo está asombrado.

Lo más curioso era que no era obra de ella, como él creía. Lord Rosemarche se había acercado a ella con esa proposición. La mayoría de los presentes probablemente creía, como Harrwiche, que todo era cosa de ella, que tal vez había seducido a su esposo; qué más podría ofrecer, dirían.

Incluso la idea de que ella lo sedujera era conflictiva y evidentemente absurda, era un concepto que ella no comprendía en absoluto, y no veía la forma de superar la frialdad de sus ojos y sus modales para llegar al punto de besarse. La idea era descabellada.

— ¿Me permite presentarle a mi hermana, la señorita Adele Warkworth?

Harrwiche dirigió su atención a Adele, que se sonrojó al hacerle una reverencia. Harrwiche estaba ahí porque Imogen sabía que sentiría la suficiente curiosidad como para asistir y cumplir sus deseos. Como pretendiente, nunca lo había considerado seriamente, y él lo sabía, pero aun así se había mostrado atento y divertido; su humor era agudo y tendía a saber todo lo que ocurría en la sociedad.

De la misma manera, utilizaría cualquier cosa que conociera esa noche si le favorecía en ciertos salones. No era de fiar, pero sí era un aliado, porque si Harrwiche estaba con ella, otros se acercarían también, lo necesitaba para que no la consideraran una intrusa incómoda. Si esa noción se mantenía durante toda la temporada, le permitía establecerse, por lo que era imperativo no ser rechazada cortésmente, y por eso él estaba allí.

—Una belleza, como tu hermana. Romperás corazones, estoy seguro.

Imogen miró a su alrededor, fijándose en la gente que conocía. Había algunos que asistían todos los años, porque les gustaba esto, y tenían la riqueza para sufragar temporadas anuales. Otros, como ella, estaban ahí con el propósito de encontrar pareja para sí mismos o para su pupila. Lo mismo ocurría con los hombres: algunos iban por la emoción, sin ninguna intención real, mientras que otros lo hacían para encontrar novia. El señor Harwicke era uno de los primeros, le encantaban los giros y vueltas de los dramas de la sociedad, pero no encontraría una novia en serio hasta que su herencia estuviera en marcha, cuando sus perspectivas le proporcionaran mejores oportunidades.

Imogen, como probablemente Adele en ese momento, había ido allí pensando que el amor la encontraría. Había sido obstinadamente inflexible, y, al final, las perspectivas y solo las perspectivas la habían llevado al altar. Era irónico. Era el amor por su familia lo que había guiado sus acciones, ya sin el potencial de su propia felicidad, pero, ¿quién dijo que no había que hacer sacrificios por amor?

– ¿Y cuáles son los escándalos que se rumorean actualmente?

– Bueno, ya que has estado ocupada asegurando a un lord, te lo contaré –continuó describiendo un compromiso del que el señor Pennington se había apartado, porque se negaba a seguir adelante–. Pobre chica por estar al otro lado de esa debacle. Era cruel tratar así a una chica, porque el escándalo la mancharía. Corrían rumores de algún asunto entre una mujer casada y el primo de su esposo, y también que alguna belleza había disgustado a una de las señoras, que ahora intentaba destruir el prestigio de la joven.

Adele escuchaba atentamente con los ojos muy abiertos, pero eran las típicas noticias de las diversas trampas e injusticias de las que se nutría la sociedad; muy poco había cambiado.

Otra cara conocida se acercó, pero Imogen no recordaba el nombre del caballero. Rosenthal, resultó ser. Un hombre apuesto, pero Imogen notó la languidez en sus ojos que sugería que le gustaba beber. A la mayoría de los hombres les gustaba beber, pero era otro tipo de hombre al que le gustaba beber allí, aunque permitió que Adele aceptara una invitación para bailar con él, porque era bueno para ella que la vieran en la pista de baile.

– ¿Es la señorita Warkworth, la que veo? –dijo una voz cadenciosa, e Imogen se volvió para ver a Serephina Woolcoke, tan hermosa como siempre. Nunca habían sido amigas, pero habían sido contemporáneas.

– Lady Rosemarche –añadió Harwicke.

– Sí, leí en alguna parte que se había casado. Todo un golpe de efecto. Me pregunto cómo lo ha conseguido. ¿Algún hijo en camino?

Era una pregunta espantosamente presuntuosa, pero Imogen entendió lo que implicaba, que se había puesto a su disposición y había atrapado a Lord Rosemarche con un embarazo.

—No hemos sido tan bendecidos todavía.

La boda de Serephina había seguido adelante justo cuando el mundo de Imogen se había venido abajo. La mujer que tenía delante probablemente no había sido alguien que hubiera sentido un ápice de simpatía por ella. La parte más superficial y competitiva de Imogen se alegraba de tener ahora el título de lady, porque Serephina no lo tenía, aunque se había desempeñado bien en su combate. Esa vieja competitividad, que no reflejaba la persona que era ahora, seguía existiendo, y ella odiaba que así fuera; era su deseo no ver ganar a esa mujer, porque Serephina se nutría de todo lo horrible de la sociedad.

— ¿Y dónde está su esposo? Debo admitir que nunca me han presentado a ese escurridizo Lord Rosemarche. —Había regocijo en su voz, e Imogen odiaba todo lo relacionado con ese encuentro, pero tenía que seguir, todo era por Adele. Esperaba que Serephina no tuviera el poder de dificultar la situación. Imogen sólo podía esperar que esa mujer no fuera tan despiadada como para intentar arruinar a alguien únicamente porque estuviera emparentado con ella. Por suerte, los hombres no siempre prestaban atención a quién aguijoneaban las mujeres, pero eso podría significar que algunas invitaciones no llegaran. Por otra parte, la curiosidad por su repentino ascenso podría ser provechosa.

Lo que odiaba era tener que vigilar y conspirar. La vida había sido mucho más fácil cuando veía todo eso como algo mágico. Los jóvenes la habían sacado a bailar y habían sido divertidos y entretenidos; había pasado un tiempo en darse cuenta de las viciosas corrientes subterráneas. Su intención era dejar que Adele experimentara la magia de ello, y estaba agradecida a Rosenthal, con todos sus defectos, por llevarla a la pista de baile en el curso de esa ocasión.



Capítulo 13

¡Es toda una vaca! –profirió Valentine, dejando caer la invitación sobre su escritorio.

— Suspiró profundamente, sabiendo que no podría librarse de esta, su tía los había invitado a él y a su esposa a cenar con ella y un grupo de invitados, entre los que se encontraba el Duque de Ashford. Ni siquiera él podía rechazar una velada con el Duque de Ashford, y Clementine lo sabía. Lo había hecho deliberadamente para que le presentara a Imogen. Las insinuaciones que su tía le había enviado evidentemente no habían funcionado, así que ella se había aprovechado.

¿Cómo supo que Imogen estaba en la ciudad? Por los periódicos; habrían informado sobre el regreso de la célebre belleza que se había recuperado gloriosamente de la adversidad; tal vez no fue descrito con tan mal gusto. La sección de sociedad del periódico era algo que se leía inmediatamente.

Pocas excusas le proporcionarían algo más que un claro desaire, y no se desairaba al Duque de Ashford. Las perspectivas de inversión le atraían, y no estaba tan comprometido con que no le vieran con su mujer. Fuera lo que fuese que quisiera, Clementine se las ingeniaba a su manera para conseguirlas. Si bien debía respeto a la eficacia de sus acciones, habiendo él heredado esas mismas destrezas que tenía ella, no le gustaba ser superado por su anciana tía.

– ¡Trudy! –llamó, y el mayordomo no tardó en aparecer—. ¿Podría traer a mi esposa?

–Tienen visitas en este momento. Es un hombre joven.

La frustración volvió a crecer, porque la damisela no podía quedarse sola con los caballerosos que la visitaban, por miedo a que su reputación se resintiera, así que tuvo que esperar.

–Bien. Será en cuanto se despidan.

Trudy asintió y desapareció. Era una frustración única tener que esperar a su esposa. Normalmente, sus expectativas se cumplían en el momento en que las expresaba, pero frenar su

frustración valía la pena teniendo en cuenta el daño que podía causarle a la chica. Casarla era la máxima prioridad.

Imogen no le avergonzaría de ninguna manera. No ganaría nada divulgando las irregularidades de su matrimonio. Clementine, por su parte, tendía a descubrir las situaciones de fondo, pero era lo bastante circunspecta como para no expresar sus sospechas delante de los demás, al menos no directamente. De todos modos, aunque no le gustara, ya no había nada que pudiera hacer sobre ese acuerdo. Además, Imogen no la ofendería; era agraciada, hermosa y perfectamente educada en la etiqueta necesaria. Como sobrina política, no se le reprocharía nada.

Volviendo su atención al asunto que tenía entre manos, se perdió por un momento en el estado de cuentas. Por desgracia, había que cuidar la riqueza y, al fin y al cabo, únicamente un tonto confiaría en un empleado para hacerlo; eso acarreaba problemas de un modo u otro.

Por fin llamaron suavemente a la puerta.

–Deseaba verme –dijo su suave voz.

–Entre.

Ella se acercó, parecía fresca y tranquila, incluso después de recibir visitas. Probablemente era algo que a ella le encantaba, mientras que a él no se le ocurría peor forma de pasar una tarde.

–Mi tía nos ha invitado a cenar mañana. Asistirá el Duque de Ashford. ¿Tengo que explicarle a usted los beneficios que eso tendría para... su hermana? –No podía recordar su nombre, únicamente la conocía como la hermana–. Los beneficios de ser invitada a cenar con un personaje como ese, con conexiones con la realeza, le otorgará una permanente estima.

–Entiendo el significado –afirmó ella. Por supuesto que sí, ella era una joven de la alta sociedad, que entendía bien los entresijos del estatus y de la reputación.

–Bien. Confío en que puedan vestirse adecuadamente usted y la señorita Warkworth.

–Sí –respondió ella. Él ya no tenía nada más que decir–. Como usted desee.

Tal vez fue una despedida poco apropiada, pero es lo que se le ocurrió. Ella no respondió mientras salía de la habitación. Tal vez no debería hablarle como a una sirvienta, pero en realidad no lo hacía de otra manera; así les hablaba a todos en su mansión, y no había otra forma de tratarlos. Ya que lo pensaba, no tenía ni idea de cómo hablaban otros caballeros a sus esposas. La relación entre sus propios padres no era algo que recordara especialmente. Su padre rara vez había hablado de ella, aunque una noche mencionó que le tenía afecto; eso fue mucho después de que ella falleciera.

No estaba del todo seguro de lo que eso significaba, pero su padre también había dicho que George se parecía más a su madre en los sentimientos. George había sido más suave, demasiado

blando; esa suavidad lo había matado.

*

Valentine consultó su reloj de bolsillo mientras esperaba a Imogen y a su hermana. Aunque aborrecía tener que hacer eso, le complacía que contribuyese al objetivo de casar a la hermana y, potencialmente, a su círculo de amigos en términos de inversión. Que se supiera que la hermana cenaba en esos círculos ayudaría; sin duda Imogen comunicaría ese evento lo suficientemente bien.

Aún no iban tarde, pero podrían hacerlo si se entretenían. Llegar elegantemente tarde era un detalle para un baile, sin embargo era inaceptable cuando se cenaba con Lady Clementine Berenwood, pero el susurro de faldas le indicó que una de ellas, o las dos, había llegado. Esta vez vestía de lila. La suavidad del color también le sentaba bien a su piel pálida, pero de un modo más etéreo que el azul brillante que había llevado a aquel baile.

—Bien, llegan a tiempo —dijo mientras el señor Trudy las ayudaba con sus capas. Sin esperar más, se dirigió afuera, donde esperaba el carruaje. Thomas estaba en pie para ayudar y el mozo de cuadra sujetaba los dos caballos delanteros.

Todos subieron en silencio y tomaron asiento, e Imogen se sentó al lado de él y Adele se sentó frente a los dos. Una de ellas, o las dos, llevaba perfume y el aroma a lilas impregnó el ambiente. Le recordó los días de verano pasados en Whitfield, cuando los tiempos habían transcurrido sin preocupaciones, y se sintió ofendido de que tal evocación le hubiera venido a la mente. Sin embargo, el aroma no era desagradable.

Nadie hablaba, pero la hermana de Imogen jugueteaba con el dobladillo de su capa; su nerviosismo era evidente. Era muy guapa, incluso joven. ¿Era así como Imogen se había visto al realizar su primera temporada? Valentine no la había visto por aquel entonces. La primera vez que la había visto había sido en la calle, desde el interior de su carruaje; su descenso social ya había comenzado y tenía una expresión impasible en el rostro. Después no la había vuelto a ver hasta el día en que le propuso matrimonio. Aunque no podía asegurarlo, sintió que su rostro se había afinado un poco en el tiempo transcurrido.

Ahora estaba sentada a su lado, con las manos suavemente entrelazadas en el regazo y la atención puesta en la ventana. No tenía ni idea de lo que pasaba por su mente, pero tampoco quería saberlo; cuanto antes se instalara de nuevo en Whitfield, mejor, porque en cierto modo su presencia le perturbaba y no quería darse cuenta.

No faltaba mucho para llegar a la mansión de Clementine, y un lacayo salió a recibirlos. Él había ido allí lo suficiente como para que el personal de su tía conociera el carruaje.

Era su deber ayudarlas a salir, e Imogen le cogió la mano al bajar. Era la primera vez que la tocaba de algún modo desde el día de su boda, y él no apreciaba el recuerdo del contacto, aunque lo sentía de una forma que él no deseaba.

–Señorita Warkworth –dijo, instando también a la hermana a salir.

No era difícil entender cómo George se había distraído con quienes parecían ángeles. Eran tan extrañas y etéreas, con sus cuerpos esbeltos, su belleza hipnotizadora y su aroma embriagador; los hombres quedaban los embelesados por tales aspectos, y su hermano había sido uno de ellos. Pero no eran ángeles, eran criaturas codiciosas que conspiraban por todo lo que podían conseguir; para ser justos, no eran muy diferentes a él, o a su tía, excepto que él era mejor en ello. Todo debía tomarse al pie de la letra, incluso la belleza. Los problemas le llegan a los que se engañan a sí mismos.

La casa de su tía estaba más iluminada de lo habitual y ya había invitados, de hecho eran cuatro, incluido el Duque de Ashford.

–Sobrino –dijo su tía, después que él y sus acompañantes fueran presentados en el salón–. Es maravilloso verte. –Se acercó a él y le besó en la mejilla–. Y a tu esposa, Imogen. Me alegro mucho de que hayan podido venir. ¿Y quién es ella? –dijo, dirigiendo su atención a la hermana. Ambas hicieron la reverencia de rigor.

–Esta es mi hermana, la señorita Adele Warkworth –dijo–. Ambas estamos encantadas de estar aquí esta noche.

–Sí, por supuesto –dijo Clementine–. Permítanme que les presente.

Como él lo temía, su tía se había fijado en Imogen y la estaba examinando con detalle.

–Su Gracia –le dijo a Ashford acercándose a él–. Es un placer volver a verlo.

–Sí. Enhorabuena por su matrimonio. Ella es una maravilla. No había sabido que estaban casados hasta que Lady Berenwood lo mencionó. –Evidentemente era uno más que no leía las páginas de sociedad.

–No fue muy publicitado. No me gusta la notoriedad.

–Bien dicho. Si uno puede evitar los rumores y los chismes, es mejor hacerlo, pero entiendo que su esposa enfrentó algunos desafíos debido a su situación familiar. Eso es desafortunado para criaturas tan encantadoras, pero me parece que usted llegó a su rescate.

–Y tuve suerte de que ella aceptara la propuesta.

–Como usted diga –dijo el hombre con una sonrisa bromista–. No hay nada tan importante como un hogar estable y feliz.

Oh, Valentine no estaba seguro de estar de acuerdo con eso.

–Hacemos lo que debemos para honrar a nuestras familias.

Ashford interpretaría esa afirmación de forma totalmente distinta a como Valentine la había concebido, pero eso era a propósito.

–He oído que estáis aumentando vuestras inversiones en las Indias Occidentales, excelencia –dijo Valentine.

–Las dificultades recientes han dejado algunas propiedades en apuros –replicó Ashford–. Esto brinda oportunidades para los arriesgados.

–Conozco bien la zona. Pasé algún tiempo allí. Hay escollos.

Así había surgido su matrimonio, por invertir en una propiedad con dificultades. Al mirar hacia dicha propiedad, la vio sonreír por algo que dijo su tía; a él no le serviría de nada que fueran amigas, por otra parte, tampoco le angustiaría en especial. Cuando Imogen regresara a Whitfield, las oportunidades de que su tía se entrometiera desaparecerían; y no es que el que ella se entrometiese tuviera alguna influencia en él, o en su matrimonio.



Capítulo 14

Era curioso ver a lord Rosemarche incómodo, ella únicamente le había visto en actitud estoica, pero su tía le perturbaba. Estaba claro que él respetaba al Duque de Ashford. En cuanto a la tía, Lady Clementine Berenwood, Imogen no sabía muy bien qué pensar de ella; era cordial, pero no era amistosa. Imogen se sentía como si ella la estuviera juzgando, pero no podía saber lo que la mujer pensaba al respecto.

A fin de cuentas, eso no importaba; si ella había tenido grandes esperanzas con el matrimonio, una buena relación con el que parecía ser el único pariente que tenía su esposo, es algo que desearía. Estar establecidos y con buenas relaciones en todos los sentidos habían sido sus expectativas para el matrimonio. Al menos eso la había motivado, pero, en su matrimonio, en todo lo que se refería a él, estaba completamente alejado de lo que ella había imaginado para sí misma, sobre todo tener un esposo que la amara, no tener uno que no quería saber nada de ella, a quien le molestaba su sola presencia. No era difícil entender que llevarla ahí no había sido su elección, su tía se lo había exigido, pero le vendría bien a Adele, que en ese momento estaba charlando con otro de los invitados.

Imogen estaba muy orgullosa de que Adele pareciera estar aguantando; los nervios la asaltaron, pero se recompuso y consiguió actuar adecuadamente, mantenía conversaciones con las personas, e incluso era encantadora. Quizá fue ella quien tuvo que reconocer que su hermana ya no era una niña, sino una joven que estaba aprendiendo a abrirse camino en la sociedad; aun así, había muchos escollos, pero también era importante para Imogen que su hermana viera las cosas buenas a su alrededor, en lugar de sólo las amenazas.

Valentine estaba hablando con el duque. Le resultaba extraño decir su nombre de pila, aunque sólo fuera en sus propios pensamientos. Eso le parecía ser demasiado informal, pero era su

esposo, era la única persona con la que debería tener un trato más íntimo y, a la vez, los términos cariñosos estaban totalmente fuera de lugar.

Le parecía indecoroso simplemente observar a su esposo, ver cómo se movían sus ojos mientras escuchaba hablar al duque. Esa era la versión verdadera de él, a diferencia de la que le mostraba a ella. ¿Por qué la odiaba tanto? ¿O simplemente odiaba a todas las mujeres? ¿Era por eso por lo que se había declarado a alguien que no había estado en posición de decir que no?

Los ojos de él se desviaron en su dirección, y ella se sintió como si la hubieran pillado mirando fijamente y desvió rápidamente la mirada. Adele rió, con un sonido tintineante que llamó la atención.

–Supongo que esto le permite promocionar a su hermana de una forma que antes no era posible –dijo Lady Berenwood. Imogen se había perdido en sus propios pensamientos por un momento.

–Se refiere a esta noche.

–A este matrimonio –dijo ella en tono directo.

–Sí, es cierto. –Por un segundo, estuvo a punto de mencionar que formaba parte del contrato de esponsales, pero se detuvo. Ella no sabía lo que su tía sabía acerca de su situación, pero su ausencia en la boda sugería que no todo iba bien.

–Este matrimonio tiene claros beneficios para usted –continuó la dama.

–Todos los matrimonios los tienen –respondió Imogen–. Un matrimonio exitoso es aquel en el que los beneficios superan a los perjuicios.

– ¿Entiende que hay algún perjuicio en casarse con mi sobrino?

La mujer la estaba interrogando, la estaba presionando por alguna razón; probablemente porque se aferraba al hecho de casarse con alguien por encima de su posición.

–Es cierto que no nos conocemos bien. Sólo cabe esperar que logremos tener un trato cordial.

Su tía se quedó callada un momento.

– ¿Eso es todo lo que esperas?

¿Acaso no conoce a su sobrino?, quiso preguntarle.

–La esperanza no tiene límites si se la deja evolucionar.

–Eres una criatura curiosa.

A Imogen no le gustaba esa conversación, ni las acusaciones veladas que la mujer estaba haciendo. La mayoría de las mujeres contraían matrimonios que las beneficiaban a ellas o a sus familias. El propio matrimonio de Lady Berenwood fue probablemente igual, y el suyo no era como si él hubiera huido con alguien inadecuado en nombre del amor.

–Tengo entendido que fuiste una gran belleza durante tu época. Sin duda su hermana es igual. ¿Está bien educada?

Por desgracia, no especialmente, ya que no habían podido conseguirle cosas como clases de música, tampoco pudieron permitirse tener flores para arreglarlas, y la costura aprendida había sido de uso práctico.

–Le gusta mucho dibujar. –Eso era cierto, pero no estaba extraordinariamente dotada, como tal.

–Entonces menos mal que es guapa y encantadora. Al final, eso importa más que cualquier logro, eso es lo que he descubierto.

Bueno, no había sido ni la belleza ni el encanto de Imogen lo que había atraído a Valentine, lo cierto es que ella no entendía por qué lo había hecho. ¿Desesperación? Tal vez, en cierta manera, fue para no tener que cortejar, pero, con toda honestidad, ella todavía no sabía por qué quería una esposa. ¿Era simplemente una manera de que la gente dejara de preguntarle por qué seguía soltero? ¿O se sentía atraído por los hombres? Esa parecía ser la razón más probable para querer una esposa, pero no querer tener trato con ella. ¿Había atracción en su forma de tratar al duque? El anciano no era desagradable, era bastante apuesto para un hombre de su edad, incluso sus modales sugerían que estaba acostumbrado a ser reverenciado. Habría pocos salones en los que no fuera el de estatus más alto, y eso se reflejaba en su porte.

–Su atención, por favor. Creo que la cena está lista –dijo Lady Berenwood–. Venga, querida, siéntese a mi lado. Estoy segura de que Valentine puede prescindir de usted por un momento.

Probablemente él lo apreciaría, pensó ella soterradamente. Lady Berenwood se sentó en un extremo de la mesa, y Valentine en el otro. El duque junto a ella al otro lado, y Adele se había colocado al otro lado de Imogen, más al centro de la mesa.

– ¿Es ésta su primera temporada, señorita Warkworth? –preguntó el duque una vez que estuvieron sentados. Imogen se sintió tensa, porque una mala impresión con el duque podría ser la sentencia de muerte para las perspectivas de Adele.

–Sí –dijo Adele–. Estoy impresionada por la maravilla de todo esto.

–Apuesto a que los jóvenes se desviven por figurar en su tarjeta de baile –dijo con una risita.

–Admito que es una forma curiosa de conocer a alguien, ir conversando con la pareja mientras ambos hacen una serie de pasos ensayados.

Lady Berenwood soltó una risita de sorpresa, e Imogen temió que la tomaran por impetuosa. Adele tenía la costumbre de decir la verdad, y a veces sus observaciones eran un poco extrañas.

–Te permite lucir tu figura y tu vestido –dijo el duque. Su tono no sonaba a reproche.

–Sí, supongo que tiene usted razón –dijo Adele–. Merecen ser lucidos.

–Es toda una artista –afirmó Lady Berenwood.

– ¿Lo es? –dijo el duque.

–Mis talentos son modestos, pero intento mejorar –contestó Adele. Había cierta confianza y soltura en los modales de Adele que impresionaron a Imogen; tal vez porque ella no entendía la importancia de esa conversación. Sin embargo, hasta ese momento, el duque no parecía disgustado por sus maneras directas–. Me gustaría ser buena dibujando a las personas.

– ¿Hacer retratos? –dijo el duque.

–Prefiero con carboncillo. Me impresionan maravillosamente los pintores magistrales, pero me gusta la intimidad del carboncillo.

Los museos habían sido lo único que habían podido permitirse, y a Adele siempre le había encantado ir.

–Quizá algunos dirían que le falta ambición –dijo Lady Berenwood. ¿Todo lo que decía esa mujer tenía un trasfondo crítico? Imogen no lo sabía, pero temía que la mujer buscase que ambas parecieran ser inferiores.

–No estoy segura de que pasión y ambición deban ser lo mismo. Algunas cosas son para disfrutarlas –dijo Adele, e incluso Imogen se sintió impresionada por la respuesta, aunque le preocupaba que Lady Berenwood lo viera como una afrenta.

–Estoy de acuerdo –dijo Imogen, porque ella sí creía eso también. No había sabido que Adele pensara lo mismo, ni que hubiera reflexionado profundamente sobre esas cosas. Imogen había estado demasiado preocupada y atemorizada por su situación como para hablar de ese tipo de cosas con ella. Sobre todo, tanto ella como su madre, habían tratado de protegerla de la realidad de sus perspectivas; quizá lo habían conseguido.

– ¿Y qué es lo que a usted le apasiona? –preguntó Lady Berenwood a Imogen. –¿Qué podía decir? No tenía una actividad que amara como Adele.

–Todavía no lo he descubierto. Sin embargo, no soy una artista. Simplemente admiro el ingenio de los demás.

Una mirada a Valentine sugirió que no estaba contento. ¿Había dicho algo que le molestara? ¿Tenía que ser de cierta manera y no lo estaba logrando? ¿O era porque tenía la atención del duque? Si él simplemente pudiera decírselo, ella lo sabría.

–Mi hermana tiene un gusto maravilloso para la moda.

Eso era algo cierto. A ella le gustaba ver los trajes de gala en los eventos a los que iban, y había diseñado algunos trajes y vestidos de los que se había sentido muy orgullosa... Cuando mandar a hacer trajes de gala había sido una opción.

–Sé que me gusta ver la moda que viene de Francia –admitió. No era quizás un interés inusual para una mujer joven, pero lo había disfrutado enormemente.

Con el rabillo del ojo, vio que su esposo ponía los ojos en blanco.

–Está muy dotada –añadió Adele.

–Sus vestidos de esta noche son verdaderamente atractivos –dijo el duque. Imogen admitió que en realidad era un hombre amable, lo cual decía bastante de él, porque no tenía por qué serlo—. Son unas jóvenes encantadoras. Debo ir a Windsor mañana. Allí dispongo de varias habitaciones. ¿Por qué no me acompañan durante unos días?

La sorpresa impactó a Imogen. En ninguna ocasión había sido invitada a Windsor. Eso equivalía a ser invitada a la corte, porque allí era donde estaban todas las personas de ese calibre.

Mirando a su esposo, vio una expresión pensativa en su rostro: si él lo prohibía, no podrían ir.

– ¿Qué le parece, Rosemarche? ¿Le gustaría ver la naturaleza durante unos días? –apremió el duque, dirigiéndose a su esposo.

–Supongo que un viaje corto no vendría mal –dijo Valentine, y el alivio de Imogen fue inmediato.

Eso no podía ser visto de otra manera que como un éxito. La consideración de Adele en la sociedad se lograría con ello, y también significaba que Imogen podría dejar de preocuparse tanto; aunque eso era difícil, porque todo lo que hacía últimamente era preocuparse. ¿Cómo no iba a hacerlo cuando había visto abrirse un abismo bajo ella y había caído en él?



Capítulo 15

Por segundo día consecutivo, Valentine viajó en un carruaje con su esposa y su hermana, esta vez durante un trayecto mucho más largo. Adele charlaba de vez en cuando, y había largos silencios cuando dejaba de hablar; Imogen no hablaba. ¿Siempre había sido tan retraída? Era difícil entender cómo la hermosa del baile tenía esos modales tímidos.

Sinceramente, él no quería estar ahí, pero el Duque de Ashford formaba parte de un círculo de caballeros que constituían un poderoso consorcio de inversores; cualquier hombre querría ser presentado a ellos. Sin duda merecía la pena pasar unos días en la corte. Aunque Ashford no había mencionado para nada a la corte, no es que eso importara para las perspectivas de la hermana, ya que una invitación a Windsor era tan provechosa como una presentación.

Fue un curioso giro de los acontecimientos; que él se casara con Imogen había llevado a ello. De alguna manera, su belleza y encanto habían dado lugar a que la invitaran a ella y a la hermana; habían encantado al duque, y él quería seguir conociéndolas. Todos se beneficiarían. Si no fuera por la relación del duque con Clementine, Valentine podría preocuparse de que algo pernicioso pudiera ser el objetivo subyacente, pero esa asociación la protegía; era difícil entender que Imogen alentara algo así.

Esa mañana el equipaje había sido un asunto urgente de atender, toda la mansión estaba preparándose con rapidez para ese viaje. En cuanto a él, se había mantenido al margen, incluso había desayunado en su habitación, y ya tenía por delante horas monótonas.

— ¿Ha estado usted en Windsor, Lord Rosemarche? —preguntó Adele.

—Fui con mi abuelo cuando era un niño.

—Tengo entendido que es grandioso.

—Es muy antiguo —respondió él.

La conversación llamó la atención de Imogen, pero no habló; tal vez así era su esposa, que era exactamente como él había dicho que debía ser su matrimonio, aunque lejos de su presencia, en el campo. Ella había estado más animada durante la cena de la noche anterior, cuando él había visto un lado muy diferente de ella, un aspecto que en ese momento ocultaba por completo.

El camino a Windsor era excelente, así que él cerró los ojos y se retrajo, dejando que el vaivén del carruaje le calmase; luego comenzó la lluvia y golpeteó tranquilizadamente sobre el techo, y así fue como él pasó gran parte del viaje, con los ojos cerrados u observando el paisaje exterior. Sería exagerado decir que lo disfrutaba, porque el disfrute no era algo en lo que se concentrara, pero ya que había logrado los objetivos por los que tanto había obrado, le resultaba difícil sentir el sosiego que esperaba. Tal vez entrar en ese consorcio de inversiones, o vincularse de algún modo a ese círculo social, debería ser su próximo objetivo, porque le costaba saber qué hacer consigo mismo sin tener uno.

Finalmente, el viaje transcurrió sin incidentes y llegaron bien. El señor Trudy se había adelantado para conseguirles habitaciones en el pequeño poblado, lo que no fue difícil ya que toda la ciudad estaba preparada para atender a la corte y a las personas que la visitaban por diversos motivos. El conductor se detuvo en el lugar convenido, obtuvo información sobre el sitio donde se alojarían, y luego siguió hasta allí.

Era una casa bonita y respetable con vistas al castillo. La casa tenía un aire impersonal que no le gustaba, pero era el tipo de lugar donde la gente entraba y salía, y el señor Trudy era lo suficientemente bueno en su trabajo como para hacerla confortable. Un fuego crepitaba en el salón, que era lo que todos necesitaban después de horas en un carruaje viajando bajo la fría lluvia.

Las mujeres desaparecieron rápidamente en el piso de arriba, y Valentine buscó fortalecerse con un whisky junto al fuego. Se rió pensando en cómo se había convertido en el tipo de persona que viajaba con su mujer para asistir a fiestas; en ningún momento eso había formado parte del plan, pero ahí estaba. Todos tenían motivos para estar ahí; aun así, no le gustaba aprovechar las oportunidades que se le presentaban, no era el tipo de hombre que buscaba el beneficio en un conocido, eso era todo lo que odiaba, pero en eso se encontraba. Debería haber dicho que no, pero se había dejado seducir por la oportunidad. Eso estaba mal, y decidió que no buscaría sacar ventaja de ese conocido a propósito, y que dejaría que los acontecimientos se desarrollaran por sí solos.

Unas horas más tarde, llegó el momento de cambiarse para la noche. El castillo estaba lo bastante cerca como para ir andando, pero seguía lloviendo. El sombrero y los abrigos tendrían

que bastar, porque sería ridículo tener que arrastrar caballos cansados por pocos metros.

Así que caminaron, las mujeres con sus capas con capucha y él con su sombrero y abrigo largo. Uno de los guardias los dirigió y tuvieron que atravesar los vastos terrenos intramuros del castillo para llegar a su destino, la escalera que conducía al interior de la casa del duque.

Dentro, era una mezcla de modernidad y de piedra antigua. Windsor era conocido por ser un castillo con corrientes de aire.

–Bienvenidos –dijo el duque cuando los condujeron a su salón, donde estaba sentado con una copa junto al fuego, no muy distinto de cómo había estado Valentine poco antes. Se levantó para saludarlos–. Qué tiempo tan triste. ¿Fue agradable el viaje?

–Lo fue –dijo Imogen–. Siempre es reconfortante ver el campo tras un periodo en la ciudad.

–Estos aposentos son preciosos –dijo Adele. Ellos tornaron su mirada hacia el interior del castillo–. ¿Pasa usted mucho tiempo aquí?

–En esta época del año, me lo paso entre aquí y Londres. Regreso a Maidsted Hall cuando el Parlamento cierra a finales de mayo.

–Estoy segura que es un bienvenido descanso después de un trabajo tan agotador –dijo ella–. Deseo tener largos días de verano con este tiempo.

–Sí. ¿Cómo no desearlos? –El duque volvió su atención hacia Valentine–. ¿Ha viajado mucho?

–Sobre todo a las Antillas. Aquel clima le hace a uno apreciar un tiempo como éste –dijo Valentine con una sonrisa.

–Hay que tener ponderación o nada se puede apreciar –dijo Ashford–. Debemos tener bebidas para todos. Tengo un buen vino de Madeira si no prefiere el jerez.

–Me encantaría probarlo –dijo Adele–. He oído hablar maravillas de Portugal. Espero viajar alguna vez en el futuro; quizás no tan lejos como a las Antillas. No estoy segura de poder soportar un viaje tan largo. Claro que todas las jóvenes quieren ir a París. Creo que a mi hermana le encantaría. ¿Ha estado?

Las damas Warkworth parecían cobrar vida al estar en compañía.

–Muchas veces –dijo el duque–. Tengo familia lejana a la que visito. Mi abuela era francesa.

–Su gracia, ¿habla usted francés? –preguntó Imogen–. Los idiomas nunca fueron mi fuerte, aunque deseo fervientemente que no sea así. Por mucho que lo intente, no puedo superar una mínima comprensión.

–Sí, es una herencia familiar –dijo Adele.

Si había algo que perjudicaba a los Warkworth, no era su pobre francés.

—Por supuesto —dijo el duque—. Cuando uno tiene parientes franceses, no hay otra cosa que valga. Se burlan de ti sin piedad si tu elocución no es perfecta.

—Que brutalidad —dijo Adele—. Entonces me consideraré afortunada de que todos nuestros parientes sean ingleses.

Por un momento, Valentine odió todo eso; estar ahí con Imogen y su hermana, y que fueran todo lo encantadoras que podían ser. Todo parecía artificial; así no era como él quería que fuera su vida, tal vez todo había sido un error.

—Podría estirar las piernas un momento —dijo y se levantó.

—Te acompañaría, pero no me gusta mucho la lluvia.

—Le haré frente unos minutos mientras fumo.

—Por supuesto. La puerta de enfrente da al parque.

Con una inclinación de cabeza, Valentine se levantó y un lacayo ya le estaba esperando con su capa. Aunque esos aposentos estaban muy bien, ahora mismo le resultaban un poco claustrofóbicos, y necesitaba un poco de aire y de espacio. Tal vez fue ver a Imogen ser encantadora lo que le hizo sentirse tan incómodo.

Bajó las escaleras, salió por la puerta y se encontró con el bendito aire fresco. Era húmedo y frío, pero le gustaba, porque ahora mismo estaba en un lugar en el que no quería estar. Lógicamente sabía que eso era beneficioso, pero odiaba actuar por beneficio; por eso odiaba a la sociedad en su conjunto, porque todo el mundo buscaba su propio beneficio, y la crueldad había destruido a George, y ahora se sentía cómplice de ella.

La grava crujía bajo sus pies. Tal vez debería volver a las Indias Occidentales; dejar a Imogen allí e irse a donde las cosas tuvieran un poco más de sentido. La búsqueda de poder y privilegios seguía existiendo, pero no estaba tan reglamentada. Sinceramente, no quería volver allá, sino escapar de la sensación de estar atrapado que tenía en ese momento.

Eso era temporal, se recordó a sí mismo, y era un medio para casar a la hermana más rápido, luego todo eso terminaría y cada uno seguiría su camino.

A través de la puerta, emergió a los vastos parques, y, honestamente, sintió que debería seguir caminando, pero no lo haría, ya que no era el tipo de persona que simplemente se aleja de las cosas desagradables. Únicamente se estaba tomando un momento para recuperar el equilibrio.

Imogen se quedó junto a la puerta mientras él regresaba al aposento del duque. Él no había querido volver y la presencia de ella lo hizo retroceder por un momento.

—Gracias por hacer esto —dijo ella—. Entiendo que no quisieras hacerlo.

No se había dado cuenta de que sus pensamientos habían sido tan evidentes, y no se le ocurrió ninguna respuesta. Tampoco esperaba que ella le expresara su gratitud; le pareció mal que lo hiciera, después de lo que él había hecho.

–Logra nuestro objetivo común –dijo finalmente.

La atención de ella puesta directamente sobre él, hizo aflorar de nuevo aquella incomodidad; no era vergüenza, como tal. Tal vez era más porque las cosas estaban ocultas entre ellos, porque ella no sabía toda la historia; pero su intención era que ella no la supiera. No era importante que ella supiera que había sido un peón de su venganza, de hecho, era el sujeto.

Era ese conflicto de sentimientos lo que no le gustaba. ¿Cómo podía odiarla por ser lo que era, cuando lo aceptaba en todos los demás? Lo hacía por George.



Capítulo 16

Las invitaciones aumentaron notablemente tras su regreso de Windsor, como Imogen había previsto, al igual que el número de llamadas. No debería pasar mucho tiempo hasta que se hicieran propuestas. Imogen se cuidó de que Adele no se sintiera demasiado abrumada o impresionada por ellas y que eligiera mal; era una elección importante y debía encontrar a un joven que la adorara.

A medida que fuera conociendo a los jóvenes, iría evaluando sus preferencias, y más adelante sabría más sobre su carácter. Imogen había tenido un grupo de amigos que la habían apoyado; esas amistades eran importantes, y también lo era cultivar la amistad con los jóvenes. Únicamente entonces se apreciaba su verdadero carácter; un breve baile en un salón no era suficiente.

Debido a todo lo que había pasado, Adele no había tenido la oportunidad de cultivar esas amistades, esta era su oportunidad de hacerlo. Esas amistades guiarían a Adele hasta su esposo, tal vez fuera el hermano de una amiga, alguien con quien el afecto podría florecer.

—Creo que hoy deberíamos visitar a algunas personas —le dijo Imogen a Adele mientras desayunaban. Como era de esperar, Valentine no se sumó a ellas, de hecho, apenas había hablado con él desde que habían vuelto de Windsor; a decir verdad, parecía aún más huraño que antes. A él no le gustaba su presencia, ella lo sabía, así que se esforzaría más por no estorbarle.

—De acuerdo —dijo Adele—. ¿A quién tienes en mente?

¿A quién tenía ella en mente? Tal vez a Charlotte, que había sido una de sus amigas que se había sentido tan apenada por Imogen cuando sus perspectivas se habían desmoronado. Ella se lo había expresado, pero luego se había desvanecido, como había sucedido con todo el mundo, sin embargo, provenía de una familia bastante numerosa y, por lo que había visto, eran de buen corazón. En términos de amistad, no sería un mal lugar para empezar.

–He pensado en ir a ver a mi amiga Charlotte.

–Si quieres. De hecho, estaría bien ir a algún sitio en lugar de sentarse aquí y esperar a que llamen.

No estaba de más ser un poco misterioso e inaccesible.

–Bien –dijo ella, sintiendo que ya estaba decidido.

–Ha llegado el correo –dijo el señor Trudy, apareciendo con cartas ordenadas en dos montones sobre una bandeja; uno para ella y otro para Adele. Sin duda eran más invitaciones.

*

La mansión de Charlotte era tal y como la recordaba, y Charlotte vivía allí, aunque ahora estaba casada. Parecía que su esposo había sido aceptado por la familia de su mujer. A Imogen siempre le había encantado lo unidas que ellas estaban, lo atraídas que se sentían en compañía la una de la otra. Sin duda le había brindado una visión positiva de los beneficios de una familia numerosa.

–Me alegro mucho de verte –dijo Charlotte, sirviendo el té. Había otros jóvenes que visitaban a la hermana soltera de Charlotte, aun así, Adele permaneció a su lado, como si no supiera cómo iniciar una conversación con los demás–. Me alegré mucho cuando supe que asistirías a los eventos de este año. Y la más sincera enhorabuena por tu matrimonio; espero que sea feliz.

Era cualquier cosa menos eso, sin embargo, no podía admitirlo. Le hería el orgullo siquiera contemplar la posibilidad de admitir que había contraído un matrimonio frío y sin amor por el bien de su familia. Charlotte no lo entendería, porque estaba rodeada de una familia cuya posición nunca había estado en duda.

–Y enhorabuena por tu matrimonio –dijo Imogen a su vez.

–Sí, Martin está fuera en este momento, o te lo presentaría. –Su felicidad era evidente en sus rasgos, e Imogen sintió una punzada de celos. En verdad no eran celos, porque estaba muy feliz por Charlotte, y verla así había justificado las cosas que Imogen había creído sobre el matrimonio, que podía haber verdadero amor y compañerismo entre esposo y mujer–. Le gusta asistir a conferencias. Fuimos a París de luna de miel. ¿Ustedes fueron a algún sitio?

–No, a Lord Rosemarche no le gusta viajar –dijo Imogen. Una mentira que odiaba decir, pero ¿qué otra cosa podía decir?, ¿que pasó su noche de bodas sola, y todas las demás noches siguientes? –Como algunos hombres, tiene ciertas peculiaridades.

Eso hizo reír a Charlotte. Imogen se sintió a la vez animada y anhelante por la ligereza que Charlotte siempre tuvo de carácter. Durante un tiempo, Imogen también había sido así, pero todo

lo que había ocurrido después le había dejado cicatrices; ahora Imogen tenía que fingir, y no le gustaba.

Hablaron amistosamente durante un rato, pero como antes, era un salón muy concurrido con visitas durante todo el mediodía. No pudieron quedarse demasiado tiempo, pero le aseguraron a Charlotte que volverían a visitarla. Incluso mencionaron algunos eventos a los que Charlotte prometió asistir, aunque ya únicamente asistía a unos pocos.

–Parecen agradables –dijo Adele cuando volvían a casa.

–Son gente encantadora. Es una buena familia. Deberías conocer mejor a Gabrielle. Es importante cultivar las amistades.

Adele permaneció en silencio. A veces era muy difícil entender lo que pensaba. Por otro lado, no fue un paseo largo, pero fue lo suficiente como para que se enfriaran. El fuego del salón era bienvenido e Imogen se estaba junto a él cuando entró Trudy.

–Ha llegado un caballero –dijo–. El Duque de Ashford.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Imogen. No esperaba que los visitara.

–Déjalo pasar –dijo Adele.

¿Era extraño que fuera después de tan poco tiempo? ¿Qué quería decir? Seguramente no estaba interesado en Adele. Había perdido a su mujer hacía algunos años, pero era un hombre con hijos mayores, de más de cincuenta.

–Ah, las dos mujeres más bellas de Londres –dijo al entrar.

–Su Gracia –dijo Adele haciendo una reverencia. Imogen hizo lo mismo, y él besó las manos de ambas a su vez–. Debo insistir en invitarle a tomar un té.

¿Entendía Adele lo que estaba pasando? Tanto acercamiento sugería cierta intención. Quizás el duque no era consciente de ello.

–Me encantaría una taza –dijo.

–Pensé que se quedaría en Windsor hasta después de Navidad –dijo Imogen mientras ella y Adele se sentaban en el sofá, y él ocupaba la silla de enfrente.

–Me vi impulsado a volver a la ciudad. –No dio más detalles–. Con tantas fiestas aquí, Windsor parecía aburrido.

–Entonces, por mi parte, me alegro de verte –dijo Adele. ¿Estaba siendo demasiado informal al dirigirse a él? A él no pareció importarle, y su mirada era para Adele.

Imogen sintió que las emociones la invadían. Obviamente, había que establecer que sus intenciones eran genuinas, pero aun así, eso no era lo que Imogen había pensado para Adele. Sería un excelente partido, pero había una gran diferencia de edad; el duque tenía la misma edad

que su padre. Todo eso era bastante chocante. ¿Sabía él lo que su presencia estaba sugiriendo? ¿Sería su atención perjudicial para Adele?

La conversación continuó, y la participación de Imogen no fue requerida. Finalmente se levantó y se marchó, haciendo que Adele le prometiera un baile esa noche.

La habitación quedó en silencio por un momento cuando él se fue.

– ¿Estás segura de que es buena idea animarle? –preguntó Imogen.

– ¿Por qué no querría animarle? Es un excelente partido. Tiene un puesto en la corte. No hay salón en el país al que no esté invitado. Sin mencionar que tiene vastas propiedades y un ingreso que la gente envidia. –Imogen no sabía que Adele pensaba acerca de ello.

–Hay cosas más importantes que un título y que la riqueza.

–No. No las hay. Después de todo lo que hemos pasado, las dos lo entendemos bien.

–Deberías casarte con alguien a quien ames, alguien de buena familia, como la familia de Charlotte –dijo Imogen, pero Adele la miró como si hubiera perdido la cabeza.

–El duque se va a Viena en verano para asistir a una boda real. Una boda real –repitió ella con énfasis.

–Deberías casarte con alguien que te haga feliz, más allá de cualquier consideración de riqueza.

– ¿Como tú? –rebató Adele–. ¿Te molesta que te eclipse, porque supero con creces lo que tú lograste?

La acusación la sintió como una bofetada.

–Hice lo que hice por tu bien. Fue un sacrificio.

– ¿Un sacrificio? ¿Preferirías vivir en los barrios bajos, como nosotros, sin saber de dónde vendría nuestra próxima comida? Oh, por favor. Lograste el mejor matrimonio que pudiste, y dadas las circunstancias, lo hiciste bien, pero yo lo estoy haciendo mucho mejor.

Imogen no sabía qué decir; eso la conmocionó tanto que no supo cómo responder. ¿Cómo le hacía ver a Adele que no se trataba de una competencia por ver quién lo hacía mejor en términos de estatus y posición, a pesar de que todo a su alrededor sugería que así era?

–Hice lo que hice para darte la posibilidad de elegir con quién te casabas. –Esa declaración fue básicamente la más rápida.

–Y esto es lo que elijo.

Llevándose los dedos a los labios, no sabía qué decir. Lo que quería era que su hermana fuera feliz, que no se distrajera con títulos, propiedades y matrimonios reales. El duque, a pesar de ser un hombre decente, también era innatamente arrogante, y por ello carecía de cierto grado de comprensión del mundo. Había una noción de superioridad inherente que se escondía bajo

algunas de las cosas que decía. Imogen sabía que era simplemente una creencia arraigada que se había reforzado en él igual que en ella. No fue hasta que la pobreza la golpeó que vio el mundo de otra manera. En ese momento, le preocupaba que Adele hubiera elegido ese matrimonio porque temía la pobreza. De acuerdo, era algo que había que temer, pero el sacrificio que Imogen había hecho era para que Adele fuera feliz, no para que eligiera un matrimonio provechoso.

Los rizos de Adele se agitaron mientras salía de la habitación, e Imogen se preguntó cómo podría conseguir que Adele comprendiera los peligros que estaba corriendo; los que la acosarían por toda su vida.



Capítulo 17

En la iglesia el lado de la novia estaba menos concurrido que el del novio. No era la gran boda que uno esperaría de un duque; pero al tratarse de su segundo matrimonio, el Duque de Ashford parecía preferir una celebración más pequeña e íntima.

Junto a Valentine estaban sentados su esposa y los padres de ella, y detrás de ellos estaban varios amigos de la familia. No conocía a ninguno de ellos; muchos parecían ser amigos de Imogen, más que de Adele, lo cual sería una curiosidad si le importara.

Lo que también era curioso era que Imogen no parecía tan extasiada con el matrimonio como él esperaba, siendo una buena pareja para cualquiera. ¿Acaso no era lo suficientemente bueno para ella? Además de riqueza, ese matrimonio le otorgaba un verdadero poder; Adele Warkworth estaba a punto de convertirse en duquesa.

La novia estaba radiante; no estaba arrepentida de ese matrimonio ni un ápice, y estaba muy guapa. El novio también estaba evidentemente satisfecho. Por lo que Valentine sabía, su primer matrimonio no había sido completamente infructuoso, así que ciertamente no estaba casada con un ogro; más o menos como había ocurrido con su hermana, pensó sonriendo levemente.

La ceremonia había terminado. Era difícil saber qué pensaban los hijos adultos del duque; con suerte para la joven, desearían ver a su padre feliz. Aun así, su matrimonio podría ser un tema de discordia dentro de la familia. Las familias siempre eran difíciles y complicadas de tratar.

La pareja salió de la iglesia, recibiendo felicitaciones por el camino. Estaba muy alejado de la solemnidad de su propio matrimonio. Imogen caminó detrás de la pareja con su madre mientras salían de la iglesia, su padre se acercó a él mientras salían.

—Parece un buen hombre —dijo el señor Warkworth.

—Así lo creo.

—Siempre es difícil dejar ir a las hijas de uno adonde no puedes protegerlas.

Debía de ser un tema que le habría pesado en los últimos años; eso hizo que Valentine se sintiera incómodo, porque tenía parte de culpa en eso.

—Sus hijas ya están bien establecidas. Debería estar contento —dijo. De hecho, hasta podría decirse que ambas habían conseguido mejores matrimonios de los que habrían logrado de otro modo.

—Lo estoy.

Una vez fuera, vieron que el duque y su nueva esposa habían tomado asiento en el carruaje de él y estaban a punto de embarcarse en su luna de miel: cómo le fuera a ella ya no dependía de nadie más que de su esposo.

—¿Se quedan otra noche o regresan a Londres? —preguntó el señor Warkworth.

—Intentaremos regresar inmediatamente. Tengo entendido que en breve Imogen se reunirá con ustedes en Whitfield.

—Muy bien —dijo el caballero y asintió antes de buscar a su esposa, que lloraba mientras saludaban a los recién casados que partían rumbo a su luna de miel.

Una vez se fueron, la gente de alrededor pareció dispersarse por momentos, algunos buscaron a conocidos y amigos para charlar. Él no conocía bien a los invitados del duque y, francamente, no estaba de humor para charlar.

Aunque era un día alegre, y significaba que Imogen regresaría a la mansión de campo, aún había algo de incomodidad en todo ello.

Mirando a su alrededor, vio a Imogen de pie entre las lápidas. No podía explicar su estado de ánimo. ¿Estaba celosa del éxito de su hermana?

—Deberíamos irnos —dijo acercándose a ella. ¿Estaba llorando? Se dio la vuelta y se limpió con diligencia cualquier indicio de que lo hubiera hecho.

—Sí, claro —respondió y se enderezó.

—¿Por qué es infeliz?

—No soy infeliz —dijo ella, pero su rostro la traicionó y apartó la mirada bruscamente. Él podía sentir la tensión que se desprendía de ella—. Es que... Esto no es lo que yo quería para ella.

—¿Casarse con un duque? —Dijo con incredulidad—. ¿Tenía ambiciones más elevadas? ¿Un príncipe tal vez?

—Quería que se casara por amor, pero no lo ha hecho.

—¿Por amor? —Replicó con sorna—. ¿Por qué iba a hacerlo si usted no lo hizo?

—Porque tuvo la oportunidad de hacerlo.

—El amor es una noción ridícula, una obsesión que no dura.

–Es obvio que no lo está buscando en los lugares adecuados. –Era la primera vez que lo criticaba abiertamente.

–Su hermana tendrá potestad sobre todos los salones del país, y además será bien recibida en la corte.

–Eso no equivale a la felicidad. Usted más que nadie debería entenderlo, ya que está expresamente en contra de ello.

– ¿Ha visto a alguien casarse por amor? –dijo—. Si es así, le están mintiendo. Lo dicen, pero no es verdad.

– ¿Cómo lo sabe? El mundo no siempre es como usted lo ve.

–Sí, lo es.

Parecía que iba a seguir discutiendo. Su boca se abrió un momento, pero no dijo nada.

– ¿Cuándo quiere irse? –dijo ella en un tono más bien áspero.

–De hecho, ahora mismo.

–Voy a despedirme de mis padres.

Ella se alejó y él fue a esperar junto al carruaje. Parecía que su esposa tenía ideas absurdas, incluso la idea de despreciar ese matrimonio a causa de la riqueza, porque su hermana eligió la seguridad. Eso era lo que se suponía que debían hacer las mujeres, lo que ella había hecho; en cambio, tenía la noción de que su hermana debía casarse por amor. Los canallas convencían a las mujeres de que estaban enamorados, los hombres honestos no. Por otra parte, en el filo de la navaja de la honestidad, tal vez a él se le podría acusar de omitir algunas cosas sobre su matrimonio.

Mientras él observaba, Imogen hablaba con sus padres junto al carruaje que los llevaba de vuelta a Whitfield. La expresión de su rostro era mucho más despejada, dando a entender que estaba alegre, pero volvió a tornarse sombría cuando se alejó de ellos; le estaba mintiendo a sus padres, les hacía creer que estaba contenta con el matrimonio, cuando en realidad no lo estaba en absoluto.

Amor, noción de una niña tonta.

Como era de esperar, la ayudó a subir al carruaje y luego subió él.

–Entonces, si el amor era tan importante para usted, ¿por qué rechazaba todas las proposiciones que le hacían? –preguntó—. Seguro que tuvo más de una como debutante.

Ella lo miró por un momento.

–Las palabras pueden fluir tan fácilmente de la boca de alguien.

–Yo no lo he visto así. Me parece que si escucha, la gente le cuenta todo sobre sí misma.

–No estamos en desacuerdo, pero los hombres prometen todo tipo de cosas a una cara bonita.

–No tenía ni idea de que usted fuera una criatura tan cínica –dijo.

Ella miraba por la ventana el paisaje de paso. La hipocresía de ella a él le carcomía. Ella había tenido exactamente lo que decía estar buscando, pero lo había rechazado, y en ese momento criticaba el matrimonio de su hermana, que era un éxito indescriptible.

–Las mujeres saben lo que quieren y son tan mercenarias como cualquier soldado –dijo–. Yo mismo lo he sabido, lo he visto con mis propios ojos. Mi hermano sucumbió a la crueldad de las mujeres. Le destrozó y no pudo recuperarse de ello.

Ella le miró fijamente, pero seguía sin comprenderlo del todo, y si él en algún momento hubiera deseado estrangularla, era en ese.



Capítulo 18

Imogen no podía decir que fuera cómodo llegar a Whitfield; era reconfortante mudarse de la mansión de Londres, o más bien, era reconfortante no estar en presencia de su esposo. Se sentía como si hubiera estado caminando sobre cáscaras de huevo en todo momento. En general, se había comportado bien, pero ella percibía en él una enorme rabia, una rabia que podía explotar en cualquier momento.

Todo lo que decía era con la intención de atraparla en algo, de incriminarla de alguna manera. Al mismo tiempo, él no tenía ningún interés en ella, así que, en ese sentido, era un alivio estar allí, aunque la mansión fuese fría y con corrientes de aire.

En el momento en que volvía a tener conocidos, justo cuando había empezado a reencontrarse con algunos amigos, su hermana se había casado, así que la razón por la que estaba allí había concluido.

Aunque el matrimonio de Adele no fue como Imogen había deseado, estaba a salvo y no tendría que preocuparse por la indigencia a lo largo de su vida. Si el matrimonio de Imogen no brindaba seguridad a su familia, el de Adele ciertamente lo haría.

No se había dado cuenta de lo profundamente que su situación había afectado a Adele, en el sentido de que buscaría establecerse. Había sido imposible ocultar su situación. Su padre había ido a la cárcel por deudas, y la tensión del resto de lo acontecido había sido percibida por Adele; probablemente también su rechazo social. Así que lo primero que buscó Adele fue estabilidad, y había encontrado un esposo que se la proporcionaba.

El duque era un hombre decente, sin embargo era mucho mayor, por lo que no compartían experiencias. El duque ya lo había hecho todo, había estado casado y tenido hijos, incluso había estado en una luna de miel. Todo lo que Adele haría por primera vez, él ya lo había hecho antes.

No se podía decir lo mismo del esposo de Imogen. Él, por otro lado, no estaba interesado en nada de eso; no tendrían experiencias juntos. Para ella era la mansión, donde viviría sola. Con el tiempo, probablemente haría amigos y tendría conocidos en el distrito cercano, pero no pasaría mucho tiempo antes de que todos notaran el desprecio que su esposo sentía por ella. En algún momento, también se darían cuenta de que su falta de hijos era consecuencia de ese desprecio, o supondrían que la había despreciado porque no podía concebir, lo cual no era cierto, o al menos no estaba comprobado.

Pero ese matrimonio le había brindado seguridad a su familia, y por eso siempre le estaría agradecida. Así que allí viviría; sería una vida sencilla, y aprendería a sobrellevarla; era mucho mejor que la indigencia. La incertidumbre y la preocupación habían sido peores que cualquier otra cosa; desgastaban el cuerpo y la mente.

Y luego la afirmación de su esposo sobre lo cruelmente que él y su hermano habían sido tratados. Tal vez fuera cierto. ¿Fue el trato cruel de alguna mujer lo que le había dejado tan... resentido? Por lo que ella sabía, no había estado casado antes, si bien podía ser, aunque no hubiera pruebas de ello. Por lo que ella tenía entendido, se había marchado de Inglaterra durante un tiempo, y había regresado cuando el título había ido a parar a sus manos.

Esa crueldad había sido lo suficientemente dañina como para que renunciara a su deber para con su título de tener un heredero. Habría alguien más en la línea para heredar el título; tal vez un primo. Puede que hiciera eso para asegurar que el primo obtuviera el título, por delante de sus propios hijos, pero no tenía sentido. La única conclusión que podía sacar era que su esposo era tan obstinado en su desdén por las mujeres que renunciaba a su propia felicidad.

Sus intenciones no eran algo con lo que ella tuviera que lidiar; era su elección y ella se contentaba con respetarla. Y la fidelidad con el hermano era trágica; era difícil ver tanta infelicidad en su retrato del salón.

Pero ya tenía que organizar su vida allí. Había tareas domésticas relacionadas con el funcionamiento de la casa. Como era invierno, no había mucho que hacer en el jardín. Siempre le habían gustado los arreglos florales y esperaba con impaciencia la llegada de la primavera.

Podía salir a pasear. Hacía mucho tiempo que no montaba a caballo; eso le permitiría salir de la mansión y escapar de la oscuridad que ocultaban las palabras de su esposo.

El servicio de té se enfriaba frente a ella; su taza estaba vacía, pero no quería más. Era parte de su rutina. Era importante tener una rutina, dividir el día en segmentos, de ese modo, había algo que esperar aparte de horas de vacío.

Decidió qué hacer, se levantó y llamó a la señora Monroe. Su mutua relación aún no se había establecido, e Imogen se sentía incómoda al ordenar algo a la mujer que dirigía esa mansión perfectamente por sí sola.

–Estoy pensando que podría ir a dar un paseo –dijo Imogen.

–Un poco de aire fresco le vendría bien.

En general, era una mujer amable y eficiente, pero ellas eran extrañas. Desapareció para informar al mozo de cuadra que debía preparar una montura para ella, e Imogen subió a cambiarse.

Sintió cierta libertad cuando salió al patio. Esa era la clase de libertad que no había sentido en mucho tiempo, más allá de las presiones de su situación, de su matrimonio, y de la fría y extraña mansión en la que se encontraba; allá fuera únicamente estaba ella.

En Londres había habido momentos en los que había empezado a aceptar que su vida, tal y como la conocía, había terminado. Incluso podría decirse que había empezado a considerar como sería su vida en sus circunstancias. Otros vivían en la pobreza, la mayoría de la gente vivía en la miseria, y así también era posible tener una vida decente; en Londres, ya había empezado a plantearse esa cuestión.

La zona en la que había vivido en Londres no era un lugar miserable para la gente que vivía allí. No era exactamente una zona de abyecta indigencia. Había artistas y oficinistas, profesionales y artesanos, no era estrictamente una comunidad sin interés, pero también estaba el tipo de personas que más temía: las prostitutas.

Se suponía que eran los personajes más miserables que este mundo podía producir, pero no habían parecido serlo; vestían bien, disfrutaban de los cafés y los pubs. Evidentemente, tenían grupos de amigos, porque les gustaba hacer cosas durante el día, por lo que ella había visto a través de su ventana. Como no había nada más que hacer, había estado observando; iban vestidas como señoritas, pero caminaban sin acompañantes como si nadie pudiera tocarlas. Todos los límites de lo apropiado estaban ausentes en ellas, y simplemente hacían lo que querían.

Seguía siendo un destino que ella había temido; su libertad fue intercambiada por... su honor. Mientras que ella había cambiado su libertad por estabilidad. ¿Era tan diferente? ¿Lo era Adele? Ese era un pensamiento incómodo.

Los parques alrededor de Whitfield House eran hermosos. Las ondulantes campiñas verdes con árboles serían hermosas en primavera. Eso era algo que podía hacer allí, observar el cambio de las estaciones.

Una punzante pena la invadió por un momento, pero la alejó. Todo iba bien. Adele estaba de luna de miel y sus padres estaban a salvo en una casa de campo.

Se dirigió hacia allá e intentó disfrutar del escaso sol. Había algo encantador en un día despejado de invierno.

El olor del fuego era perceptible incluso antes de que viera la casa y el rastro de la chimenea. Era una casa muy bonita y se alegró de que tuvieran fuego para calentarse.

Después de atar al caballo, entró. Algún tipo de enredadera se había extendido por el marco de la puerta, pero ella no era lo bastante experta en plantas como para saber de qué planta se trataba hasta que llegara la primavera.

– ¿Hola? –llamó al entrar.

–Hola, querida –respondió su madre desde el pequeño salón. Ya estaban expuestas algunas de las cosas que habían conseguido conservar. Era acogedor e inmediatamente se sintió relajada. Eso estaba mejor—. ¿Té?

–Me encantaría –dijo, aunque ya había tomado bastante. No había nada más que hacer en la gran mansión que beber té y mirar las paredes.

Su padre estaba sentado junto al fuego, mientras su madre se ocupaba del té; así era como debía ser. Todos sus sacrificios parecían merecer la pena.

– ¿Ese esposo tuyo no te acompaña? –preguntó su padre.

–No, prefiere la ciudad. –Explicar su relación a sus padres sería difícil. Con suerte dejarían de hacer preguntas cuando se dieran cuenta de que había pocos cambios. Se sentaron y tomaron el té con galletas mientras su madre hablaba del vestido de novia de Adele y de los otros vestidos que había encargado para la luna de miel. Imogen sabía de ellos, porque había estado allí cuando fue la modista.

–Vamos a dar un paseo rápido, mi ciruela. –Su padre la había llamado así desde que era pequeña, y parecía estar decidido a estirar las piernas. Después de que ambos se pusieran los abrigos, salieron al aire libre.

–Es precioso con la niebla por las mañanas –dijo ella mientras se alejaban de la casa. Había una pequeña zona boscosa no muy lejos, y a su padre parecía gustarle. En definitiva, habían pasado más tiempo allí que ella.

–Me he enterado de algunas cosas interesantes en los últimos días por amigos y demás conocidos que han investigado.

– ¿Oh? –dijo Imogen, sin tener ni idea de a qué se refería. ¿Se estaba involucrando otra vez en inversiones?

–Ese esposo tuyo... es un poco víbora con nosotros.

¿Adele les había estado hablando de su escueta relación?

–Tiene unas características únicas.

Pasearon en silencio por un rato, hasta que su padre se volvió hacia ella.

–Empiezo a entender el escenario.

– ¿Cuál escenario?

–Estoy comprendiendo que nuestra persistente mala suerte ha sido orquestada por él.

El mundo pareció cambiar por un momento, y ella no supo qué decir. ¿Qué estaba diciendo? ¿Qué quería decir con orquestado? Empezó a comprenderlo con desagrado. ¿Era cierto? ¿Podría ser verdad?

– ¿Qué quieres decir?

–Él orquestó nuestra caída. Con qué propósito, no puedo asegurarlo. Tal vez su matrimonio contigo fue por un sentimiento de culpa.

Esa información no tenía sentido. No podía hacerla encajar en todo lo que sabía.

–No creo. ¿Por qué lo haría?

–Esa es la cuestión, pero si escarbas lo suficiente, ves su influencia en ciertos aspectos, y no ha sido en nuestro beneficio. No sé cuáles son sus intenciones, pero no confío en ellas.

¿Por qué habría hecho eso?

–No lo entiendo –dijo.

–Ahora me encuentro en una situación en la que vivo de su caridad, y me cuesta reconciliarme con ella. El Duque de Ashton nos ha ofrecido una casa en su propiedad, y estoy dispuesta a aceptarla. Creo que deberías venir con nosotros. Como dije, no sé cuáles son sus intenciones. Tal vez lo que ha hecho al casarse contigo es hacer algún tipo de restitución, pero no puedo decir que vea felicidad en tu rostro.

– ¿Por qué haría algo así? –Era una pregunta más para sí misma. No lo entendía. Cuando se lo propuso, dijo que no sería un matrimonio feliz. ¿Se trataba de ella? ¿Era una restitución como dijo su padre, o era algo totalmente distinto?

No sabía qué pensar y mucho menos qué hacer con las emociones que la embargaban. En primer lugar, sus padres se iban. Claro que entendía por qué. Si eso era cierto, ¿cómo podían vivir bajo el dominio de ese hombre? ¿Cómo podía ella hacerlo?

–Aceptaremos la oferta del duque cuando tu hermana regrese del continente.

–Claro, por supuesto –dijo Imogen distraídamente. Sus pensamientos seguían demasiado aturdidos para encontrarle sentido a todo aquello.



Capítulo 19

El mercado de caballos era un hervidero de actividad y olía a gloria. Había de todo, pero Harry buscaba un caballo castrado joven y fuerte. Se encontraban desde grandes caballos de trabajo hasta los preciados árabes.

Los caballos no eran una pasión para Valentine como lo eran para Harry. Claro que veía el atractivo, pero no le motivaba, prefería coleccionar buenas inversiones antes que caballos. Harry, en cambio, tendía a preferir lo llamativo, que pudiera verse la riqueza, había algo en él que lo motivaba a relacionarse con la alta sociedad de esa manera.

Tal vez fuera porque Harry nunca había tenido un objetivo. Al ser el segundo hijo, Valentine supo que tendría que usar todo su ingenio y habilidad, y sus conexiones, para hacerse un lugar en el mundo. El destino del segundo hijo podía ser cruel, pero también hacía que algunos hombres buscaran progresar.

Había existido una competitividad entre él y George. Aunque George siempre había estado destinado al título, Valentine se había empeñado en eclipsar a su hermano, pero todo había salido mal, había aparecido ella y había destruido a su familia.

A todos los efectos, Valentine tenía la intención de volver a su vida tal como había sido. La hermana estaba casada, y había contraído un matrimonio espectacular; pero no le envidiaba el éxito que había logrado.

Ya todo podía volver a la normalidad. Tenerlos allí asistiendo a la temporada había significado un sinfín de actividades, y un sinfín de encuentros con ella, aunque fueran pequeños; incluso cruzarse con ella en el pasillo. Siempre había sido consciente de su presencia. Ahora había retornado el bendito silencio.

Lo que había descubierto, sin embargo, era que no la odiaba tanto como esperaba, o tal vez lo correcto sería decir que no la odiaba tanto como quería. No era tan ostentosa como esperaba,

pero había destellos de ella, cuando encendía su encanto y lucía.

Pero, inesperadamente, también tenía algo reservado y cauteloso en ella, y por algunos momentos vio a su verdadero yo; este podría haberse desarrollado últimamente en medio de las dificultades. Ella había aceptado su acuerdo y no había luchado contra él; eso era quizás incluso un poco alentador.

Su padre había tenido ciertas ideas sobre las mujeres, que debían ser bien tratadas, sin esperar gran cosa. Tal vez había sido una visión espartana del matrimonio. Valentine no suscribía esas nociones duras y, en cierto modo, se había retractado de sus intenciones originales para con Imogen Warkworth. Tal vez su padre se sentiría decepcionado de él, pero no estaba en su naturaleza mantener a un enemigo cerca y torturarlo a todos los efectos; se contentaba con dejarla en Whitfield y finiquitar todo de una vez.

–Están pidiendo demasiado –dijo Harry, su rostro mostraba que estaba de mal humor–. El problema es que tienen una mejor estirpe y lo saben. Aun así, eso no justifica que se aprovechen de la forma en que lo intentan.

– ¿Quieres irte?

Harry refunfuñó un poco más, pero cedió.

–Branby dijo que hay un lugar en Kent que cría unos caballos espectaculares. Un establo nuevo. Tengo entendido que han traído los caballos de Francia.

Valentine esperaba que eso no significase que Harry quería ir a visitarlos. Después de la boda, quería quedarse en la ciudad por un tiempo. De todos modos, ¿no deberían comprarse los caballos en primavera?

–Vamos a tomar algo –sugirió Valentine y le dio una palmada en el hombro a Harry. Esa era una sugerencia que siempre le atraía.

Fueron a uno de los clubes a los que Harry pertenecía y pasaron unas horas en compañía de un grupo con el que ocasionalmente pasaban la tarde. Valentine estaba ligeramente ebrio cuando se despidió y regresó a la mansión. Su intención era descansar un rato y luego irían a cenar a algún sitio de la ciudad.

El señor Trudy le hizo pasar como de costumbre, pero había una expresión de gravedad en su rostro.

–Está aquí, milord, su esposa.

La sorpresa apareció en su rostro.

– ¿Por qué? –dijo sin pensar. No se había acordado que fuera allí. Se había marchado sin más. El acuerdo era que permaneciera en Whitfield.

–Está en el salón –dijo el señor Trudy–. No ha traído baúl.

–Debió avisar –replicó Valentine. Eso sugería que no había llegado para quedarse. Entonces, ¿por qué estaba allí? Era algo inesperado. El malestar se apoderó de sus entrañas. Eso significaba algo.

Caminando hacia el salón, entró al recinto y la encontró sentada en el sofá. Estaba vestida formalmente y tenía la mirada fija en el fuego hasta que se percató de su presencia. Había una dureza en sus rasgos que él no había visto antes.

–Imogen, esto es inesperado. ¿Ocurre algo?

Ella se puso en pie y enderezó la espalda.

–Sus actividades con respecto a mi familia han sido descubiertas.

Así que de eso se trataba; tal vez tenía que ocurrir en algún momento. No se avergonzaba de ello, de haber vencido a un enemigo.

–Ha hecho un daño imborrable a la reputación de mi familia, para sus propios fines. Para de alguna manera propiciar este matrimonio. No le habría aceptado si no hubiera arruinado a propósito las perspectivas de mi familia. No lo toleraré.

–Entonces ya sabe cómo me siento –dijo con maldad. La confusión en el rostro de ella era evidente.

Un tenso silencio se interpuso entre ellos.

– ¿Qué quiere decir?

–Destruyó a mi hermano. Infligió un daño imborrable a mi familia. Tengo este título por sus acciones.

–No hice nada contra su hermano.

–Oh, pero lo hizo. Él admitió su amor por usted y usted cruelmente lo rechazó. Y lo peor es que destruyó a un hombre, y ni siquiera lo recuerda. Esa es la razón de todo lo que ha pasado. George aún no era Lord Rosemarche, pero lo habría sido. Ahora usted acabó en la posición que le parecía tan inadecuada. –Toda la vieja ira estaba volviendo a él; temblaría debido a esta si no se obligaba a calmarse.

–No puedo hacerme responsable de las acciones de su hermano. Nunca he tratado a nadie con crueldad, pero no puedo corresponder a un amor que no siento.

En cierto modo él estaba de acuerdo, pero la rabia seguía ahí. Sus acciones habían provocado la muerte de su hermano y él la odiaba por ello. La culpa podría no ser justa, pero no dejaba de ser culpa. Sus acciones habían tenido consecuencias nefastas; había destruido a su padre, incluso lo había matado. Valentine había perdido a toda su familia.

–Tampoco puedo evitar el odio que siento. Castigarla estaba en mi poder, e hice que sucediera.

– ¿Dígame cómo se supone que debo responsabilizarme de los sentimientos de los demás? Tuve muchas propuestas. No puedo doblegar mi vida únicamente para evitar herir los sentimientos de todos.

–Aun así, George fue víctima de esos sentimientos, y usted es víctima de los míos. Tal vez no sea justo, pero tampoco lo fue para George. Todas las elecciones tienen consecuencias.

–Le dejo.

–Ah –dijo con sorpresa–. ¿Va a refugiarse en la misericordia de su cuñado?

–No sé si tengo que hacerlo.

–Se convertiría en un paria social. La sociedad le daría la espalda.

–He sido todo eso antes.

–Y la desesperaron lo suficiente como para aceptar mi propuesta.

–Únicamente el sufrimiento de mi familia me hizo aceptar la proposición, cosa que hice de buena fe, por cierto, con toda la intención de cumplir mi parte del trato. Pero nunca esperé que usted fuera la causa de la miseria de mi familia. Eso es insostenible. Este matrimonio es insostenible.

–Tal vez sea así, pero está en él de todos modos. Supongo que puede apelar a la misericordia de su cuñado, pero sabe que es un hombre muy tradicional. Cuando se trata de matrimonio, él cree que usted duerme en la cama que hizo.

–No seré suya.

–Nunca se lo pedí. No puede decir que no tuve consideración con usted.

–No estoy del todo segura de que esa decisión se tomase en mi beneficio –afirmó ella, lo que le hizo quedar impresionado por lo observadora que era. Sí, era mentira que su aversión hubiera sido en beneficio de ella. Sin embargo, también era mentira decir que era porque la encontraba repugnante en un sentido físico; su belleza nunca había sido puesta en duda. No había querido darle la felicidad de tener hijos y quiso que sufriera la desolación de quedarse sin familia.

Sin embargo, al ejecutarlo, descubrió que sus sentimientos no habían sido tan duros como había planeado. Incluso en ese momento, no estaba totalmente resentido con ella por las acciones que estaba tomando para salir de la situación; no en el sentido de que la detendría.

–Reconozco la situación en la que se encuentra –dijo–. Pero lo hecho, hecho está. No se puede deshacer. El duque, independientemente de todo, cree en la santidad del matrimonio, al contrario que muchos otros hombres, e insistirá en que su lugar está con su esposo. Debería volver a Whitfield, y quedarse allí. Este matrimonio nos será útil a ambos solo de nombre. No niego la

responsabilidad de haberlo creado. Tenía una venganza que satisfacer, pero no la molestarán en Whitfield.

– ¿Y simplemente me mudaré allá hasta que muera?

Esa había sido la esencia de su venganza.

–Es una vida y mi hermano no tiene ninguna. –De hecho, ella pasaría su vida muy cerca de donde estaba su tumba. Era totalmente propio de una tragedia griega.

–No lo haré –afirmó con dureza y avanzó hacia él.

–Es la única salida –le dijo retrocediendo. El mundo era cruel con una mujer casada que no contaba con el apoyo de su esposo. Si ella aún no lo sabía, pronto lo sabría.

Tomando asiento junto al fuego, él exhaló profundamente. Sus manos temblaban con la energía provocada por la ira. Supuso que aquel enfrentamiento también habría sido inevitable. Ahora ya estaba todo hecho, su venganza estaba consumada. Había una sombría satisfacción que lo embargaba, no tanto a nivel personal, sino por su familia.

Eran similares en muchos aspectos; ambos habían actuado por sus familias, y ambos habían ejecutado su parte. Ahora había disgustos, pero las cosas se arreglarían, incluso puede que la situación se suavizara entre ellos con el tiempo, ya que ambos habían cumplido con su deber. En cuanto a él, se sentía completo; sentía que todo había terminado.

El matrimonio nunca había sido una cuestión de amor. Desde el comienzo de la civilización, se había tratado del honor familiar, y aún lo era.



Capítulo 20

Las lágrimas corrían por el rostro de Imogen mientras caminaba. Las calles estaban amargamente frías, pero ella iba suficientemente vestida. Cuando había dejado Whitfield, había planeado que ese sería un largo y complicado día. Tenía algo de dinero, pero no mucho, y odiaba que el dinero de su bolsillo le perteneciera a él.

Él había dicho algo que ella temía y sospechaba: que el duque simplemente la devolvería a su esposo. La convivencia del matrimonio podía ser despreciable, pero el matrimonio era el matrimonio. Ella era propiedad de Lord Rosemarche, igual que Adele era propiedad del duque. Él decidía qué miembros de la familia podían quedarse con ellos, y hasta ese momento había ofrecido que se quedaran los padres de ella.

Realmente dejaba a Imogen en una posición terrible, estaba atrapada bajo el pulgar del hombre que había arruinado a su familia. Tal vez podría buscar refugio con Charlotte y su familia, pero teniendo en cuenta que no la habían apoyado cuando su fortuna había decaído, no podía imaginar que lo haría atravesando algo como eso. Todo era un escándalo. No sólo se había visto afectada por la pobreza, que era, a todos los efectos, un defecto de carácter a los ojos de la sociedad, sino que ahora había huido de la casa de su esposo.

Al llegar a Londres, había dejado su baúl con la señora Winters en Holborn, quien había sido una amable vecina durante toda su odisea. Cuando llegaron por primera vez a Holborn después de tener que abandonar su casa, la señora Winter había tenido la amabilidad de explicarles cómo hacer las cosas más sencillas, incluida la compra de productos en el mercado. Habían sido como gacelas vagando por un mundo nuevo, siendo aprovechadas por cada comerciante con el que se cruzaban. La señora Winter había enseñado a Imogen el verdadero precio de todo y cómo conseguirlo.

La mujer era viuda de un zapatero, que había tenido la bondad de establecer una pequeña renta para ella, suficiente para unas habitaciones en una parte de la ciudad que se consideraba segura, y al mismo tiempo se consideraba un severo escalón hacia abajo para cualquiera que viniera de la alta sociedad.

No teniendo otro lugar adonde ir, Imogen se dirigió hacia allá. Necesitaba aclarar sus ideas y decidir qué hacer. Las palabras de Rosemarche resonaban en su cabeza, que volver a su confinamiento era la conclusión inevitable. No, no lo permitiría. No se permitiría a sí misma acatar esa injusticia. ¿Cómo era ella la responsable de que ese hermano, George, tuviera una mente inestable? Le avergonzaba un poco no recordarlo, apenas tenía una vaga idea de quién era. Había sido discreto y de voz suave, y había sido uno de los muchos que se habían acercado a su padre por ella. No había habido nada digno de mención y, desde luego, ella no había sido cruel; simplemente había dicho que no. Era totalmente irreal que ella dijera que sí simplemente porque él lo quería; así no era como funcionaba el mundo. Ni siquiera había hablado con él en persona, por lo que recordaba.

Esa venganza era totalmente irrazonable. Lord Rosemarche no era razonable; tal vez en su interior lo sabía. Su situación era tan desesperada que tuvo que aceptarlo. Por mucho que le hubiera decepcionado el matrimonio de Adele, en aras de la estabilidad, tal vez fuera el mejor resultado. Quizás el amor en este mundo era una expectativa poco realista; existía, solo que no era para ellos.

Y ahora se encontraba en una situación en la que simplemente tenía que someterse al hombre que había arruinado sus perspectivas familiares, en aras de una venganza irrazonable para compensar una reacción absurda a una propuesta de matrimonio que, ante todo, tenía muy pocas posibilidades de tener éxito.

El barrio le resultaba familiar, era donde tuvo que ser independiente, aprendiendo todo lo que necesitaba saber para cuidar de su madre y su hermana. No eran necesariamente buenos recuerdos, todo había sido increíblemente angustioso, y con un futuro que era totalmente incierto.

Llegó a la puerta de la señora Winter, llamó y la mujer abrió.

—Oh, querida —dijo al ver la cara de Imogen. Su expresión hizo que Imogen rompiera a llorar de nuevo—. Entra y siéntate junto al fuego —dijo.

Imogen se quitó el abrigo e hizo lo que le pedía.

—Te calentaré un poco de leche —dijo la señora Winter—. No estás tan mal, estoy segura.

No, realmente estaba mal.

–Mi esposo es un canalla. Arruinó a mi familia para poder arruinar mi vida. Lo admitió.

La señora Winter se afanó en la pequeña cocina y luego puso dos tazas a calentar.

–Los hombres siempre son difíciles.

–Él planeó la desgracia de mi familia. Todo por la razón de que rechacé una propuesta de matrimonio de su hermano. ¿Le parece razonable?

–No, claro que no.

–No puedo volver. Me niego a hacerlo.

–La vida será muy difícil si quieres alejarte de tu marido. El mundo no perdona. Pero tu hermana está bien casada, seguro que te ayudará.

Imogen se mordió los labios. No quería decir que no esperaba ninguna ayuda de aquella parte, pero sospechaba que era cierto. Adele podría incluso ser indiferente. Parecía que su punto de vista sobre el matrimonio era la comodidad y la seguridad, e independientemente de las intenciones de Lord Rosemarche, ella tenía una vida segura y cómoda. Su hermana no lo entendía, e Imogen lo lamentaba, pero la situación de ambas había salido bastante bien al final, excepto que Imogen estaba casada con un monstruo que arruinaba la vida de la gente por una estúpida noción de venganza.

–Tendré que considerar otras alternativas –admitió finalmente.

–Oh, querida.

–No me diga que vuelva con mi esposo y que simplemente tolere lo que ha hecho. Eso es impensable.

La señora Winter suspiró.

–Podrías llegar a pensar de otra manera. Es una vida dura para las mujeres sin apoyo.

Imogen se mordió el labio. Ese nerviosismo familiar había vuelto a su vientre, el mismo que sentía cuando no sabía de dónde vendría su próxima comida. Su esposo, el muy desgraciado, lo había arreglado de esa forma; la elección era hacer una vida por sí misma, o volver con él. Tal como dijo, podría ser inevitable, pero ella no estaba dispuesta a doblegarse.

–No tengo mucho que ofrecerte, pero eres bienvenida a quedarte –dijo la señora Winter y le tendió una taza de esmalte con leche caliente. Tenía algunas especias añadidas, y estaba deliciosa.

–Gracias. Tengo que pensar en lo que voy a hacer.

Era la primera vez que podía hacerlo desde que se había enterado por su padre de lo que les habían hecho, y la relajación se convirtió en sueño en poco tiempo.

Cuando despertó, la señora Winter estaba preparando la cena, que consistía en una sopa abundante pero sencilla. Antes de conocer a la señora Winter, Imogen no sabía que una sopa podía llenar tanto. Todo dependía de los ingredientes utilizados, y las judías y los guisantes eran los ingredientes esenciales.

El lugar no era grande, había una pequeña cocina con fuego, que hacía las veces de lo que podría llamarse salón, y un dormitorio. No era exactamente un lugar en el que uno quisiera recibir visitas, pero la señora Winters parecía estar bastante contenta. Tenía unas plantas en los alféizares de las ventanas. Imogen dormiría esa noche en el desgastado sofá, aunque era consciente de que no podría abusar de la amabilidad de la señora Winter durante mucho tiempo.

Mientras la señora Winter hacía la sopa, Imogen podía sentarse a pensar. ¿Qué era lo que ella quería? Si no regresara con él, ¿qué quería hacer? Todo lo que no podía tener, lo cual era un esposo que la amara, una casa confortable e hijos en los que volcar su atención. Eso no era posible. Bueno, ciertamente no era posible dentro de los confines de la alta sociedad.

Que estuviera casada era un obstáculo, pero no para todos los hombres. El matrimonio no significaba tanto para todos. Incluso ella se había dado cuenta de que había gente en el barrio que vivía junta pero no estaba casada. No todos los matrimonios funcionaban, y algunos formaban nuevas relaciones; eran cuasi matrimonios sin la aprobación de la iglesia, el sistema legal o la sociedad.

¿Era posible para ella? ¿Podría conseguir todo lo que quería con un hombre que la aceptara a pesar de que un tipo horrible la había engañado para casarse? ¿Qué clase de hombre aceptaría eso?

Su atención se volvió hacia los hombres que había visto en ese barrio, los artistas y poetas, un cierto grupo que vivía ahí, gente que vivía completamente al margen de la aprobación institucional. ¿Podría un hombre así estar interesado en ella? De nuevo, ella no estaba interesada en un hombre simplemente para tener a alguien que la mantuviera; tendría que ser por amor. El amor existía. ¿Se atrevía a esperarlo?

¿No valdría la pena todo eso si lo encontraba? ¿Si lo hiciera no frustraría por completo las intenciones de Lord Rosemarche? Él podría conseguir una amante, vivir con ella, y tener hijos sin que nadie pestañeara. Por lo que ella sabía, probablemente ya tenía una; aunque no tuviera pruebas de ello, no significaba que no la tuviera.

¿Podría tolerar ser la amante de alguien? No era lo mismo que ser una prostituta, ¿verdad? Todo dependía del hombre. Si era un hombre cuyo matrimonio había fracasado terriblemente, como el suyo, y era un hombre encantador, tal vez lo haría. Eso podría ser un futuro para ella.

Era básicamente todo lo que ella quería, aunque no habría un contrato matrimonial. Se trataba simplemente de encontrar a un hombre que tuviera la intención de ser honorable con ella a pesar de eso, alguien que fuera honorable por la naturaleza de su carácter. Ese tipo de hombre tenía que existir. Ni siquiera tenía que haber muchos, solo necesitaba uno; así podría ser feliz y el resto podría arreglárselas sin ella.

El problema era que no conocía a ningún hombre así. Nunca había conocido a un amante; ni siquiera lo habría reconocido si se hubiera cruzado con uno por la calle. Las prostitutas eran otra cosa, o tal vez eran lo mismo, no lo sabía. Ella buscaba un hombre que quisiera una familia, no uno que quisiera perder el tiempo con mujeres descocadas; tenía que existir alguno.

La otra alternativa era volver a Whitfield y vivir sola en una casa oscura y vacía, temporada tras temporada, por seguridad.

Eso sin duda era una prueba. ¿Arriesgaría tanto para conseguir lo que quería? Ya lo había hecho antes, había rechazado propuesta tras propuesta porque no era amor lo que le ofrecían. Incluso ese George, que no conocía nada más de ella que su aspecto físico. ¿Cómo podía siquiera profesarle amor? Eso no era amor. Eso era belleza y la distracción que causaba. La belleza no significaba nada; era una casualidad, y había aprendido que los hombres más atractivos eran personas horribles una vez que hablaba con ellos, tal y como su esposo.



Capítulo 21

El Club Belham estaba tan concurrido como siempre que llegaba Valentine. Solía ser un lugar excitante para pasar las tardes, pero el entretenimiento se había desvanecido un poco, sin embargo, era el lugar apropiado cuando no estaba la esposa. Los entretenimientos simples no eran tan agradables cuando se estaba totalmente sobrio, a decir verdad, los placeres habían desaparecido hacía bastante tiempo.

Por una vez, Harry no estaba jugando a las cartas, en cambio estaba hablando con Marton Salisbury. Valentine podía decir al ver sus ojos que llevaba allí un rato. Por primera vez, se preguntó si a Harry realmente le vendría bien casarse; apreciaba más una cara bonita que Valentine.

Hubo un momento en que un rostro hermoso había atrapado a Valentine en algo que había resultado ser bastante desagradable; al final, casi lo mata, y no sólo eso, sino que había dado color a su perspectiva a partir de ese momento. Harry a menudo veía a las mujeres como criaturas inocentes, que no podían contemplar el engaño o la criminalidad. Pero las mujeres tenían que usar sus artimañas para conseguir lo que querían, sobre todo en lugares sin ley como el Caribe; todas las mujeres de allí lo hacían. También la hermana de su esposa lo hizo. Imogen no había tenido la oportunidad de hacerlo, porque él se le había adelantado. Tal vez debería haberla dejado intentarlo; podrían estar en una mejor posición ahora.

¿Qué mejor posición sería esa? Había conseguido lo que se había propuesto. Eso no había cambiado, además, ella volvería, no tenía elección. ¿Qué otras opciones había para ella? Ninguna era buena, y no tardaría en darse cuenta.

Le deseó de mala gana que estuviera a salvo durante el transcurso. Que apareciera muerta en una zanja no le gustaría; sabía que sería una culpa que cargaría, y no la quería.

– ¿Cómo está su encantadora esposa? –preguntó Marton–. Tengo entendido que la encontraste en circunstancias penosas, pero sospecho que eso no ha disminuido su belleza.

Valentine no pudo evitar lanzarle una mirada mordaz, inmerecida ya que no había dicho nada inapropiado.

–La boda de la hermana ha sido complicada –dijo a modo de explicación. Desde luego no quería decir que ella había huido de su casa jurando no volver jamás. Semejante dramatismo era inconcebible, y los chismosos harían un escándalo.

Con un suspiro, se sentó. En algún momento los chismes darían de que hablar. Su matrimonio había permanecido intacto durante unos pocos meses, antes de que ella huyera. Sin duda, ya se había ido a algún sitio, probablemente a la finca Ashford. Eso no le serviría, porque el duque insistiría en que volviera a donde pertenecía. Él simplemente tenía que esperar a que eso sucediera.

–Logró un matrimonio fantástico –continuó Marton–. Hay que reconocerles a las chicas Warkworth su capacidad para recuperarse de la adversidad.

Valentine quiso resoplar, pero se contuvo. De acuerdo, a la hermana le había ido bien. Imogen no había conseguido gran cosa cuando él le propuso matrimonio, mientras que Adele aprovechó la oportunidad. Por otra parte, el matrimonio de Imogen le había dado considerables oportunidades, y Valentine le había proporcionado una hermosa dote.

Y por todo ello, Imogen lo había tachado de inmoral y había huido. Bueno, en el fondo, ella tenía derecho a hacerlo.

–Ahora todo depende de ti, Harry –dijo Marton, dirigiendo su atención hacia este–. Eres el único que no está casado. Las matronas te acusarán de permanecer de brazos cruzados.

–No he encontrado a la apropiada –dijo Harry con un resoplido desdeñoso, si bien era cierto que no había buscado mucho.

–Puedo ir a buscar otra bebida –dijo Marton y se levantó de la silla.

Harry se sentó despreocupadamente con las piernas cruzadas. Al paso que iba estaría bastante borracho para cuando se fuera; quizás Valentine también debería estarlo, pero no le apetecía.

–Se marchó –dijo.

– ¿Quién?

–Mi esposa. De alguna manera ha descubierto parte de nuestra historia oculta, y se fue furiosa jurando no volver a verme. –Bueno, no había sido tan dramático. En realidad no recordaba lo que se había dicho, pero el efecto fue el mismo.

– ¿Y adónde se fue?

–Probablemente a Maidsted Hall. Pero volverá.

– ¿Quieres que vuelva?

No era una pregunta que él hubiera siquiera contemplado.

–Soy responsable de ella.

–En un matrimonio como el tuyo, estoy seguro de que yo pasaría un buen momento hasta aprovechar la oportunidad. Tú ni siquiera llegaste a besarla.

Como que eso fuera importante para Harry, pensó Valentine poniendo los ojos en blanco.

–Tu tía se va a poner furiosa.

–Con suerte volverá antes de que Clementine se entere.

De hecho, Clementine estaría furiosa por todo lo ocurrido. Le llamaría «cabeza dura»; él podía incluso oírla decirlo.

–Ya no hay nada que hacer al respecto –dijo Harry–. Vamos a beber.

Ese era un acto con el que Valentine únicamente podía estar de acuerdo. Bebería como hacía tiempo que no lo hacía, porque no había razón para que se sintiera tan mal como se sentía.

*

Por la mañana la luz del sol le escocía los ojos y la cabeza le latía con fuerza. El final de la noche había sido turbio, y no estaba seguro de querer recordarlo. ¿Por qué había bebido tanto? Ahora le parecía una locura. En algún momento, incluso podría haber perdido a Harry por el camino; al menos no se había despertado en un lugar desagradable.

Abrió los ojos y se encontró con un entorno que le resultaba familiar. El fuego de la chimenea calentaba la habitación. Ni siquiera se había dado cuenta de que entraba la sirvienta.

Con un gemido, se incorporó y sintió lástima de sí mismo. Tenía la lengua seca y un sabor terrible en la boca. Llamó a su ayuda de cámara y volvió a sentarse pesadamente.

Una vez vestido, bajó a su estudio. Por mucho que bebiera, se negaba a alterar sus planes; cualquiera que fuera el sufrimiento que eso conllevase, sentía que era su merecido.

Apareció un joven y Valentine vio que era uno de los lacayos de Whitfield. ¿Traía noticias de ella?

– ¿Sí? –dijo mientras el joven esperaba.

–Únicamente vengo a informar que hemos alojado al señor y a la señora Warkworth en la finca del duque de Ashford, con todas sus pertenencias.

–Oh. –Había sido una grosería por su parte no informarle, pero si Imogen sabía de sus actividades para socavarlos, entonces sus padres también lo sabían, y lo habían abandonado de acuerdo con ella–. Ya veo.

El duque y su novia no podían estar de vuelta de su luna de miel aún, así que esa fue una salida apresurada.

– ¿Estaba mi esposa allí también?

–No, no estaba. Fueron recibidos por el mayordomo del duque. Entiendo que una casa de campo había sido puesta a su disposición.

– ¿Lady Rosemarche no estaba allí?

–No. Nadie más estaba allí.

No sucedió lo que él esperaba.

– ¿Ha vuelto a Whitfield?

–No, no desde que se fue.

¿Entonces dónde estaba?

– ¿La trajo aquí hace un par de días?

–Sí, luego regresé para llevarme a sus padres.

– ¿Y la dejaron aquí?

–Primero dejamos su baúl y luego la trajimos aquí.

– ¿Adónde?

–A una dirección en Holborn.

Ahí era donde habían estado sus habitaciones, donde los había encontrado. ¿Habían conservado esas habitaciones? Ella debía haber regresado allá. ¿Por qué no iría con sus padres? Porque entendía que no sería bienvenida. Entonces, ¿cuáles eran sus planes?

–Gracias –dijo distraídamente al lacayo–. Puedes volver a Whitfield cuando hayas descansado.

Así que Imogen había regresado a la zona desagradable en la que había estado cuando él la encontró. ¿Cuáles eran exactamente sus intenciones? Por aquel entonces ella había estado viviendo con escasos fondos. ¿Cómo se mantendría? ¿Gracias a su hermana? ¿Gracias a sus padres? ¿O esperaba que él la mantuviera? Honestamente, él podía permitirle algo mejor.

Tal vez estaba regresando al último lugar donde había estado antes de que él apareciera en su vida. ¿Estaba tratando de continuar esa clase de vida? Eso era ridículo.

¿Estaba tratando de avergonzarlo de alguna manera? Ciertamente sería vergonzoso tener a su esposa alojada en una zona así. ¿Era esa una táctica que ella usaría contra él? Probablemente él sí lo haría si estuviera en su lugar.

Era ridículo, pero la dejaría jugar esa mano hasta ver lo que tenía en mente.



Capítulo 22

Imogen no tenía ni idea de qué hacer. ¿Cómo iba a hacerlo? Lo primero que hizo fue ir a una cafetería donde sabía que pasaban el tiempo algunos de los artistas de la zona; era un lugar animado y ella fue para observar. ¿Qué tipo de hombre sería el adecuado para ella? ¿Qué tipo de hombre querría la misma vida que ella? Los artistas hablaban incesantemente del amor: lo pintaban, lo escribían, lo cantaban.

O sería uno de los oficinistas que veía pasar hacia su empleo, con su aire de respetabilidad. ¿Querría mancillarse relacionándose con alguien como ella? Tenía que ser alguien a quien su pasado no le dañara, o no le importara.

Había en ella una motivación que no había conocido antes. Cuando vivió allí, antes de casarse, se había preocupado por sus padres y su hermana, pero ahora ya no, y era libre de andar por su cuenta, ya que no tenía ninguna respetabilidad que proteger, como todo el mundo de por allí; la gente no estaba protegiendo su virtud, estaban fuera haciendo cualquier negocio que tuvieran.

Todas estas personas conocían esposos, esposas y amantes sin que la temporada lo facilitara; entonces, ¿cómo sucedía? En ese café, la gente era educada, se quedaba con el grupo con el que había ido, o había ido a encontrarse con alguien. Ella no tenía a nadie con quien reunirse. ¿Eran amigos? ¿Cómo se habían hecho amigos? ¿Eran felices con sus vidas? Eso parecía; reían y bromeaban. Nadie se agitaba, preocupado por si alguien importante iba a despedirles y que ese fuera su legado; allí, la gente se ocupaba de sus asuntos.

Había tantos misterios ante ella, y la idea de que podía construir la vida que quisiera le resultaba muy atractiva. Era como si fuera otra persona la que tuviera en perspectiva una vida triste y solitaria en una casa de campo a la que nadie iba. Tal vez estaba exagerando. Con el tiempo probablemente habría tenido algunas amistades, pero no sería con su esposo, ni con sus hijos; no habría nietos.

Si no hubiera sido por el engaño, probablemente habría cumplido el trato, pero el hecho de que él hubiera originado su miseria, su desgracia, y luego se hubiera aprovechado de ello por una venganza totalmente injusta, no era un trato que ella estuviera dispuesta a cumplir. Así que ahora estaba allí, buscando a un hombre que la amara. Aunque Lord Rosemarche la había calificado de ridícula, no estaba dispuesta a renunciar a ello. Era obvio que él no alcanzaría la felicidad en su vida, ni siquiera vería el valor en ella; a decir verdad, ella ni siquiera quería entender su perspectiva o razonamiento.

Ella lo lograría, y arriesgaría todo en ese objetivo. Si fracasaba... No quería ni pensarlo. Seguro que había alguien que querría enamorarse de ella.

Terminó su café y salió. El problema era que no sabía cómo lograr comprometerse; no conocía las reglas, ni las expectativas. Tenía una idea de cómo medir a la gente. Sus temporadas le habían enseñado mucho sobre los hombres, cómo presumían y se jactaban de sí mismos, cómo bromeaban cruelmente con las mujeres que no les gustaban; todos eran pequeños indicios que le decían mucho sobre su carácter.

Y luego hombres como el hermano de Lord Rosemarche, que creía que ella aceptaría una propuesta de matrimonio sin que ellos realmente hablaran con ella primero. ¿Qué valor tenía un hombre que la juzgaba adecuada basándose en su aspecto y en el tamaño de su dote? ¿No había nada más importante que saber sobre una esposa? Ella no sabía cómo habían sido educados siendo muchachos, pero había algo que fallaba gravemente en cuanto a su percepción de las mujeres.

Además, su expectativa de que ella volvería porque era inevitable la irritaba. ¿La creía tan superficial como para rechazar la idea de enamorarse sólo para que un carruaje la llevara a los salones respetables de la ciudad? La creía así. Eso sólo demostraba que en el fondo no la comprendía, lo cual no era sorprendente, porque se había casado con ella basándose en su percepción y en su deseo de venganza. ¿Qué clase de hombre hacía algo así? Obviamente uno que nunca creyó alcanzar la felicidad.

El sol empezaba a menguar un poco. La tarde se estaba haciendo oscura y ella paseó de vuelta a su casa, observando a la gente durante todo el camino. Las mujeres que trabajaban en las tiendas, con sus atuendos lúgubres, y las mujeres finamente vestidas que salían para su trabajo vespertino. ¿Adónde iban?

Quería seguir las, pero no quería que la sorprendieran sola al anochecer. La ciudad seguía siendo peligrosa, sobre todo para alguien que vestía como ella y no tenía las habilidades para

poner a un hombre en su sitio como había visto hacer a algunas de las mujeres de allí; había una rudeza en ellas que ella ni siquiera podía pretender emular.

Sin embargo, compró algo de pescado y se lo llevó a casa de la señora Winter, que estaba sentada junto al fuego cuando Imogen llegó.

– ¿Qué has estado haciendo? –preguntó ella.

–Pensando y observando –respondió Imogen–. Tengo una idea de lo que quiero conseguir, pero ni idea de cómo encontrarlo.

–Ah, bueno, estás a mitad de camino. Entonces, ¿qué has decidido?

–Necesito un hombre que tolere mi situación, y también alguien con quien otra mujer no salga lastimada. Idealmente un matrimonio fracasado como el mío, o alguien soltero. ¿Pero cómo encuentro a un hombre así? ¿Y cómo sé si se ajusta a mis criterios?

Igual que antes, tenía una serie de criterios sobre lo que buscaba: un hombre que quisiera amar a una mujer, que fuera capaz de amar y que no fuera ya responsable del corazón de otra.

– ¿Qué más? –preguntó la señora Winter.

–Un carácter alegre –dijo Imogen–. Alguien que encuentre gozo en la vida.

–Un hombre que no sea violento. Eso es importante.

Imogen ni siquiera sabía que ese era un requisito.

–Que no beba demasiado –continuó la señora Winter–. Y que sepa algún tipo de oficio.

Aunque Lord Rosemarche no tenía un temperamento violento, al menos físicamente, fallaba en todas las demás categorías. Algunos dirían que lo que les había hecho a ella y a su familia olía a violencia, a destrucción gratuita de sus reputaciones, perspectivas y vidas; era un hombre odioso.

– ¿Pero cómo se conoce a los hombres? –preguntó Imogen–. ¿Cómo conoció a su esposo?

–Vivíamos en la misma calle. Nos conocíamos desde hacía años.

Eso hizo que Imogen se desilusionara. Esa no era una opción para ella, ya que dejar a su esposo la había dejado completamente fuera del alcance de cualquiera de los hombres jóvenes que había conocido antes. No es que el hombre que eligiera ser suyo no pudiera formar parte de la sociedad, pero ella no podía, y él tenía que aceptarlo.

Todos aquellos hombres que la habían visto como un premio, ¿cómo la verían ahora que no había dote que reclamar ni perspectivas de un matrimonio socialmente beneficioso?

– ¿Cómo puedo conocer hombres? –preguntó.

–No sabría decírtelo, querida. Aunque tengo una sobrina que sabe algunas cosas sobre dónde buscan compañía los hombres, sin embargo, no me atrevo a ponerte en contacto con ella por si te lleva por mal camino.

–Soy bastante firme en lo que quiero, firmeza que me hizo rechazar una docena de propuestas de matrimonio.

– ¿Estás segura de que tus estándares no son demasiado altos?

–Son altos –admitió–. Pero no transigiré. –Todo lo que necesitaba era uno. Tenía que haber uno. Si no lo hubiera, tendría que reconsiderar su futuro y sus intenciones. No es que quisiera volver a Whitfield y consumirse por el resto de su vida. Tenía que haber otra opción, aunque no estaba segura de cuál era.

–Le pediré que venga, si estás segura.

–Sí, dijo Imogen. – ¿Qué sentido tenía esperar? Tal vez esa sobrina tenía la información que necesitaba, o tal vez no. No lo sabría hasta que hablara con ella. En realidad, en ese momento sería útil hablar con cualquiera que conociera el mundo fuera de los bailes de alta sociedad, especialmente si sabía de hombres y de cómo buscaban pareja.

Incluso el mero término pareja le producía un escalofrío y un malestar en la espalda. Era una palabra prohibida, pero gran parte de su concepto de lo prohibido estaba relacionado con los cánones la alta sociedad, con aquello de lo que debía protegerse para convertirse en una novia. A diferencia de cualquier otro momento de su vida, eso ya no era una opción, así que todo eso de lo que tenía que protegerse se había disipado. En ese momento se centraría en su misión, encontrar un esposo pero sin prestigio.

–Aún no estoy segura de que esto sea una buena idea –dijo preocupada la señora Winter–. En menudo aprieto te has metido. Debes ser sabia.

–No seré tonta, y no confío indiscriminadamente.

–Me alegra oírlo. No creo que tu objetivo sea imposible, pero podrías encontrarte con algunos personajes que buscarán aprovecharse de ti.

–No me interesan.

No, buscaba una joya entre los hombres, pero temía que fuera difícil de encontrar. Aún así, si no valía la pena intentarlo, ¿entonces qué lo valdría?



Capítulo 23

Margot era rubia y tenía un rostro alegre con la nariz ligeramente respingona. Su tez era radiante, de tal forma que Imogen se preguntó si llevaba colorete tanto en las mejillas como en los labios.

—Tú debes de ser la amiga de la que me habló tía Glenda —dijo al darse la vuelta y ver acercarse a Imogen. Estaban en una taberna, que era un lugar en el que Imogen no había estado antes; era un lugar estrictamente prohibido para alguien como ella, pero todas esas restricciones ya habían desaparecido.

—Señorita Warkworth —dijo Imogen y le tendió la mano.

—Oh, escúchela. La cursi —dijo una de las otras mujeres con un resoplido.

—Bueno, yo soy Margot. Aquí no nos andamos con apellidos. No importan demasiado.

—En ese caso, soy Imogen.

—Eso está mejor, Imogen. Ya mi tía dijo algo acerca de que tenías ambiciones.

Se sintió un poco tonta al decir que quería enamorarse. ¿Cómo decirlo? Lo ideal sería poder decir algo de forma que la otra mujer de la barra no pusiera los ojos en blanco.

—Deseo conocer a un hombre que quiera relacionarse con alguien como yo.

—Los hombres no son difíciles de conseguir, amor —dijo la mujer más agria.

—Un buen hombre —dijo Imogen.

—Será mejor que te vayas a la iglesia, entonces —añadió la mujer.

Margot la miraba de arriba abajo.

—Si quieres atraer admiradores, no debería ser muy difícil. Sólo tienes que exponerte.

— ¿Cómo, exactamente?

—En el escenario, por supuesto. ¿Sabes cantar?

—Algo. — ¿En el escenario? Eso ni siquiera le había pasado por la cabeza. Las mujeres de cierto tipo hacían teatro, y ya ella era de esa clase.

—Habrá admiradores en abundancia, y entonces podrás elegir si quieres tener algo con alguno de ellos. Hay muchos hombres que se escapan con actrices.

Eso era lo que ella quería, alguien que quisiera llevársela y... ser felices juntos.

—Hay muchas historias de desdicha también —dijo la otra mujer. Imogen no había oído su nombre, y aunque parecía bastante desdeñosa, parecía interesarse insistentemente por la conversación.

—Bueno, las chicas tontas son tontas las pongas donde las pongas. —Margot volvió a considerarla—. Supongo que has pasado tiempos difíciles.

—No lo tolero.

—Siempre es así. ¿Estás embarazada?

—En absoluto. —En parte se sintió ofendida por la acusación, pero era su antiguo yo el que habló. A decir verdad, para alguien que estaba casada como ella, era una pregunta adecuada.

—Bien, porque no puedes hacerlo si tu vientre está hinchado. ¿Sabes bailar?

Había sido entrenada para bailar toda su vida, pero no tenía ni idea de a qué tipo de baile se refería.

—Capto las cosas rápidamente.

—Eso será de ayuda —dijo Margot—. Supongo que podríamos darte una oportunidad. Por qué no cantas ahora para nosotros.

— ¿Qué? ¿Dónde?

—Aquí mismo.

Allí había gente. No podía limitarse a cantar. No, sí podía, estaba decidida. No era la primera vez que cantaba delante de la gente, normalmente era en un salón, mientras alguien la acompañaba al piano. Era lo que tenía que hacer para demostrar su valía. Puede que su futuro fuera ese; aún no estaba del todo segura, pero incluso ella había oído hablar de hombres que formaban pareja con actrices, e incluso se casaban con ellas.

En realidad, ¿aquello era diferente a como funcionaba la alta sociedad? La temporada era para exhibirse, y el salón para mostrar talento y encanto; eso era sólo una versión diferente de lo mismo.

Empezó a cantar una canción que había aprendido hacía unos años, y todo el mundo en el pub se volvió para mirarla, lo cual era un poco desconcertante ya que todos eran desconocidos, y ella estaba en un lugar al que no pertenecía. No tenía ni idea de lo que pensaban de ella, pero centró

su atención en la pizarra de la pared del fondo mientras cantaba. Cuando se detuvo, nadie dijo nada por un momento, y luego aplaudieron.

—Has estado bien —dijo finalmente Margot—. Un poco rígida, pero podemos trabajar en eso. Te llevaré a conocer al señor Tullman si quieres. Él es quien tomará la decisión. La paga no es buena; no como aprendiz. Es solo una vez que empiezas a ser popular que la paga aumenta. Lo que realmente buscas son los regalos de los admiradores.

Imogen se mordió el labio, sin saber qué decir. Ese era el medio para llegar adonde ella quería. ¿Cómo iba a encontrar a alguien si no se exhibía? No podía acercarse a los hombres por la calle. Tenía que conseguir admiradores, a lo que, en esencia, estaba acostumbrada durante toda la temporada, y luego elegir a un hombre que le ofreciera el tipo de vida familiar que ella quería, si es que lo encontraba.

Esto era lo que ella quería, así que valía la pena arriesgarse. Era un gran riesgo, o esa vida en la que se embarcaría, o podría pasar el resto de su vida en una jaula solitaria y dorada. La elección era suya: no tener vida o arriesgarse. Bueno, la opción de no tener vida significaba tener que aceptarla porque un hombre horrible había decidido que ese iba a ser su castigo. No, ella no aceptaría, ella se arriesgaría.

— ¿Cuándo puedo conocerlo? —preguntó.

—Podemos ir a verle ahora, si quieres. Es un pequeño paseo, pero podemos ir si quieres.

—Sí —dijo ella y se armó de valor mientras inspiraba.

Todo aquello era tan extraño, pero sabía que era lo correcto, lo necesitaba para llegar adonde quería, para encontrar a un hombre que la alejara de todo. Los hombres eran propensos a hacerlo; solo necesitaba asegurarse de que fuera un buen hombre, un hombre que quisiera lo que ella quería. Conocer a los hombres era algo que ya había hecho antes, pues había aprendido a detectar la superficialidad, el engaño y la decepción. ¿Eran estos hombres tan diferentes?

Sin embargo, sería interesante tratar con ellos fuera de los límites de la etiqueta. No es que pensara hacer nada inapropiado, pero podría bailar más de una vez con alguien. Podía decidir salir a pasear con un hombre cuando quisiera, o besarlo en la calle si le apetecía. Era emocionante poder conversar a su antojo, conocer a alguien en un restaurante o incluso en una taberna como esa. No era necesario que fuera tan atractivo.

Y si quería tener un amante, podía hacerlo, aunque eso estaba tan alejado de su experiencia, que ni siquiera podía considerar la idea. Bueno, no podía casarse, por lo que el objetivo sería tener un amante de manera que eso resultara; solo que sería alguien a quien realmente amara, y que la amara a cambio.

La idea le hizo sentir mariposas en el estómago; y ya iba para conocer al hombre que le proporcionaría los medios para conseguirlo.

Margot caminaba a su lado cuando salieron rumbo al teatro, y su porte hacía que todo el mundo se fijara en ella. Eso era algo que Imogen no tenía, esa confianza para lucirse. Bueno, en cierto modo lo hacía, en un entorno en el que se sentía cómoda. Había brillado durante sus temporadas, pero los acontecimientos posteriores habían minado su confianza, habían destruido su sentido de quién era. Lord Rosemarche se lo había hecho a propósito; era algo que necesitaba superar.

También le asaltaron pensamientos más oscuros, relacionados con la vergüenza que sentía por lo que hacía. Toda esa gente de la alta sociedad acabaría enterándose de cómo había caído en desgracia, incluso después de haber conseguido lo que ellos consideraban un buen matrimonio tras estar en desgracia la primera vez. Si hacía esto, sería incorregible. Sus padres y su hermana también se sentirían avergonzados, aunque no les afectara de manera significativa, porque Adele ya estaba muy consolidada.

Pero ella no se quedaría en el campo por nadie, especialmente por un hombre despiadado que la había orillado para que lo hiciera. Obviamente, ella no usaría su nombre, y buscaría un nombre artístico. No tenía ni idea de cuál, pero había suficiente gente que sabía cómo era su cara y la reconocería.

Sería embarazoso, pero valdría la pena. Su ambición era ridiculizada por muchos, principalmente por Lord Rosemarche, pero eso no significaba que no mereciera la pena correr el riesgo. El hecho de que la alternativa fuera intolerable la hacía más llevadera. Iba a ser dueña de su propio destino, y si la sociedad la despreciaba por ello, que así fuera. La buena consideración de la sociedad no compensaba la vida sombría que tendría que aceptar para conservarla.

Llegaron a un edificio decorado de forma chillona. Nunca había estado en un teatro y nunca se había relacionado con nadie de esa industria. Obviamente, la mayoría de los hombres que había conocido visitaban estos lugares, pero a ella no le importaban ni ellos ni sus opiniones. Todo lo que necesitaba era un hombre que viera el mundo como ella, y se estaba situando en un lugar donde podría buscarlo. Lo que pensarán los demás no le importaba: el fin justificaba los medios.



Capítulo 24

Valentine estaba borracho y odiaba todo lo relacionado con la velada: la estúpida partida de cartas, la conversación insulsa y la tediosa compañía. Harry estaba en su elemento, y Valentine no sabía por qué se había dejado convencer para ir ahí, aunque, ¿qué otra cosa iba a hacer? Eso era lo que siempre habían hecho, pero él no podía conformarse. Era como si en su vida ya no pudiera asentarse; aun así, bebía y lo hacía en exceso, porque no sabía qué otra cosa hacer.

Su misión, su tarea de hacer justicia, le había consumido tanto, que ya no tenía sino esas distracciones... que no servían como distracciones.

— ¿Y cómo te trata la vida de casado? —preguntó Wesley Townsend, sentándose en la silla junto a él—. ¿Es una dichosa felicidad?

— ¿Cómo te trata la vida de casado? —replicó Valentine. Si no estuviera borracho, probablemente podría ocurrírsele una respuesta mucho mejor. Townsend siempre había sido un tipo engatusador, dispuesto a causar problemas dondequiera que fuese. Tenía su círculo de amigos y eran un grupo que se llevaba bien.

—Bueno, mi mujer está en casa, donde debe estar —afirmó.

¿Qué quería decir? ¿Conocía el estado de su matrimonio? ¿Sabía dónde estaba ella?

¿Qué podía decir? No había forma sencilla de refutarlo si había sido vista en alguna parte; tampoco se atrevió a preguntar.

—Parece que el pajarito ha dado el golpe —continuó Wesley. Oh, a la comadreja le encantaba esto, y Valentine odiaba estar en la retaguardia. Por otra parte, tenía más que curiosidad por saber dónde estaba, porque no había tenido mensajes de ella. Todo lo que sabía era que la habían dejado en Holborn.

En un momento dado, había considerado contratar a un hombre para encontrarla, pero su orgullo se lo había impedido. Se pondría en contacto cuando las cosas se pusieran difíciles para ella, había decidido.

—Este pajarito parece tener el ojo puesto en las canciones de Haymarket.

¿Qué? ¿Haymarket? ¿Qué estaba diciendo? ¿Por qué usaba esos estúpidos mensajes crípticos? Tampoco podía pedirle que se lo aclarara, porque eso sería admitir que no sabía dónde estaba su mujer.

—Pero siempre le gustó ser el centro de atención, ¿no? Parece que la ambición es más fuerte que nunca. Había pensado que su virtud era más fuerte.

Obviamente él no la conocía, porque ser el centro de atención no era lo más importante en su mente ilusa; lo eran otras cosas.

—Su virtud nunca fue ni será asunto tuyo —replicó Valentine con acritud.

—Con el tiempo, su virtud será asunto de cualquiera —dijo Townsend y se levantó de la silla.

Una afirmación como aquella merecía una respuesta, pero parecería ser aún más estúpido si defendía el honor de su esposa si ella estaba siendo el centro de atención en Haymarket. Una retirada táctica era la mejor opción, y lo odiaba, porque lo único que quería era darle una paliza a aquel hombre, pero evidentemente necesitaba saber cuál era la situación.

—Harry, nos vamos.

—Pero el juego.

—Vamos ya —dijo con un gruñido. Harry comprendió por su tono que no estaba dispuesto a esperar.

— ¿Qué ha pasado?

—Tenemos que ir a Haymarket.

— ¿Quieres ir al teatro? ¿Ahora? Las producciones estarán a punto de terminar por esta noche.

Por un momento, no quiso contarle a Harry lo que había averiguado, pero si Townsend lo sabía, por la mañana ya se habría difundido por toda la ciudad.

Cogieron un carruaje y Valentine se sentó en silencio mientras viajaban. Luego, a regañadientes, le contó a Harry lo que Townsend le había dicho. Harry estaba tan sorprendido como él.

— ¿Qué podía estar pensando? ¿Por qué? No lo entiendo —dijo Harry—. Tal vez esto forma parte de su personalidad.

Eso no era parte de su personalidad, se trataba de otra cosa. Por un momento, se preguntó si el propósito de ello era avergonzarlo. ¿O era debido a su absurda noción del amor? Bueno, no iba a

encontrarlo entre admiradores; buscaban otra cosa, y no era amor verdadero.

Cuando llegaron a Haymarket, se separaron y se abrieron paso entre los distintos teatros de la zona, pero él no la vio. No dejaron teatros sin revisar, incluso revisaron tras bambalinas en muchos de ellos.

— ¿Crees que Townsend mentía? —preguntó Harry.

—No —admitió.

—Creo que tal vez tengamos que abandonar la búsqueda por esta noche —dijo Harry. La noche le había pasado factura, y no había terminado de forma agradable. Valentine seguía agradeciendo que su amigo le hubiera ayudado.

—Te llevaré a casa —dijo Valentine y buscó a otro carruaje para que los llevara lejos de esa búsqueda infructuosa.

No tardaron mucho en llegar a la casa de Harry y para cuando Valentine llegó a la suya, ya era más de medianoche. Se dirigió a su estudio y se sentó en la silla junto al fuego, que Trudy había atizado para él. Estaba medio cortado y abatido, Imogen Warkworth iba a ocasionar su muerte, bueno, probablemente no, pero le hacía sufrir como nadie.

Ella pisoteaba la reputación de él debido a su empeño; también sabía que a ella eso no le importaba. Ese era un sentimiento que él conocía bien, había sido el suyo durante años. Incluso había reconstruido la fortuna de su familia con el fin de amasar el tipo de poder para llevar a cabo esa acción.

Al final, había sido en vano. Bueno, ella era una persona non grata en la sociedad, pero había encajado ese golpe y había seguido adelante; él la admiraba por ello. Fue un cambio total en su vida, pero ella se reorientó hacia su objetivo, y lo dejaría a él, y a su reputación, en el polvo mientras lo hacía.

Tenía un lado despiadado. Él siempre lo había sabido, incluso cuando ella se hacía la mansa. En sus tiempos juntos, únicamente había visto destellos de ella, pero cuando tomaba una decisión, actuaba con firmeza al respecto. Sus padres y su hermana sufrirían por ello, y no es que su posición no pudiera soportarlo, como tal no se vio afectada la posición de nadie, únicamente era embarazoso, pero a ella eso no le importaba.

Esa ridícula idea de que se merecía exactamente lo que quería era la causa de tanto perjuicio para la gente que la rodeaba. Por un lado, él se burlaba de ella por esperar tanto de sí misma, pero por otro, la admiraba.

Se rio ante la idea de que ella intentara arruinar la reputación de él y la admiró por ello; él aún debía estar borracho. Nadie en esta vida conseguía lo que quería; todos tenían que conformarse

con lo que se esperaba de ellos, pero ella se negaba. Ella quería brillar, insistía en ir más allá de lo que los demás toleraban, incluso después de todo lo que él había hecho; había fracasado en encerrarla.

Ya era de madrugada. Ella estaba en algún lugar, victoriosa; probablemente ni siquiera lo había reconocido. En lugar de eso, simplemente había cortado por lo sano y había seguido adelante. Tal vez eso era lo que había herido tanto a George. Para empezar, George había sido débil, pero se había enredado con alguien despiadado... y ella no era despiadada en el sentido convencional. No era la crueldad lo que la impulsaba, sino la convicción de que merecía algo mejor.

La cruda realidad era que sí se merecía algo mejor. Le enfurecía que insistiera en ello. E iba en la dirección equivocada. El tipo de hombres que iban a buscar a sus amantes al teatro no era el tipo de hombres que querían el amor verdadero de cuento de hadas que ella buscaba; lo aprendería después de caer en sus engañosas y dulces promesas.

Una parte de él creía que debía dejar que todo pasara, que ella siguiera con su ilusión hasta que abriera los ojos de verdad, pero era su mujer y él era responsable de ella. ¿Cómo era posible que tuviera tantas emociones encontradas? Incluso cuando su objetivo había sido contenerla y castigarla, no había querido hierla cruelmente.

Tal vez eso era lo que ella necesitaba. Sonaba horrible, incluso a los propios oídos de él, que una mujer con la creencia de que el mundo debería ser mejor de lo que es, debiera ser destrozada, únicamente para que se conformara con lo que se esperaba de ella; que aceptara agradecida un matrimonio, en el que el amor estaba ausente, en aras del beneficio material y social, para forzar en ella el compromiso que se había negado a cumplir.

La borrachera le estaba volviendo sentimental, aunque pensándolo bien, no tenía ni idea de lo que habría hecho si la hubiera encontrado. Probablemente habría montado una escena, no tan habitual en un teatro. Imogen Warkworth no le habría escuchado porque estaba totalmente convencida de su convicción sobre el amor.

.



Capítulo 25

Había algo emocionante en el teatro. Esas personas eran libres de una manera que Imogen nunca había conocido. La etiqueta no los gobernaba, no ocultaban sus ambiciones, ni sus acciones, por otra parte, sus ambiciones no eran muy diferentes de las de las chicas de cualquier salón de baile del país: un hombre rico y generoso que se dedicara a ellas en exclusiva. Querían un hombre que se enamorara perdidamente de ellas, pero eran demasiado recelosas para enamorarse a su vez.

El amor tenía mala fama entre muchas de las mujeres que había conocido mientras practicaba sus dotes de cantante. La idea de subirse a un escenario, delante de toda esa gente, le ponía los pelos de punta. Con un poco de práctica, su canto se estaba volviendo mucho más fuerte, pero, aun así, no estaba del todo preparada, aunque el director de producción le había pedido ver su mejor vestido; Imogen no estaba segura de que un vestido de baile fuera lo apropiado, tal vez él tenía una expectativa diferente de lo que era un vestido elegante.

La animación del teatro era maravillosa. Resultó que le encantaba estar ahí durante el día, cuando la gente iba y venía. Había drama en el escenario, pero el drama de las vidas individuales era fascinante, sobre todo porque ese drama no se ocultaba tras expresiones perfectamente afinadas y conversaciones educadas que de ninguna manera rompían las expectativas. Allí no existía ninguna de esas limitaciones: las mujeres lloraban, gritaban y reían.

Pero ¿cómo podía asegurarse de no volverse fría de corazón como lo eran algunas? Allí se consideraba que el amor era peligroso y la ambición más deseada era el dinero. El dinero era seguridad.

Aunque no todas, algunas de las chicas de allí disfrutaban plenamente de la alegría de ser una mujer joven en la ciudad: las fiestas, las aventuras, la moda. El dinero que ganaban era para gastarlo y a la noche siguiente habría una nueva fiesta, un nuevo amante, una nueva chuchería.

Vidas rápidas, novedades interminables. Imogen no estaba allí para eso. Tal vez su amante sería el silencioso de la esquina del salón, el que estaba un poco perdido pero sabía que buscaba algo; se moría de ganas de conocerlo.

Tendía a gravitar hacia Josephine, ya que era un poco más tranquila y tenía consejos útiles sobre cómo mejorar su canto. Al tratar con ella, Imogen se había enterado de que ella había crecido en el teatro; era la única vida que había conocido. A Imogen también le gustaba tratar con ella, ya que se mostraba menos distante debido a los antecedentes de Imogen. Algunas de las otras desconfiaban de ella, incluso se burlaban de su forma de hablar; otras, aunque todavía un poco distantes, sentían curiosidad por la etiqueta, e Imogen podía responder a sus preguntas. Muchas de esas chicas trataban de emular los aires de la alta sociedad, porque eso las hacía más capaces de tratar con los hombres de esta.

Sin embargo, se había enterado de que no era la única mujer nacida en la sociedad que adornaba el escenario. Era allí donde aparecían muchas muchachas arruinadas, ya fuera por fechorías de caballeros o por mala gestión financiera. A lo largo de la historia, algunas se convirtieron en famosas amantes, mientras que otras, como ella, lograban una vida agradable y segura en algún lugar.

También resultó que la competencia para ser amantes, para ser cortesanas célebres, era feroz; Imogen no había esperado eso. Las chicas iban allí con la ambición de ser adoradas. Realmente era un mundo completamente nuevo, e Imogen estaba a la vez excitada y preocupada por entrar en él. Únicamente tenía que saber quién era y cuál era su propósito, porque ya le habían hecho invitaciones a esas fiestas, pero hasta ese momento las había rechazado; no estaba segura de si era una buena forma de actuar, si era algo seguro; era territorio desconocido para ella, y no conocía las reglas. El teatro parecía seguro, pues el personal de producción la vigilaba. El personal del teatro también era encantador. Allí se sentía a salvo, así que no estaba segura de querer adentrarse en un territorio que no comprendía.

— ¿Así que eres casada? —dijo Josephine.

—Sí, pero fue una mala vivencia.

—Es una historia milenaria —dijo y colgó un vestido que de cerca parecía realmente desaliñado, pero que al parecer lucía increíble en el escenario.

Probablemente no estaba tan mal como el de ella. Su matrimonio era más loco que algunas de las historias representadas en el escenario; un marido que la arruinó por vengar a el hermano muerto, cuya proposición de matrimonio había rechazado. Podrían hacer una obra de teatro sobre ello; tal vez si no le iba bien, trataría de escribir obras.

—Es complicado qué hacer con un hombre —dijo y se sentó junto al espejo, golpeándose ligeramente las mejillas para que se le subiera el color—. Por eso nunca me casaré. No te puedes fiar de los hombres. Te dicen lo que sea para convencerte cuando intentan conquistarte, y luego cambian por completo cuando te ponen un anillo en el dedo.

Estrictamente hablando, Valentine no había cambiado, o de alguna manera tratado de embaucarla. Bueno, tal vez lo había hecho; arruinar a su familia para que ella viera con buenos ojos su propuesta; esa era la definición misma de embaucar.

—Y el divorcio, es casi imposible, y no debería serlo —continuó Josefina—. ¿Por qué deberíamos estar obligadas a un acuerdo cuando él mintió todo el tiempo? Deberíamos poder anularlo sin más, porque presentaron algo falso. Y la mayoría de ellos actúan falsamente: mienten, mienten, mienten.

—¿Qué has dicho de la anulación? —preguntó Imogen, y Josephine se volvió para mirarla.

—Deberíamos poder anular un matrimonio si se presentan a sí mismos y al matrimonio falsamente. Es como dar un falso testimonio. Eso es ilegal, así que ¿por qué no iba a serlo un matrimonio si mentían sobre quiénes eran?

—Un matrimonio puede ser ilegal bajo ciertas condiciones. —Como la falta de consumación. ¿Existía un matrimonio antes de la consumación? Lord Rosemarche había dicho claramente que no, así que ¿podría ella usar eso para deshacer el matrimonio?

Los brazos se le pusieron como piel de gallina. ¿Por qué no lo había pensado antes? Ese matrimonio podría ser ilegal. Sin duda sería un proceso hostil e invasivo, pero podría merecer la pena, para el hombre adecuado. Su caso sería más sólido cuanto más tiempo permaneciera casta en el matrimonio.

La idea de tener que probar su virginidad era espantosa, pero ¿lo haría por el hombre al que amaba? Sí, sin ninguna duda. Ya había demostrado que había muchas cosas que haría, que arriesgaría, por el hombre al que amaba, aunque aún no lo conociera.

Eso era muy interesante y cambiaba la perspectiva. ¿Debería seguir allí cuando pudiera vivir su vida sin la sombra de estar casada con el hombre con el que lo estaba? Por otra parte, una anulación le daría mala fama en la alta sociedad, aunque no fuera culpa suya. Las habladurías la perseguirían el resto de su vida. Un hombre que se desanimara por eso no valía mucho para ella, así que podía equipararlo a un hombre que la rechazara por haber cantado en un escenario. Su amor debía más fuerte.

¿Por qué esas elecciones tenían que ser tan difíciles? Lo que no podía hacer era asistir a la temporada buscando otro marido; no la invitarían a ninguna. Entonces, ¿cómo iba a conocer a los

caballeros? Como mujer con un matrimonio anulado, permanecería retirada en algún lugar, probablemente en la casa de sus padres en la finca del duque.

Honestamente, eso sería tan miserable como pasar el resto de su vida en Whitfield. Estar ahí seguía siendo una mejor opción, o tal vez debería anular su matrimonio y marcharse de Londres, de Inglaterra. Lejos de allí su historia no la afectaría.

— ¿Vienen hombres extranjeros al teatro? —preguntó.

—Por supuesto. Todos los hombres que visitan Londres vienen al teatro —dijo Josephine, aplicándose una pintura en los labios que los dejó de un rojo intenso.

— ¿Se enamoran alguna vez de las actrices y se las llevan?

—Haces las preguntas más extrañas —dijo Josefina con una risita—. Supongo que sí. Hubo una chica que se casó con un conde. Nunca la volvimos a ver. Pero con los hombres extranjeros te la juegas. Quién sabe si lo que te dicen es verdad, y entonces podrías encontrarte en un cuchitril en cualquier sitio sin forma de volver. Las leyes son diferentes en otros países, ¿sabes? El hombre podría tratarte bárbaramente y no hay nada que puedas hacer al respecto. Aquí se puede hacer muy poco, pero en un país extranjero, ¿quién puede ayudarte?

Josephine no tenía muy buena opinión de los hombres, e Imogen esperaba no salir de allí con una opinión similar; pero entonces pensó en Charlotte y en su familia, en sus hermanos. Eran buenos hombres y buenos maridos. Se trataba de poder encontrar a esos hombres de buenas familias, de familias cariñosas que criaban hombres buenos y honrados. Ese era el tipo de hombres que ella quería conocer, hombres que no culparan a la gente por circunstancias ajenas a su responsabilidad, y los hermanos de Charlotte seguro que iban al teatro en alguna ocasión.

Ese pensamiento la animó. Había hombres buenos que iban al teatro; solo tenía que aprender a reconocerlos. Conocería a uno de ellos y se desharía del horrible matrimonio en el que se había metido. Claro que ese procedimiento sería costoso y ella no tenía dinero. Quizá los fondos llegaran cuando empezara a cantar.

Le vino a la mente la imagen de una princesa de cuento en una torre, custodiada por un ogro. Un apuesto caballero tendría que rescatarla, o ser lo bastante paciente mientras se rescataba a sí misma, en cualquier caso, no podría tener ningún tipo de relación con ella, y por relación entendía cortejo y matrimonio, hasta que se resolviera aquella trágica situación. Ello podría ahuyentar a los débiles de corazón, lo que no sería malo; los corazones y las constituciones débiles no eran lo que ella quería.

Su vida era una mezcla entre una fantasía y una ópera, y quien fuera a ser suyo tenía que ser lo suficientemente fuerte en sus intenciones como para tolerarlo; alguien que quisiera un felices

para siempre.

— ¿Por qué sonríes? —preguntó Josephine, e Imogen fue sacada de sus pensamientos.

—Es que estoy emocionada por el futuro.

Los rasgos de Josephine se suavizaron.

—Sospecho que eres una tonta.

—Ya me han acusado de eso antes. Soy una tonta sin remordimientos, que busca a un hombre que no quiere menos.

Josephine negó con la cabeza. En realidad, Lord Rosemarche probablemente se habría llevado bien con alguien como Josephine, que no confiaba en nadie y no creía que existiera el amor. En cualquier caso, era triste ver eso en una joven que tenía tanto por delante, pero era un mundo peligroso y Josephine lo conocía mucho mejor que Imogen. Tenía que tener cuidado.



Capítulo 26

Lo último que cualquier hombre deseaba a primera hora de la mañana, con un fuerte dolor de cabeza, era recibir una citación de su tía. Lo que más espantoso le resultaba era sospechar que sabía de qué se trataba. Clementine se había enterado de las impactantes noticias sobre su sobrina política; los chismosos se habían superado a sí mismos. Por lo que Valentine sabía, Townsend había estado en su casa en persona para contar su hallazgo.

Rascándose la barbilla, intentó encontrar una respuesta a la pregunta que inevitablemente le harían. ¿Podría negarse a ir? Sería una cobardía, y él no se acobardaba ante nada, y eso incluía a su tía.

— ¡Jamieson! —voceó y esperó. Tal vez el hombre estuviera abajo, así que tocó el timbre y volvió a su autoconmiseración. Habría que ocuparse de su tía—. Tengo que vestirme —dijo cuando apareció su ayuda de cámara.

Durante todo el proceso, sintió como si le hubieran llamado para ver al director. De niño, eso le habría hecho temblar, pero ya era un hombre y no temblaba por nadie, y eso incluía a Clementine. Sí, su mirada sería de desaprobación, sus palabras probablemente duras. Eso no le haría cambiar de opinión; además, tenía planes. En realidad, eso no estaba bien. Había tenido una reacción, pero no la había llevado a cabo porque no la había encontrado; lo que había planeado hacer exactamente cuando la hubiera encontrado, no podía responderlo fácilmente.

Era un rompecabezas que aún intentaba resolver. Qué hacer con su mujer descarriada. Obviamente, que su mujer pisase el escenario era totalmente inaceptable, así que habría que negociar de algún modo, aunque sospechaba que esa era su intención. Seguro que ella comprendía lo embarazoso que era para él; por supuesto que sí, y lo estaba utilizando como táctica. En ese momento únicamente tenía que ver qué era lo que ella quería.

Lo que temía era que no fuera razonable. Si ella quisiera un amante sería problemático. ¿Le importaba que su heredero fuera el hijo de otro hombre? Así resolvería la cuestión de tener un heredero, pero también eso le afectaba profundamente como hombre. Luego estaba la cuestión de la venganza, que en el fondo, se trataba de que ella tuviera una vida estéril, solitaria e infeliz en un matrimonio sin amor.

Parecía que su mujer se negaba a asumir esas condiciones. Era cierto que él alternaba frecuentemente entre sentir compasión por ella y la cruda y fría realidad de la necesidad de venganza que le impulsaba; esa dualidad era algo que no había esperado. Otra cosa que no había esperado era que la odiaba y la respetaba a la vez, que la consideraba calculadora y simple a la vez, de un modo infantil. Todo en ella parecía tener una dualidad. Era difícil saber qué hacer. También se le hacía difícil de explicar a los demás, como a Harry y a Clementine, la delicada situación en que se encontraba.

Por un momento, consideró si debía comer, pero no se sentía con ánimos. Borracho y enfadado tenía una resaca especialmente mala; y sin duda, las cosas no estaban a punto de mejorar.

Después de vestirse, le trajeron el caballo y se dirigió a la mansión de su tía. Como era de esperar, ella estaba en el salón con una gran tetera, y él aceptó agradecido su primera taza. El sufrimiento que estaba padeciendo era culpa suya por haber bebido tanto; la situación, sin embargo, no lo era.

— ¿Qué demonios está pasando? —Preguntó Clementine—. Oigo las cosas más descabelladas. Dime que nada de esto es cierto.

—Eso depende de lo que hayas oído, tía.

—No te hagas el gracioso, Valentine —reprendió.

—Mi esposa me ha dejado para dedicarse a las artes.

Clementine lo miró con dureza, como si no supiera si hablaba en serio o no.

— ¿Cuándo ocurrió?

—Hace unos días.

—Es totalmente descabellado —dijo, mirando a su alrededor como si pudiera venirle alguna explicación—. A lo mejor es de mente débil. Tenemos que buscar ayuda para ella si ese es el caso.

—No hay nada malo en su mente. Bueno, sí lo hay, pero no en el sentido que sugieres.

—Claro que sí. Ninguna persona racional decide casarse y cambia de opinión unos meses después. Debe de ser imbécil, o tan inmadura que no entiende lo que hace.

—Creo que la palabra que usó fue intolerable —señaló, y su tía lo miró fijamente durante un buen rato.

— ¿Qué has hecho? —preguntó finalmente con dureza.

Si no hubiera dicho nada, su tía seguiría preguntándole si Imogen necesitaba ser internada en una institución, y desde luego él no era tan cobarde como para hacerle eso para únicamente no tener que responder a las preguntas de su tía.

—Ella objetó cómo trataba a su familia.

— ¿Cómo trataste a su familia?

—Más o menos.

—Estoy seguro de que puedes disculparte.

—Lo hice.

— ¿Y aun así insistió en dejarte y realizar algo tan temerario?

Tía Clementine no sabía nada de George, ni del papel que Imogen Warkworth había jugado en su muerte. Su relación solo se había estrechado al darse cuenta de que ahora solo se tenían el uno al otro. Bueno, ella también podría pensar que él era intolerable si se enteraba de todo. El concepto de honor familiar no se extendía a todo el mundo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó ella.

—Anoche mi solución fue secuestrarla.

— ¿La secuestraste? —dijo con los ojos muy abiertos.

—No. No pude encontrarla. Fue el plan de un cerebro algo ebrio.

—Oh, Valentine, esperaba que te comportaras un poco más correctamente cuando te hubieras casado.

—Tu esperanza era vana en ese sentido.

Permanecieron en silencio por un momento, Valentine notando cómo le latía la cabeza; al fin y al cabo, parecía que se lo merecía.

— ¿Qué vas a hacer? No puedes provocar que tu esposa se convierta en actriz. Seríamos el hazmerreír de la ciudad. Debes encontrar alguna manera de reconciliarte con ella.

—Lo sé.

— ¿Entonces qué harás?

—La secuestraré.

— ¡Valentine! —pronunció con desprecio. Ella se le quedó mirando un momento, probablemente pensando que había algo raro en él—. ¿Crees que puedes reconciliarte con ella?

Era una pregunta pesada, si las hay; reconciliarse como Clementine esperaba no era una opción, pero tal vez podrían renegociar para que su desprecio hacia él no fuera tan público. Esa humillación podría ser su objetivo, pero al fin y al cabo, él tenía voz y voto en el comportamiento de su esposa.

¿Y si ella se negaba rotundamente? No, tenía que haber algo en ella que fuera razonable. Él le debía una disculpa; si lo hacía lo suficientemente bien, tal vez aceptaría actuar con más circunspección. Su matrimonio era un hecho; no podía deshacerlo. Tal vez tenía que hacerlo más tolerable para ella.

— ¿Cómo podría aumentar el afecto de mi mujer por mí, si partimos de una base muy baja? — preguntó con detenimiento, porque estaba fuera de sí con ese asunto. Sinceramente, no sabía qué hacer.

—Sólo sé tú mismo.

—Es un consejo terrible.

—Las mujeres valoran la honestidad, tal vez incluso por encima de otras cosas.

—Lo último que las mujeres quieren es saber lo que los hombres realmente piensan.

—Estás completamente equivocado. Con honestidad firme se llega muy lejos. ¿Qué otras opciones hay? ¿Decirle cosas que no son verdad? ¿Esperar que no se dé cuenta? Nosotras nos damos cuenta cada vez que un hombre se esconde detrás de una falsedad, o tergiversa la verdad. No se puede discutir con la verdad. Si sientes algo de cierta forma, la verdad lo hace ineludible, siempre que puedas justificar tu postura.

Evidentemente, eso le remitía a algo que ella había vivido en su propio matrimonio. No tenía ni idea de qué era, ni de dónde venía. Por un lado, tenía esperanzas, porque era completamente inútil susurrando cosas dulces a los oídos de las mujeres. Incluso podría decirse que era brusco y torpe con las mujeres en general; había habido muy pocas en su vida. Apenas recordaba a su madre, y Clementine no se había llevado bien con su padre, así que su presencia en su vida había sido muy intermitente a lo largo de su infancia. En las Indias Occidentales, durante un tiempo, las cosas le habían ido fatal y, después, había trabajado demasiado para establecerse como para relacionarse siquiera con mujeres. Posteriormente, desde que regresó a Inglaterra, su vida había girado en torno a Imogen Warkworth. En cierto sentido, podría decirse que había sido la única mujer a la que había prestado atención, y había estudiado todo sobre su vida, sin llegar a conocerla.

Proponerle matrimonio había sido un asunto muy extraño. El odio le había invadido durante mucho tiempo, y cuando por fin la conoció, ella había sido y no había sido como esperaba al

mismo tiempo; y una vez casados, no podía, en cierto modo, dejar de estudiarla, al tiempo que intentaba dejar atrás todo el asunto.

Pero ella era su esposa, y esa historia continuaba. Había un nuevo capítulo, y en esa ocasión tenía que negociar con ella; y su tía le sugirió que aportara una honestidad firme en la negociación. ¿Cómo iba a evitar exactamente que ella intentara arruinarle? No era muy diferente de cómo él había intentado arruinarla a ella. Se había adueñado de su reputación y en ese momento ella iba a devolverle la misma moneda. ¿Cómo se suponía que la honestidad iba a combatir eso?

—Confía en mí acerca de esto, Valentine. Dudo mucho que tengas una buena comprensión de lo que atrae a las mujeres de los hombres.

—No estoy tratando de atraerla.

—Claro que sí. Es tu esposa.

Así no fue como se estableció su matrimonio. Honestamente, sintió como si el mundo se inclinara sobre su eje, resultando todo extraño. Después de todo, nada iba a atraer a Imogen hacia él. ¿Acaso querría él eso?

Una curiosa extrañeza se encendió en su interior y le incomodó profundamente. En todo aquello, había estado bastante seguro de su distancia y desprecio.

—Tienes que seducirla.

—Por supuesto que no.

Ella lo miró fijamente por un momento.

— ¿Cómo eres tan raro? Seduce a tu esposa.

¿Con absoluta honestidad? Eso debería bastar, pensó sarcásticamente. Si no, probablemente conseguiría lo contrario. Aun así, respetaba el concepto de honestidad. Mentir no era algo que él hiciera.



Capítulo 27

Imogen tarareaba suavemente mientras caminaba hacia el teatro; pensaba en las cosas que necesitaba mejorar. Josephine la estaba ayudando maravillosamente, diciéndole todo lo que necesitaba saber, aconsejándola sobre cómo mejorar.

—Imogen —dijo una voz, y ella levantó la vista, viendo a Lord Rosemarche de pie justo delante de ella. Se detuvo en seco.

—Lord Rosemarche —dijo, y miró a su alrededor. ¿Por qué estaba ahí? Su carruaje esperaba no muy lejos. ¿Cómo la había encontrado? —No quiero ser descortés, pero ¿qué quiere?

—Tenemos que hablar.

—No se me ocurre de qué tenemos que hablar.

—Del futuro, por supuesto. Del pasado.

Ella no tenía ni idea de lo que él quería decir.

—Tengo que ir a un sitio.

—Tendrán que echarla de menos.

Imogen se lamió los labios, intentando comprender cuáles eran sus intenciones. Era cierto que necesitaban hablar. Necesitaba informarle de que iba a solicitar la anulación, pero algo en relación a eso la puso sobre aviso, aunque esa era la forma lógica en que él la abordara a ella.

—Si quiere hablar, hágalo —le dijo.

—Podemos hablar en el carruaje. Los asuntos conyugales no deben discutirse en la calle.

Asuntos matrimoniales. ¿Y se esperaba que renunciara a sus planes por eso?

—Lo siento. No puedo. Tal vez deberíamos comunicarnos por carta.

—Debo insistir.

Caminó hacia ella y la tomó por el codo, llevándola al carruaje.

—Tenemos que reconciliarnos.

— ¿Está loco? No deseo reconciliarme.

— Los dos le debemos a nuestro matrimonio y a nuestras familias el intentarlo.

Junto al carruaje, esperó a que ella subiera. Ella tenía ganas de gritar y llamar la atención, pero él era su esposo; por desgracia tenía todo el derecho de llevarla consigo. Al mismo tiempo, seguía teniendo ganas de regañarle por lo despreciable que había sido; eso la atormentaba cada noche en la cama, y ahora tenía la oportunidad, así que le abofeteó. Si lo que esperaba era una reconciliación, estaba a punto de conseguir algo totalmente distinto.

— Es curioso que piense siquiera que es una posibilidad, porque puedo decirle que no lo es. De hecho, voy a pedir la anulación.

— ¿Una anulación? —Dijo con sorpresa—. No, no lo creo. Entre.

— ¿Por qué no? Nuestro matrimonio no se ha consumado. —De pronto su situación se agravó y se apartó.

La mano de él seguía aferrada al codo de ella.

— Le aseguro que no se verá obligada a nada.

— ¿Cómo puedo fiarme de lo que me asegura?

— ¿La he mentido alguna vez?

— Ha omitido muchas cosas, algunas muy importantes. Yo diría que eso es como mentir.

— No lo es, pero puede confiar cuando digo que estará completamente a salvo bajo mi cuidado. Si tuviera intención de embelesarla, lo habría hecho mucho antes.

— Usted no tenía motivos para hacerlo. Ahora lo tiene.

— ¿Por la anulación? En ese caso en particular, podría mentir y decir que la reticencia vino de su parte, y yo, siendo un caballero, nunca concebiría violarla... lo cual es cierto.

— Admite que mentirá y luego dice que no lo hará en el mismo aliento.

— Y usted ha hecho un voto.

— Eso no es justo teniendo en cuenta que tergiversó lo que usted era de la manera más grave.

— ¿Cómo?

— Provocó mi ruina para obligarme a casarme con usted.

— No la obligué —dijo él. A ella le picaba la mano deseando abofetearle de nuevo—. Pero si quiere hablar de cómo hemos de conducirnos, entonces tiene que subir al carruaje.

— Ya sé cómo tenemos que conducirnos.

— Pues no va a ser actriz de teatro. Eso puedo decirlo categóricamente.

La ira humeaba en cada parte de ella.

— Oh, eso le preocupa. Su reputación.

—Y estoy muy seguro de que lo anticipó.

—En realidad no hago planes pensando en usted.

—Bueno, necesita hacerlo, ya que soy su esposo, y eso no va a cambiar. Ahora, por favor, entre antes de que pierda el equilibrio.

Mirándolo fijamente cedió, aunque cada parte de su cuerpo no quería. No es que le temiera; creía firmemente que él no tenía ningún interés carnal en ella y que no la forzaría a nada. Lo más fácil era escuchar lo que quisiera decirle; esperaba que le pusiera condiciones.

—Bien —dijo con un resoplido y subió al carruaje. Él la siguió y pronto quedaron encerrados en un espacio que les parecía demasiado pequeño. Con el puño, él golpeó el techo y se pusieron en marcha. Estaba claro que la llevaba a algún sitio para tener esa conversación—. No hay posibilidad de reconciliación —afirmó ella secamente

—Entiendo cómo se siente, pero usted es mi esposa y yo soy su esposo.

—Sólo de nombre.

¿Cuál era su intención con todo eso? ¿Cómo pensaba exactamente que sería esa reconciliación?

— ¿Honestamente creyó que le perdonaría después de todo lo que hizo?

—No, y no es lo que busco.

— ¿Entonces por qué estamos aquí?

—Incluso comprendo su deseo de dañar mi reputación como yo dañé la suya.

—No estoy tan interesada en su bienestar, o en cualquier otra cosa.

— ¿Está diciendo que esto no es un intento de dañar mi reputación, haciéndome quedar como un absoluto imbécil mientras pasea por las tablas y entretiene a los amantes entre bastidores?

—Estoy tratando de encontrar a mi verdadero esposo.

— ¿Un esposo de verdad? Desafortunadamente, estás desposada conmigo.

—Sólo de nombre, y si mi verdadero esposo lo es en todo menos en el nombre, que así sea.

La miró fijamente por un momento.

—Los hombres no van al teatro buscando esposa.

—Los hombres no arruinan las perspectivas de las chicas en el intento de encontrar esposa.

—Sabe muy bien por qué hice lo que hice.

—Sus razones no son sólidas.

—Tendremos que discutirlo. Independientemente de la omisión, usted dijo que sí en el altar, y ahora estamos aquí.

— ¿Dónde exactamente? —Dijo ella, mirando por la ventana—. En caso de no haber tenido esta conversación antes, le aseguro que no me quedaré en Whitfield. Aunque me encierre,

encontraré la forma de escapar. Me parece que encarcelar a una esposa sigue siendo ilegal.

Él suspiró y movió la cabeza hacia un lado.

—Vamos a Somerset.

—¿Qué?

—Creí que ya era hora de que nos embarcáramos en esa luna de miel tan esperada.

Si su mirada fuera una daga, él ya estaría muerto.

—No tengo ningún interés en ir de luna de miel.

—Es lo convencional para los recién casados.

—¿Cuál es su objetivo con todo esto?

—La reconciliación.

—Sigue diciendo eso y no me escucha. No tengo ningún interés en reconciliarme con usted.

—Entonces podremos decir que hicimos un intento —dijo en tono bajo—. Si en algún momento la reconciliación resultara imposible, podríamos llegar a algún acuerdo que nos conviniera a los dos.

Oh, así que de eso se trataba. Un acuerdo que incluyera que ella no lo avergonzara. Eso podría tener algunas posibilidades; a ella le eliminaba la necesidad imperiosa de trabajar.

—Me lo debe —dijo él.

—¿Cómo le debo eso?

—Aceptó un matrimonio sin amor y sin hijos. Se lo dije desde el principio, y usted estuvo de acuerdo. —Tenía razón.

—Eso fue antes de saber que lo había urdido para que yo estuviera en una posición muy desesperada, lo cual es un acto despreciable.

—No puedo discutirlo con usted. —Esa era una concesión que ella no esperaba—. Pero también sabe lo que me impulsó.

—Razones irracionales.

—Castigar a la persona que causó la muerte de mi hermano no es irracional.

—Acusarme de causar la muerte de su hermano es irracional.

Él no estaba del todo dispuesto a ceder en ese punto, porque las acciones de ella habían provocado la muerte de George, y él no iba a dejarlo pasar.

—Esto es ridículo —dijo ella—. Toda esta farsa de matrimonio es ridícula.

—Excepto que no es una farsa. Es un matrimonio real, y ambos tenemos que aceptarlo.

—Únicamente anule el matrimonio —suplicó—. ¿Por qué seguir con esto?

—Porque los juramentos son obligaciones serias, y los votos también.

—Usted es insoportable.



Capítulo 28

I mogen dormía, su cabeza se balanceaba ligeramente con el movimiento del carruaje. Sus mejillas se veían tan suaves y sonrosadas; su belleza nunca se había puesto en duda. Valentine desvió la mirada hacia la ventana. Llovía. Esta luna de miel había sido algo imprevisto. Al principio había pensado llevarla a Whitfield, pero ella tenía una postura tan fuertemente negativa al respecto, que le pareció una mejor opción conducirla a un territorio neutral.

No estaba seguro de lo que buscaba exactamente con ello; quizás algo que calmara todo, que pusiera a todos en un buen pie. Esa disputa y confrontación no era algo que le gustara, parecía no tener sentido, pero ya era suya por el resto de su vida.

Todo ese plan fue más fácil de manejar cuando él aceptó que no tendría un heredero para tomar el título. Su familia ya tenía una maldición; un matrimonio feliz nunca había formado parte de su historia familiar. No era el tipo de hombre que consideraba sacrosantos el título y el apellido. Dejarlo desaparecer parecía una idea perfectamente razonable, pero no era así, el título pasaría, probablemente a algún primo de la familia. No estaba seguro. La familia había perdido miembros por el camino, hundiéndose en la pobreza en el transcurso de las generaciones. Era una situación cruel, y ese había sido su destino antes de la muerte de George, ser obligado a hacer su propia fortuna.

La arrogancia y la tragedia se habían entrettejido en su línea familiar y, por el camino, habían tomado a esa mujer como rehén, y en ese momento intentaba liberarse de ella.

Ella despertó, pero por un momento pareció estar un poco aturdida. Se percató de que era la primera vez que la veía dormir, y le pareció algo excesivamente íntimo, como si supiera algo que no debía saber. Por un momento ella lo vio y luego miró por la ventana.

— ¿Dónde estamos?

—Lejos de cualquier lugar.

—No quiero estar aquí.

—Yo tampoco, por lo que parece. Pero es necesario que estemos aquí. —La mirada feroz de ella era implacable—. ¿Tiene hambre? —preguntó.

Una pregunta sencilla que requería una respuesta sencilla.

—Sí —aceptó ella entre dientes apretados.

—Creo que dentro de poco hay una posada. Podemos parar a comer.

Ella cerró los ojos y apartó la mirada como si el hecho de verle la ofendiera; su ceño se frunció con fuerza.

—Así que hábleme de ese marido sin nombre que busca en las zonas más sórdidas de Londres. ¿Cuáles son sus expectativas?

Volvió la mirada furiosa.

—Que desee pasar su vida conmigo —dijo finalmente—. Tener hijos, ser una familia, tener un hogar feliz.

— ¿Y qué hombre desearía eso con la mujer de otro hombre?

—Alguien que entienda que las circunstancias no siempre son ideales.

—Una buena descripción de nuestro matrimonio.

—No, esto es fingimiento, vileza y engaño voluntario.

—Le vino perfectamente cuando introdujo a su hermana en los más altos niveles de la sociedad.

—Tiene que asumir alguna responsabilidad por ello —dijo ella—. Si no hubiera estado tan aterrorizada por nuestras reducidas circunstancias, no habría considerado semejante matrimonio.

— ¿Cómo lo sabe?

—Porque lo sé. Conozco a mi hermana.

—O la otra perspectiva es que usted me usó para lograr lo que deseaba, y ahora intenta desecharme.

—Oh, no dé más vueltas a eso. Usted pasa de la culpa de sus propias acciones con demasiada facilidad.

— ¿Pero no es verdad? Fue una de sus estipulaciones al inicio de este matrimonio, que yo viera que su hermana tuviera un matrimonio bueno y estable.

—Acepté este matrimonio de buena fe —respondió ella.

—Yo también.

Ella negó con la cabeza.

–Seguro que ha conseguido convencerse de ello. Hay límites para lo despreciable que se puede ser.

–Y hacer de usted misma un espectáculo en el escenario es uno de esos límites. Tiene la ilusión de que recibirá amor por ello, y ni siquiera puedo dejar de decirle lo ridícula que es esa noción.

–Es ridícula para usted, porque el amor no es algo que busque. Ni siquiera cree que exista.

Eso era verdad. Todo lo que había visto era gente que se usaba mutuamente, por ganancia, por seguridad, por intimidad física.

–Los matrimonios tienen como fin la ganancia, ya sea a través de la tierra, o la riqueza, o el simple estatus social. Los hombres quieren una esposa hermosa para dar celos a los demás. Las mujeres quieren riqueza para dar celos a los demás.

– ¿Cómo puede ser tan cínico?

–Porque vivo en el mundo real.

– ¿Cómo puede haber algo que no pueda ver? Tal vez el problema es que usted no lo puede ver. Eso no significa que el mundo sea así.

–Ciertamente lo es en el teatro, donde los hombres buscan mujeres que ofrezcan sus cuerpos y pidan a cambio meras baratijas. Todo es una ilusión, tanto la intimidad como las baratijas.

–No tiene fe en absolutamente nadie.

Eso era probablemente cierto. Bueno, había tenido fe en la familia, pero la había perdido; ella era la causa.

–Únicamente hablo de lo que observo.

–Yo también.

Apareció la posada y permanecieron en silencio mientras llegaban a ella. Como era de esperar, él ayudó a su esposa a bajar del carruaje.

–Gracias –dijo ella bruscamente mientras le soltaba la mano. Los carruajes eran el único lugar donde se tocaban. Por suerte, el vestido que llevaba era aceptablemente adecuado para viajar. Al menos él no la había encontrado con uno de esos vestidos apropiados para el escenario, hechos para ser sugerentes y reveladores. Su vestido era bastante recatado en comparación con algunos que había visto llevar a las actrices.

–Entonces, ¿qué tipo de acto pretendía realizar? –preguntó mientras caminaban hacia la posada.

–Cantar.

No sabía que supiera cantar; en ningún momento lo había intentado. Por otra parte, no se habían sentado por las tardes precisamente en el salón donde entretenerse con música. Intentos

furtivos de no pasar tiempo con ella lo habían mantenido en el estudio la mayor parte del tiempo que ella había estado en su mansión.

– ¿Es Somerset suficiente para una luna de miel? –preguntó él–. Podemos viajar al continente si lo desea. Llevaría más tiempo. –Por lo que él sabía, podría haber algún estatus social sobre la calidad de una luna de miel.

–No debería elegir hacer algo más que prolongue esta farsa.

El local estaba moderadamente concurrido, pero había una mesa disponible y la aceptaron.

–Hay estofado de conejo o empanadas de carne y de riñones –afirmó el posadero.

–Conejo –dijo Valentine–. ¿Imogen?

Ella lo miró casi con cara de sorpresa.

–Yo pediré lo mismo –dijo finalmente y sonrió al hombre. Era una de esas raras sonrisas. Le cambiaba la cara por completo, y nunca eran por él–. ¿Y qué espera que hagamos en esta luna de miel? –preguntó cuando el posadero se hubo retirado.

–No lo sé. Lo mismo que hace la gente.

–No lo haremos. No lo recibiré en mi alcoba. Me niego.

–Estoy seguro de que podemos conseguir dos. –A decir verdad, tampoco estaba seguro de poder compartir una habitación con ella. Ya tenía suficiente de su hosquedad como para exponerse a ella en cada momento del día– Haremos lo que sea que la gente haga en Somerset. Tengo entendido que es conocido por sus maravillosos paseos.

– ¿Paseos? –repitió–. ¿Está seguro de que puede dejar de atender sus asuntos por algo así? Parece una distracción innecesaria. – ¿Se estaba burlando de él?

–Supongo que ambos tendremos que tolerar no atender nuestros asuntos. Los míos pueden esperar, y estoy seguro de que el daño que desea cernir sobre tu propia reputación puede esperar una semana, más o menos.

– ¿Una semana más o menos? ¿Eso es lo que propone que dure esto?

– ¿No es lo normal?

–Nada de esto es normal.

El posadero trajo los dos platos de comida y él pidió una jarra de vino para acompañar.

–No sé –dijo cuando volvieron a quedarse solos–. Estoy seguro de que la mayoría de las lunas de miel en este país empiezan de forma muy incómoda con dos personas que apenas se conocen.

– ¿Desea conocerme?

No especialmente, admitió él.

–Quizás debamos hacerlo.

- Bueno, tengo aversión a los hombres mentirosos y engañosos.
 - Tenemos eso en común. Yo lo extendería a las mujeres también.
 - ¿Está sugiriendo que le he engañado de alguna manera?
 - Hablabas en general.
 - Quizás es usted quien obliga a las mujeres a ser engañosas, si esa es realmente su experiencia.
 - Las mujeres tienen sus ambiciones, y he descubierto que harán lo que sea necesario para alcanzarlas. ¿No le parece?
 - Estoy segura que la mayoría no iría tan lejos como usted.
 - Tal vez sea cierto. –La comida estaba caliente, pero el sabor dejaba que desear.
- En verdad discutían como una pareja casada.



Capítulo 29

Sinceramente, deseaba clavarle las uñas en la cara y dejar marcas de arañazos por ella. Ningún hombre había despertado en ella una compulsión tan violenta; eso se debía a que era el primer hombre al que odiaba de verdad.

Se distrajo comiendo y observando a los demás huéspedes de la posada, entre ellos una pareja con un niño pequeño que estaba en el regazo de su padre. Parecían tan felices, tan cómodos el uno con el otro. Eso era lo que ella quería, esa tranquilidad normal entre ellos, tener niños y familia, y ser felices. En lugar de eso, se había visto arrastrada a ese teatro de luna de miel.

Lo peor de todo era que había tenido que aceptarlo incluso sabiendo lo que había hecho. Eso era algo que mellaba ligeramente su rabia por haber sido engañada; había tenido que aceptarlo para salvar a su familia, así que tal vez no debería ser tan dura. Sí, él había hecho cosas despreciables a su familia, pero en ningún momento la habían engañado haciéndole creer que ese matrimonio tenía alguna esperanza.

Desde ese punto de vista, no podía entender la intención de esa idea de dar una oportunidad a la reconciliación. Nunca se habían reconciliado, él no había querido reconciliarse, así que ¿qué sentido tenía esto ahora?

–El vino está aceptable –afirmó ella y apartó los ojos de la feliz familia que había al otro lado de la habitación. Tendría una familia feliz, simplemente tendría que aguantar hasta que él se saciara de lo que fuera aquello; no tenía sentido pelear con él, no serviría de nada.

Él no contestó y ella sintió que la ira amenazaba con volver, pero inhaló y exhaló con calma. Incluso cuando ella intentó ser civilizada, él no tuvo el sentido común de corresponderle.

Cuando terminó de comer, apartó el plato de su lado. Había en él una naturaleza áspera que el título y sus finas ropas no podían pulir; tal vez porque no había habido una madre en su vida durante sus años de formación. El personal de Whitfield, aunque muy discreto, había insinuado

que el difunto Lord Rosemarche había sido un hombre irascible; parecía que su hijo se estaba entrenando para seguir en esa línea.

Y la camarera estaba intentando captar su atención. No era sorprendente, porque de apariencia era guapo, pero lo cierto es que estaba sentado con su esposa. ¿Esa chica no tenía vergüenza?

– ¿Continuamos? –preguntó.

–Una alternativa es que podrías dejarme aquí y continuar con ella –dijo, señalando hacia la camarera–. Estoy segura de que sería una situación muy divertida. –Él tuvo la osadía de darse la vuelta y mirar.

–No es mi tipo.

– ¿Demasiado complaciente?

Ignorando el comentario, él se levantó y le tendió la mano, que ella ignoró mientras se levantaba; abriéndose paso, se adelantó hacia la puerta. Él tardó unos instantes en reunirse con ella y, cuando lo hizo, vio que llevaba una botella de vino en la mano; al parecer, debió de haber hablado con la camarera.

Le permitió que la ayudara a subir al carruaje, porque de lo contrario sería menos elegante. Resultó que el carruaje tenía un abridor de botellas en uno de los bolsillos laterales. El corcho sonó ¡pop!

–No tenemos copas, así que me temo que tomaremos de la botella. Aún así, espero que un poco de vino haga este viaje más tolerable.

–No, gracias –respondió ella cuando él se la ofreció. Nada haría este viaje más tolerable.

Afortunadamente, reinó el silencio durante un rato. Incluso el beber él de esa botella la molestaba. Tomando aliento, se reprendió a sí misma por la negatividad que fluía a través de ella; era que su sola presencia la inducía a ello.

– ¿Por qué Somerset? –preguntó–. Está tan espantosamente lejos.

–Se supone que es hermoso.

¿Eso era algo que a él le importara? Sus inversiones parecían ser lo único que le interesaba. No era como si pasara sus ratos contemplando el arte o cualquier otro objeto verdaderamente hermoso; o tal vez sí.

– ¿Tiene una amante? –Su breve paso por el teatro le había enseñado muchas cosas.

–No.

– ¿Por qué no? ¿Desprecia a las mujeres?

La miró un momento y a veces era difícil adivinar sus pensamientos.

–No soy de los que buscan su compañía.

Así que despreciaba a las mujeres. Las cosas que había dicho hasta ese momento así lo indicaban, por lo que no le sorprendió, pero era interesante saberlo.

—Hasta hace poco, usted era mi único objetivo —añadió—. Lograr este matrimonio era mi único objetivo.

—Se refiere a la venganza.

—Sí.

También era interesante comprobar que tenía razón cuando decía que no le mentía. La profunda honestidad era en realidad bastante refrescante, sobre todo en su mundo, donde la mayoría de las situaciones estaban repletas de cortesía y artificio. Realmente no le habría ido bien en los salones de baile de sociedad, pero no habría tenido que hacerlo: su riqueza y su título se lo perdonarían todo.

—Pero ahora está urdiendo su propia venganza —dijo.

—No lo hago.

Su ceja se alzó como si la estuviera acusando de mentir.

—Por favor, admita que una parte de sus acciones tienen el propósito de avergonzarme.

—Eso es solo una consecuencia. No soy de las que se detienen en el pasado. —Eso podría ser algo que deseara que fuera verdad más de lo que en realidad era—. Se lo he dicho, mi único objetivo es encontrar al hombre que quiera pasar el resto de su vida conmigo.

—Quiero pasar el resto de mi vida con usted.

—Quiere que me mude al campo toda mi vida para completar su venganza. Eso no es lo mismo. ¿Cómo puede no entenderlo? ¿Tiene tan poca comprensión de lo que puede haber entre un hombre y una mujer? —Por supuesto, lo había admitido, no creía en el amor—. No todo es un trato.

—Sí, lo es. Incluso esta... luna de miel —afirmó.

—¿Y qué sacaremos de esta farsa?

—Nos reconciliaremos o nos pondremos de acuerdo.

—Admite que no quiere ninguna de las dos cosas. —En ese instante él sonrió.

—¿Y qué haría usted si yo quisiera reconciliarme? —dijo ella.

—Reconciliarte significaría que volverías a Whitfield.

—Eso nunca va a ocurrir. —Curiosamente, él ni siquiera quiso abordar el tema de una verdadera reconciliación, aunque ella no tenía muchas ganas de hacerlo. Honestamente, ni siquiera podía concebirlo—. ¿Acaso tolera a las mujeres? —preguntó.

—No tengo preferencia por los hombres, si es eso lo que pregunta. He tenido amantes —dijo finalmente—. Nunca resultó bien.

–Si es así, tal vez la culpa sea de usted.

–Puede que así sea. Aunque debo insistir en que la culpa es compartida. Mi experiencia me dice que los afectos se compran.

– ¿Y cómo se compra el afecto?

– ¿Lo pregunta la mujer que quiere subir al escenario para ganar admiradores?

–No, estoy en una búsqueda muy específica, en un tipo de hombre muy específico. Es solo un medio para un fin.

–Siempre lo es con las mujeres.

Era exasperante.

–Algunas personas simplemente están preparadas para ser infelices, y ese no es el tipo de hombre con el que deseo estar. –En cambio, quería a alguien que viera la alegría en cada día, que buscara la diversión en las cosas simples, la comodidad del hogar y la familia; el polo opuesto del hombre sentado frente a ella–. Y no seré rehén de él.

En cierto modo, sentía lástima por él, porque ni siquiera sabía cómo buscar para tener una vida feliz. Estaba tan centrado en las cosas equivocadas: la venganza, la coacción, el odio. Algunas personas simplemente no sabían cómo ser felices, y él era una de ellas.

Era una pena, pero no le correspondía a ella ayudarlo, y él no quería que lo ayudaran. Estaba perfectamente satisfecho en su miseria, en una vida que se centraba en crear miseria para los demás. No, ella no sería rehén de él; pero le gustaría llegar a un acuerdo. Eso le vendría bien. Así que, sí, en cierto sentido, tenía razón en que eso era una transacción, pero era una que él había forzado.

Por no mencionar que bebía con demasiada facilidad. El vino estaba desapareciendo rápidamente, lo que no era malo, porque le daría sueño, y entonces ella estaría libre de su atención durante unas buenas horas.



Capítulo 30

Por suerte, no se adentraban en las profundidades más lejanas y agrestes de Somerset, y se alojaron en un hotel a orillas del mar de Severn. Aun así, era un lugar salvaje, con una costa impactante. El viento era intenso, lo que no había esperado, pero no era la época del año para un clima suave. Sin embargo, el hotel era agradable, aunque Valentine esperaba que fuera mucho más popular en épocas más templadas.

Había dos habitaciones disponibles, una al lado de la otra. La oscuridad era total cuando llegó a su habitación y abrió la ventana, era una oscuridad que hacía tiempo que no veía, pero podía oír el suave murmullo del mar. Mientras ventilaba la habitación, se sentó con la ventana abierta y lo escuchó. Había algo reconfortante en su persistencia, era un sonido ininterrumpido durante miles de años.

A Valentine siempre le había gustado el mar, pero sabía que era un lugar al que no pertenecía, no como otras personas. Una noción que respetaba, porque en ese momento, sería justo decir que en todos los lugares a los que solía pertenecer, ya no se sentía cómodo. A Imogen le ocurría lo contrario: no pertenecía a ninguno de los lugares que había conocido. Él tenía la pertenencia, pero no la sentía, mientras que en la vida de ella no había estabilidad alguna; excepto Whitfield, que ella rechazó. Y ella buscaba el lugar al que pertenecía.

La cabeza le latía un poco, mezcla del vino y el agotamiento físico del viaje. Finalmente cerró la ventana, se quitó la chaqueta, el chaleco y las botas, y se colocó junto a la chimenea para entrar en calor. Por un momento, lamentó el estado en que se encontraba todo; especialmente la condición de esa luna de miel, porque tener a otra persona en su cama sería agradable en ese momento. Pero la cama estaba fría. Obviamente, podía pedir que la calentaran, pero no era un niño.

No, no era un niño, así que lamentarse no tenía sentido. La cama estaba fría cuando se acostó, pero la suavidad era bienvenida, estirarse era bienvenido, adormecer su malestar también era bienvenido.

*

Cuando se despertó, por un momento no tuvo ni idea de dónde estaba, y no le gustó esa sensación. Era curioso que la idea le creara malestar. Había una inflexibilidad que se había desarrollado a su alrededor; o era la idea de la inevitable incomodidad de tener que salir de una situación que había provocado estando completamente ebrio.

Lo primero que hizo fue levantarse y acercarse a la ventana para ver que el hotel estaba situado en un acantilado. El mar se extendía por delante, el agua brillaba a la luz del sol a primera hora de la mañana. Más allá, a la izquierda, había una gran media luna sobre la playa. ¿Así que era allí donde la gente iba de luna de miel? Era un lugar con pocas distracciones, pero las lunas de miel no estaban hechas para las distracciones.

Le rugieron las tripas de hambre, así que dejó la ventana y se acercó al tocador. Le habían dejado agua y sus implementos de aseo. Alguien había entrado y apagado la lumbre; rara vez se fijaba en eso, porque no era de los que dormían poco. Tras lavarse y vestirse, salió de la habitación y llamó a su puerta.

Tardó un momento, pero la puerta se abrió y ella pareció sorprendida al verle. ¿A quién más esperaba?

– ¿Tiene hambre? –preguntó–. Creo que el servicio de desayuno empieza temprano en un lugar como este.

Estaba claro que llevaba un rato levantada, porque estaba completamente vestida. Una sirvienta se movía en la habitación detrás de ella.

–Sí –dijo–. Considerando que la cena de anoche fue tan ligera.

Valentine no recordaba haber comido nada, lo que podría ser la razón por la que en ese momento tenía hambre. Por un instante, ella miró a su espalda como si estuviera sopesando algo, y luego salió por la puerta y la cerró tras de sí. Caminaron en silencio, él sólo recordaba vagamente la distribución del hotel.

Bajaron las escaleras e Imogen parecía saber dónde estaba el comedor. No estaba abarrotado, había unas pocas personas sentadas en el gran salón acompañadas del suave tintineo de las tazas sobre los platillos.

Primero se sirvió el té, que estaba muy cargado, luego el pan tostado, seguido de platos de huevos con jamón, patatas y queso. La comida era cálida y bienvenida, y comieron hasta

saciarse. El pan estaba fresco y perfectamente tostado. No podían quejarse de la comida, dejándoles satisfechos mientras terminaban con el café.

– ¿Ha estado aquí antes? –preguntó ella.

–No. Me lo recomendó Harry. Su primo había venido y dijo que era un lugar adecuado.

Él se dio cuenta que ella llevaba el cabello bien peinado, mientras recorría el comedor con la mirada. Llevaba el mismo vestido, porque prácticamente la había recogido de la calle; tal vez debería haberlo planeado mejor, pero no lo había hecho, lo cual era inusual, porque había planeado meticulosamente todo lo relacionado con ella, excepto cuando se presentó en su casa con su hermana. Desde entonces todo había sido un caos. Ella era una fuerza caótica en su vida.

Bath no estaba lejos, y no sería difícil comprarle un vestido. En realidad, sería mejor que viajaran allí dentro de más o menos un día y realizaran las compras en persona. Sería una excursión para cuando estuvieran más descansados.

–Deseo salir –dijo ella mientras volvía a centrar su atención.

–Entonces caminaremos.

Por su aspecto, su intención no había sido que él la acompañara, pero para eso estaban aquí, así que simplemente tuvo que aguantarse.

Unas grandes puertas daban a una veranda, donde unas escaleras conducían al césped; la naturaleza salvaje invadía el borde del césped. A lo largo de la costa, en el lado derecho del hotel, vio un pequeño pueblo de pescadores; eran solo una docena de casas y un pequeño puerto.

También pareció llamarle a ella la atención, porque se acercó al borde del césped, donde unos acantilados descendían hasta el agua. Tal vez debería tener cuidado de no caminar demasiado cerca por si ella le empujaba; esa sería la forma más eficaz de resolver sus problemas.

–Parece un lugar tranquilo –dijo ella.

–Parece pequeño. Y terriblemente aburrido.

– ¿Cómo puede ser aburrida tanta belleza?

Por momentos él no la entendía en absoluto.

–Usted sería completamente desgraciada en un lugar así. Sería la mujer de un pescador, con un penetrante olor a pescado.

–Si estuviera enamorada, sería maravilloso.

—El amor no dura. Es una idea tonta destinada a engañarte para que hagas algo.

–Sí perdura si es con la persona adecuada. Es algo que se elige para que dure. Todo lo que se necesita es alguien que lo elija hacer contigo.

La miró fijamente. ¿Cómo era tan ingenua acerca de las cosas del mundo?

—Los hombres son violentos y bestiales —dijo él. ¿No se había dado cuenta de lo desgraciadas que eran las mujeres en sus matrimonios? Él se había dado cuenta. ¿Había estado tan protegida que se creyó todos los cuentos de hadas que le habían contado? Un lugar así está lleno de vidas aburridas e infelices, donde los hombres beben para escapar de sí mismos y las mujeres se esconden, sabiendo muy bien que no tienen adónde ir cuando sus maridos vuelven a casa. Es un milagro que las mujeres aceptaran casarse. La ridícula noción del amor les hace creer que su matrimonio será diferente.

— ¿Es eso lo que usted cree que es el matrimonio?

—Es mucho más realista que su perspectiva. El mundo es un lugar duro, especialmente para las mujeres. Y por favor, no tenga la idea de que los hombres de la alta sociedad son diferentes. No lo son. Usted tiene una visión del mundo que simplemente no es la realidad.

Ella suspiró y se volvió hacia él.

—Quiero un hombre que valore su hogar y su familia. Existen, y no me importa la finura de ese hogar. Un hogar es lo que forman dos personas.

—Pues éste es el hombre que tiene —dijo señalándose a sí mismo—. Y le he hecho un favor prometiéndole mi ausencia.

Se miraron fijamente, ninguno de los dos tenía más que decir.

—No es suficiente —dijo ella, y lo único que él pudo hacer fue reírse entre dientes.

—Eres una niña.

No sabía cómo había conseguido no estrangularla, era totalmente exasperante. Una parte de él sentía que debía dejarla ir para que descubriera por sí misma lo duro que era el mundo; tal vez entonces ella sería más razonable.

—La gente se usa unas a otras y luego mienten al respecto. Eso es lo que ves. Ves las mentiras.

—Según usted no hay nada bueno en el mundo.

—La gente simplemente es lo que es.

—Mi padre es un buen hombre. Ama a su familia.

—Se aprovecharon brutalmente de su padre. No era totalmente responsable. Fue en cierto modo cómplice de su propia destrucción, por descuido y avaricia. Destruyó sus perspectivas, y la forzó a contraer este matrimonio. Yo simplemente colgué una zanahoria, y él la tomó.

—Le dio un cáliz envenenado. —Su ira se avivó hasta convertirse en furia—. No puedo creer que lo culpe por las acciones de usted.

—Sí, bueno, es nuestro deber protegernos de tales intenciones. Y créame, no le apunté con una pistola a la cabeza. Se metió sin siquiera mirar en lo que se metía. Esa es la verdad.

—No le creo —dijo y se marchó.

—La debilidad no es admirable —voceó tras ella—. Es simplemente débil.

—Tampoco lo es ser un borracho desolado —le gritó ella.

—Touché —admitió en voz baja.



Capítulo 31

Imogen permaneció en su habitación la mayor parte del día, saliendo por puro aburrimiento únicamente a última hora de la tarde, esperando que él estuviera borracho en alguna cuneta. Era un hombre insoportable. Cómo se atrevía a culpar a su padre de sus actos.

Caminó por los acantilados y, al volver al hotel, se sentó en una de las sillas de jardín para contemplar el tono dorado del sol poniente.

Alguien se sentó a su lado, y ella supo por el olor que era él, y gimió. ¿Por qué se empeñaba en atormentarla?

–Creo que deberíamos ir a Bath mañana –dijo él.

– ¿Por qué haríamos eso?

–Para mirar las tiendas y encontrar algo con lo que cambiarnos.

Le dolió reconocer que tenía razón, ya que se preguntaba cómo iba a hacer para que un vestido le durara toda la semana, o el tiempo que él quisiera que durara la farsa.

–Quizás por el camino podamos discutir ese acuerdo que has estado mencionando –dijo ella.

–Saldremos a primera hora de la mañana. No es un viaje largo. Sé que comprar ropa hecha es indigno de ti, pero tendremos que hacer excepciones por las circunstancias.

El comentario la ofendió, aunque era cierto, nunca había comprado ropa que no estuviera hecha especialmente para ella; pero eso fue porque cuando era pobre, lo era demasiado como para comprar ropa.

Sin embargo, seguía sin marcharse; sólo se sentó con los ojos cerrados. ¿Había estado bebiendo? No es que apestara, pero eso era lo que ella esperaba; después de todo, era un ser humano miserable que bebía para evadirse. Sus palabras aún permanecían en su cabeza, que le había hecho un bien al prometer su ausencia.

–Cenaremos a las siete –dijo.

–No tengo hambre.

–Insisto.

–Bien –dijo ella apretando los dientes. Al menos en el comedor había otras personas a las que ver–. Me vestiré para cenar –dijo ella y se levantó. Era un poco temprano pero ella buscaba su ausencia, aunque esta no se la estuviera prometiendo en ese momento.

De vuelta en su habitación, se paseó. Cada vez que se aseguraba a sí misma que sería civilizada, él la agraviaba profundamente. No tenía nada para cambiarse, pero podía lavarse la cara y arreglarse el cabello. La sirvienta le había llevado un pequeño jabón cuando vio que había llegado sin nada. ¿Quién sabía lo que pensaría el personal de ese lugar sobre ellos, que se presentaban sin ropa y sin efectos personales?

Ella compraría las cosas que necesitaba al día siguiente, o lo haría él. Teniendo en cuenta que todo eso había sido una idea mal planeada por él, no sintió ningún reparo en que él pagara por ello. En cuanto al arreglo que iban a hacer, no estaba segura de lo que ella quería. No era difícil adivinar que le prohibiría cantar en el escenario, lo cual no era algo que le apenara como tal. No era el escenario lo que buscaba, sino más bien un medio para alcanzar un fin, sin embargo, tenía que encontrar otros medios para conocer al hombre que acabaría amando. Tal vez asistir a conferencias públicas y a eventos de ese tipo era la manera de hacerlo; sinceramente, no tenía ni idea. El teatro se le había presentado como una forma común de vivir, pero tenía que haber otras formas mejores.

Una cosa era segura, que no se encontraría con un hombre así en Whitfield, por lo tanto, era necesaria una habitación propia en Londres, o incluso en Bath, como él había sugerido en un momento dado. Nunca había estado en Bath, pero al día siguiente tendría la oportunidad de visitar la ciudad.

Tal vez incluso visitar lugares como ese fuera una opción interesante, lugares a los que la gente iba para reflexionar con calma. ¿Podría incluso viajar al continente? ¿Sería posible? Era escandaloso que una mujer lo hiciera sola. Cómo deseaba tener a alguien a quien visitar, pero no tenía ese tipo de conocidos.

El tiempo pasaba mientras ella iba de un lado a otro, tratando de lidiar con su futuro. Luego llegó la hora de bajar, y quería hacerlo antes de que él fuera a recogerla, así que fue y entró en el comedor, que por la noche estaba iluminado y en calma. Un trío de músicos tocaba algo que le sonaba familiar. La música no era una de sus pasiones; más allá de las obligatorias clases de piano, no era algo que se hubiera acostumbrado hacer en su familia.

–Señora, ¿está lista para cenar? –preguntó un camarero.

–Estoy esperando.

–Estoy aquí –dijo Valentine, apareciendo a su lado–. Sí, estamos listos.

La mano de él en su espalda le resultó incómoda e innecesariamente íntima. Ese era un gesto bastante casual, pero no para ellos.

–Excelente –dijo el camarero y los condujo a una mesa libre. Había unos cuantos comensales, más de los que había a la hora del desayuno, y entre ellos había una pareja joven, que claramente solo tenían ojos el uno para el otro. Imogen frunció el ceño al darse cuenta de que probablemente estaban en su luna de miel, y se sintió ajena a la experiencia, porque su estadía allí no era para nada de eso, como debía ser, alegres de estar lejos de todo el mundo, a solas, capaces de disfrutar de su propia compañía. Estos estaban evidentemente enamorados.

–Esta noche se puede elegir entre pescado y ternera estofada.

Imogen pidió el pescado, mientras que Valentine pidió la ternera, y aceptó las sugerencias de vino que el camarero propuso para cada uno: blanco para ella, y tinto para él.

– ¿Cuánto tiempo estuvo en las Antillas? –preguntó ella.

–Seis años. Invertí en un ingenio azucarero, y luego en dos. Luego en madereras. –Su rostro había adoptado una expresión más seria que la que ella le había visto cuando lo conoció–. Luego tuve que volver aquí.

¿Había dejado a alguien atrás? ¿A alguien que le había importado? ¿Era parte de la razón por la que la odiaba tanto? No, ella no podía entenderlo; era demasiado frío, demasiado descreído en el amor.

– ¿Todavía le interesan el azúcar y la madera?

–Sí –dijo él y se concentró en su comida. Existían dos versiones de él, concluyó ella. La seria era la que probablemente había mostrado durante todo el tiempo que había estado en las Indias Occidentales, cuando su supervivencia, su fortuna, dependían de su propio hacer, esa era la suerte de un segundo hijo, y luego estaba la otra versión que aparentaba ser más... amargada y sin dirección. Así que esas eran las opciones: frío o amargo. Pero también tenía momentos de encanto, ella lo había visto. Este no había sido dirigido a ella, como tal. Tal vez había indicios de ello cuando no estaba pensando, o cuando no recordaba con quién estaba, y por qué la odiaba.

Tal vez podría decirse que no era un hombre sencillo. Ella tenía que dejar de pelearse con él, pero se lo ponía muy difícil debido a su naturaleza exasperante.

La comida era deliciosa, el pescado totalmente fresco, y se preguntó si sería del pequeño pueblo de la costa. Su polémica volvió a su mente. Ella deseaba desesperadamente esa felicidad que tanto presagiaba, y él simplemente creía que no existía. Eso no era algo que ella pudiera

suscribir. ¿Qué sentido tenía estar vivo si sólo existía la miseria? Sí, había malos matrimonios. Había gente mala: en ese momento una de ellas estaba sentada frente a ella.

Tal vez su ausencia era la mayor bondad de la que era capaz. Eso era infinitamente triste, pero él era responsable de sí mismo, de su forma de ser; podía elegir no ser horrible. ¿No era todo el mundo responsable de sí mismo y de su comportamiento? Lo mismo era cierto para ella; podía ser amable y comprensiva. Por desgracia, era difícil ser ambas cosas en ese caso.

En contra de lo que decía la licencia de matrimonio, ella no lo veía como un esposo, y no estaba segura de haberlo visto así alguna vez. Su frío comienzo había hecho que él nunca encajara en su molde de marido. Este había sido un medio para salvar a su familia y, en retrospectiva, se había equivocado al aceptarlo. Por un lado, no podía creer lo que había dicho, teniendo en cuenta la situación en la que se encontraba. Por otro, se había enredado a sí misma y a él en algo que no convenía a ninguno de los dos.

Él necesitaba estar con una mujer que, en primer lugar, no fuera víctima de sus intrigas, y con alguien que se esforzara activamente en hacerle mejor. No podía ser ella, porque sabía exactamente lo que quería, y no era a un hombre como él. Incluso podía visualizarlo en su mente. Era una casa, una casa sencilla pero respetable, con un hombre que quería estar allí, y con los niños en la parte de arriba. Planeaban cosas juntos, como fiestas de Navidad y excursiones. Ella y su esposo querían vivir juntos, cómodos y felices.

Valentine nunca sería ese hombre, simplemente no tenía la naturaleza amable que ella quería; pero podía desearle lo mejor, desearle una mujer que le hiciera cambiar de opinión sobre el amor. Eso no era imposible. Sinceramente, no tenía ni idea de qué tipo de mujer le convendría, pero debía ser alguien capaz de cambiarle, de ablandarle. El cambio sería demasiado extremo para ser como ella se lo imaginaba.

Su vino fluía con demasiada generosidad.

—Usted es infeliz —afirmó—. Por eso bebe tanto.

—De los dos, usted es la infeliz. Yo conseguí todo lo que me propuse, y seguiré haciéndolo.

—Excepto que nunca volveré a Whitfield. Así que no consiguió todo.

—Es cuestión de semántica.

¿Cómo iba a sentir simpatía por un hombre así? Era imposible.



Capítulo 32

El viaje a Bath fue tranquilo. Hacía buen tiempo para viajar y la vista era hermosa con sus apacibles paisajes. Imogen parecía contenida y distante y, por una ocasión, no estaba llena de miradas penetrantes y comentarios duros; se agradecía una atmósfera más pacífica entre ellos.

Tenía las manos sueltas sobre el regazo y la mirada fija en el paisaje. Se veía fresca y hermosa a la luz de la mañana, pero siempre se veía fresca y hermosa, incluso en las circunstancias más terribles. Aún no sabía cómo utilizar esa belleza, pero intentaba aprender a utilizarla para conseguir lo que quería. En ese momento, no sabía en qué se estaba embarcando, pero tenía unos instintos perspicaces, sin embargo, esos instintos la llevaban a buscar un tipo de hombre que no existía, y tal vez eso la mantendría a salvo.

Lo único que él le había prometido, aunque no directamente, era intentar mantenerla a salvo, y, si podía, también trataría de brindarle el entorno apropiado para mantener su inocencia, incluso mientras ella hacía todo lo posible por meterse en la boca del lobo.

Cerrando los ojos, trató de imaginarse en otro lugar. En realidad, trató de imaginarse a sí mismo sin dolor de cabeza. Sí, había bebido demasiado desde hacía ya un tiempo. No era propio de él; había comenzado y se había aferrado a ello, y recordó cómo ella le había acusado de ser infeliz la noche anterior. No estaba seguro de ser infeliz, pero estaba... sin rumbo, y lo odiaba. Le habían quitado tantas cosas, y la última, curiosamente, era el ensueño juvenil que lo había distraído. Las noches en el club se habían vuelto tediosas y nada las había reemplazado; ese era el germen de su malestar.

Las afueras de la ciudad aparecieron antes de lo que esperaba y le proporcionaron cosas nuevas que mirar. Ninguno de los dos había estado en Bath. No había absolutamente ninguna razón para que él fuera allí, pero parecía una ciudad agradable, respetable; perfectamente adecuada para

Imogen. ¿Ella estaba pensando lo mismo? A veces era difícil descifrarla, y no compartía fácilmente sus pensamientos y percepciones.

No tardaron mucho en encontrar una tienda de ropa una vez que salieron del carruaje. La ciudad era moderna y estaba bien construida, en gran parte recientemente. Era como si se hubiera eliminado todo el desorden de las ciudades más antiguas y se hubiera construido la ciudad perfecta.

Todo en la tienda era francés, incluidas las mujeres que trabajaban allí. Una tienda bien surtida, con sombrerería y joyería.

—Mi esposa necesita un vestido —dijo cuando se acercó una de las mujeres.

Al parecer, esas fueron palabras mágicas, porque el lugar cobró vida.

—Tenemos vestidos nuevos que han llegado de París esta semana —dijo en su inglés fuertemente acentuado—. Por favor, monsieur, ¿quiere té? O tenemos un delicioso vino de Burdeos.

—Un buen vino vendría bien. —Los precios iban a ser escandalosos, probablemente a la par de las mejores modistas de Londres, pero a él no le importaba.

Se llevaron a Imogen, mientras él se dirigía a un sofá. Esos sí que eran dominios ajenos a él; no estaba seguro de haber estado alguna vez en una tienda así. Fuera lo que fuera lo que estaban haciendo, tardaron un rato, así que miró alrededor de la tienda hasta que ella apareció, y cuando lo hizo, llevaba un vestido de seda de color rosa intenso. Era absolutamente exquisito.

—Brava —dijo y lo dijo en serio. Era impresionante y le sentaba de maravilla.

—Esto es demasiado —dijo ella—. Es precioso, pero es demasiado para las circunstancias.

—El precio no es problema.

—No me refería al precio —respondió ella—. Es un vestido de baile. No vamos a un baile. Necesito algo un poco más adecuado.

Se miró en el espejo y admiró el vestido. El colorido combinaba perfectamente con sus labios, y hacía que la piel alrededor de su cuello luciera hermosamente sonrosada.

—Vi algo —dijo—. El collar, el de las rosas.

—Sí, sería perfecto —dijo la mujer a su lado y corrió hacia el armario con las joyas. Sería perfecto, aunque Imogen probablemente tenía otras opiniones; probablemente sólo para llevarle la contraria.

Era un collar con un sartal de rosas doradas, sobre hojas verdes esmaltadas. La mujer se acercó llevando el collar en sus manos como si fuera precioso; luego lo puso alrededor del cuello de Imogen. Una de las rosas se le enganchó en el cabello y le quedaba mal, así que él se adelantó y alargó la mano para quitárselo, acariciando su cálida piel en el transcurso.

Parecía una muñeca, una muñeca con vida; eso la hacía aún más hermosa, y el leve roce permaneció en sus nudillos. Nunca en su vida había elegido el vestido de una mujer, y otorgado las joyas complementarias, desde luego que no era la primera vez que compraba joyas, pero no lo había hecho pensando en lo bien que combinaban con el vestido; normalmente la única consideración en relación a las joyas era su valor.

—Es precioso —dijo—, pero necesito algo más apropiado.

Era casi un poco decepcionante que fuera tan práctica. Ese vestido era impresionante, pero se negó a disfrutarlo.

—Nos llevamos el vestido y todo lo que quiera.

Sus ojos se clavaron en él.

—Esto no es necesario. No tengo la ocasión de usarlo.

—¿Y si le invita su hermana? No puede ir con un vestido desaliñado.

—Tengo vestidos.

—No como éste. —El ceño de ella se frunció, pero no discutió más—. ¿Sabe que tengo una fortuna considerable? —dijo él, acercándose para que solo ella pudiera oírlo.

—Sí, pero yo no.

—Le he dicho que puede tener lo que quiera. —Concedido, había habido momentos en los que le había molestado el gasto, pero nunca se lo había dicho.

Sin decir nada, se alejó de él en dirección a una de las mujeres.

—Tal vez algo en verde, apropiado para la primavera —dijo con una sonrisa.

—Tenemos algunos vestidos que le irían bien. Uno precioso de muselina fruncida. El material es egipcio. —La mujer lo cogió, y era muy bonito y delicado. Una chaqueta de seda hacía juego, y también un sombrero. La mujer pellizcó y acomodó el material, clavando agujas en él.

—Me encanta —dijo Imogen. El collar de pequeñas rosas doradas seguía en su cuello. Parecía una mujer acomodada y perfectamente vestida.

—Podemos tenerlo listo para la señora en una hora.

Imogen le miró para ver si lo aprobaba y asintió. Desapareció de nuevo y volvió con el vestido que había llevado antes.

—Gracias —dijo secamente.

Estaba claro que no le gustaba que le comprara vestidos. Lo rechazaría en todos los sentidos si pudiera elegir, pero no tenía los medios, no los había tenido durante la temporada de su hermana y no los tenía en ese momento. En cierto modo, el rechazo le molestaba un poco.

—Tal vez sea hora de comer algo —dijo—. Seguro que podemos encontrar un establecimiento.

Salieron de la tienda y deambularon, antes de encontrar un restaurante; de nuevo era francés. Parecía ser la moda en Bath, pero no le importó, ya que tanto la comida como el vino probablemente serían buenos.

El restaurante tenía un amplio espacio interior, adornado con palmeras. A diferencia del hotel, el restaurante estaba lleno de parejas, amigos reunidos y algún que otro comensal solitario. Les dieron asiento y las palmeras les proporcionaron cierta intimidad.

–Este sitio parece gustarle –dijo.

– ¿Francés? La verdad es que espero ir alguna vez a Francia. Siempre he querido ir. –Había algo diferente en ella, como si estuviera cenando con alguien a quien conociera habitualmente. ¿Dónde estaba el fuego? En cierto sentido, la prefería a esa versión cordial, la versión que había sido durante la temporada de su hermana–. ¿Ha estado?

–Sí, una vez cuando era más joven.

Esa cortesía era todo lo que odiaba de la sociedad: el artificio, el comportamiento actuado y deliberado; de etiqueta. Prefería que se ensañara con él como lo había hecho el día anterior.

Aunque era curioso que quisiera eso, porque hacía muy poco tiempo, un comportamiento bueno y distante por parte de ella era todo lo que él deseaba. En ese momento, le irritaba, y él no sabía a qué se debía.

Sus dedos acariciaron distraídamente el collar de rosas de su cuello; aparte de la sencilla alianza, era la primera joya que le había comprado. Le producía una sensación de... exuberancia que no podía describir. Una joya que él había elegido, colgada de su cuello, y ella ni siquiera había discutido. ¿Significaba que le gustaba?

Tal vez por fin entendía por qué los hombres compraban joyas, a pesar de los medios de compensación que a menudo eran la moneda a cambio. En cierto modo, con el vestido y las joyas, había diseñado una nueva versión de ella, una versión creada por él; ese era un pensamiento curioso, uno que nunca se había planteado.

Sujetaba suavemente el collar mientras miraba alrededor del salón, haciendo que su cuello pareciera largo, resaltando el espacio hasta su hombro. ¿Era así como había cautivado a George, con las dotes de su belleza? Un estremecimiento de su estómago le hizo apartar la mirada, porque él también lo había visto, lo había experimentado ese día, el rechazo irreflexivo y negligente de parte de ella; como en aquel momento, su atención estaba en cualquier parte menos en el espacio entre ellos, con su belleza descarnada tan cerca, pero aún fuera de su alcance, con su sonrisa ligera para el camarero, y su atención hacia él únicamente cuando era necesario.



Capítulo 33

¿Podría vivir allí? Se lo había sugerido en alguna ocasión. La ciudad tenía buenos servicios. Si hacía lo que él le sugería y aceptaba el plan, podría vivir allí para ser de nuevo aceptada en la alta sociedad. ¿Eso era lo que ella quería? No, porque encontrar el amor y permanecer dentro de la alta sociedad sería imposible.

–Necesito unas camisas –dijo. Algo en él parecía sombrío, y ella no sabía por qué. ¿Le había disgustado de alguna manera? Bueno, eso era lamentable, pensó desdeñosamente. ¿O se suponía que comprarle aquel vestido la haría más amable? ¿Por eso estaba enfadado?

Qué pregunta más tonta, preguntarse qué enfadaba a Lord Rosemarche. ¿Cuándo no estaba enfadado? Era parte de su naturaleza.

–Estoy seguro de que hay cerca una tienda igual para caballeros.

No la miraba a los ojos, sino que se concentraba exclusivamente en su comida cuando esta llegó. Tal vez el silencio entre ellos era lo mejor que podían tener.

La comida era deliciosa, incluso mejor que la del hotel. Una lanza de tristeza la atravesó, porque tal vez no volvería a vivir algo así; tendría que hacer sacrificios, y prescindir de los restaurantes franceses caros sería uno de ellos, pero prefería eso en lugar de aceptar algo que no le convenía. No poder permitirse restaurantes así era algo que ya había hecho antes. La pobreza en sí no era tan mala, era el miedo a que las cosas empeoraran lo que la debilitaba.

¿No se sacrificaría él por amor? No como era, porque simplemente no creía en el amor. Esa era una visión muy dura del mundo; únicamente veía las cosas malas, pero permanecía ciego ante las buenas. Sinceramente, deseaba que él tuviera una visión más equilibrada, pero algo en su pasado lo había amargado. Bueno, aparentemente ella era una parte importante de su amargura, aunque no fuera consciente de eso en su momento.

–Lamento cualquier papel que haya jugado en la muerte de tu hermano –dijo–. No tenía intención de ser cruel con él, y no fui consciente de su infelicidad.

Él no dijo nada por un momento, simplemente se concentró en su comida como si no la hubiera oído. No importaba, ella ya había dicho lo suyo.

– ¿Y qué habría hecho si lo hubiera sabido?

–Quizá escribirle. –Una de las cejas de él se enarcó ante la afirmación–. Tanta infelicidad, basada en la poca atención de mi parte, precisaba ayuda familiar.

– ¿Me está culpando?

–No. Digo que semejante melancolía es algo muy arraigado. Podría haber pensado que yo era la solución para ello, pero eso era un autoengaño.

– ¿No es la reina del autoengaño?

– ¿No soy la reina del autoengaño? Querer algo más en esta vida que la infelicidad no es autoengaño.

–Eso es lo que George quería.

– ¿Por qué surge una pelea cada vez que hablamos? –cuestionó ella–. Me limité a decir que lamentaba que su hermano fuera infeliz hasta el punto de buscar alivio a su vida. Me arrepiento de haberlo comentado. ¿Volvemos a no hablarnos?

–Le pido disculpas. Es un tema delicado. ¿Quiere postre?

–No, no de momento, pero estaré dispuesta de esperarlo, si usted lo desea.

–No –dijo y se volvió para llamar la atención del camarero–. Creo que ha habido tiempo suficiente. Si recoge los vestidos y hace que los lleven al carruaje, me ocuparé de buscar algunas camisas para mí.

La idea de pasar algún tiempo lejos de su compañía era atractiva, y se sintió un poco culpable por pensar eso. Necesitaba dejar de pensar en términos tan severos. Ella no era el tipo de persona carente de simpatía, especialmente por alguien que estaba sumido en la infelicidad. Su dureza había provocado la suya y no le gustaba; esa mordacidad y dureza no eran propias de ella.

–Entonces le esperaré en el carruaje –dijo mientras se levantaba y él se alejaba de la mesa. La personalidad de él era tan imponente que se apoderaba de cualquier situación. Incluso cuando ella había estado intentando disfrutar del restaurante, porque podría ser el último restaurante fino en el que cenara, había acabado peleándose con él.

No fue difícil para ella encontrar la tienda que había visitado, y salió de esta con un joven que la siguió llevando dos grandes cajas con sus vestidos, que acabó teniendo que meter dentro del carruaje, porque no soportarían la lluvia si los ponían en otra parte.

No tardó en ver a Valentine caminando entre la multitud con un paquete bajo el brazo. Todo era tan calculado para él; ¿disfrutaba de algo, o ese era su objetivo?

–Lo he encontrado –dijo él cuando llegó–. ¿Está lista para irse o necesita algo más?

–No, estoy lista.

Con la mano tendida hacia ella, la ayudó a subir al carruaje, luego se sentó al lado de ella y se pusieron rápidamente en camino.

– ¿Podría vivir aquí? –preguntó él.

–No lo sé. –Su instinto le decía que ese no era el lugar donde encontraría el amor; únicamente a la alta sociedad.

–Me gustaría que estuviera disponible para cuando necesite asistir con mi esposa –afirmó. – ¿Se necesita una esposa? ¿Qué significaba eso?

– ¿Y cuándo se necesita una esposa?

–Como en las invitaciones a Windsor.

–No.

– ¿No? –dijo con una risita.

–No deseo ser parte de una farsa. Nuestro matrimonio es un fracaso, y le ruego que piense en la anulación.

–No –respondió él.

Era un petulante, ella quiso preguntarle por qué no lo hacía. Entre ellos no había nada que salvar. ¿O seguía tratándose de la absurda venganza?

–Cumplimos todos los requisitos.

–Es mi esposa y seguirá siéndolo.

¿Por qué había esperado que él fuera algo distinto a un ser imposible?

–Se está condenando a la infelicidad. Seguro que tiene que haber alguna mujer en este mundo con la que realmente desee convivir. Entiendo que no crea en el amor, pero seguro que tiene que haber algún espacio en su vida para una relación que le proporcione cierto grado de felicidad. Dese la oportunidad.

–Me lo suplica muy dulcemente.

–Le imploro que haga lo que es mejor para usted, porque no hay nada bueno que pueda resultar de esto. Es algo fruto del rencor, y no me lo merezco. Y no quiero oír por qué cree que sí. No es verdad, y nunca me convencerá de lo contrario. Como dije, lamento la muerte de su hermano, pero no acepto la responsabilidad.

—Está bien. Lo admito. —Eso no era lo que ella esperaba que dijera, así que se sorprendió gratamente—. Pero eso no cambia nada —continuó diciendo.

Y ahí terminó la agradable sorpresa.

¿Por qué se molestaba? Se desvivía por ser espinoso, y razones ilógicas le impulsaban. Lo único que podía hacer para escapar en ese momento era cerrar los ojos y desear estar en otro lugar. En realidad, deseaba que su viaje hubiera sido más prolongado, para poder imaginarse a sí misma en algún lugar mucho más emocionante. Desear ir a su antigua mansión de campo solo la entristecía, y no había ningún lugar en Londres en el que quisiera estar. Entonces pensó en un cuadro que había visto una vez, una escena encantadora con una casa de campo y lilas, así que se deseó ver a sí misma allí, a salvo y segura, sabiéndose amada y apreciada. No podía ver al hombre, su esposo, pero sabía que estaba allí, en la casa. Una casa sencilla, pero eso no le importaba, lo valioso era el amor.

Honestamente, ella no podía ni siquiera concebir lo que pasaba por la mente de él. Le había guiado exclusivamente la venganza, y en ese momento era evidentemente infeliz. ¿Por qué no tomaba medidas para cambiar? Ella no entendía por qué persistía en mantenerse en ese estado. ¿Su objetivo era beber hasta morir? Por lo general, ella pensaba que esa forma de beber era debilidad de carácter, pero sabía que él no era débil, así que tenía que ser infelicidad.

Entonces, ¿cómo lo convencería? Quizá no le hiciera falta hacerlo. Ella tenía sus planes y era en ellos en los que tenía que centrarse. Si se negaba a salir por sí mismo de su situación, desde luego no iba a dejar que ella lo apoyara; él era responsable de sí mismo.

—¿Echa de menos las Antillas?

Tardó un momento en contestar.

—Echo de menos los colores. El océano. Es increíblemente hermoso, pero hay que soportar el calor. La belleza siempre cautiva.

Si aquello era un ataque velado contra ella, se negó a morder el anzuelo; ya había mordido demasiado el anzuelo.

—Quizás allí era más feliz —sugirió ella, y él no contestó.



Capítulo 34

Fue agradable llegar al hotel y pasar un rato tumbado en la cama en una habitación tranquila. El día había sido agotador, y Valentine sabía que no era por el viaje ni por nada de lo que habían hecho, era por ella. No es que algo de lo que había dicho o hecho hubiera sido dramático o embarazoso, tal vez lo que él encontró frustrante fue lo controlada que era, por otra parte, él no sabía lo que quería.

Tal vez era que, a pesar de todo, ella seguía manteniéndose firme en sus estúpidas nociones como si fuera un dogma de fe. Supuso que eso marcaba la diferencia con la gente hastiada y egoísta que conocía. Era difícil confiar en las amistades, era imposible confiar en las mujeres, y todos te apuñalaban por la espalda si sacaban algo de ello. Y luego estaba ella, deseando a ese teórico hombre que recogiera flores para ella y le susurrara dulces palabras al oído. Ningún hombre cumpliría sus expectativas de ser el hombre perfecto; y si lo hacían, era un engaño.

La habitación se oscureció y supo que era hora de cenar con su esposa. Quizás esa noche era cuando hablarían del futuro, pero parecía ser un tema sobre el que tenían graves desacuerdos; también esa noche sería un tema de conversación espinoso, y por eso no quería abordarlo. En los momentos en que no discrepaban, la relación entre ellos era realmente agradable. En los últimos días ella había intentado ser cordial en varias ocasiones. Cuando ambos estaban relajados y eran amables, no les iba tan mal estar juntos; a veces ella podía ser bastante divertida.

El hambre lo invadió, y esperaba que el servicio de cena fuera delicioso y abundante después de un largo día. Se levantó de la cama, se acercó al tocador e intentó arreglarse el cabello, una tarea en la que rara vez tenía éxito. Nadie podía acusarle de ser un dandi. Obviamente, le gustaba la ropa bien confeccionada, pero no lograba esforzarse tanto en su aspecto como otros hombres.

¿Estaba sentada con hambre esperándolo? No era tan franca como para ir a su puerta y exigir que bajara. Supuso que nada la induciría a llamar a su puerta.

Salió de la habitación, se dirigió a la suya y llamó. Ella tardó unos instantes en contestar, dirigiéndole una de sus miradas ligeramente contrariadas, como si fuera una sorpresa desagradable.

– ¿Bajamos? –preguntó él, sintiéndose un poco molesto. Esa reacción a su estado de ánimo era algo que no le gustaba, pero de todos modos estaba presente.

–Estoy lista –afirmó ella y recogió algo del interior de su habitación antes de acercarse de nuevo a la puerta–. Tengo entendido que esta noche habrá música.

–Oh –dijo.

–Tocaré un joven con talento. –Empezaron a caminar–. Es bueno que planeen entretenimiento para los huéspedes.

–Supongo que tienen que hacerlo, porque no hay nada más que se pueda hacer por las noches. –Aunque la mayoría de la gente probablemente fue allí con el propósito específico de realizar actividades en solitario.

– ¿Toca algún instrumento? –preguntó ella.

–No.

–En el caso de los hombres, tienen que tener una afinidad específica para perseguir tal logro. A menos, por supuesto, que provengan de una familia inherentemente musical.

–La mía no lo era. No sé si mi madre tocaba. No tengo recuerdos de ella.

– ¿Su casa era muy tranquila?

– ¿Además de pelearnos mi hermano y yo?

– ¿En serio?

–Todos los hermanos lo hacen.

–No todos.

– ¿Cómo lo sabe? Usted no tiene hermanos.

Ella tuvo que admitirlo a regañadientes.

El vestíbulo parecía desierto, pero la animación del comedor se notaba incluso desde allí. Estaba mejor iluminado y el camarero les dio la bienvenida al entrar, parecía haber más comensales esa noche. Quizá el hotel había recibido a más huéspedes durante el día. Nadie le resultaba familiar, pero en realidad no había prestado atención a los demás huéspedes, y tampoco tenía intención de hacerlo esta noche.

Los llevaron a la misma mesa, y se preguntó si lo hacían a propósito para procurar una sensación de familiaridad; a la gente le gusta lo acostumbrado.

El camarero les informó que la comida de esta noche era estofado de ternera. Esa noche no había otra elección, lo que le pareció bien.

—Entonces será tinto para los dos esta noche —dijo Valentine—. A menos que se oponga.

—No, está bien —dijo ella con una sonrisa leve exclusiva para el camarero. Se preocupaba por ser agradable con todo el mundo, notó él, y estaba bastante seguro de que no era para impresionarle. Era algo curioso.

—¿Cuándo regresa su hermana del continente?

—Creo que dentro de una semana —dijo ella.

—Supongo que querrá que usted la visite.

Un pequeño fruncimiento de ceño se dibujó en su frente.

—No lo sé. No me siento segura de conocer a mi hermana tanto como creía. No estoy segura de que ella me quiera allí.

—Su posición social la hará ser menos flexible en cuanto a sus ambiciones más habituales.

—La hermana que yo conocía no se preocupaba por su posición, pero tal vez ella lo tenía por debajo de lo que yo veía. Sigo pensando que su matrimonio fue una respuesta frente al miedo. Aunque nuestro matrimonio fue exactamente lo mismo, así que ¿cómo debería juzgarla por ello? En este momento, únicamente espero que sea un matrimonio feliz.

—La mayoría valora más la estabilidad.

—¿Y usted?

Era una pregunta que no podía responder fácilmente; nunca se lo había preguntado. La ambición lo había llevado a las Indias Occidentales, pero no era estabilidad lo que buscaba, o tal vez sí. Todo ese trabajo había sido con el objeto de crear una fortuna para sí mismo.

—Los logros probablemente me han impulsado más que la estabilidad.

—Eso dice mucho de usted, pero no creo que esté en lo cierto.

La respuesta le sorprendió.

—¿No cree que estoy en lo cierto en la valoración de mí mismo?

—Se casó con una mujer a la que no puede tolerar, con la condición de no ofrecerle ninguna de las cosas que son propias de un matrimonio, por lo que considera que es una venganza por la inestabilidad emocional de su hermano. Busca entretenimiento la mayoría de las noches, supongo; ciertamente no busca ser saludable. Y luego, me impone una luna de miel cuando ya le había dejado. Me parece que no tiene noción de logro.

Pocos hombres tolerarían que sus esposas les hablaran así, pero dadas las circunstancias, él no haría el ridículo insistiendo en que ella mentía.

–Pueden ser logros pobres a su parecer, pero me gusta mantener mis logros.

–Incluida una esposa a su entera disposición para esos pocos momentos en los que sería ventajoso tener a alguien tomada del brazo. ¿Cuándo espera que tengan lugar esos momentos?

La llegada de la comida interrumpió la conversación antes de que tuviera oportunidad de responder y, francamente, la comida era más interesante. Parecía que estaban volviendo a hablar de lo mismo. ¿Cómo podrían superarlo?

–Quizá cuando dejemos de discutir.

Ahí estaba otra vez enfadada. Había visto muy a menudo a la que le lanzaba miradas severas o evitaba sus ojos por completo.

–Entiendo que esté decepcionada con la persona que soy –dijo finalmente–. Mis modales son toscos y mis logros indignos. ¿Le gustaría que fuera diferente? Tal vez podría guiarme.

–Eso no es justo –replicó ella tras un momento de silencio–. Se empeñó en lograr este matrimonio por razones equivocadas. Eso es lo que fue errado, y fue malo por parte de los dos, ser forzados a esta situación antinatural que no se puede remediar.

Una cosa que había conocido de ella era que se negaba a transigir. Su mundo era blanco y negro, y él estaba en el lado equivocado. Ese matrimonio estaba en el lado equivocado.

– ¿Quiere postre? –preguntó ella.

–No –dijo. No sería capaz de tolerar la dulzura, no estaba en él, y esa era su queja. Ella tenía razón–, pero no tengo ningún problema si usted desea disfrutarlo.

¿O tenía problema? ¿Quería que ella viera algún valor en eso? ¿Nada de lo que dijera la haría cambiar de opinión?

–Preferiría escuchar música. Creo que el concierto está a punto de empezar.

–Entonces vayamos a la sala de música.

Se levantaron y caminaron, siguiendo a los demás, que parecían saber adónde ir: era una sala con filas de sillas dispuestas. Pidieron dos al fondo. Sus ojos recorrieron la sala mientras esperaban, observando a todos los que entraban.

Una suave corriente de aire jugó con un rizo que se había escapado, bailando alrededor de la piel de su cuello. Sus hombros se alzaron ligeramente.

– ¿Tiene frío? –preguntó.

–Un poco.

–Le traeré un chal –dijo, y fue recompensado con una breve sonrisa.

La vida siempre era más fácil cuando tenía una misión, una tarea que cumplir; cuando no la tenía era cuando se sentía perdido.

El fuego iluminaba la habitación de ella y él se dirigió al armario, donde supuso que estarían los chales, y encontró uno. Era de terciopelo azul; parecía cálido y esperaba que fuera apropiado, porque él no sabía de esas cosas.

La habitación olía a ella. Tenía una calidez y un ambiente acogedor del que su habitación parecía carecer; o tal vez era que ella tenía una calidez de la que él parecía carecer. Caminando por la habitación, se fijó en lo que había, que era poco porque la había traído sin oportunidad de hacer las maletas. Sí, admitía que había algo brutal en sus acciones, pero algo en su interior había sentido el impulso de luchar.

Todo eso, esa luna de miel, era él tratando de crear algo para ellos. No sabía de dónde venía el impulso, ni lo que significaba, pero no quería darse por vencido. Sin embargo, ella dudaba de su sinceridad, o tal vez era su motivación. Probablemente pensó que lo que le impulsaba era negarse a perder, y tal vez tenía razón.

Era agradable estar allí y quería quedarse, pero no pertenecía a ese lugar, aunque una parte de él le decía que era su esposa, que era allí donde debía estar.

Echó un último vistazo y salió de la habitación de ella con el chal en la mano. El tejido era suave y también olía a ella; a rosas y lirios, era un jardín en plena floración estival.

—Gracias —dijo ella en voz baja cuando él regresó y aceptó el chal. El acto había comenzado, un joven tocaba el piano de forma competente y apasionada. Imogen escuchaba atentamente, con la atención puesta en el joven. ¿Era pasión lo que buscaba? Ella había dicho amor, y no eran lo mismo. Puede que no hubiera aprendido mucho en su época, pero sabía que una cosa no era la otra.



Capítulo 35

La música era conmovedora. Ese joven protégé tocaba muy bien, al parecer era de por allí y había estudiado música en el continente, pero había regresado de visita. El talento de este joven significaba que no podía quedarse, no podía retornar a su hogar, porque las oportunidades para alguien como él no estaban allí. Era un poco triste saber que nunca podrías volver a vivir con tu familia o en el lugar donde creciste.

Mirando hacia otro lado, Imogen intentó despejar su mente. Sentía demasiado la tristeza de los demás, y eso le oprimía el corazón, probablemente porque sentía profundamente el aguijón y la soledad de estar lejos de la gente que la quería. Era esa tristeza, esa soledad, lo que había querido evitarle a Adele.

Valentine estaba sentado a su lado, estoico e inmóvil como siempre. Esa apariencia ocultaba infelicidad. Sinceramente, le deseaba lo mejor, pero no podía perdonarle; había causado tanta destrucción, para ella, para su hermana, para sus padres, todo por una estúpida razón.

Él no la quería, pero no quería dejarla ir. Bueno, ella no toleraría lo que él le ofrecía, y eso era todo.

Por fin terminó el concierto y siguieron unos aplausos estridentes, tan estridentes como podía emitir un público de quince personas, pero el joven sonrió agradecido. Le esperaba un futuro apasionante y ella sintió un poco de envidia. ¿No sería maravilloso tener una habilidad que la gente apreciara? Ese don le guiaría por la vida y podría perfeccionarlo. Le reportaría admiración y un valor que podría aportar al mundo. Ella no tenía eso, solo se tenía a sí misma y la esperanza de que ello fuera suficiente para que alguien la quisiera.

—Aquí hay buena brisa. ¿Vamos a tomar el aire? —sugirió Valentine.

—Si lo desea —dijo ella. Su plan había sido subir a su habitación, pero un breve paseo al aire libre podría despejar su mente de las emociones provocadas por la música.

–Ha tocado bien –dijo Valentine cuando llegaron al fresco aire nocturno del porche.

–Escuché tristeza –dijo ella, sin saber muy bien por qué lo había confesado; pero era cierto, anhelo y tristeza era lo que había oído.

–Entonces tal vez no debería asistir a esos actos.

–Porque haya emociones no significa que debamos evitarlas –replicó ella. Así era él. se apartaba de las emociones, las apagaba y se negaba a enfrentarse a ellas–. Estas brotan de otra forma si no las reconocemos. Y no se rinden, por mucho que intentemos reprimirlas.

Antes de que se diera cuenta, sus labios estaban sobre los suyos y ella estaba demasiado sorprendida para responder. Todos sus sentidos se activaron a la vez. Lo apartó de un empujón.

–No –dijo ella. Le había robado un beso. ¿Cómo se atrevía?

Retrocedió, se dirigió a la puerta y se apresuró a entrar. Eso no era lo que ella quería. Él lo sabía. ¿Cómo se atrevió a intentarlo? ¿Cómo se le ocurrió pensar que sería bien recibido?

Le ardían los labios y tenía ganas de llorar. Los últimos días habían sido intensos debido a todas las emociones que había sentido.

De vuelta a su habitación, se quitó el chal y lo tiró al suelo. La ira volvió a invadirla. Sentía que él le había impuesto algo adicional. ¿Cómo podía hacerlo?

Se paseó de un lado a otro frente al fuego hasta que se calmó. Ese era un estúpido y torpe intento de reconciliación. ¿Cómo podía pensar que funcionaría? Era un medio para manipularla. Él había sido claro en lo que quería: alguien que le tomara del brazo cuando fuera conveniente para causar buena impresión. ¿La tomaba por tonta?

Una vez que se hubo calmado lo suficiente, descartó complacerlo y se fue a la cama. Por la mañana se sentiría incómoda, pero tendría que dejar bien claro que no toleraría tales actos. Incluso podría exigir al instante que esa farsa terminara, porque ya la había tolerado durante demasiado tiempo. En realidad, iba a exigir que terminara, o se iría por sus propios medios.

*

–Le pido disculpas –dijo cuando ella abrió la puerta por la mañana. No estaba segura de lo que esperaba, pero se había preparado para gritar–. Me he comportado de forma inapropiada.

Al menos él lo reconocía, así que, en ese momento, ella tenía que ser amable.

–Acepto sus disculpas, pero me gustaría regresar a Londres. Podemos llegar a un acuerdo por el camino, pero le aseguro que no habrá besos durante el trayecto.

Él reconoció su aseveración con una inclinación de cabeza.

–Como desee.

Fue un poco sorprendente que aceptara y no insistiera en que siguieran así durante días y días, porque no conseguiría nada. Eran fundamentalmente incompatibles, y no había forma de evitarlo.

–Desayunamos y luego nos iremos –dijo él, y ella asintió con la cabeza.

–En ese caso, bajaré dentro de media hora –dijo ella. Sinceramente, no necesitaba mucho tiempo para hacer la maleta, porque no tenía casi nada. El hotel le había dado algunos artículos de tocador, por lo que estaba agradecida, pero sólo tenía su ropa, y un vestido de baile completamente inapropiado, que tal vez nunca tuviera la oportunidad de ponerse.

Volvió a quedarse sola y se sentó en la cama. Cualquiera que fuese el acuerdo, desde el punto de vista de él, si este la hacía subir al escenario no sería aceptable, y ella estaba dispuesta a aceptar ese tipo de convenio. Su objetivo seguía siendo la anulación, pero parecía que él se negaba a considerarlo siquiera. Pero eso no la detendría: su plan seguía en pie; hallaría a un hombre que quisiera estar con ella, que se enamorara de ella. No estaba segura cómo, pero también estaba dispuesta a admitir los inconvenientes del proceso y que atraería mucha atención no deseada de hombres que no le interesaban. Habría una mejor forma y debía encontrarla.

Cuando estuvo lista para marcharse, bajó a la sala de desayunos y él la estaba esperando. Ese día había algo distinto en él. Su comportamiento era tan cordial como nunca lo había visto, pero él estaba retraído; tal vez el rechazar el beso le había hecho comprender que no habría reconciliación entre ellos.

Comieron y pronto el carruaje estuvo listo. Habían bajado sus cosas y no había razón para quedarse más tiempo. Valentine la ayudó a subir al carruaje y luego se sentó al lado de ella.

Sentían ser personas diferentes a las de hace unos días. En ella se había agotado toda emoción... la ira, la decepción, el dolor. Simplemente se había desahogado, porque estas habían brotado a borbotones en varios momentos de los últimos días. En ese momento ya no le quedaba ninguna. Lo único que quería era centrar su atención en el futuro, en su nueva vida en Londres. O tal vez en otro lugar.

Valentine estaba callado y retraído, así que el viaje fue tranquilo y sin incidentes, y continuó de esa manera durante horas. Era un día claro y hermoso, y las vistas eran preciosas; parecía que llegaba la primavera.

–Le daré un estipendio –dijo finalmente–. Suficiente para que esté cómoda.

–Y me comprometo a no causarle ninguna vergüenza. Simplemente seremos conocidos como un matrimonio fracasado. Ha habido tantos antes de nosotros, que no será chocante. Tampoco

me opondré a cualquier familiaridad que tenga con mi cuñado. Entiendo que es un nexo beneficioso para sus inversiones.

La mirada que le dirigió estaba entrecerrada, pero ella no entendía por qué. Le había dejado muy claro lo importantes que eran sus inversiones, y que el duque de Ashford podía encumbrarlo enormemente.

–Pero no estará a mi lado para nada –continuó.

–No. De hecho, podría irme de Inglaterra.

Sus cejas se alzaron sorprendidas.

– ¿E ir a dónde?

–No lo sé. Tal vez al otro lado del Atlántico. Allí la gente comienza una nueva vida.

–No creo que entienda lo peligrosas que son esas ciudades.

–Entonces París –dijo ella.

–No es una gran mejora –dijo con ironía–. Preferiría que se quedara en Londres. Usted se empeña en embarcarse en algo que podría acabar desastrosamente, y tendría muy poco apoyo.

¿Insinuaba que iría a rescatarla? Él había dicho antes que esperaba que ella retornara después de que la gente la tratara pésimamente. ¿Seguía siendo esa su estrategia? ¿Que su ambición resultaría imposible y tendría que conformarse con un matrimonio frío y sin amor? Su visión del mundo era tan negativa que ella no podía soportarlo. Sinceramente, prefería cualquier cosa menos vivir de esa manera.

Pero, igualmente, ella había terminado de discutir sobre eso.

–Bien, estoy de acuerdo. –Si él quería oír hablar de cómo ella le demostraría que estaba equivocado, eso no significaba nada para ella. No frecuentarían los mismos círculos sociales, ni vivirían en la misma parte de la ciudad, ya que dudaba mucho que el hombre con el que terminaría viviendo tuviera los mismos medios. Ella buscaba un hombre más sencillo, con una vida más modesta, que quisiera una vida hogareña, no una vida correteando por clubes y salones.

Lo conseguiría, aunque él no tuviera fe en ella ni en sus sueños.



Capítulo 36

La mansión estaba fría cuando llegó, y Valentine se sentía agotado, tanto emocional como físicamente. Estaba más que claro que las relaciones entre él y su esposa eran irreconciliables.

Cogió una botella de whisky y subió las escaleras, donde despidió tanto a Trudy como a Jamieson. Lo único que quería en ese momento era estar solo. Debido a su inesperada llegada, el fuego acababa de encenderse y su habitación estaba fría. También le molestaba tener que dejar a Imogen en una zona de la ciudad poco recomendable, pero ella insistió.

Las cosas con ella no habían ido como él quería, no es que pudiera expresar exactamente lo que había sido, pero no había querido mostrar esa situación de incomodidad en presencia de terceros. Hasta cierto punto la echaba de menos; esos momentos en los que no discutían, en los que simplemente estaban tranquilos, eran agradables.

Tomó asiento, se sirvió un vaso y bebió un trago. Ella le acusaba de todo tipo de cosas, muchas de ellas ciertas, pero tampoco le daba crédito por las cosas buenas, y eso le molestaba; era como si insistiera en verlo como la peor persona posible, probablemente porque para ella lo era. Aun así, le dolía no ser reconocido por todo lo que era; ella se negaba a verlo.

Llegados a este punto, debería cortar por lo sano. Si fuera una inversión, lo haría. Quizá lo potencial que era lo que le dolía, o que ella se negó rotundamente a ver cualquier valor en él. Comparado con el príncipe azul que buscaba, él no estaba a la altura; él era real y no un cuento de hadas, pero eso no parecía importarle.

El cansancio le estaba tornando taciturno, pero se sentía demasiado agitado para dormir. El fuego crepitaba. Era agradable estar en su hogar, en su alcoba que se calentaba lentamente. No era muy diferente de su relación, un cierto grado de cómoda familiaridad que se calentaba

lentamente. Pero eso no era cierto, él había intentado besarla y ella lo había rechazado porque le odiaba.

La idea le hizo reír por un momento, porque no era la primera vez que una mujer lo rechazaba, pero se suponía que era ella la que no lo haría. Y sí, sabía que él tenía la culpa de todo, pero eso no era lo peor, de todos modos, no habría estado a la altura. Si lo hubiera hecho todo bien, aún no habría sido lo bastante bueno para las expectativas de ella. Ese hombre mítico que ella buscaba, que era todo sol y flores, nunca podría ser él. Tal vez eso era lo que había atrapado a George. Esa crueldad causal que decía que nada de lo que pudieras hacer sería lo suficientemente bueno. Bueno, eso ya lo había oído antes.

Ese estado de ánimo era opresivo y él lo odiaba; empeorado por el hecho de que lo que lo aliviaba, era lo agradable en las situaciones que había observado. La forma en que uno de sus rizos se movía con la brisa, acariciando su esbelto cuello, el brillo de la seda de su vestido, sus pestañas en contraste con el color crema de su mejilla. Eso era un tipo de locura. Lo entendía, pero no estaba seguro de qué podía hacer para evitarlo. Esos pensamientos le invadían.

Una vez que la habitación estuvo lo suficientemente caliente, se fue a la cama y se deleitó con la posibilidad de tumbarse, de dejar que sus músculos se relajaran. Aun así, el malestar no cedía. No del todo. Se sentía golpeado por la última semana, y lo curioso era que había insistido en ello, pero no había salido como esperaba. No es que hubiera tenido visiones claras, pero esperaba que formaran una base, tal vez algo sobre lo que pudieran construir amistad y familiaridad, porque no tenía malas intenciones con ella, quería protegerla y mantenerla, y haría todo eso. En ningún momento había dejado de tomarse en serio esas obligaciones; era el juramento que había hecho en el altar, que le proporcionaría lo que necesitara y la protegería de cualquier daño, pero ella no le permitió hacer nada de eso. En su lugar, acabó aceptando su acuerdo de no mantenerse a sí misma por medios desagradables.

El sueño lo reclamó, y ella estaba allí. Vio sus ojos, y él la besó; ella le dejó hacerlo. Estaban en un jardín donde el sol brillaba como en pleno verano. La gente jugaba al croquet a su alrededor, estaban de picnic. Él no conocía a esa gente, pero no importaba; ella estaba allí.

Estaban junto a un río que parecía de mercurio. Todo estaba quieto. Ella habló, pero él no pudo oír sus palabras.

— ¿Me quieres? —preguntó ella, con la cara muy cerca de la suya. Su mano se posó suavemente en su pecho.

—Sí —respondió él, pero ella se apartó cuando él quiso que se acercara a él. Entonces ella se desvaneció y él se despertó sobresaltado.

Aún estaba oscuro y no sabía cuánto faltaba para el amanecer. El fuego se había apagado y la habitación estaba caliente, así que habían pasado pocas horas. Sentado, trató de sacudirse el sueño, pero aún estaba demasiado cansado para despertarse totalmente, encontrándose atrapado en el limbo.

Ahora soñaba con ella, y eso lo había hecho los últimos días, lo cual no era sorprendente, pero el tono había cambiado. Sin nada más, el sueño había explicado claramente que él la quería en algún grado. Antes no lo había dicho tan abiertamente, pero tal vez el viaje a Somerset había sido impulsado por ese deseo. Una reconciliación, había dicho; tenía esperanzas de ello. Eso se le acaba de ocurrir en ese instante.

¿En qué momento él había cambiado? No podía precisarlo. ¿Fue cuando la ira se había ido? Porque había sido impulsado por esta durante mucho tiempo. Su ira cedió y surgió otra persona, alguien a quien no reconocía, alguien que bebía en exceso, que se aburría incluso en compañía de sus amigos. Alguien que buscaba algo en su esposa.

O tal vez era ella, era ella la que lo provocaba. George había sucumbido a ella, y ahora era su turno. Un canto de sirena tan irresistible que a los hombres no les importaba que los mataran. Tal vez había cometido un error muy grave, y había caído en una trampa que sabía que había estado allí.

Su vaso dejado de lado estaba sobre la mesilla de noche y terminó su contenido antes de volver a tumbarse. Su aliento ardía con la bebida, pero sabía que una suave tortura le esperaba en cuanto volviera a dormirse, y no se equivocaba.

El ruido de un carruaje le despertó. Conocía el sonido de alguien que se detenía frente a su casa y sus pensamientos volaron hacia ella. Había vuelto, se había dado cuenta de que podía vivir allí cómodamente en lugar de en las míseras habitaciones de alquiler que ocupaba; pero no era ella, era Harry. Podía oírle hablar con el señor Trudy, porque Harry era incapaz de estar callado.

En realidad, a juzgar por la entrada del sol en su habitación, ya era bastante tarde. El agotamiento le había hecho dormir durante horas, e igualmente seguía agotado por sus sueños.

Llamaron suavemente a la puerta.

—El señor Morten está aquí para verle.

—Dile que suba —respondió Valentine.

Tomando una camisa, se puso mínimamente presentable, porque había dormido en calzones. El fuego había sido atendido en algún momento, así que el ambiente estaba lo suficientemente caliente.

–Languideciendo en la cama, me parece –dijo Harry–. Escuché por casualidad que habías vuelto. ¿Adónde has ido?

–Somerset.

– ¿Para qué demonios?

Realmente no quería hablar de ello con Harry, porque a él no le gustaba nada de eso, incluida ella. Nunca le había gustado. Tal vez era porque ella era una sirena que destruía a los hombres y él lo veía.

–No importa, ya está hecho.

– ¿Terminado? Supongo que ella está involucrada.

¿Era tan transparente?

– ¿Ella está aquí? –preguntó Harry.

–No, insiste en quedarse en Holborn.

–Encantador –dijo Harry con acritud–. ¿Dónde todavía pretende destruirte haciéndose un nombre como actriz?

–No.

–Bueno, algo es algo, supongo. Deberías divorciarte de ella.

Harry no sabía que legalmente su matrimonio podía anularse. Si él lo iniciaba basándose en el hecho de que había una completa falta de conocimiento carnal, sería aceptado, y, desde luego, ella no se opondría. Sin embargo, sus sueños estaban llenos de conocimiento carnal. ¿Valdría eso? ¿Cómo sería?

–Debes estar hambriento –dijo Harry–. ¿Por qué no vamos a Foster's y comemos una de sus deliciosas chuletas?

–No tengo hambre –respondió Valentine. Aquella grasienta explosión de sabor le resultaba poco apetecible.

–Está bien. Entonces iremos a una cafetería.

Valentine se acarició la frente. A él tampoco le apetecía un café, pero podría hacerle sentir mejor.

–Bien. Dame un momento para vestirme.

–De acuerdo –dijo Harry y se levantó de la silla que había usado.

Jamieson se acercó para ayudarlo a afeitarse. Sinceramente, no tenía ningún deseo de salir de casa, pero tampoco quería quedarse en ella. Desde luego, la inquietud que sentía no se había aliviado con el viaje a Somerset con su esposa, pero la novedad era que necesitaba estar despierto para tener un respiro de sus sueños.

Iba a tener que encontrar algo que le distrajera de aquello. Ya se le pasaría. Algo le impediría repetir cada conversación, cada encuentro. Le vino a la mente la sonrisa de ella cuando cenaron en el Windsor, cuando ella estaba siendo encantadora. Esta no iba dirigida a él, pero la recordaba.

Estas intrusiones en sus pensamientos eran totalmente inoportunas, pero no tenía poder para detenerlas. Había perdido el control de su mente. Ya se le pasaría. Sólo tenía que concentrarse en otras cosas y se le pasaría.



Capítulo 37

—¿Y acordaron que no subirías al escenario? —preguntó Margot mientras se sentaban en una cafetería cuyo escaparate mostraba la concurrida calle exterior.

—A cambio de que él me apoyara —dijo Imogen.

—No es mal trato —afirmó Margot—. Ojalá pudiera casarme con un hombre, no acostarme con él, y que luego me mantuviera el resto de mi vida.

En ningún momento Imogen lo había visto desde esa perspectiva. Había algo incómodo en todo aquello, porque mantenía un nexo con él: seguiría siendo su esposa cuando ella quisiera ser libre. Simplemente sentarse en esa cafetería era maravilloso. Podía hacer lo que quisiera, sin las limitaciones que le imponía la sociedad y sin las limitaciones que le imponía un marido.

—Hay algo que decir acerca de los lazos completamente rotos.

—Bueno, no puedes hacer lo que quieras. No puedes subir al escenario. Es lo mismo con todos los hombres, te limitan.

Imogen esperaba que con la persona adecuada, no se sintiera como una limitación, sino como la forma en que quería vivir. Margot tenía una visión mucho más cruda de las situaciones, y también de los hombres; los utilizaba y los elegía con ese fin. Pero era difícil culparla, porque los hombres con los que trataba también la utilizaban a ella.

Simplemente tenía que haber otro tipo de hombres. Hombres que buscaran algo mejor. Tal vez tener que renunciar al escenario no fuera algo terrible. Significaba que no tenía que rebuscar entre el tipo de hombres que estaban allí para un tipo de trato con el que Margot estaba de acuerdo. Sinceramente, no entendía muy bien para qué. ¿Cuál era el propósito de buscar un trato tan insignificante? ¿Por qué no buscaban más?

A veces, la tarea que se había impuesto le parecía imposible y no sabía por dónde empezar. No, no podía pensar así. Tenía toda una ciudad por explorar. Por la ventana pasaba un artista que

llevaba sus obras en un gran paquete envuelto. Llevaba la ropa manchada de pintura y fumaba un cheroot mientras caminaba.

¿Era el hombre que ella buscaba, un tipo artístico, un hombre apasionado? ¿Cómo iba a saberlo? Allí había toda una comunidad y podía conocerlos.

— ¿Conoces a algún artista? —preguntó.

—Algunos. Están locos, todos —dijo Margot con una sonrisa—. ¿Estás pensando que podrías ser una musa? Ya lo hice una vez. Me dibujó. Henry, se llamaba. No sé qué fue de él. Pagan fatal y no tienen nada que valga la pena. Honestamente, la pasión no te alimentará. No va a poner ropa en el cuerpo de sus hijos. Pero bueno, ya tienes un benefactor en ese sentido. ¿Deseas conocer a algún joven y apuesto artista? ¿O más bien a los filósofos rebeldes?

El término rebelde la echaba para atrás, porque tenía connotaciones terribles en su libro, pero ésa era la antigua ella. Se le acababa de ocurrir que era rebelde. Las personas rebeldes ignoraban lo que se esperaba de ellas y hacían lo necesario para conseguir lo que buscaban. Quizás era otra persona rebelde la que buscaba.

—Deseo conocer a algunos artistas —dijo Imogen. La idea le produjo mariposas en el estómago. Era emocionante: conocería a gente que se valía por sí misma a través de sus ideas y creencias. Quizá incluso fueran de ideas afines. La idea era extraordinariamente emocionante.

—Entonces conozco el lugar al que deberíamos ir. Hay una taberna en la que se reúnen por las tardes —dijo Margot—. Iremos esta noche. —Incluso Margot parecía entusiasmada con la idea.

—En las tabernas suceden muchas cosas, ¿no? —dijo Imogen.

Una vez terminaron, acordaron encontrarse en Greville Street, en Farringdon. Imogen no estaba segura de dónde era, pero había aprendido a qué tipo de gente preguntar. En realidad, probablemente podría tomar un taxi, pero no tenía dinero. Aunque Lord Rosemarche había prometido apoyarla, no se había establecido de qué manera, y su monedero era demasiado ligero como para gastar lo que tenía en transporte cuando era plenamente capaz de caminar.

Caminar sola por la ciudad le resultaba incómodo. Esperaba el peligro en todas partes, y lo había si se descuidaba; también si se equivocaba de camino y acababa donde no debía. Parecía bastante segura en las vías principales, pero seguía vigilante. Aun así, le encantaba la libertad de poder ir por donde quisiera.

Todos los que la miraban esperaban que fuera un tipo particular de mujer: probablemente una prostituta. ¿Qué otra cosa podía ser una mujer independiente y bien vestida? Una parte de ella quería apresurarse a corregirlos, pero también se sentía más segura si la gente pensaba eso.

Una parte de ella también se reprendió por estar allí, por ponerse en esa situación, pero ¿cuál era la alternativa? Si quería esconderse del mundo, también podía sentarse y marchitarse en Whitfield. Porque el mundo no vendría a ella, tenía que salir a buscarlo.

Margot estaba esperando como había dicho, pero llevaba un vestido de un estilo totalmente distinto, mucho más apagado. Imogen no la había visto antes con un vestido así. Ahora le preocupaba que su vestido fuera totalmente equivocado, pero ella no tenía un vestido como ese.

— ¿Estoy mal vestida?

—No, claro que no. Les encantarás.

Aún así, Imogen estaba preocupada. Había una razón por la que Margot había cambiado sus vestidos normales por algo más apagado, pero no iba a decirle a Imogen por qué; era algo que ella tendría que descubrir.

La taberna a la que acabaron yendo tenía techos bajos abovedados y paredes amarillas. En algún momento, aquello había sido algo más que una taberna.

Margot se dirigió a una zona del fondo con una larga mesa rodeada de bancos. Había gente, en su mayoría hombres jóvenes, pero también algunas mujeres. ¿Eran las musas que Margot había mencionado?

Algunos se fijaron en las personas que se les habían unido, otros las ignoraron. Sin embargo, Imogen acaparó algo de atención.

— ¿Qué clase de pájaro se posa en la mesa? —preguntó descaradamente uno de los hombres, tomando su vestido.

—Una dama —dijo Margot, y la mesa se quedó en silencio. Todos la miraban en ese momento, e Imogen se sintió traicionada e incómoda con el escrutinio.

— ¿Y qué haría una dama aquí? —preguntó un hombre que tenía la cara ancha y abierta, pero los ojos fríos.

—Conociendo el arte, por supuesto —dijo Margot con indiferencia—. ¿Hay vino?

—Claro que hay —dijo un hombre, y Margot se acercó a él para sentarse. Imogen volvió a sentirse incómoda por quedarse sola. No tenía la facilidad de Margot para relacionarse con la gente e iniciar una conversación.

—Por favor, siéntese, milady —dijo otro hombre y palmeó el borde del banco—. ¿Qué tipo de arte desea conocer?

En ese momento tenían la impresión de que ella buscaba comprar arte, lo cual no era ese caso en absoluto, pero ella tomó asiento.

—Simplemente acompaño a mi amiga esta tarde —dijo—. Tiene amigos de lo más interesantes.

—Sí, seguro que sí —dijo el hombre que la había invitado. El otro, el de los ojos fríos, seguía observándola. Todos la miraban.

Eso era lo que ella quería, conocer hombres y buscar a su compañero de vida, pero lo único que deseaba en ese preciso instante era salir corriendo, porque se sentía como un pez fuera del agua. Ese malestar se interponía entre ella y su objetivo. En lugar de retraerse y salir corriendo de allí, sonrió.

— ¿Es usted pintor? —preguntó al hombre que tenía al lado.

—Sí, la mayoría de nosotros lo somos.

— ¿Y qué pinta?

—Nuestra mejor naturaleza.

—No le hagas caso, pinta una prostituta violenta.

A Imogen le llamó la atención el término y no pudo continuar la conversación.

—Pinto la naturaleza en su estado más violento, una representación de nuestras propias naturalezas.

— ¿Violencia? —dijo ella, intentando comprender, sintiéndose como si tratara de hablar una lengua extranjera.

—Nuestras emociones son violentas por naturaleza. Y nuestra violencia procede de nuestras emociones.

Por un momento, no estaba segura de si debía participar en esa discusión.

—Pero yo aborrezco la violencia —dijo ella, y el hombre de ojos fríos se echó a reír.

—Entonces estás negando tu naturaleza.

—Ella es una dama —dijo el hombre de ojos fríos—. No hay violencia en su mundo. Todo es una falsa cortesía.

—No toda la cortesía es falsa. —Sí había una cantidad desmesurada de falsa cortesía—. Parte de ella tiene la intención de beneficiar a la otra persona. —Y ella creía que eso también era cierto.

— ¿Para reforzar las falsedades que creen sobre sí mismos? ¿O sobre el mundo? ¿Cómo pensar que el mundo no es un lugar violento?

—Quizás el objetivo es hacer del mundo un lugar mejor, dar a la gente herramientas para controlar sus impulsos dañinos.

—Negar lo que son. Cuando la verdad del mundo es que lo peor de la violencia perpetuada en este mundo proviene de sus señores y señoras —dijo.

Estaba claro que ese hombre odiaba a la gente de su posición; eso estaba claro.

—Y por eso nunca vende cuadros —dijo otro de los hombres.

—La cortesía, por ejemplo —dijo—, impediría a la gente atacar a otros de los que no sabe nada. Sería educado averiguar cuáles son los defectos de una persona antes de atacar irracionalmente con el propósito de... Lo siento, ¿cuál es su propósito?

El otro hombre se rió.

—Por favor, Roddy, explícale a la señora el propósito de tu grosería.

Roddy resopló.



Capítulo 38

Ese lugar olía mal y Valentine se sentía mal. Hacía tiempo que no se sentía tan mareado, pero Harry había insistido en animarlo. No había hecho nada de eso, y ahora estaba atrapado ahí con gente con la que no quería estar.

— ¡Harry! —llamó, pero no obtuvo respuesta.

—Su amigo se ha ido a alguna parte —dijo una mujer. Sus ojos eran magnéticos como los de una serpiente, y ronroneó sus palabras—. Seré su amiga si quiere.

—No necesito más amigos. Son inútiles de todos modos. Nunca están cuando los necesitas.

—Entonces, ¿qué necesita? —dijo ella y se acercó más.

Era una buena pregunta, y él no tenía una respuesta, pero sabía que no era lo que ella le ofrecía. Nada parecía aliviar el malestar que sentía, y daba igual lo borracho que estuviera. El sueño era tortuoso, la comida insípida y sus pensamientos vagaban por el pasado reciente con alarmante frecuencia.

—Mi esposa me odia —dijo con una franqueza inusual—. No quiere saber nada de mí.

—Pobrecita. ¿Cómo puede ser tan cruel?

—Bueno, no estoy seguro de que sea crueldad. No tiene intención de ser cruel. Todo es arco iris y mariposas para ella, y yo no soy ninguna de esas cosas.

—Puede ser mi arco iris.

—Por mucho que aprecie la oferta, tendré que declinarla. Sabe muy bien que estoy demasiado borracho para cualquier cosa que me ofrezca, y aún menos interesado en que me vacíen la billetera.

La mujer resopló y se marchó sin decir palabra. Estaba claro que no podía dedicarle ni una palabra más si no ganaba nada con ello. Una jarra de vino estaba sobre la mesa y él se sirvió otro

trago, uno grande porque no sabía qué más hacer. Ese era su estado común últimamente; su mente ya no parecía ser suya.

—Rosemarche —dijo un hombre mientras ocupaba el asiento libre y luego colocaba sus botas en otra silla—. Es una noche dura, ¿verdad? Parece que estás peor. Casi nunca te veo en un sitio como éste.

¿Qué clase de lugar era ese? Honestamente, no le importaba. Era algún círculo del infierno, estaba seguro, pero estaba demasiado borracho para irse.

—Tyborne —dijo Valentine tras un momento de intentar concentrarse en el rostro—. ¿Cómo estás?

—Me atrevería a decir que mejor que tú. ¿Está Harry?

—En alguna parte, supongo.

— ¿Cómo está esa hermosa esposa tuya?

Valentine se rio entre dientes.

—Probablemente morando en alguna alcantarilla.

—No, estamos en la cuneta, y ella no está aquí. ¿Problemas en el paraíso?

Una cosa era contárselo a desconocidos al azar y otra muy distinta contárselo a alguien que lo difundiera. No estaba tan borracho como para no ver la diferencia.

—La bella Lady Rosemarche está perfectamente bien. Nunca mejor dicho, de hecho.

—Ella siempre fue exigente —dijo Tyborne, y Valentine se dio cuenta de que la había conocido durante sus temporadas. ¿La había cortejado? ¿Era el tipo de hombre que ella quería? No, seguramente no. No era lo bastante puro. Los meros hombres no eran lo suficientemente buenos.

— ¿No te casaste?

—Aún no —dijo Tyborne.

—Ah, así que esa dicha aún te espera —dijo Valentine con sarcasmo.

—No veo cómo cambiaría nada —dijo Tyborne con despectiva confianza.

Sí, Valentine reconoció el sentimiento, porque lo había tenido no hacía mucho. Esa había sido su intención, pero sus intenciones se habían desvanecido ante su esposa.

La idea de obsequiar a este hombre con lo que era el matrimonio le resultaba repugnante, así que se levantó y se golpeó contra la mesa.

—Buenas noches —dijo y echó a andar. El mundo se tambaleaba a su alrededor, pero se negó a ceder ante él. Con esfuerzo, salió al exterior con su persona y su billetera intactas. Los carruajes esperaban y se acercó al primero.

Una vez en marcha, se quedó dormido y se despertó por un golpe en el techo. Nada le resultaba familiar.

—Queen's Square —voceó el conductor. Era la plaza de Holborn en la que vivía Imogen. Sinceramente, no recordaba la conversación con el conductor, pero obviamente le había dado la dirección de Imogen. Probablemente porque necesitaba hablar con ella; sentía que era algo importante en ese momento.

Pagó el viaje y se fue. Conocía el número, él mismo la había llevado a lugar no hacía mucho tiempo. Esa era su puerta; únicamente tenía habitaciones. En lugares como ese, había varios apartamentos en cada dirección.

Momentos después, estaba subiendo las escaleras.

— ¿Está perdido? —preguntó una mujer.

—Lady Rosemarche vive aquí. ¿Dónde vive? —preguntó. No estaba seguro de si usaba ese nombre; quizá también rechazara usarlo.

— ¿Le está esperando?

Así que su nombre era conocido.

—Soy su esposo.

La mujer se demoró sin responder, así que él sacó su monedero. Con unas monedas se acercó a la puerta que estaba cerrada: llamó sin obtener respuesta.

—Abra —exigió y entregó más monedas.

La mujer accedió y sacó una llave de su delantal. La puerta se abrió de golpe. Unos restos de carbón brillaban en la rejilla, lo que sugería que hacía tiempo que ella no estaba allí. La mujer se había ido antes de que él tuviera ocasión de preguntar.

La habitación olía a ella. No había mucho más que un armario y una cama. Vio una mesita con sus efectos de escritura. Se preguntó a quién escribía y pasó los dedos por el pergamino intacto. ¿Quería cartas de amor? La caja con el vestido rosa estaba en un rincón. La reconoció. Ella no la había abierto. ¿Dónde estaba? ¿Tenía un amante? La idea le revolvió las tripas.

Su baúl estaba en una esquina. Lo había visto antes, pero había sido desembalado. Ese era su espacio, donde vivía y guardaba sus cosas. Las habitaciones no eran horribles, pero sí sencillas; con papel pintado con rosas y un suelo de madera desnuda.

Un chal que había visto antes estaba tirado en la esquina de la cama y lo cogió. Olía aún más a ella. Sentado en la cama, el mareo lo atrapó por un momento. ¿Por qué había ido allí? ¿Qué le había impulsado? Todo era tan tierno, tan precioso. En el tocador había artículos de tocador, un cepillo, un bote de crema, horquillas para el cabello; todas las cosas que la hacían hermosa.

La cama era suave y acogedora, con mantas gruesas. Todo era exuberante, de texturas tan atractivas. Una lanza de mareo se disparó a través de él y cerró los ojos, solo por un momento, y entonces perdió la noción de todo.

*

La luz se filtró a través de sus ojos y sintió calor; demasiado. Nada le resultaba familiar y no tenía ni idea de dónde estaba. Esa no era su habitación; su habitación nunca fue tan luminosa. Cambiando de posición le latió la cabeza. Había bebido demasiado y había acabado dejándose arrastrar a alguna parte. No recordaba cómo había acabado la noche. Alguien estaba a su lado y sintió un nudo en la garganta.

Levantó la cabeza y se sorprendió al verla: Imogen. Su rostro estaba lejos de él, pero la reconoció al instante. Su cabello dorado estaba suelto y alborotado. Nunca la había visto así. Durante un rato, no se movió por si la despertaba. ¿Cómo había acabado ahí? Esas tenían que ser sus habitaciones. En algún momento, había llegado a sus habitaciones, y no se atrevió a preguntarse qué le había dicho; probablemente una serie de cosas mortificantemente embarazosas.

Echando un vistazo, notó que estaba vestido, pero no llevaba puestas las botas. La inquietud volvió a apoderarse de él. No había intentado besarla de nuevo, ¿verdad? No, probablemente se habría despertado en el pasillo frente a su puerta si lo hubiera hecho.

Era extraño estar tan cerca de ella. No sabía qué hacer. Sus mejillas estaban sonrosadas mientras dormía, incluso su cuello. Movié ligeramente el dedo y le tocó el cabello. Olía tan bien, pero él debía apestar; era un patán rudo y borracho comparado con ella. Estaba seguro de que había vuelto a rebajar la opinión que ella tenía de él.

Lo último que quería en ese instante era que ella se despertara y compartiera su decepción. Ya era bastante embarazoso.

Con todos los músculos de su cuerpo, trató de deslizarse fuera de su cama sin hacer que el colchón se moviera. Consiguió sin despertarla. Sus botas estaban ordenadas junto a la cómoda, lo que probablemente significaba que ella se las había quitado; eso era peor aún. Su chaqueta estaba sobre un taburete, cerca de una botella de coñac a punto de acabarse. No era de extrañar que se sintiera fatal.

Cogió la chaqueta, las botas y la botella y se escabulló por la puerta, sin dejar ninguna prueba de que había estado allí, aunque fuera una ilusión. Abajo, en la calle, la vida había comenzado y era un asalto a cada uno de sus sentidos. Tanto que tuvo que refugiarse en un callejón y aliviar el burbujeante malestar de su estómago.

Él no era así. Él no era así, pero se estaba desmoronando. ¿Cómo podía culparla por rechazarlo? Él habría hecho lo mismo en su lugar. Esa comprensión no aliviaba cómo se sentía, empeorado por esa resaca monstruosa. Si le pegaran un hachazo en ese mismo instante, no le importaría ni la mitad, porque le sacaría de su miseria.

Aun así, una gran parte de él quería estar de vuelta en la habitación de ella, maravillado por la lechosidad de su piel y el rubor que la coloreaba. Había querido tocar esa piel con cada parte de su ser, pero no era bienvenido.

Lo que necesitaba era recuperarse, esperar a que eso pasara, a que esa presión dejara de apoderarse de él y le impidiera hacer cada movimiento, discurrir cada pensamiento. La dulzura más amarga: el amor no correspondido. Lo había dicho y lo odiaba, pero eso tenía que ser la locura de la que hablaban los poetas. Era pesada y punzante, y le torturaba. ¿Por qué los poetas no escribían sobre cómo librarse de ella?



Capítulo 39

Valentine se había ido cuando Imogen despertó. Su mirada recorrió la habitación y vio que se había llevado sus cosas. Tuvo que quitarle las botas, porque no estaban precisamente limpias. Había sido un impacto llegar a casa y encontrarlo desmayado en su cama. Nunca antes lo había visto así, perdido en una neblina alcohólica. No había sido posible despertarlo, así que la única opción era dejarlo allí, en la cama de ella.

La habitación olía a alcohol, salió de puntillas de la cama y abrió una ventana. El aire estaba helado, pero ella ventilaría la habitación antes de encender el fuego. Qué lujo era que alguien entrara tranquilamente en la habitación y encendiera el fuego para que uno se despertara con un cálido confort; un lujo que ya ella no podía permitirse. Bueno, sí podría si comprometiera todo su ser por ello. No, prefería el frío.

De nuevo en su cama, se acurrucó entre las mantas. Al menos no le faltaban mantas, y eso era muy importante. El calor la envolvió de nuevo y se preguntó a qué hora él se habría ido. ¿Por qué había ido? ¿Qué quería de ella? Evidentemente, nada tan importante como para despertarla en cuanto tuviera ocasión.

Su estado era preocupante. No se parecía en nada al hombre que había conocido, frío, eficiente y totalmente centrado en sus objetivos. En ese momento era otra persona, y ella no podía conciliar las dos personalidades. Sus amigos no se preocupaban por él si le dejaban llegar a ese estado.

Imogen desechó el pensamiento. ¿Cómo iba a ser su problema si él se ponía así por voluntad propia? No era un niño y tenía más disciplina que la mayoría de la gente que había conocido, y la usaba contra la gente, igual que la había usado para arruinar a su familia. Nada de eso había sido casualidad. Había sido un esfuerzo constante y concertado. Así que tenía disciplina cuando quería.

Volviendo al tema de las mantas. Había tantos que no tenían suficientes, y ella necesitaba algo en lo que centrar su tiempo. Podía utilizar su posición y su título para reunir contribuciones al esfuerzo de dar a la gente el calor que daba consuelo a la vida. Por un momento, se preguntó si ese objetivo debería incluir a Lord Rosemarche, pero por lo que había visto, él no era particularmente devoto de causas caritativas. Involucrarlo también significaría tener que escribirle, lo cual, a la luz de lo sucedido esa mañana, le resultaba incómodo. Todo con él le resultaba incómodo. Era un hombre torpe, lleno de ángulos y bordes afilados, y unos ojos fieros que parecían darse cuenta de todo.

Con un gemido, se quitó el adormecimiento de los ojos. Bueno, podía darle la opción de contribuir a esa empresa benéfica; le debía la cortesía de contárselo. Más tarde le escribiría una carta; en realidad, tenía que escribir muchas cartas. Además, necesitaba descubrir dónde se necesitaban más mantas, y el padre Hartley podría ser un buen lugar donde empezar: era el reverendo de la cercana iglesia de San Andrés. A ella asistían desde su desmejoramiento de nivel social, y era también donde la señora Winter era feligresa.

Por la tarde, iría a verle y le comunicaría sus intenciones. En ese momento, tenía que luchar consigo misma para levantarse de la cama y encender el fuego.

*

Había enviado enviado cerca de cien cartas, y muchas ya recibieron respuesta, con dinero incluido. Imogen tenía una lista de las personas de las que había tenido noticias y anotaba la cantidad que habían aportado, menos un poco que había cogido para escribir más cartas. En los dos últimos días, había estado intentando encontrar un proveedor que suministrara mantas de buena calidad a un precio razonable. El reverendo Hartley estaba indagando entre sus colegas cuál era el mejor lugar y el mejor medio para entregarlas.

A Imogen le encantaba hacer ese trabajo, y el hecho de que estaba marcando una diferencia en la vida de la gente. Y por la noche, salía con Margot, adonde estaba conociendo a gente más interesante. Puede que algunas de las personas a las que escribía no apoyaran sus esfuerzos caritativos si comprendieran plenamente algunas de las compañías que frecuentaba, pero conocer a esas personas ampliaba su visión del mundo. Desafiaban su forma de pensar y su punto de vista, y aprendía mucho sobre la gente, sobre la ciudad en la que vivía y sobre sí misma.

Tal vez su atención se centraba menos en encontrar a ese hombre que estaría encantado de estar con ella y más en ampliar sus conocimientos. Esa relación seguía siendo, por supuesto, lo que quería, pero no tenía por qué tener tanta prisa. No tenía que observar a cada hombre que conocía según sus criterios. Todos tenían algo interesante que decir o aportar. Bueno, no todos, pero no

tenía que descartar una conversación interesante porque la persona con la que hablaba no fuera a ser finalmente el hombre que buscaba.

Alguien se enamoraría de ella. No tenía que ser perfecto, pero fundamentalmente tenía que ser un buen hombre. Lo importante era que quisiera estar con ella, formar una familia y ser feliz. Tanta gente parecía empeñada en no ser feliz. Curiosamente, empezaba a sospechar que para muchos no era la misma prioridad que para ella, pero tal vez el amor era más importante; era difícil saberlo. Estas preguntas se le planteaban y las respuestas eran cada vez más complejas cuanto más gente conocía.

Curiosamente, Lord Rosemarche no había respondido a su carta. Tal vez no aprobaba sus esfuerzos, o la consideraba ridícula de alguna otra manera. Era inusual que no respondiera. Normalmente lo hacía con prontitud, y no es que ella le escribiera mucho. Desde luego, no después de que Adele se casara.

Ella no sabía lo que significaba. ¿Había aumentado tanto su desdén por ella que ya ni siquiera se molestaba en responder? Le molestaba, porque no quería discutir con él. De hecho, esperaba que tuvieran una conversación muy civilizada, pero él no parecía estar de acuerdo. En el fondo, no le deseaba el mal. De hecho, incluso diría que estaba ligeramente preocupada por él, porque no se encontraba en buen estado.

Llamaron a su puerta, y ella esperaba que fuera la señora Winters, o incluso Margot, pero era alguien totalmente distinto, y los ojos de Imogen se abrieron de par en par al ver a la tía de Valentine, Lady Berenwood. Su vestido ocupaba toda la puerta y parecía completamente fuera de lugar, más incluso que Imogen. Tal vez fue la expresión de completo desagrado en su rostro.

–Lady Berenwood. Esto es una sorpresa –dijo y se quedó perpleja respecto a de quién se trataba–. Pase, por favor. Mis habitaciones son muy modestas.

La mujer entró y miró a su alrededor. Aquella mirada de desagrado no cambió.

–Así que esto es lo que ha elegido en su lugar –dijo–. Curioso. Uno debe preguntarse por sus facultades.

Las pocas veces que Imogen se había reunido con ella, nunca había sido especialmente pródiga en cumplidos o aprobación. Sin duda, Imogen había demostrado que sus sospechas eran ciertas.

– ¿Está llevando a cabo algún tipo de campaña? –preguntó la dama, habiendo visto la pila de cartas.

–Estoy reuniendo fondos para comprar mantas para los pobres.

– ¿Eso la incluye a usted?

Imogen sonrió por un momento ante el descarado desafío a sus intenciones.

–No, estoy suficientemente provista en ese sentido.

Lady Berenwood miró un poco más a su alrededor y luego devolvió su penetrante mirada a Imogen.

–He venido a decirle que se le concederá la anulación.

Eso no era lo que ella había esperado. Valentine se había opuesto tanto.

–Oh –dijo ella. Eso significaba que sería libre, libre para cortejar y casarse. Aun así, habría una mancha en ella a causa de ello, pero no lo encontró devastador. A la gente con que se relacionaba en ese momento no le importaría lo más mínimo, y no se le prohibiría estrictamente la entrada en casa de sus amigos, sobre todo si se casaba posteriormente. Aun así, no recibiría invitaciones para eventos de la alta sociedad–. Veo que Lord Rosemarche ha cambiado de opinión.

Lady Berenwood movió la cabeza.

–Le han convencido.

Así que al parecer no había sido cosa suya, pero había cedido.

–Ya veo.

–La felicito por sus logros –continuó lady Berenwood –. Decididamente ha ganado la guerra.

–Yo no...

–Ha dejado destruido a su enemigo.

–No me interesa destruir a nadie –replicó Imogen.

– ¿Está segura? Porque se le da muy bien. Bueno, ya no importa. Conseguirá la anulación, y entonces solo nos quedará desearle buen viaje.

Imogen no sabía qué decir. ¿Estaba insinuando que el estado de Valentine era culpa suya? Por supuesto que sí: no se podía decir que él fuera responsable de sí mismo.

–Los abogados se pondrán en contacto en algún momento con los detalles. Le sugiero que acepte lo que se le ofrece.

El hecho de que le concedieran la anulación era emocionante, pero no apreciaba la forma en que se la concedían, ni las acusaciones de que era el resultado de fechorías por su parte.

–La dejo en su preferida miseria –dijo, y en un instante se marchó, antes de que Imogen tuviera oportunidad de decir algo. También dejó la puerta abierta, y todo el calor se había ido. ¿O era la mirada fría de la visitante la que todavía impregnaba el aire?

Imogen cerró la puerta y luego se apoyó en ella. Su matrimonio iba a anularse. Su futuro cambiaba y era un alivio. Se abrían tantas posibilidades.

¿Qué quería decir con diezmado? Era un poco dramático, ¿no? Por otra parte, él había aparecido en su cama en estado de embriaguez hacía solo unos días. ¿Estaba luchando de alguna

manera?

Mirando hacia atrás, sus acciones habían sido precipitadas e impredecibles, lo que no era propio de él. ¿O cómo iba a saberlo? Sus relaciones con él habían sido escasas. Sin embargo, no fueron planeadas ni racionales. La secuestró en la calle para una luna de miel improvisada y forzada, con la imprudente idea de reconciliarse. No había nada que reconciliar, porque nunca había habido nada, y esa había sido su elección. Había establecido el matrimonio de modo que hubiera el menor contacto posible entre ellos, y mientras Adele se enfrentaba a su primera temporada, él no había querido saber nada de ellos... hasta que apareció el duque de Ashford. Su interés había sido explícitamente en relación con sus oportunidades de inversión.

Nada de eso tenía sentido. Tal vez era débil de mente, pero nada en el hombre que había conocido en el altar sugería debilidad.

¿Lo había provocado ella de alguna manera? ¿Se lo había provocado también a George? ¿Era culpa suya? No, no podía ser, razonó.

Dicho eso, enviar a su tía a llevar a cabo sus negocios por él no sonaba a él en absoluto. No eran tan cercanos, por lo que ella había observado. Igualmente, Valentine no era alguien que dejara a su tía llevar a cabo sus actos. Tal vez eso sugería que estaba en mal estado. Aparecer en la cama de alguien sugería que no tenía el control total de sí mismo.

A la luz de cómo George había reaccionado, era preocupante. En ese momento, ella no tenía idea de la causa de su melancolía. ¿Era cosa de familia? ¿Estaba Valentine afectado por la misma melancolía? Ella no quería hacerle daño. Ese nunca había sido su deseo, aunque en el colmo de la ira lo había maldecido profundamente.

Tal vez la maldición había surtido efecto.

Se retorció las manos y se preocupaba. Una anulación era maravillosa, pero no si esta significaba diezmarlo. No, seguramente había estado exagerando. Lady Berenwood lo vio como una victoria, como si hubiera habido guerra entre ellos. No había sido así. Ciertamente no lo había sido para ella que únicamente quería liberarse de un hombre que había diezmando a su familia.



Capítulo 40

Valentine nunca en su vida se había sentido tan mal, pero también había algo realmente atractivo en su amargura. En cierto modo, era tranquilizador; ese dolor inoportuno se había alojado en su pecho, y no estaba seguro de querer vivir sin él.

¿Volvería a ser como antes, a levantarse por la mañana y ocuparse de sus asuntos? Todo eso parecía inútil en ese momento, pero tenía que reconocer lo muy feliz que había sido entonces. No fue exactamente feliz, más bien estuvo contento; excepto que Imogen no había estado contenta y había llegado y destrozado toda su vida.

Eso era injusto; ella no había hecho nada, que él supiera, aparte de estar justificadamente enfadada con él y rechazar cada rama de olivo que él había intentado tenderle. Era culpa de él; no podía negarlo, y ni siquiera la culpaba por rechazarlo. Eso era lo que había sucedido, y de alguna manera todo eso él se lo había hecho a sí mismo. ¿Cómo podía ser el mundo tan cruel? ¿Era su merecido?

Un leve ruido le indicó que Trudy estaba allí.

— ¿Qué pasa? —preguntó.

—El señor Morten está aquí—dijo el hombre en voz baja.

—Bueno, él conoce el camino. —A veces, esos detalles de cortesía le molestaban, porque no debían aplicarse a amigos íntimos como Harry. Otras veces, eran una verdadera misericordia, como cuando su tía lo visitaba, cosa que él no apreciaba mucho; su insistencia era agotadora. Harry, por otro lado, quería que se fuera de la casa, cosa que él no quería considerar en ese momento.

Harry tardó un rato en aparecer.

—Caramba, aquí está oscuro. ¿Estás ahorrando en velas? ¿Dónde están las lámparas?

–Me gusta la oscuridad. –En realidad, le gustaba sentarse a la luz del fuego. Le gustaban las sombras que se proyectaban en las paredes mientras el fuego parpadeaba y ondulaba–. ¿Cómo te encuentras?

–Bien. Mejor que tú. Vamos, salgamos.

–No, no estoy de humor. –Francamente, no podía pensar en nada que le apeteciera menos: gente gritando, hombres estúpidos haciendo preguntas insustanciales. En realidad, no podía tolerar una conversación vacía sobre caballos y caza, o peor, sobre chismes. No le importaba quién mandara a paseo a su amante.

–No puedes sentarte aquí y enfurruñarte para siempre.

–En algún momento, uno tiene que aceptar que ha superado las delicias de la vida nocturna.

–Nunca, dijo Harry. Bueno, eso ciertamente no era verdad, pero tal vez lo era para él. Había hombres que acababan desapareciendo de los clubes, teatros y locales, y otros se quedaban años y años. Tal vez Harry sería este último tipo de hombre. Valentine no podía soportar la idea de pasar año tras año con las mismas conversaciones fútiles, las mismas caras, sin nada interesante que decir o hacer; todos cotilleando sobre los demás.

–Quizá debería volver a las Antillas –murmuró Valentine, pero allá no había nada para él. También estaría abandonando sus deberes para con su título y con Whitfield, y tampoco es que estuviera haciendo un trabajo terriblemente bueno con ello. Había estado perfectamente preparado para no dar un heredero al título, así que era difícil argumentar que estaba dedicado a esos deberes. Pero también sabía que no huiría a las Indias Occidentales, tanto no como huiría de donde estaba. También había observado a esos hombres cuando estuvo allí, los que huían. Siempre tenían una cualidad embrujada, y nunca habían querido realmente estar allí. Esa también era una versión única del infierno, tener que estar en algún sitio cuando su corazón estaba en otro lugar.

Sonaba demasiado dramático decir que su corazón estaba con ella. Era una circunstancia desafortunada, como un accidente que le hubiese ocurrido. ¿Cómo se deshacía uno de esos sentimientos? ¿Bebiendo hasta caer en el olvido y despertándose en la cama de una desconocida? No se atrevía a ello. ¿Por qué hacerlo si podía beber hasta la inconsciencia en la comodidad de su propia casa, frente a su propio fuego? O arriesgarse a acabar en la cama de su mujer.

–No, en absoluto –dijo Harry–. Sólo estás un poco mal. Ya se te pasará.

Si tan sólo Valentine pudiera estar tranquilo. La gente lloraba durante años. Algunos hombres nunca superaron su amor no correspondido; su amargura duraba toda la vida. No era raro que

hubiera un perdedor relacionado con los esponsales, el no elegido. Era triste y patético cuando su amargura duraba, casándose por despecho con alguien que no querían.

Su tía había hablado largo y tendido sobre la necesidad de la anulación, y él había acabado aceptando. Y entonces tendría la tortura única de verla casarse con otra persona, y, en consecuencia, él sería el amargado que se quedaría atrás. ¿Se casaría por despecho con una pobre criatura que no había hecho nada para merecerlo? No, en lo absoluto; ya se había casado con una pobre criatura que no lo merecía. Al final no le había ido bien.

– ¿Pasa? –preguntó–. ¿Cómo lo sabes? ¿No hay suficientes hombres amargados en el mundo para decirnos que en realidad nunca pasa?

–Los hombres ponen a las mujeres en el pasado todo el tiempo, incluso antes de realmente decidirlo –dijo Harry.

–Eso no es amor. Nunca lo fue.

–Bueno, si esto es amor, entonces yo no lo quiero.

–No estoy seguro de que nadie pueda culparte. Dicen que es una locura.

–Sácatelo de encima –dijo Harry–. Recupérate y empieza de nuevo.

–No es tan simple.

–No, realmente lo es. Te estás deleitando en permanecer en este abatimiento. Te estás autocompadeciendo.

Qué había de cierto en eso, no lo sabía, pero sí era cierto que daría lo que fuera por librarse de él, al tiempo que lo aferraba con todas sus fuerzas. Tal vez la cuestión era que ya sentía algo, mientras que antes no. Quizá sentir algo era mejor que no sentir nada, aunque el sentimiento principal fuera el dolor. Bueno, había tenido el dolor de perder a George, y a su padre, y no había sentido nada en absoluto cuando había intentado castigarla por ello.

– ¿Tal vez deberíamos hacer un viaje al campo? –sugirió Harry–. Estoy seguro de que a Whitfield le vendría bien tu atención.

Ella había estado allí. ¿Todavía habría pruebas de ello? ¿Se había dejado algo cuando lo había abandonado en un arrebato de disgusto?

–No soy una persona magníficamente buena.

–Oh, Dios –se quejó Harry–. Eres una persona perfectamente buena. Tienes buena reputación, eres sensato y franco. No todo el mundo puede decir eso.

–No estoy seguro de que esas descripciones me definan con exactitud. Arruiné una familia para forzar a una mujer a casarse conmigo, para vengarme de algo sobre lo que ella no tenía ningún

control. Tal vez la señorita Imogen Warkworth es simplemente la ruina de los hombres de mi familia.

—Razón de más para dejar todo esto atrás. Tu tía tiene razón. Anula el matrimonio y olvida que alguna vez sucedió.

¿Cómo podría olvidar? Hubo un momento que vino a su mente, el sencillo momento en aquel hotel de Somerset, en que le apartaba el cabello del hombro. Un gesto tan inocente; pero se le quedó grabado. Todo lo que deseaba se concentraba en aquel momento: la suavidad, la pasión. En ese momento, había reconocido a su contraparte. Anteriormente las mujeres no habían significado tanto para él. Eran encantadoras, le gustaban, pero nunca habían sido una parte de él, una parte del todo. Y sabía que Harry no lo entendía, que nunca había tenido un momento como ese de percepción, de propósito, de comunión; y no lo había sentido.

Y le había dejado marcado; no podía deshacer ese momento, esa comprensión. Ella era su propósito. Con un resoplido, desechó los pensamientos. Nada dolía tanto como la verdad. Ella nunca iba a aceptarlo, y no debía. Se había comportado como si ella no importara; había actuado para herirla. ¿Cómo podía tener una verdadera comunión con ella cuando le había hecho eso? ¿Cómo podía ella confiar en él cuando ni siquiera él podía confiar en sí mismo?; Porque él era una criatura egoísta, y eso probablemente no había cambiado. Ese malestar que sentía, esa demora era porque era una persona egoísta. Se lamentaba porque ella lo rechazaba, cuando con todo derecho, debía hacerlo.

—Al menos bebes un whisky decente —dijo Harry, de pie junto a su improvisada barra. Se dio la vuelta con el vaso en la mano—. Iremos a París. Necesitas algo espectacular que te saque de este estado de ánimo. Iremos a París. Todo será nuevo y fascinante.

—Eres un buen amigo —dijo Valentine. Harry estaba haciendo todo lo posible por ayudar y él lo reconocía. Sin embargo, no tenía intención de ir a París; algo en él se oponía a alejarse de donde ella estaba, en caso de que lo necesitara. Ella estaba embarcada en aguas precarias y él quería estar allí por si algo salía mal. El deseo de protegerla era más fuerte que la determinación de Harry. Aunque ella no quisiera esa protección, él estaría allí, por si acaso.

—Quizá cuando mejore el tiempo —dijo Valentine—. Por mucho que no te guste, simplemente necesito quedarme aquí en mi capullo durante un tiempo. Estoy seguro de que al final emergeré como una mariposa —no tenía ninguna fe en sus palabras.

—No estoy seguro de que eso funcione —afirmó Harry—. Es mucho mejor apartar la mente del pasado.

Esas palabras le abasaron de forma intensa, la idea de que todo había quedado en el pasado. No lo sentía así. Tal vez esa miseria era el único vínculo que tenía con ella en ese momento, y no estaba dispuesto a dejarlo ir.

Curiosa percepción, reconoció. Esos sentimientos eran el vínculo que tenía con ella; si los dejaba ir, la dejaba ir a ella, y temía lo que sería de él. ¿Se convertiría en una criatura aún más fría? ¿No volvería a amar, a sentir, aunque su amor no fuera correspondido? ¿No tenía más valor así, que estando completamente ausente?

—Muy curioso —dijo.



Capítulo 41

El malestar anidaba en el pecho de Imogen. No era su problema; todo le estaba saliendo bien. Le habían prometido la anulación y ella lo creía, pero ojalá él hubiera sido cordial, le hubiera dado la mano y le hubiera dicho que era lo mejor para todos.

La última vez que se había comprometido con él, de forma consciente, habían vuelto de Somerset y él había permanecido en silencio más o menos todo el camino. ¿Cómo habían pasado de eso a la anulación? ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo habían pasado de eso a que él apareciera postrado por la borrachera en su cama y luego desapareciera antes de que ella se despertara? No lo entendía.

Se mordisqueó el borde de la uña del pulgar, deseando olvidarse de todo aquello. Incluso en esa ocasión, con el acto de ser liberada, había algo incómodo. Nada era sencillo con él. Sí, ella podía tener su libertad, pero aparentemente a costa de él, y eso si creía en lo que le dijo esa mujer. Por otra parte, nunca había sabido que Valentine fuera manipulador.

¿Qué estaba diciendo, cuando todo en él era manipulación? Únicamente en los pequeños detalles en sus relaciones, no lo era, pero, ¿podía decir que lo conocía tan bien? Él no jugaba directamente con sus emociones, y ella había supuesto que era porque no tenía las suyas propias. Pero había entendido su condición cuando lo encontró en su habitación. ¿Por qué había ido allí? Como de costumbre, no tuvo la amabilidad de dar ninguna respuesta. Nunca lo hacía. Simplemente pasaba al siguiente asunto o compromiso.

— ¿Qué te pasa? —preguntó Margot. Acababa de llegar. Por un momento, Imogen había estado tan absorta en sus pensamientos, que había olvidado dónde estaba.

—Vino a visitarle la tía de Lord Rosemarche —dijo la señora Winters—. Su té se está enfriando. Voy a calentarlo. ¿Quieres un poco? —preguntó a Margot.

—Sí. ¿Qué ha dicho esa tía? —preguntó Margot.

–Que obtuvo la anulación.

–Eso es maravilloso, si es lo que quiere. ¿Qué le hizo ceder?

Ella entendió que ahí estaba el problema; él había sido inflexible en no ceder, y de repente había cambiado de opinión. Si ella creyera por un minuto que él simplemente había encontrado a otra persona con la que quería casarse, ahora mismo estaría saltando de alegría, pero eso no era lo que Clementine había insinuado. Ella había ganado, aparentemente lo había destrozado; solo que ella no sabía lo que eso significaba.

Eso no era del todo cierto. Ella había visto el estado de él; había estado tan borracho que se había vuelto completamente vulnerable, y eso era algo que Lord Rosemarche no hacía.

–Estás preocupada –dijo la señora Winter.

– ¿Por qué? –replicó Margot con un bufido—. Si vas a dejar a un hombre, déjalo, hay que ser tajante; si no, te atrapa como a un pez. Todos son así. Se lamentan y compadecen hasta que consiguen lo que quieren. Está tratando de manipularte.

Margot le decía todas las cosas que ya se había dicho a sí misma dentro de su mente.

–Toma el dinero y sal corriendo –Margot dijo.

–No creo que haya dinero –dijo Imogen.

–Bueno, eso es lamentable.

–No entiendo. Voy a ir a verlo –dijo Imogen. Con una exhalación, entendió que era algo que tenía que hacer.

–Es una idea terrible –volvió a decir Margot.

–Debe hacer lo que se debe –dijo la señora Winter—. Siéntense las dos. El té está listo para servir, y esta vez debemos beberlo.

Imogen hizo lo que le pedían y las tres se sentaron alrededor de la pequeña mesa, y, por un momento, se sintió realmente agradecida, porque atesoraba esas amistades. No eran como ella, ni pensaban como ella, pero eran amables y no les caía mal por su origen. Resultó que a bastantes personas sí; eso era algo que no había esperado, pero había verdadero resentimiento hacia ella, y ahora creía que eso demostraba el verdadero carácter de alguien. Ninguno era responsable de las circunstancias de su nacimiento, y era injusto juzgar a una persona basándose en las cosas que esta no podía controlar... y sin embargo lo hacían.

Eso le había hecho reflexionar sobre a quién juzgar, y Lord Rosemarche era el primero de la lista. Su juicio influía en todas sus percepciones sobre él. Podía hacer algo que ella consideraría que era perfectamente inocente para otra persona, pero como era él, debido a su juicio sobre él,

era mucho peor cuando lo hacía. Y eso la había llevado a preguntarse si había sido injusta; y entonces su ira aparecía y cualquier pensamiento en esa dirección era rápidamente desechado.

–Iré a verle –reiteró Imogen, y la expresión de Margot mostró lo que pensaba al respecto. Pero la señora Winter silenció su respuesta; tal vez porque ella conocía más de la historia... la conocía toda, de hecho; mientras que Margot lo veía como una marca, como hacía con todos los hombres–.

Charlaban sobre la gente mientras tomaban el té. Siempre había alguien haciendo algo: traiciones, relaciones que terminaban, venganzas. El amor era muy complicado para mucha gente. Por otra parte, la mayoría no buscaba el amor. Era algo totalmente distinto, y ella no lo entendía, ni su propósito. Bueno, a ella sí; las mujeres como Margot tenían que jugar ese juego para mantenerse. El matrimonio, para Margot, parecía una perspectiva que ni siquiera consideraría. Imogen había tardado un tiempo en entenderlo; para Margot, no era más que mera subyugación y miseria. Parecía que Margot y Valentine tenían opiniones muy similares sobre el tema.

Cuando terminaron, se puso la capa y salió del edificio. Desde Holborn hasta la casa de Valentine había un buen trecho, pero hacía buen día y le apetecía hacer ejercicio. Las vistas y los sonidos de la ciudad la distrajerón de la conversación que tenía por delante, que en realidad no quería tener, pero sentía que debía hacerlo.

Al fin llegó a su calle; tenía el mismo aspecto que cuando ella vivió allí, mientras preparaban la temporada de Adele. Fueron días incómodos y ajetreados. Ella y Valentine se habían relacionado relativamente poco durante esa ocasión... o desde entonces.

Llamó a la puerta y esperó a que el señor Trudy la abriera.

–Deseo ver a Lord Rosemarche –dijo–. ¿Está?

–No quiere verla –dijo el señor Trudy, e Imogen parpadeó.

– ¿Qué quiere decir?

–Usted tiene prohibida la entrada a la mansión, milady. –Había juicio en su voz y en su consideración hacia ella.

–Eso es ridículo. Tenemos cosas que discutir. Cosas importantes. Por favor, hágale saber que estoy aquí.

–Lo siento. Me han ordenado que me limite a rechazarla –dijo y cerró la puerta.

Imogen se quedó de piedra. ¿Le había prohibido la entrada a la mansión? ¿Iba a simplemente darle la anulación y no volver a hablar con ella?

La ira la invadió. De nuevo él estaba haciendo que todo fuera lo más molesto posible. ¿Qué necesidad tenía? ¿Era otra forma de insultarla? ¿Aparecía borracho en su habitación, enviaba a su tía con el mensaje de anulación y luego le prohibía la entrada?

– ¡Esto es innecesariamente dramático! –gritó ella. Si él estuviera en su estudio, la oiría–. ¿Por qué todo tiene que ser tan intratable contigo? ¿Sabes cuánto he caminado para llegar hasta aquí?

La gente se volteaba para mirarla y a ella no le importaba; de hecho, le estaba bien empleado por ser tan ridículo como para prohibirle la entrada a la mansión. Supuso que tenía que conseguir un abogado para hablar con él, pero no tenía dinero para contratar uno.

– ¡Lord Rosemarche! –voceó y miró hacia la fachada de la mansión, pero él no apareció. Lo menos que podía hacer era mirarla a los ojos mientras se escondía en su mansión.

Con un resoplido, se dio por vencida y se alejó. La ira volvió a recorrerla y odiaba que lo hiciera. ¿Cómo era que él podía despertar su ira como ninguna otra persona? Eso era infantil. ¿Qué clase de mensaje intentaba enviarle? ¿Que ella estaba por debajo de él? Bueno, siempre lo había pensado así, o no la habría tratado como lo había hecho.

No se calmó hasta que se sentó en una cafetería de Holborn. Eso no tenía sentido. ¿Así era él cuando finalmente se rendía con alguien? ¿No quería ningún trato con ellos? ¿O era otra cosa? Una vez que la ira se disipó, el malestar regresó. Quizá si no fuera por George y por cómo había reaccionado a la pérdida de sus intenciones, probablemente no se sentiría tan inquieta. ¿Tenía Valentine el mismo tipo de melancolía? A primera vista, diría que no, pero Clementine le había indicado que casi lo había destruido.

La inquietud la hizo moverse en la silla. ¿Él era demasiado dramático? ¿O era algo peor? Tenían que hablar con él, pero se negaba. Lo obvio era concederle la soledad que deseaba, pero ¿podía simplemente dar la espalda cuando alguien sufría, sobre todo cuando ella era la causa? Eso era exactamente de lo que él la había acusado, y ahora la obligaba a darle la razón.

De nuevo la ira, que brotaba con facilidad a cada giro de sus pensamientos sobre él. No, no iba a hacerle eso; era su responsabilidad enfrentarse a ella.

Un hombre entró en la cafetería y ella lo reconoció. Uno de los artistas con los que había pasado ratos: Jasper Hartwright. Era bastante simpático y no la juzgaba con demasiada dureza por sus antecedentes.

–Lady Rosemarche –dijo e inclinó el sombrero–. Bonito día. ¿Está aquí sola?

–Lo estoy.

–Entonces, si no es demasiado atrevido, la acompañaré.

–Por favor, hágalo.

– ¿Cómo le va? –dijo, al tiempo que indicaba al camarero que quería un café.

–Estoy bien –dijo, pero reconoció que tal vez no fuera del todo cierto—. Me pregunto si puede ayudarme.

–Lo haré si puedo.

–Busco a alguien que me oriente sobre cómo entrar a robar en una casa. Necesito un ladrón de casas.

Sus cejas se alzaron.

–Curioso. No será difícil encontrarlo por aquí.

– ¿Conoce a alguno?

–No directamente, pero puedo preguntar por ahí.

–Bien.

– ¿Es una nueva carrera en la que se está embarcando?

–No, únicamente trato de saldar viejas cuentas.



Capítulo 42

Valentine había empezado a dejar que se apagara el fuego. Resultaba que en realidad le gustaba el frío; había algo reconfortante en él, y también le permitía sentarse con una manta a su alrededor. Por sobre todo, quería que el señor Trudy se fuera; el alboroto del hombre lo estaba molestando. El alboroto de Harry aún más. ¿Por qué no podían dejarlo en paz? Eso era lo que quería en ese momento.

Todos pensaban que había que evitar a toda costa su pura miseria, lo cual no era del todo cierto. Sentía emociones, y sentía como si hubiera pasado mucho tiempo sin ellos. Se sentía vivo, y no quería acallar esos sentimientos y volver a ser como antes. Resultó que el dolor era mejor que su completa ausencia.

Un pequeño ruido llegó a sus oídos y cerró los ojos. Trudy estaba rondando de nuevo, por mucho que Valentine intentase ignorarlo.

—No necesito nada, Trudy —voceó, sintiendo que él insistía. Ese hombre debía acudir sólo cuando se le llamase. Tal vez era el momento de tener una charla con él sobre sus obligaciones.

Eso era injusto. Comprendía que Trudy estuviera preocupado, y Harry también, pero no había necesidad. O tal vez sí la había; era difícil saberlo, pero lo único que sabía era que en ese momento necesitaba estar ahí mismo, torturado por esas emociones.

Otro pequeño ruido y Valentine suspiró con fastidio y giró la cabeza para regañar a Trudy, pero no era él quien estaba allí: era ella.

Valentine saltó de su asiento como si le hubieran pillado haciendo algo que no debía. Ella estaba allí. ¿Cómo había sucedido? ¿La había materializado de alguna manera? ¿Estaba dormido y estaba soñando? Algunos de sus sueños habían empezado así, pero él no se sentía tan...

—Imogen. ¿Qué está haciendo aquí?

—Vine a verlo.

Tenía que ser cerca de medianoche. En realidad, no tenía ni idea de qué hora era.

Ella estaba apoyada contra la pared junto a la puerta, y él no tenía ni idea de qué decir. Obviamente, no quería que se fuera, pero tampoco quería que lo viera así. ¿Se había bañado? ¿Olía?

—Oh, la verdad es que no estoy para recibir visitas. —En realidad llevaba la misma ropa con la que había dormido. No podría decirlo con certeza si no hubieran pasado dos noches.

— ¿Me prohibió la entrada a la mansión?

— ¿Qué?

— ¿Me prohibió la entrada a la mansión? —repitió ella. Entonces, ¿cómo es que estaba ahí? ¿Le había prohibido la entrada en una de sus borracheras? Posiblemente. No, no lo habría hecho.

—Sospecho que fue la tía Clementine —dijo—. Yo no le habría prohibido la entrada a la mansión.

Ella se apartó de la pared y se acercó, y él sintió cierto pánico, con ganas de decirle que no se acercara, lo que sonaba melodramático.

—Necesito cambiarme de camisa —dijo. Era verdad, pero no había querido decirlo exactamente—. No ha dicho qué hace aquí. ¿Necesita algo?

—Sólo he venido a ver cómo está...

La rodeó con la mayor amplitud posible mientras se dirigía al armario y sacaba una camisa nueva. Rápidamente se despojó de la que llevaba puesta y se puso la nueva.

—Es muy amable por su parte, pero innecesario. —Era pura cortesía, la clase de cortesía que normalmente no hacía, pero a la que recurría en caso de apuro.

Vestido de nuevo, volteó y ella seguía allí. Su vestido era sencillo, el tipo de vestido que no indicaba a nadie que había una dama en la habitación; ella rechazaba esa identidad. Era una forma más de rechazarlo. El dolor estalló de nuevo, pero él no se escondió de él.

— ¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó.

Ella no habló por un momento. La luz del fuego hacía brillar sus ojos y proyectaba sombras sobre sus mejillas. ¿Era posible que fuera aún más hermosa de lo que él recordaba? Estaba enamorado de aquella mujer... y ella no quería saber nada de él.

En ese momento, ella miraba a su alrededor y veía las cosas que él no quería que viera. Las botellas vacías, que él había impedido que Trudy retirara; la cena apenas tocada en una bandeja, la cama deshecha. Era como si ella estuviera viendo todo lo que no debía ver, la parte íntima de él, su guarida, donde vivía; un lugar en el que ella nunca había estado. ¿Por qué estaba allí?

—Su tía vino a verme —dijo.

Ah, de eso se trataba.

—Ojalá no lo hubiera hecho.

—Usted me está otorgando la anulación.

Sí, lo habían acosado para que lo hiciera, y en algún rincón de su mente sabía que tenía que hacerlo. Esto tenía que terminar de alguna manera, y él simplemente la tenía como rehén en ese momento.

— ¿Has venido a darme las gracias? —dijo con una risita—. No hace falta. — «Debería irse», remató diciendo para sus adentros, pero no se atrevió a expresarlo. Verá, ese es el problema... debía decirle. Debía querer que se fuera, pero temía no volver a verla. Ella provocaba sensaciones en su mente, algo parecido a lo que producía el opio; tal vez incluso tan peligroso como este.

—Sólo tengo curiosidad por saber por qué ha cambiado de opinión —dijo ella.

Ella se acercó y él se quedó clavado en el sitio, negándose a moverse, aunque sus instintos se lo pidieran. Sus ojos buscaban los suyos y él apartó la mirada, temiendo lo que ella pudiera ver allí.

—Como usted ha dicho, tal vez sea hora de poner fin a esto.

Una parte de él reconocía que necesitaba hacerlo, porque temía adonde fuera a parar eso, incluso cuando lo ansiaba. En realidad, eso era exactamente como el opio, lo había probado pero había sido demasiado sabio para no seguir consumiéndolo. El peligro en ella era evidente desde el principio, pero él no se había apartado.

—Su tía me acusó de destruirlo —afirmó.

Eso era cierto.

—Eso no es verdad.

Le entraron ganas de reír.

Imogen movió la cabeza hacia un lado como si lo estuviera estudiando, y él lo odió y se deleitó con ello.

—Debería irse —dijo—. Si tiene prohibida la entrada, ¿cómo ha entrado?

—Entré por la fuerza —dijo ella. No es lo que él esperaba que dijera. Son extraordinarias las habilidades que se aprenden en Holborn.

— ¿Cómo allanar una casa? ¿Por qué aprende esas habilidades? Es totalmente innecesario. Yo soy capaz de mantenerla.

—No debería si conseguimos la anulación.

—Eso es irrelevante. Puedo mantenerla... hasta el momento en que... —No se atrevió a decirlo. Se le atascó en la garganta.

— ¿Por qué haría eso? —preguntó ella.

—Porque puedo. Tal vez me sienta culpable por las cosas que le he hecho.

—Lo dudo —dijo ella—. No es el tipo de persona que siente culpa.

Eso no era cierto. En algún momento se había sentido culpable por lo que le había hecho. Bueno, tal vez no culpa como tal, pero había sido capaz de verlo desde la perspectiva de ella, y también podía respetar las medidas que ella había tomado en represalia. Había aceptado sus represalias, como lo hacía en ese instante. Eso equivalía a sentir culpa, ¿no?

—Ha estado bebiendo —dijo ella.

—Siempre bebo.

—No lo hacía cuando nos conocimos.

—Sí, bebía. —Bueno, en realidad no. Obviamente, bebía, pero no así, no a propósito—. Empezó a beber cuando me conoció, y sólo empeoró.

—Quizás por eso es necesaria una anulación. Si necesita un signo de culpabilidad, es este. — Su escrutinio era insoportable. Quería que lo viera y no lo viera al mismo tiempo—. Debería irse. —Pero ella no se movió.

— ¿Está enamorado de mí?

La exhalación de él fue fuerte cuando llegó. ¿Debía mentir? Se enorgullecía de no mentir, pero ella tergiversaba todo lo que él era, todo lo que sabía de sí mismo.

—Por eso necesito que se vaya. No puedo seguir con esto. —La mirada de ella era implacable. Él no quería decir eso, pero tampoco mentiría—. Estos sentimientos son tan pesados, tan densos. No puedo moverme. No puedo respirar.

— ¿Y si no paran? No puedo permitir que haga lo que hizo tu hermano.

—No es asunto suyo. No lo era con George, y no lo es ahora.

—Pero eso no es del todo cierto, ¿verdad? Usted es mi esposo.

—Solo de nombre.

— ¿Debería eludir la responsabilidad tan rápido? ¿Simplemente quitármela de encima?

—Para empezar, nunca la aceptó, así que no debería ser un problema.

—Entonces eso sería de lo que me acusa.

—Yo no la acuso.

—Sí, lo hace. —Con esas palabras, ella dio un paso hacia adelante, y él dio un paso hacia atrás, y odió haberlo hecho—. Demuestre que tiene razón.

—Eso ya no me importa.

—No estoy segura de que eso importe en este momento.

—Disculpe —dijo y se alejó—. Le traeré una copa. ¿Qué quiere?

—No quiero una copa.

—Sólo será un momento.



Capítulo 43

Adónde iba? Estaban discutiendo y él simplemente se alejó. ¿Intentaba escapar de ella?

¿Dando un resoplido, ella se sentó en la silla junto al fuego. Se sentó ahí, pensando en lo que sería que pasaba por la cabeza de él. Había admitido que estaba enamorado de ella. Por un momento, ella quiso negarlo, descartar como falso lo que él decía. Que no era amor; el amor no funcionaba así.

Opinaba como si fuese una experta, porque nada de eso coincidía con lo que ella veía en su mente, la versión de la familia que quería. Para ser justos, tomaba a la familia de Charlotte como ejemplo, porque tenían ese trato natural y amoroso entre ellos.

Así que cuando él dijo que la amaba, esa persona imperfecta con el carácter más oscuro, no era lo que ella quería. Cualquier mujer cuerda le advertiría sobre un hombre así, que bebía, que conspiraba y destruía para su propio beneficio egoísta.

Un ruido la avisó que había vuelto con dos vasos. Incluso cuando ella dijo que no quería beber, él insistió.

—Claret —dijo—. No me acusarán de ser un mal anfitrión. —Se lo dio de manera que ella no pudiera rechazarlo.

¿Por qué le había importado eso esta vez? Desde luego no lo había hecho cuando ella había vivido ahí. Tenía el cabello mojado. ¿Por qué tenía el cabello mojado? Hacía un minuto que no lo estaba. Un sutil aroma a romero llegó hasta ella. Se había lavado. Quería presentarse mejor ante ella; en cierto modo, eso era un gesto amable.

Por un momento, se alejó de nuevo, cogió otra silla y regresó con ella.

— ¿Y de qué desea hablar? —dijo—. No puede permitirse un abogado para la anulación.

Eso era cierto. De eso debería querer hablar ella, pero sentía más curiosidad por saber desde cuándo él se sentía así. ¿Cuándo había empezado y cómo lo sabía? ¿Cómo podía estar

enamorado de ella si no era algo que él hubiera elegido? De alguna manera, se había enamorado de ella accidentalmente.

En cierto modo, le estaba dando todo lo que ella quería, un marido que la amaba y vivir en una casa bonita y respetable, pero luego estaban los otros aspectos, la persona que era, la agudeza de su carácter.

— ¿Cuándo empezó a beber más?

— ¿Qué?

Ella repitió la pregunta. Él no había exagerado cuando ella vivió allí, o no se había dado cuenta.

—No lo sé. Fue aumentando poco a poco y luego se apoderó de mí. Tal vez cuando me di cuenta de que me había equivocado. No podía deshacer mis acciones. —Lo que dijo no tenía mucho sentido para ella—. No pensé que usted pelearía tanto conmigo.

—No sé por qué no lo esperaba.

—Yo tampoco lo sé. Había hecho del mundo un lugar muy racional, creo. La muerte de George me destruyó. —Su mirada estaba puesta en el fuego—. Sólo quería dañar al mundo, dañarla a usted. Al final, sólo me hice daño a mí mismo. Y ahora le confieso todos mis pecados. Le pagaré un abogado. Le daré todo el apoyo que necesite.

Él la alejaba. Cada vez que ella se acercaba demasiado, él se resistía y la empujaba. ¿Qué le pasaría si ella se fuera?

—Le perdono —le dijo. Tal vez era eso lo que él necesitaba.

Durante un rato, no dijo nada. Sólo bebió de su vaso el líquido oscuro que brillaba a la luz del fuego.

—La acompañaré a la puerta. De hecho, haré que traigan el carruaje. No debería estar sola a estas horas de la noche. Podría acompañarla a su casa.

De nuevo la estaba apartando, intentando que se marchara, sin embargo, se aseó para estar más presentable. Le importaba lo que ella pensara de él. ¿Por qué tenía tanta complejidad su carácter? Nada era simple en él.

— ¿Por qué me llevó a Somerset? —preguntó ella, y él se detuvo mientras se alejaba.

—Para traerla aquí. Ya lo sabe.

— ¿Por qué quería traerme?

—Quería promover más armonía entre nosotros.

— ¿Por qué?

Ahora parecía molesto y exasperado.

—Para salvar este matrimonio. No, para salvar este plan, si quiere saber la verdad.

—El plan en el que me sentiría sola y desdichada en una casa de campo.

—Sí —admitió.

—Y aun así me besó.

Se quedó mirándola un momento, como si le hubiera pillado. ¿Pillarle en qué? Ya había admitido que estaba enamorado de ella.

—Busca torturarme con todos mis pasos en falso.

—Quizás estoy tratando de entender.

— ¿Qué desea saber, señorita Warkworth?

Estaba usando su nombre de soltera, el nombre que volvería utilizar cuando la anulación se realizara. Una parte de su mente le decía que él buscaba deshacer todo eso, porque sus sentimientos se habían vuelto demasiado intensos como para que él los tolerase. Ya no sabía qué hacer. Una parte de ella quería torturarlo con ello, y otra estaba totalmente fascinada, al tiempo que sentía lástima por él. Una gran parte de ella también quería que no sufriera, sobre todo si iba a quedarse solo.

—Si usted pudiera tener lo que quisiera, ¿qué sería? —preguntó ella.

—No nos entretengamos con preguntas ridículas. Tal vez desearía que fuera más sensata.

—No soy yo quien ahoga mis sentimientos con la bebida.

—No estoy seguro de que usted tenga sentimientos —murmuró—. Lo siento. Eso estuvo fuera de lugar. Creo que quizás ya hemos hablado suficiente esta noche, ¿no cree?

— ¿Por qué cree que vine esta noche?

—Para saber si era verdad que le daría la anulación.

—No lo dudaba.

—Pensé que dudaba de todo lo que hago.

—Bueno, sí, dudo de los motivos de todo lo que hace. Es verdad. También es por lo que he venido esta noche.

—Mis motivos son puros.

—No lo son.

—Insiste en discutir todo lo que digo —acusó.

Ella se levantó y se acercó.

—Me odia, por eso me lo propone. No sólo me lo propone, sino que me manipula para que no pueda negarme. Ahora me ama e intenta deshacerse de mí.

Sus ojos le advertían.

—Mordí más de lo que podía masticar. Sí, usted me derrotó, señorita Warkworth. Lo admito.
¿Contenta?

—Aprecio la honestidad. —Ella dio un paso hacia un beso y él no lo había visto venir. Sus labios tocando los suyos hicieron que cada parte de su cuerpo cantara. Era estimulante. El aroma, el sabor, la sensación apasionante de un beso. Por un momento, se ablandó en él, luego se separó.

—No —dijo y se apartó de ella por un momento—. ¿Por qué haría eso?

¿Tenía ella una respuesta?

— ¿Es lo que quiere?

Se rio entre dientes.

—La anulación que quiere podría estar en peligro si insiste en torturarme de esta manera.

—Quizá renuncie a la anulación y le acepte a usted. —No sabía qué había en ella que le hacía decir palabras tan atrevidas. Una parte de ella se lo creía a pies juntillas, mientras que la otra sentía auténtico pánico ante sus propios actos. Sí, una parte de ella quería torturarlo, pero la otra le señalaba que era todo lo que había pedido, un hombre que estaba enamorado de ella, un hombre de carácter, inteligente, con medios y fortaleza; pero ella se había resistido porque era él quien estaba realmente enamorado de ella.

Sin embargo, también estaban las otras cualidades, la propensión a ser calculador y frío. No es que ella viera esas cualidades en ese momento; estas se habían desvanecido.

—Esto no es una partida de ajedrez —dijo—. Solo hay una posibilidad de anulación. Un divorcio sería infinitamente más difícil de conseguir, y si insiste en jugar de esta manera, podría encontrarse atrapada aquí de forma permanente.

—Quizá estoy tratando de averiguar si sería una jugada digna.

Se volvió y la miró fijamente durante un momento.

— ¿Cómo espera que responda a eso?

—No lo hago. Es una pregunta que tengo que responder yo.

Su mano en el brazo de ella la apartó y sus ojos la observaron, pero ella no pudo ver cuáles eran sus pensamientos. Entonces se precipitó hacia ella en un beso. De nuevo la suavidad y el sabor la hicieron perder la orientación. Este se apoderó de todo, de cada sentido, y fue estimulante. Su mente quería preguntarse qué significaba aquello, pero estaba demasiado distraída con el beso para siquiera contemplarlo.

Cada parte de ella cobró vida, las mariposas se dispararon en su estómago. El beso era tan irresistible que no podía imaginarse estar en otro lugar, hacer eso con otra persona. Había hambre y necesidad, y ella nunca había experimentado un beso así. Él se movió y exploró más

profundamente. No era dulce como ella había imaginado que sería un beso, era crudo y apremiante. Había deseo, el tipo de deseo que sólo había insinuado antes.

La boca de él abandonó los labios de ella y se dirigió a su cuello. Los brazos de él la envolvieron y, por un momento, ella sintió una sensación de miedo, como si se estuviera embarcando en algo sobre lo que no tenía control, pero la dulzura de ello era irresistible; como un canto de sirena forjando un deseo tan fuerte que no le importaban las consecuencias.

Los brazos con que la rodeaba la apretaron contra él y sintió su fuerza y su voluntad, y había algo hipnotizador en ello, en él. ¿Era eso lo que sentía por ella? Su deseo no estaba en duda, se lo estaba demostrando.

Entonces se apartó y dejó que la frialdad la abrazara en su lugar.



Capítulo 44

El cuerpo de Valentine ardía y no podía respirar. Se acercó a la chimenea y se apoyó en la repisa, sólo para darse un momento para controlar sus sentidos, su mente. El beso había sido devastador para su voluntad, para su seguridad.

Exhalando profundamente, intentó calmarse, calmar los pensamientos que se aceleraban, el deseo que ardía. Aquel había sido un beso que nunca olvidaría, un recuerdo que le torturaría el resto de su vida, o había sido...

Cuando se volvió para mirarla, estaba más guapa que nunca, con los labios bien besados y una mirada de sorpresa. Si eso no le había dado el mensaje de que con eso no se jugaba, no sabía qué lo haría.

Pero también tenía que reconocer que su deseo le llevaría a donde ella quisiera. Si ella lo quería, era suyo; al diablo las consecuencias.

-¿Llamo al carruaje? -preguntó él.

-No -respondió ella, y él cerró los ojos, inseguro de si estaba profundamente perturbado o complacido; ambas cosas, probablemente. La anulación estaba descartada, ella era su mujer. Aquello asentó en su interior una profunda satisfacción. La apremiante sensación de urgencia desapareció y volvió a respirar.

Ella no se movió cuando él volvió a acercarse a ella y la atrajo hacia otro beso ahora más suave, explorando sus labios, su boca, su hechizante sabor, y ella se lo permitió con la suavidad de su cuerpo contra el suyo. Sabía en lo que se estaba metiendo. Se apartó y la miró a los ojos.

-¿Entiendes a dónde nos lleva esto?

Sus ojos se movieron entre los de él por un momento, y luego asintió. Una parte de él quería interrogarla, la otra besarla de nuevo y esperar que no cambiara de opinión. Las cosas no serían

fáciles con ella, y probablemente no lo serían después de esa noche, pero él quería relacionarse con ella de todas las maneras posibles.

Se apartó de nuevo.

-Para que quede claro, si te quedas, no habrá nadie más.

De nuevo ella lo miró fijamente por un momento, y él sintió como si su corazón se detuviera; entonces ella asintió. De nuevo él reclamó sus labios. Alegría y dulzura se entremezclaron; por un momento, se entregó a la dulzura, a las sensaciones que reclamaban cada parte de él, pero se apartó. Aquella inquietud en su mente no cedía.

-¿Por qué?

-¿Qué?

-¿Por qué? Me odias.

-No te odio. Estoy enfadada contigo. He estado enfadada contigo. Pero no voy a estar escondida en el campo. Eso no es lo que quiero.

-¿Qué quieres?

-Creo que he sido muy clara. Quiero un marido que me quiera. Una familia. Un hogar feliz.

En realidad no había ninguna razón por la que no pudiera prometerle esas cosas.

-No soy un hombre perfecto.

-Nunca dije que lo quería perfecto, pero quiero a alguien que se preocupe por mí, que quiera tener una familia feliz.

-Realmente no sé cómo es eso.

-Yo sí. ¿Quieres eso?

Fue como si el mundo se detuviera. Todo dependía de la respuesta que diera en ese instante. La parte cínica de él se negaba a decirlo, la parte de él que no confiaba, la parte que se consideraba realista, pero ella no quería esa parte, quería un hombre que viviera sin cinismo, que viviera en la confianza y la suavidad. Ella se iría si él decía que no, y él no era tan cínico como para mentirle. O era lo que ella quería, o la dejaba marchar, y esas eran las opciones que le daba: ser lo que ella quería, o verla irse.

Verla marchar sería totalmente intolerable, pero el miedo lo detenía. Tendría que confiar en ella, amarla, brindarle las cosas que la harían feliz. Sinceramente, no parecía haber una razón digna para no hacerlo, y nunca se perdonaría si se alejaba de eso porque ella quería amor; un matrimonio basado en el amor y la confianza, una idea chocante.

-Sí, claro que quiero -respondió. Sí, pero había era demasiado para permitirse siquiera esperar. Había perdido esa esperanza hacía mucho tiempo y había alejado a todo el mundo por ello, pero

Imogen no se dejaría apartar. Sus manos la sujetaban por la cintura y no la soltaría por nada del mundo-. Sí, quiero -repitió. «Seré lo que necesites que sea».

Una sonrisa se dibujó en sus labios, y él se dio cuenta de que hacía tiempo que quería ver esa sonrisa dirigida a él, y ahora se debatía entre verla o besarla de nuevo. Tenía que besarla, necesitaba más de aquella dulzura, la sensación de su cuerpo apretado contra el suyo. Quería fundirse en el beso, en ella, y no soltarla nunca.

-Y niños -dijo ella-. ¿Puedo tenerlos?

Sinceramente, era la pregunta más ridícula del mundo.

-Sí, todos los que quieras.

Su pulgar le acarició la mejilla. ¿Cómo era tan hermosa? ¿Cómo había tenido tanta suerte? Era fuerte, decidida, inteligente y totalmente inflexible, y, por alguna razón, lo estaba incluyendo en su mundo, estaba confiando en él. El impulso fue demasiado fuerte y volvió a besarla. El placer inundó su mente y todo pensamiento racional huyó. Se rindió a la sensación, a la dulzura, a la necesidad urgente que intentaba contener con todas sus fuerzas. No la asustes, decía su único pensamiento.

Lo único que quería era precipitarse, pero se contuvo. Lentamente, volvió a besarla, con suavidad. Luego dejó que las yemas de sus dedos recorrieran su mejilla y la piel increíblemente suave de su cuello; recorrió su escote y vio cómo se entrecortaba su respiración.

-No sé qué hacer -dijo ella.

-Explora lo que quieras -respondió él. Sin embargo, las yemas de los dedos de él se deslizaron suavemente por debajo de la tela y los labios de ella se entreabrieron ligeramente. ¿Cómo iba a tomárselo con calma si ella reaccionaba así? Cada parte de su cuerpo respondió.

Era un vestido sencillo, hecho para que ella pudiera vestirse sola, lo que significaba que los botones estaban en la parte delantera, y él desabrochó uno de ellos, revelando la suave camisa que había debajo; un acto tan sencillo que encerraba tanto potencial. Su cuerpo respondió, y el fuego ardió por sus venas. Desabrochó otro botón, acompañado de una pequeña exhalación de ella.

Inclinándose, le besó el cuello y ella movió la cabeza para darle espacio; puede que no supiera qué hacer, pero respondía por instinto. La mano de él bajó y le cogió el pecho a través de la camisa. El fino material no supuso una barrera mientras el pulgar le acariciaba el pezón. Luego se apartó y se levantó la camisa por encima de la cabeza, dejando al descubierto la parte superior de su cuerpo: ella lo miró y él esperó.

Con cuidado, ella levantó la mano y se la puso en el pecho, y él se deleitó con su calor; se echó hacia atrás y la dejó explorar, y ella le acarició suavemente el pecho. Acercándose más a él, le besó el hombro y él aprovechó para desabrocharle el resto de los botones. Luego le quitó el vestido de los hombros, dejándola en camisa.

Por un momento, una mirada de preocupación apareció en sus ojos, así que él la abrazó y la estrechó. El calor de su cuerpo, las suaves curvas apretadas contra él, eran una sensación maravillosa. Al cabo de unos instantes, ella se ablandó más, se fundió en el abrazo. Él sintió que la tensión la abandonaba.

-Me preocupaba por ti -dijo ella.

-Quizá te necesitaba. -Colocó la boca en el hombro de ella y se apoyó en él-. Te necesito.

Ella buscó sus labios esta vez y él se abrió a ella, dejó que lo besara. Era importante empezar con buen pie: el instinto se lo decía. Fuera lo que fuera, si hacían eso bien, todo lo demás se resolvería solo; aunque no pudo evitar que sus manos se colaran bajo su camisa y exploraran su cálida piel desnuda; sus costados y el plano de su estómago hasta el lado de su pecho.

-Quiero besarte aquí -le dijo, y ella asintió.

Le tomó la camisa y se la levantó suavemente por encima de la cabeza, dejándola sólo con los bombachos.

-Eres tan hermosa.

Ella no sabía dónde poner las manos, así que él tomó una de ellas entre las suyas y retrocedió hacia la cama. Ella le siguió.



Capítulo 45

Ella tenía la respiración entrecortada y sentía frío y calor al mismo tiempo. Había sensaciones en su cuerpo con las que ni siquiera podía empezar a lidiar. Un aluvión de sensaciones, provocadas por las manos de él, por sus labios y el tacto de su cuerpo firme cuando la abrazaba. Ella sentía asombro, curiosidad y un poco de miedo.

Por supuesto, conocía las formas básicas, pero esto tenía muchos más matices de lo que esperaba. Los besos fueron profundos y penetrantes, totalmente diferentes de los besos castos que había experimentado. No tenía dónde esconderse, estaba totalmente expuesta, y no le importaba. Algo en ella incluso prosperaba; y en algún lugar de todo aquello había respuestas que, de algún modo, sabía que existían.

El colchón era blando cuando él la atrajo hacia sí y ella se tumbó de lado junto a él, y volvió a abrazarla. Era la sensación más hermosa, un abrazo completo y duradero con su piel sobre la de ella. Nunca lo había experimentado, pero era maravilloso. Por instinto, lo rodeó con las piernas y él la besó, ahondando en su boca; era una sensación carnal y deliciosa, y ella quería más.

Pero el beso se rompió y los labios de él le acariciaron el cuello, bajando aún más. Una sensación estalló en su interior cuando él introdujo el pezón en su cálida boca. Su lengua lo acarició y ella nunca había experimentado una sensación tan intensa. Su cuerpo se contrajo. Por un momento se asustó, porque se encontraba en un terreno desconocido, sin embargo, su espíritu aventurero la impulsó a explorar cada una de esas sensaciones. Estaba descubriendo una nueva tierra, un nuevo mundo.

La fría humedad la estremeció cuando él se movió para provocar al otro, avivando el calor que se acumulaba en su cuerpo. Necesitaba tocar, sentir, necesitaba más calor, más de él.

-Bésame -dijo ella.

Sus labios se acercaron a ella y su cuerpo le acompañó, presionándola contra el colchón. Sus piernas lo rodearon, y la presión de él en su lugar más íntimo creó un fuego tan profundo y urgente en ella.

-Aquí es donde nos unimos -dijo él, presionando sus caderas contra las de ella. La fuerte presión era indescriptible. El calor crecía con tanta fuerza-. ¿Lo deseas?

-Sí -dijo ella sin aliento, aun cuando no sabía del todo a qué estaba accediendo, pero fuera lo que fuese, lo deseaba. Lo necesitaba.

Él la besó, la sensación competía con la curiosa urgencia que sus caderas provocaban en ella. Su lengua jugaba con ella, acariciaba sus labios y la presión rítmica de sus caderas la llevaba a la locura. Eran demasiadas sensaciones a la vez.

Sus besos bajaron por su cuello y volvieron a sus pechos. Una curiosa indulgencia que trajo consigo otro tipo de tortura; pero entonces los besos bajaron por su estómago y sus entrañas se tensaron en respuesta.

Sus dedos acariciaron el borde de los bombachos y encontraron el pequeño lazo que los sujetaba. Tiró hasta que el nudo cedió, y ella deseó que su respiración cediera del mismo modo. No podía respirar bien, necesitaba aire como si estuviera corriendo. La palma de su mano acarició su piel dentro de los bombachos y tiró de ellos hacia abajo.

Sentándose, se los bajó por las caderas y luego por las piernas, y entonces quedó desnuda. Se le escapó un suspiro y se apoyó en sus brazos, uno a cada lado de la cintura de ella.

-Ya eres mía. Esto no se puede deshacer. Hemos superado el punto en el que la anulación es posible. Nos estamos entregando. Es la última parte del ritual matrimonial. Tú eres mi esposa, yo soy tu esposo. Y nos brindamos esto el uno al otro.

Ella no sabía qué decir, así que se limitó a asentir. Si había tenido alguna duda al respecto, había desaparecido. La forma en que él la besaba, lo que ella sentía cuando él lo hacía, iba más allá de todo lo que había conocido, y ya no podía vivir una vida sin ello. Estaba enamorado de ella. Cada mirada, cada caricia se lo demostraba. La forma en que le temblaba la mano cuando la tocaba, el abandono en los besos. La necesitaba. Y ahora mismo, ella le necesitaba a él.

Su mano se dirigió a sus calzoncillos y se los desabrochó; ya iban a unirse. Mientras él se acercaba a ella, ella sintió cómo él presionaba su entrada. Era la última parte del ritual matrimonial. Lo tomaba como esposo. Él era lo que ella quería, sólo que no lo había visto, no se lo había permitido.

Él la apretó, lentamente, y su cuerpo cedió. La sensación fue curiosa, plena y envolvente; luego, resistencia, dolor. Él la penetró y el dolor la quemó por un momento.

-Lo siento -dijo, acariciándole la cara con la mano-. Lo siento -repitió.

El dolor desapareció y ella se dio cuenta de que él estaba enterrado dentro de ella; estaban unidos. Había una plenitud en lo más profundo de ella, y era agradable. Y entonces él se movió. Oh. Una sensación placentera surgía con cada movimiento, de cada matiz de fricción entre sus cuerpos. Él la apretó de nuevo, generando una sensación más intensa; esta se apoderó de todo. Oh, pensó mientras él lo hacía de nuevo.

Moviéndose, colocó los codos a los lados de su cabeza y la besó mientras su cuerpo volvía a apretarla; gimió al hacerlo. A él también le resultaba placentero, se dio cuenta al escuchar sus gemidos y su respiración entrecortada. El beso se hizo más profundo y él introdujo la lengua en su boca, explorándola.

La firmeza de su hombría presionándola, junto con aquellos besos, la tenían muy confundida. Las sensaciones se avivaban y ella no tenía ningún control sobre ellas. Cuando las caricias se hicieron más intensas y duras, le preocupó tener que escapar de ellas. Se volvieron tan fuertes que era casi demasiado, y ella les temió, aunque no podía evitar que su cuerpo se encontrara con él ansiosamente.

La mano de él se desplazó hasta la cadera de ella, sujetándola contra él, y sus gemidos se hicieron más ásperos. Aquello iba en aumento, casi la asustaba, hasta que algo se rompió y provocó una oleada de placer puro y exquisito que inundó cada parte de su ser. Una y otra vez. No se detuvo y perdió la noción de sí misma más allá del placer desatado. Eran ella y él, y estaban unidos en algo incomprensible. Atravesaron hacia otra existencia y luego se desvaneció. El placer seguía surgiendo, estremeciéndose a través de ella, y ese filo agudo regresaba, pero ella seguía deseando cada parte de él.

Cada parte de su cuerpo estaba tensa, cada músculo apretado; parecía ser la mayor pasión posible, pero él debía de estar experimentando algo parecido a lo que ella había sentido. Entonces se relajó bajando sobre ella, presionándola con su peso, con profundas respiraciones entrecortadas en su oído.

Aquello había sido increíble. Su mente quería explorarlo, pero no funcionaba bien. Su cuerpo había agotado todas las fuerzas que tenía, y le encantaba la sensación de que él la sujetara, por si se alejaba flotando. Largas y fuertes respiraciones la hicieron componer sus pensamientos. Aquello era maravilloso, absolutamente maravilloso, y se le ocurrió que así era como se hacían los niños.

-Esto es lo más espectacular. Cuando nos casamos, ¿cómo no ibas a querer hacer esto conmigo?

Él se rio.

-Entonces no estaba enamorado de ti.

-¿Y eso cambia las cosas?

-Sí, y no. Sí, marca la diferencia, pero no, no tienes que estar enamorado, pero creo que temía enamorarme de ti con alguna intensidad si lo hacía.

-¿Es eso tan malo?

-Horrible. Ahora tú dictas cómo me siento. Si eres feliz, soy feliz. Si estás triste, estoy triste. Y hemos demostrado, sin lugar a dudas, que no puedo controlarte, así que estoy a tu merced por completo. Lo cual es una posición bastante horrible si me odias, porque no tengo defensas contra ti.

Se volvió completamente hacia él.

-¿Qué tal si acordamos no odiarnos?

-Bueno, eso estaría bien. Entonces podríamos hacerlo todo el tiempo.

-Esto me gustó mucho.

Se acercó y la besó.

-Hay mucho más que explorar. Pero tienes que quedarte, o suspiraré por ti. -Rodó sobre su espalda y respiró pesadamente con los ojos cerrados-. No puedes quedarte conmigo sólo un rato. Tienes que ser mi esposa. -Rodando hacia atrás, se colocó encima de ella-. ¿Quieres ser mi esposa, Imogen? Vive conmigo. Ámame. Regáñame. Está conmigo.

Ella asintió. Era todo lo que siempre había deseado. No sólo un marido que la amara y la apreciara, sino uno que también derritiera su cuerpo. No era perfecto, pero la quería y ella lo notaba en cada caricia. Tendrían hijos y serían felices. Sólo tenían que elegirlo; era una elección. La cuestión era si ella confiaba en él. Nunca le había mentado sobre sus intenciones o sus sentimientos, y siempre le daba lo que ella quería, eventualmente; y la hacía sentir como ningún otro podía, ella estaba segura de ello.

-Lo haré -dijo.

El beso fue enérgico y cada vez más profundo, y él volvió a acurrucarse entre sus muslos, donde su dureza la oprimía. ¿Lo estaban haciendo otra vez? Parecía que sí. Su cuerpo respondió de inmediato cuando él se apretó contra ella. No podía hacer otra cosa que acogerlo, responderle. Volvió esa necesidad urgente, y esta vez sabía adónde la llevaba: a un lugar maravilloso.

-Te haré esto todos los días -dijo mientras la apretaba profundamente-. Cuando estés enfadada conmigo, cuando estés distraída, te traeré de vuelta aquí y volveremos a encontrarnos. -Ese

curioso calor estaba creciendo tan rápido dentro de ella otra vez-. Y lo haremos -un gemido le recorrió-. Nos esconderemos del mundo, solos tú y yo.

Sinceramente, en ese momento, a ella no le importaba lo que él dijera, sólo le gustaba oír su voz junto a su oído.

-Eres lo máspreciado del mundo para mí -continuó-. Y te adoraré.



Capítulo 46

Imogen dormía y él la observaba, como si se hubiera convertido en su nueva rutina matutina. ¿Se despertaría con ella así cada mañana durante el resto de su vida? Eso esperaba.

Ella resopló y gimió, y él se contuvo para no despertarla. Habían pasado días ahí, los dos solos. Trajeron comida, pero aparte de eso, no necesitaron nada; excepto el baño. Verla bañarse era un placer único.

Afuera brillaba la fresca luz de la mañana. Valentine se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Hacía buen tiempo. La calle tenía un tráfico normal.

-Creo que hoy deberíamos salir -dijo desde la cama. Él, dándose la vuelta, volvió a la cama y se sentó en el suelo junto a ella.

-¿Qué te gustaría hacer? -preguntó.

-Sospecho que puede haber helado de ruibarbo.

-Entonces iremos por un poco.

-Primero debería escribir algunas cartas. He sido descuidada -dijo-. La gente sigue enviándome fondos para mantas. Debería agradecerse.

-En ese caso, tal vez debería dejarte una hora o así. -No era en absoluto lo que él quería hacer, pero reconoció que podía ser una buena idea. Su mano se entrelazó con la de ella-. Debería ver si Harry sigue vivo. Puede que esté preocupado.

A esas horas de la mañana, Valentine sabía exactamente dónde estaría Harry: en la cafetería cercana a su casa.

-De acuerdo. Entonces, cuando vuelvas, podremos ver si los ruibarbos ya han madurado.

-De acuerdo -dijo y se levantó. Hacía unos días que no se vestía adecuadamente.

-Yo también debería recoger mis cosas.

-Podemos hacerlo a la vuelta.

Los brazos de ella lo rodearon y el impulso de volver a la cama era tan fuerte que no creía poder vencerlo, pero cerró los ojos e imaginó lo maravilloso que sería volver a la mansión con ella más tarde.

-No. Iré con el señor Trudy a recogerlo todo. Puede que haya cartas nuevas.

A él le agradaría tener las cosas de ella ahí, y por mucho que odiara que ella estuviera fuera de casa, no iba a ser un ogro e intentar controlarla. Aunque quisiera, sabía que ella nunca lo aceptaría. Simplemente tenía que dejarla ser lo que ella quisiera ser.

-Volveremos los dos aquí dentro de dos horas -dijo ella y le besó en la parte posterior del hombro. Se sentía tan mal cuando ella lo soltaba, pero eso sólo aumentaría la dulzura de su regreso.

*

Como era de esperar, Harry estaba en su cafetería habitual leyendo el periódico. Valentine entró y tomó asiento, haciendo que Harry bajara su periódico.

-¿Valentine? -dijo con sorpresa. Harry dobló rápidamente el periódico-. ¿Cómo te encuentras?

-Estoy bien. Sí, un café -dijo al joven camarero.

-Tienes buen aspecto. He estado preocupado. He venido y Trudy me ha dicho que no recibías visitas. Fue bastante insistente. Tengo que admitir que me tenía preocupado. Pero te ves mejor de lo que te he visto en bastante tiempo. ¿Estás bien?

-Nunca mejor dicho -dijo Valentine y puso los guantes sobre la mesa.

-Me alegra oírlo. Estabas en bastante mal estado la última vez que te vi. -Harry lo estuvo atendiendo.

-Imogen vino a verme -admitió Valentine.

-Oh, Dios -gimió Harry. Se sentaron en silencio un momento-. No lo has hecho. Esa chica es problemática. Dime que no lo hiciste.

-Esa chica es mi esposa. Nos hemos reconciliado.

-¿Reconciliado? Sólo había discordia y caos para empezar. ¿Estás seguro de que es una buena idea? No estás exactamente en condiciones de tomar buenas decisiones.

-Estaba suspirando por ella.

Harry suspiró. Estaba claro que no le convencía este giro de los acontecimientos, pero Harry no entendía lo que había entre ellos. ¿Cómo podía explicar que había tenido que obligarse a abandonar su cama? Pero sabía que Harry estaría preocupado por él. Y aunque una parte de él creía que estar en la cama con su esposa superaba con creces cualquier preocupación que Harry

le causara, otra parte de él quería armonía en todos los aspectos. Eso era obra de ella, era su influencia sobre él.

-La amo.

-Siento como si hubiera perdido a mi amigo y hubiera sido reemplazado por alguien totalmente distinto. Desde el momento en que la conociste, cambiaste, y no para mejor. Y ahora estás... bueno, al menos estás bien arreglado. Te ves mucho mejor que la última vez que te vi. ¿Cuánto tiempo se va a quedar o te vas a quedar en su casucha de Holborn?

-Está en la mansión. -Bueno, no exactamente en ese momento-. Dónde se quedará. Tal y como vamos, hay muchas posibilidades de que tenga un niño para Navidad.

-¿Un niño? -repitió Harry, casi como si fuera una idea extraña. Luego suspiró-. Supongo que esto es mejor a que te mueras bebiendo. No estoy seguro de que me guste la idea de que una mujer tenga tanta influencia. Te caes a pedazos con su sola palabra. No está bien.

-Cuando encuentras a una mujer con ese tipo de influencia, entonces sabes que has encontrado a la adecuada -dijo Valentine y recibió agradecido su taza de café-. Sé lo que es ser feliz, y lo defenderé con todo lo que tengo.

-No puedes controlarla.

-Bueno, eso no es del todo cierto -dijo Valentine con una sonrisa, pensando en sus actividades de alcoba-. La influencia va en ambos sentidos, siempre que sepas leer las señales. -De hecho, no la había encontrado poco cooperativa en lo más mínimo, y si lo era, había desarrollado cierta forma de reprenderla.

-Tu felicidad depende enteramente de ella.

-Enteramente -asintió Valentine. Y no le gustaría que fuera de otra manera. Era feliz con una intensidad que no había creído alcanzable, y deseaba esa clase de felicidad para su amigo. El problema era que Harry no tenía la mejor opinión sobre las mujeres. Había habido algunos incidentes que habían sacudido su fe. Había sido algo que habían tenido en común.

-¿Has sabido algo de Sarah?

-¿Sarah Newbury? No, ¿por qué iba a hacerlo?

Había alguien que siempre le había caído mal a Harry: la prima de su madrastra, la indomable Sarah Newbury. Una ferviente admiradora de Mary Wollstonecraft.

-Creo que a Imogen le gustaría mucho. ¿La invitarías a cenar por mí?

Harry le miró como si hubiera perdido el juicio.

-A nadie le gusta la compañía de Sarah Newbury. A mí no me gusta.

Valentine conocía lo suficiente a su amigo como para saber que no lo presionaría más con el tema por ahora, pero podrían volver a hablar de él más adelante. A Imogen probablemente le gustaría Sarah. A Imogen le gustaba la gente con ideas diferentes, con cualquier idea, en realidad. A ella le gustaban los conceptos nuevos, le gustaba hablar de ellos, explorarlos.

Esa noche, sin embargo, explorarían el concepto de para qué más se podía utilizar una mesa de comedor si se prescindía de todos los criados. No había nada que adorara tanto de Imogen como su curiosidad. Sus calzoncillos se apretaron incómodamente al pensar en ello, y por el momento tuvo que abandonar esos pensamientos.

Por mucho que le gustara el café, lo único que quería era irse a casa. Era donde quería estar. ¿Cómo había sucedido? ¿Cómo se había convertido en esa persona? Pero no era la casa, era ella: quería estar con ella, día y noche. Imogen era su hogar, el centro de su mundo, y ya construirían un mundo a su alrededor, lleno de las cosas que a ella le gustaban... y tal vez, en algún punto del camino, él también podría encontrar ese tipo de felicidad para Harry.

FIN

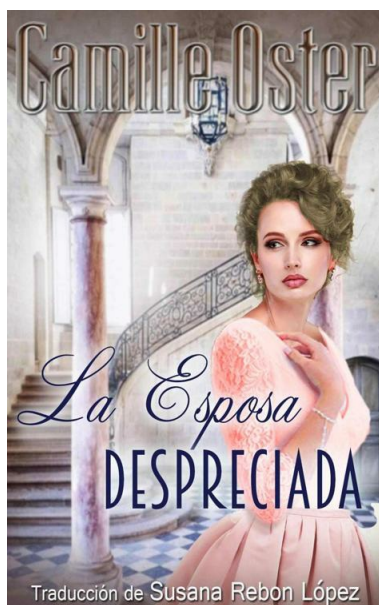
[Únase a mi grupo de lectores](#)

Otras novelas de Camille Oster



La esposa molesta — Caius Hennington, en la actualidad Lord Warwick, ha estado por años en el Lejano Oriente sirviendo a los intereses de la Reina, hasta que la muerte de su tío provocó el regreso a su casa para reclamar su patrimonio y su título. El retorno a las costas inglesas implica, en primer lugar, asumir la tarea que le había impulsado a marcharse; lidiar con la esposa infiel a la que había repudiado. El divorcio no será un asunto agradable, y las distracciones de nada le servirán.

Para Eliza Hennington el matrimonio había sido infeliz y unas acusaciones devastadoras lo habían destruido. Con el objeto de edificar una nueva vida había creado un negocio de suministro de material educativo para escuelas de caridad, un negocio que ahora estaba amenazado por un prolongado proceso de divorcio público, y es muy probable que no sobreviva a la inminente tormenta.

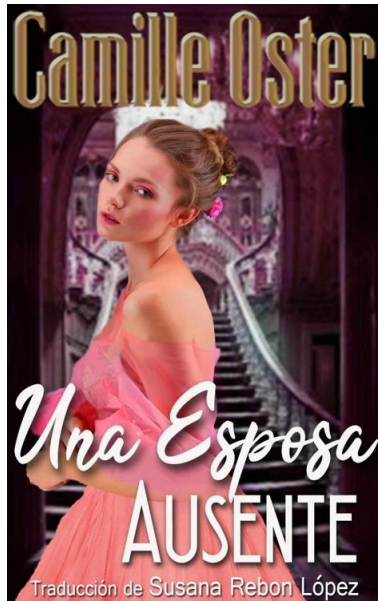


La esposa despreciada — Romance victoriano sobre una segunda oportunidad de llegar a ser amantes siendo enemigos.

El Londres victoriano era un lugar cruel para una divorciada, pero, debido a la muerte de su amado segundo esposo, Sophie Duthie es viuda e independiente por primera vez en su vida. Puede que no tenga muchas ventajas en cuanto a medios económicos, pero con los ingresos de su tienda de música puede mantener a su hijo Alfie y a sí misma. Aunque su segundo matrimonio fue feliz, Sophie ha decidido no tener más esposos. Su primer matrimonio le enseñó muy bien que los cuentos de hadas no son más que ilusiones.

Para Lord Aberley, su exesposa no es más que una paria intrigante y, desafortunadamente, él no tuvo éxito en un compromiso posterior; y no es que haya tenido muchas ilusiones sobre el matrimonio. Es algo que ahora desea evitar a toda costa, pero necesita un heredero. Es el único

deber que no puede pasar por alto, por lo que el saber que el hijo de su exesposa tiene seis años, le originó serias dudas sobre su verdadera paternidad. Con solo haber visto al niño lo confirmó: Alfie Duthie es su hijo.



Una esposa ausente — Romance victoriano sobre segunda oportunidad.

La huida de la esposa de Lord Lysander Warburton había sido una completa sorpresa, a pesar de que él admitió que nunca había sobresalido como esposo. La muerte de la esposa, a la que había ignorado durante casi una década, le fue perjudicial al convertirlo en un tema de chismes y luego en blanco de los comentarios de todas las matronas de Londres.

A consecuencia del evidente talento de él para ser desagradable, Lady Adele Warburton, dejando atrás la seguridad y la respetabilidad, se había escapado con un teniente de modesta condición, que luego murió en una epidemia de cólera en un país lejano.

En una última muestra de su deber como esposo, Lord Lysander decide resarcirla de lo que la había hecho, y, de mala gana, de lo que también le había hecho a su amante, siguiendo por medio mundo los pasos de su esposa y de los cuales apenas tenía conocimiento. Pero al llegar a la India, que estaba en caos, descubre que no todo es como debería ser.

C amille Oster – Autora
Instagram: [camilleoster_author](#)
Email: Camille.osternz@gmail.com
Susana Rebon López – Traductora
Twitter: [@SusyQuantum](#)
Email: susana.rebon.es@gmail.com